

RUBÉN MARTÍ RODRÍGUEZ

PAPELES

CON

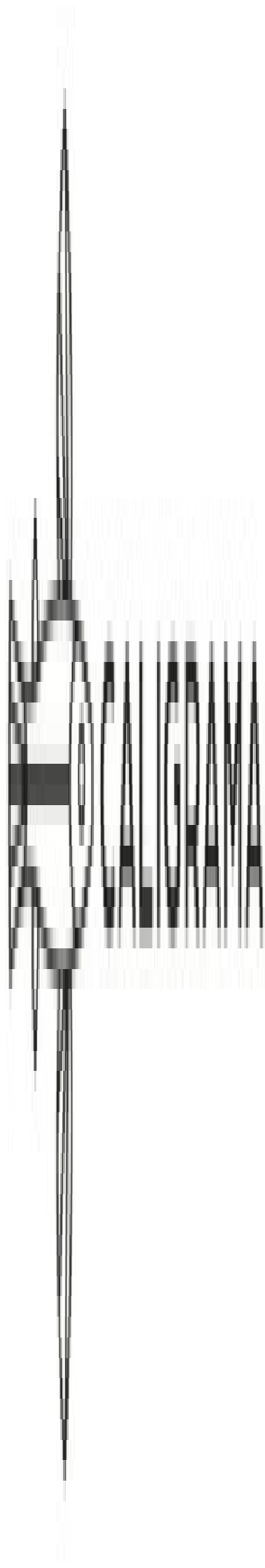
*Sangre*

CALIGRAMA

# PAPELES CON SANGRE

PAPELES  
CON  
*Sangre*

RUBÉN MARTÍ RODRÍGUEZ



## **Papeles con sangre**

Primera edición: 2019

ISBN: 9788417717438

ISBN eBook: 9788417717858

© del texto:

Rubén Martí Rodríguez

© de esta edición:

CALIGRAMA, 2019

[www.caligramaeditorial.com](http://www.caligramaeditorial.com)

[info@caligramaeditorial.com](mailto:info@caligramaeditorial.com)

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a [info@caligramaeditorial.com](mailto:info@caligramaeditorial.com) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Aquí está el pecho, mujer,  
que ya sé lo herirás;  
¡más grande debiera ser,  
¡para que lo hirieses más!  
Porque noto, alma torcida,  
que, en mi pecho milagroso,  
mientras más honda la herida,  
es mi canto más hermoso.

JOSÉ MARTÍ

En un humilde apartamento del barrio costero de la Barceloneta, hacia las afueras de Barcelona, vivían Margarita, que trabajaba como empleada de hogar en una casa de ricos en Pedralbes haciendo tareas de todo tipo según correspondiera por días; Anacario, su esposo, cuyo empleo era en el puerto de Barcelona haciendo varias funciones, aunque la más frecuente era como estibador conduciendo un montacargas; y sus dos hijos, Emma y Rubén, que estudiaban en la misma escuela, pero en distintos grados.

El apartamento era bajero, por lo que el matrimonio aprovechaba algunos pequeños terrenos a su alrededor para sembrar flores con el objetivo de embellecer la vida y, de vez en cuando, ponerles flores a sus difuntos según fechas señaladas o por solo ambientar la casa. A veces, algunas vecinas se acercaban para pedirles algunas rosas con iguales propósitos, ya que deslumbraban de bellas llamando mucho la atención de todo el que por allí pasaba, notándose a simple vista que estaban muy bien cuidadas y mimadas.

Era una familia muy humilde, pero eran felices por el simple hecho de estar siempre muy unidos como norma del hogar inculcada por los padres. Todas las mañanas desayunaban un vaso de leche tibia juntos, excepto el padre, que tenía que madrugar para aprovechar el primer autobús que pasaba, según su ruta, muy cerca de su casa y que lo dejaba casi a metros del puerto, ya que solo tenían un coche de la marca Opel con más de quince años rodados al que ya le salían problemas mecánicos por todos sitios, empezando por que arrancarlo todas las mañanas era un suplicio convertido en lotería, y Margarita nunca lo lograba de la primera. Si no era por la batería, era por el motor de arranque o por otra cosa, pero al menos los vecinos ya estaban adaptados al ruido mañanero y a duras penas veían avanzar el coche desprendiendo humo a su gusto.

Los niños siempre competían, mientras bebían el vaso de leche cotidiano, para ver quién terminaba primero. La madre aprovechaba para prepararles su religiosa merienda diaria, les recordaba que revisaran las mochilas para chequear que los libros se correspondieran con el horario de clases y que las libretas fueran las adecuadas. Una vez terminado el protocolo, los colocaba uno al lado del otro para chequearles la vestimenta, que debía estar limpia y acorde para la escuela.

Kimbo era el perro que vivía con ellos como única mascota. Era hermoso, negro y blanco, además de mezclado con no se sabía con exactitud la cantidad de razas; siempre se mantenía muy cariñoso, obediente, pero muy dormilón, comilón y, sobre todas las cosas, gandul. Nunca se despedía, puesto que le costaba levantarse temprano. Eso le representaba un tremendo esfuerzo; podía llover, tronar y hasta acabarse el mundo, que él ni se inmutaba mientras dormía. Nada era capaz de interrumpirle el descanso sagrado. Sin embargo, sí que los recibía de vuelta a casa a todos, uno por uno, con la misma ternura y cariño de siempre, que lo obligaba a ir meando toda la casa dando brincos detrás del que apareciera de la familia. Casi siempre les tocaba a los niños ir detrás limpiando, con periódicos que conservaban para dicha tarea, el líquido feliz.

Solían despedirse los tres juntos después de recoger el reguero procedente del desayuno, que consistía básicamente en tres vasos vacíos solamente. Cada uno fregaba el suyo y lo colocaba en su puesto. Los besos, las advertencias de portarse bien en la escuela, de respetar al profesor o profesora, las mímicas de hasta luego... se daban todos los días. Pero Emma siempre fue más

extrovertida y expresiva, Rubén solo movía la cabeza y casi no hablaba; a diferencia de la hermana, sus deseos por llegar a la escuela eran escasos, desaparecidos prácticamente, o por lo menos así los expresaba.

La madre siempre llegaba a su trabajo puntual, a pesar de estar en Pedralbes, a casi cuarenta minutos de viaje, y de todos los intentos fallidos para que su coche le arrancara, en los que perdía valiosos segundos y en ocasiones hasta minutos. Cumplía con todas las responsabilidades bajo el mando de Emilia como supervisora y jefa de todo el personal, que laboraba allí, sobre todo por la responsabilidad que le añadía al trabajo, respeto que se había ganado con todo el derecho. Esto Margarita lo supo desde el primer día.

Los saludos mañaneros eran rápidos y, de inmediato, comenzaba la rutina de todos los días: lavar, planchar, recoger esto, lo otro... y hubo que redoblar esfuerzos, puesto que los dueños de la casa salían de viaje y necesitaban parte de la ropa que permanecía sucia aún; y, como era normal y obligatorio, después de recibir toda la orientación, todos se ponían en función sin chistar. Ya habían despedido a varios empleados, supuestamente por irresponsables, y el nivel académico que ella tenía no era alto como para optar a un empleo más remunerado con mejores condiciones, lo que la obligaba a callar y trabajar, unido a que pasaba los cuarenta. Esto ponía en peligro la posibilidad de encontrar empleo en caso de un terrorífico despido. En muchas ocasiones se había replanteado el tema de estudiar sin importarle la edad. La superación personal era algo en lo que no dejaba de pensar día a día, pero, con mucho sacrificio y carencias generales, su esposo y ella reunían el dinero necesario para que, al menos, uno de los dos hijos estudiara en la universidad; algo que consideraban prioritario. En verdad, las posibilidades no eran muchas, pero los deseos y la voluntad sí que lo eran –y mucho–, a pesar de los bajos salarios que entraban al hogar y de que vivieran limitándose de casi todo.

Los dueños de la casa donde Margarita trabajaba, con sus hijos muy educados y respetuosos, solían salir temprano a trabajar en su coche de alta gama, y a los niños les esperaba un chófer personal para llevarlos a la escuela privada en un coche de alta gama también. Los niños se despedían de todo el personal muy entusiastas. Con algunos de ellos se llevaban mejor que con otros, dependiendo del tiempo que hiciera que se conocían, pues se relacionaron desde que nacieron y se veían todos los días, formándose una amistad resultado de la convivencia que, hasta cierto punto, sus padres permitían, aunque muy claramente guardaban las distancias entre ellos.

Anacario, en cambio, daba inicio a su jornada laboral desde bien temprano, junto al rocío de la madrugada, y esto le proporcionaba la ventaja de terminar también muy temprano, quedándole a su favor una buena parte de la tarde que religiosamente dedicaba a su casa y a su familia. Con su montacargas trasladaba cajas arriba y cajas abajo sin peros que valieran, llevándolas de un sitio a otro y rotando en ocasiones con la grúa madre que movía los contenedores del puerto al barco y viceversa. Así transcurrían sus días, uno tras otro, con cierta monotonía. Su nivel escolar no era alto, y la idea de continuar su superación se la había quitado de la cabeza ya desde mucho tiempo atrás. Su mayor logro escolar fue el título de técnico, que le era sencillamente útil para ocupar esa plaza que tenía desde hacía muchos años. Con los cincuenta encima, eligió cuidar el empleo como oro; ya era mucho tiempo con los mismos compañeros y jefe, lo cual le daba un plus de



estabilidad. Al terminar sus agotadoras ocho horas, como de costumbre, esperaba al autobús que lo llevaría de vuelta a casa, en la que casi siempre se encontraba, aparte de con Kimbo, con Rubén.

Era día de cobrar el salario y todos en el puerto estaban eufóricos. La felicidad descarada en el ambiente obligó al jefe a detener el curro un poco con el fin de sofocar las emociones y tomaron café casero, lógicamente sin brindar, puesto que siempre se ha dicho que el que brinda con café no se casa nunca. Bien caliente lo conservaban en un termo que, según sus códigos, era rotativo llevarlo por día, teniendo la responsabilidad de garantizar al compañero en turno ese café con esos minutos escasos pero muy útiles.

Aprovechando que todos estaban juntos, el jefe les agradeció el trabajo del mes en curso, ya que los resultados habían sido un éxito, y, sin más protocolo, comenzó a repartir las nóminas, advirtiéndoles a todos que ya el dinero estaba ingresado en sus respectivas cuentas bancarias. En el caso específico de Anacario, su cuenta estaba unida con la de su esposa, hecho que algunos de sus compañeros le criticaban, pero a él no le importaban esas críticas absurdas y ni caso les hacía. Bromas a un lado, con las nóminas repartidas, la faena continuaba con los rumores cada vez más fuertes de que se estaba preparando una posible huelga de estibadores, y eso tenía a todos muy nerviosos. Había mucho en juego. Al menos, era solo el inicio con comentarios aislados, aunque cada vez eran mayores y más cantidad de gente hablaba del tema.

Emma nunca estaba en casa y los padres lo tenían asumido. Le gustaba salir para jugar en el barrio; lo mismo lo hacía con hembras que con varones, le daba igual. La cuestión para ella era divertirse y se desenvolvía perfectamente con todos los muchachos gritando, corriendo, sudando... También discutía con sus compañeros de juego si era necesario y se reía lo que su edad le pedía. Así, año por año.

En cambio, Rubén siempre estaba en casa, salía muy poco y la relación con los demás niños era prácticamente inexistente.

Durante la noche, los padres miraban un poco la tele mientras los hijos se dedicaban a hacer los deberes. La esposa no paraba de hablar del lujo que tenía el chalé en el que trabajaba, la cantidad de zapatos que la doña guardaba en el armario, los infinitos vestidos de todos los tamaños y colores con los que blasonaba de su buen vestir, la enorme piscina ambientada por árboles a su alrededor que ofrecían algo de sombra manteniendo constantemente el agua fresca, una cama balinesa enorme, luces azules en el agua, hamacas..., pero lo que más la enloquecía eran los cochazos de alta gama, teniendo en cuenta que el de ella era un cacharro prehistórico.

Su esposo lo único que hacía era sonreír viendo, o tal vez no, a su esposa soñar; escuchándola, o tal vez no, hablar y gesticular; pero él era muy poco expresivo y le gustaba mucho fumar puros, era su mayor o quizás el único *hobby* junto con el de pensar. Aprovechaba en casa, ya que en el trabajo le era imposible fumar, puesto que lo tenían prohibido para evitar distracciones al conducir el montacargas, la grúa madre o la máquina que tocara; además de por todos los productos inflamables que por el puerto pasaban. El caso era que en casa nadie se lo prohibía; eso sí, tenía que salir al portal junto con las flores o al patio trasero, ya que la peste a humo nadie la

soportaba, ni el propio Kimbo. Automáticamente, desde que llegaba a casa, lo primero que hacía era hacerse un buen café casero y encender el puro, así por años.

Su esposa, contándole todas esas cosas que veía en la casa donde trabajaba, lo que lograba era que se quedara dormido plácidamente. Era prácticamente como un verdadero somnífero para él; habla que habla y, cuando se daba cuenta, ya el esposo estaba roncando de lo lindo, lo despertaba y entonces el tipo iba a la terraza para darle un par de chupadas al puro que siempre tenía en el cenicero apagado esperando por él; en verdad, tenía uno en la terraza y otro en el portal. Después de respirar varias veces digiriendo todo el atropello al que fue sometido con la charla, regresaba y la esposa seguía con lo mismo. Y así por años.

Antes de ir a la cama, como manera definitiva de no escucharla más, le pidió a Margarita que revisara las cuentas, apuntes extras de gastos y facturas por pagar, puesto que las nóminas estaban ya ingresadas. Dejó a sus hijos haciendo los deberes y marchó a dormir, no sin antes, como todas las noches, preguntarles si todo iba bien. La única que contestaba era Emma, pero ese detalle pasaba inadvertido. La esposa lo acompañaba habitualmente a la habitación, le preparaba la cama para después continuar con algunas de las labores del hogar —ya no tantas— pendientes, como cerrar todas las puertas, algún reguero pequeño que recoger y pequeñeces más que todo. Pero esa noche, al seguir las instrucciones de su marido, se percató de que Rubén se había atrasado demasiado en sus deberes. Era una importante prioridad controlarlos y ella se apoyaba mucho en Emma, buscando refuerzos que la ayudaran a desahogar un poco todo el ciclón que tenía encima. Tuvieron que detenerse e ir poco a poco revisándole todo y se encontraron con un verdadero desastre. Con su esposo ya roncando y expulsando humo de tabaco por los poros, tuvo que ocuparse del asunto y permanecieron los tres hasta tarde adelantando lo máximo posible. Esta situación sí que no pasó por alto. Ella no tenía muchos estudios, pero sobre todas las cosas era madre; entonces fue cuando supo que algo no funcionaba bien con su hijo en la escuela, así como su inusual y raro comportamiento en casa.

Al otro día, el mundo laboral era el mismo de siempre para los dos. La rutina mañanera, la ropa de los niños, los libros que fueran los adecuados según horarios, la merienda garantizada, el vaso de leche, el autobús y el Opel que no arrancaba. Todo era exactamente igual, excepto para Rubén.

Durante la tarde se repitió el mismo escenario: Emma no paraba en la casa jugando con los demás muchachos de la calle, sudando a más no poder, corriendo de un lado a otro y disfrutando de los juegos cualesquiera que fueran; entonces, en cuanto Margarita entró por la puerta, fue directa a dar con Anacario, que ya se había preparado su café casero y estaba dándole buenas chupadas al puro del cenicero mientras leía el periódico como si estuviera viviendo en otro mundo.

—Hay problemas, veo un desequilibrio en la conducta de Rubén —esa fue la manera en que se saludaron esa tarde.

Agotada, se sentó a su lado. Él estaba muy expectante pero seguro de que, en la noche, antes de irse a la cama, todo lo había dejado supuestamente en orden. Ignoraba que los problemas en casa no habían hecho más que empezar, porque las desgracias de la vida no se piensan la mayoría de las veces y atacan por sorpresa. Así, prefirió retomar el tema en otro momento más cómodo.

Era viernes. Para la cena comerían sopa de pescado y pan, ya que no hubo tiempo para cocinar. La prioridad era otra. Se tomaron su momento para conversar acerca del comportamiento de Rubén, que para entonces solo tenía trece años y estaba en segundo de la Enseñanza Secundaria Obligatoria, por lo que no podían perder el tiempo y había que darle seguimiento según el acuerdo al que llegaron sus padres. Tenían la estrategia de observarlo primeramente sin llamar la atención, pero no paraban de preguntarse el porqué de esa actitud tan poco habitual en un niño varón con un cambio brutal en los últimos años que había pasado desapercibido, más que todo por el agotamiento físico de sus padres y el despiste de su hermana.

Lo primero que hicieron fue exigirle a su hermana la mayor colaboración posible, considerándolo un problema de todos en el que debían involucrarse por el bien familiar. Ella estuvo totalmente de acuerdo y, además, admitió su culpa por no cumplir con sus funciones domésticas como hermana mayor ni haber informado de los avances que pudiera haber visto.

El agotamiento laboral y las deudas de siempre, unidos a la responsabilidad del hogar de los padres, les hicieron poco a poco alejarse de una realidad muy complicada —cada vez lo era más— por la que estaba transitando el muchacho y no lo vieron aparecer. El problema les cayó encima de repente, pero ya existía como un fenómeno real que, en el presente, lo tenía hecho polvo y, en el futuro, como hombre, si pudiera tener algún futuro, lo iba a tener peor.

Con la sopa de pescado fresco dando vueltas como un trompo en el estómago de Margarita y Anacario, sentados en la cama, en ningún momento les pasó por la mente buscar a un culpable ni a un responsable. Su único universo era la familia, por ella vivían y luchaban con todas las energías que albergaran sus cuerpos para sobrevivir sacándolos a flote cada día con un único sueño, que no era ningún otro que llevar a uno de los dos hijos a la universidad. Difícil lo iban a tener según el contexto en el que se desarrollaban sus vidas, muy lejos de su alcance económico lo tendrían. No obstante, los sueños sueños son y los dos, con los pies sobre la tierra, tendrían que escoger a cuál de los dos enviar a estudiar una buena carrera. Ya de por sí eso constituía un verdadero quebradero de cabeza, pero los tiempos cambiaron y lo hicieron avisando, sí, cogiendo a todos por sorpresa, a pesar de que todo ocurría enfrente de sus narices. Desde entonces, la prioridad ya era otra diferente y exigía el trabajo en equipo.

El fin de semana abrió sus puertas, afortunadamente. Mamá había preparado una comidita rica para toda la familia, menos para Kimbo, que después de roncar casi todo el día estiraba todo el cuerpo como una serpiente y ya tenía su pienso servido. El ambiente no era el mejor. Estaban muy lejos de las Navidades para festejar algo. El apartamento, a pesar de ser humilde, no carecía de las cosas necesarias, lo mantenían limpio, decorado con algunos recuerdos de familia; otros adornos que habían ido incorporando poco a poco lo iban convirtiendo en un lugar atractivo. Todos reían del nombre del padre; Anacario no se molestaba con las burlas del resto, miraba sonriente de soslayo a cada uno para valorar la dimensión de la risa. Decía que fue un tío el que aconsejó a sus padres para que lo nombraran de esa manera, que, según las fábulas familiares, hacía honor al principal ladrón de gallinas del poblado en que vivían en aquel entonces, un pueblo de campo rodeado de animales y vegetación solamente. Pero, de alguna manera, para mejorar su

bienestar, Rubén propuso llamarlo el Maca y, así, se libraron de mencionar la aterradora palabra «Anacario», aceptándolo todos con grandes carcajadas con el voto unido.

Después de comer sobre las risas, el primero en levantarse de la mesa fue precisamente el Maca, sin mostrar la satisfacción de que su familia había hecho algo grande para él. Disfrutarían juntos algún que otro partido de fútbol, el que fuera era bienvenido. La cuestión del poco interés de Rubén por salir a la calle a jugar iba en ascenso con un tremendo rechazo, aunque ya con preguntas de la hermana, que no obtenía resultado alguno bajo la mirada atenta de los padres.

El lunes abrió sus puertas del inicio de una nueva semana. Como era habitual, los chicos se bebían su respectivo vaso de leche, sin la participación del padre; guardaban sus meriendas y se despedían de mamá para reanudar sus compromisos escolares.

Rubén era un chico tímido que había descubierto en su pequeña carretera de la vida años atrás que no era, al parecer, un niño normal como los demás. Su miedo a todos era terrorífico, lo cual era muy bien aprovechado por sus compañeros de clase para golpearlo —disfrutando a tope— por todos lados de su diminuto cuerpo, incluso en sus intimidades juveniles. Siempre se cubría el rostro evitando huellas visibles que lo delataran. Las hembras se burlaban de él y, en ocasiones, cuando la posibilidad les concedía el derecho, también lo golpeaban, formando parte del grupo del terror. La merienda que con tanto sacrificio sus padres le preparaban cada día se la comía Andrés, un estudiante más grande y fuerte que él; y, por si le pareciera poco, también le pegaba en el pecho con el dorso de la mano derecha, agrediéndolo además verbalmente con algunas ofensas, y, cuando no le gustaba el alimento, lo tiraba contra el suelo, lo pisoteaba con sus zapatos sucios con mucha rabia hasta triturarlo y convertirlo en añicos.

Álex, un compañero de su clase descubrió que, del miedo, Rubén también se orinaba y, como líder, delante de las eufóricas chicas, imponiendo su carácter añadido a su fuerza superior, un día se sacó su miembro para extraer de él su orina y, sin pensar en el daño que hacía, sorprendentemente le agarró por el pelo con una mano inclinándole la cabeza hacia atrás lo más que pudo, ignorando los gritos de dolor, obligándolo a tragarse su preciado líquido en desecho tibio, restregándose por toda la boca como un verdadero acto vandálico. No puede haber mayor humillación que permanecer en su silla soportando todo, esperando por algo o alguien que lo sacara del problema; pero no apareció nada ni nadie. Casi todos los días al terminar su jornada escolar, con su debilidad olfateada y descubierta por los demás chicos, tenía que salir corriendo de la escuela, puesto que la mayor parte de las veces lo esperaban afuera en la calle varios de esos muchachos para pegarle y divertirse con su dolor. Los pantalones llenos de orina tenía que lavarlos y esconderlos para que la madre no los descubriera, constituyendo su rutina día por día. A veces, sin deseo de llegar a casa y sin la responsabilidad de tener que lavar el pantalón, además de tener que mentir diciendo que todo iba bien tras las preguntas de sus padres, se desviaba hacia una fábrica de jabón abandonada donde quedaban varios contenedores viejos, oxidados por el paso del tiempo, como un cementerio desolado, y al azar escogía cualquiera. Dentro y solo se sentaba a meditar sobre su vida. Un día cualquiera, descubrió que en uno de aquellos contenedores vivía una mamá gata con sus hijos gatitos. Al parecer, estaba recién parida; sin embargo, su presencia no la molestó ni la perturbó y siguió amamantando a sus hijos aceptándolo en contra de las leyes

naturales como uno más de la familia. El contenedor estaba bien apartado del resto, casi que colindaba con una esquina de dos calles que se cortaban, lo que hacía que el sonido de los coches se sintiera desde dentro con relativa facilidad. A partir de ese momento comenzó a llevarle leche todos los días religiosamente y comida sólida, transformando por fin su rutina con este secreto. De ahí surgió la amistad y, por fin, el niño recibió la compañía y el consuelo en su más absoluta soledad.

En casa, los padres, a pesar de los pesares, luchaban con las facturas, las deudas que pagar en los establecimientos del barrio, el dinero, la comida, el cansancio... Era un ciclo que Rubén detestaba escuchar, necesitaba ayuda y no sabía cómo pedirla, pero al menos había encontrado algo por lo que vivir. Su nuevo hallazgo lo llevó a entender que, en algún lugar del mundo, por simple descubrimiento que fuese, se podía encontrar la paz y la seguridad. Alimentar y proteger a su nueva familia con su vida si llegara el momento se había convertido en su prioridad. El flujo de sentimientos mutuos en ambas direcciones viajaba de un lado al otro con mucha facilidad, lo que indicaba la necesidad de interactuar en un intercambio desinteresado, quizás no tanto así, pero obligatorio.

—He escuchado cosas de ti en la escuela. Solo dime si es verdad o mentira.

—Son mentiras. —Emma se había ofrecido muy de frente a ayudar a su hermano, apoyada de su estilo; era su manera de acercarse tanto a él como a su problema para después, entre todos, colaborar y buscar una solución a tiempo para salvarlo, sin pedir grandes pretensiones, solamente que hiciera dentro de las posibilidades una vida acorde con la de los seres humanos, pero la humillación era tanta que no podía todavía reconocerla.

Mientras los chicos veían la tele y conversaban de sus intimidades, los padres se dedicaban en cuerpo y alma a preparar la cena de todos. Margarita estaba muy entusiasmada por la sorprendente amabilidad con que la trataba su esposo, el Maca, que con su sonrisa escondía lo que le enseñaban sus malvados deseos. El ambiente se mostraba, al menos, relajado; y, al parecer, esa noche, de seguro, la fiesta en la alcoba matrimonial estaba garantizada y bien servida. Margarita era de estatura media, pelo castaño, presumida y muy guapa. Era una mujer deseada; en el barrio algunos hombres la piropaban y no perdían la oportunidad de expresárselo en cuanto la veían sola por aquellas calles repletas de gentes. Algunos piropos eran inapropiados para una dama de respeto, pero eso se le escapaba de su control.

«No hacen falta lencerías caras ni sexis. Es cierto que provocan y despiertan; son agradables, sí, pero no son imprescindibles. La carne limpia, rica y dispuesta es suficiente».

Era su espacio, pequeño mundo dentro de uno grande que se lo tragaba, pero, cuando resucitaba de la muerte, regresaba vivo. Lo iban a disfrutar sin botella de vino caro ni champán exquisito, sino aleatorios, sin ni siquiera velas exóticas o eróticas, cuyo humo, decían, invocaba el deseo sexual. Todos esos artilugios les daban igual, ni siquiera sabían de su existencia. Lo disfrutarían como eran y bastaba con eso.

—Estás muy amable y cariñoso hoy, Anacario.

—Todo en esta vida tiene su precio, cariño, pero ¿soy el Maca o el otro? Ahora sí que me estás confundiendo, mujer.

Una nalgadita tenue en el culo, con sonrisas cómplices, fue la respuesta al esposo cariñoso, cortejando la desesperada noche que no llegaba. Ya comenzaba a tragar saliva muy líquida, también a resecaerse la boca en aquellos momentos que lo hacían esperar.

De vez en cuando, entre juegos y cocina, observaban a Rubén con su hermana. Aparentemente, no le prestaban atención, pero no era así; como hombre de la casa, tenía la responsabilidad de saber qué le pasaba a su hijo, sin presionarlo para no empeorar las cosas que de por sí ya estaban mal. Era una conducta poco habitual para su edad, reía poco y, cuando algo o alguien lograba que lo hiciera, no duraba mucho la alegría, apagándose sin retorno; aunque también era cierto que los deberes escolares fueron mejorando con la responsabilidad declarada y el apoyo incondicional de Emma. El curso estaba acabando y pronto no la tendría en la misma escuela: era dos años mayor y ya algunos muchachos distinguían su belleza mirándola con ojos de buitres; ella también lo hacía.

Emma estaba entrando en la edad de las distracciones femeninas profundas. El mundo se le perdía por completo y muchas veces, cuando Rubén hablaba, lo ignoraba pensando en el chico aquel que le dijo o el otro que no le dijo... Confundida, exploraba la senda de su otra parte, teniendo que escoger entre tanto para hacerlo, pero hacerlo bien era su propósito. Varios muchachos luchaban por el trofeo. Convencerla se estaba convirtiendo en una tortura mental para algunos sementales que rondaban las hormonas tibias que el viento arrastraba por todos sus espacios disponibles, llevándolas hasta sus narices. Querían comerse el manjar primero. Ella, débil a la carne también y al aroma que a su alrededor se desprendía en todas direcciones, no decidía, pero lo haría porque el deseo es dominador. Rubia con pelo ondeado, de estatura media, con carnes, una mirada imponente y un carácter que la convertía en la presa más añorada de todo aquel que rechazaba.

Los esposos, como estaba previsto hicieron el amor, aquellos piropos le servían a Margarita para sentirse delante de su esposo como una reina a la que amaba y complacía sexualmente hasta la saciedad. La madrugada era el escondite que encontraron para esconder todo el delirio maldito que los rodeaba. En su habitación no había fotos pornográficas, eran innecesarias. La lámpara transmitía una luz tenue que enmascaraba los defectos de sus cuerpos, pero a la vez dejaba pasar la pasión. Cuando permanecía encendida hasta tarde, los chicos comentaban entre ellos que dentro de la habitación estaban sucediendo cosas. Llegó el momento en que los hijos la bautizaron como «la habitación encantada», pero sin hacerlo público, al menos hasta que lo decidieran desvelar.

Los padres estaban un poco más relajados al ver el avance del varón, pues, además del académico, ya lo veían salir todos los días a la misma hora. Después de robar la leche y algunos alimentos sólidos en absoluto secreto, permanecía horas desaparecido con su fe creada de la nada, nacida en un lugar olvidado en el que nunca pensó que encontraría el equilibrio. De momento, él era consciente de que la paz era posible y lo logró sin ningún esfuerzo más que el de la buena fortuna.

El curso terminó sin cambios significativos, o más o menos; algo sí cambió: las vacaciones. Su hermana iría a otra escuela; distraída, se iría tratando de encontrar la que para ella sería la decisión más importante de todas: encontrar su otra parte entre tanto que escoger. La mamá gata estaba desaparecida con sus hijos gatitos entre el pequeño monte que encontró cerca de la ciudad,

entre las matas, las enredaderas, los árboles..., cazando para enseñarles a independizarse. Los padres hablaban en casa de lo mismo con lo mismo y, en ocasiones, dándose cariñito cada vez más descarado a la vista de todos, ignorando que todos estaban en complot. Kimbo roncaba todo el día. La pregunta clásica que se hizo el muchacho: ¿Qué hacer en estos casos? ¿Serían otras vacaciones tortuosas? La respuesta la encontró finalmente en la lectura.

El nuevo curso escolar comenzó. Con él, Rubén ya tenía catorce años. En ese periodo conoció una nueva asignatura que sería algo muy importante en su vida, además de especial y definitorio: Química. Bárbara sería la profesora encargada de enseñarles esos nuevos e interesantes conocimientos. Era delgada, con curvas preciosas y definidas, pechos medianos, pelo corto muy negro, nariz fina, labios gruesos y, además, muy presumida. Mujer refinada, tremendamente bella.

Todos y todas quedaron impresionados ante tales encantos, ninguno atrapado, pero Rubén fue capaz de ir más lejos que el resto sin darse cuenta de ese preciso instante en que su vida daría un cambio espectacular; pronto comenzó a deshojar la margarita, preguntándose si era amor o simplemente deseos sexuales. Intentaba en ese espacio de tiempo fugaz, como lo es la vida en sí, estar lo mejor posible, obligándose a olvidar todo y concentrándose en lo más importante de su vida en ese momento: la forma en que ella vestía; eso se había convertido en su prioridad. Le encantaba verla en pantalones, la prefería así; disfrutaba de verla cuando andaba. Además, su olor lo volvía loco. Nunca había olfateado esos aromas en el pasado, y descubrió con ellos muchas nuevas y extrañas sensaciones. La cabeza le daba vueltas como un trompo, la boca se le secaba cuando la veía, llegó hasta a temer por su corazón. El sueño comenzó a alterársele de un día a otro, no dormía; sin embargo, durante esos desvelos divisaba por debajo de su puerta la luz de la lámpara que provenía de la habitación encantada y sonreía ambicionando el amanecer para contárselo a la hermana.

Esta vez tendría un nuevo compañero de clase incorporado, que, a diferencia de los demás, se sentó a su lado sin preguntar y sin escoger, presentándose sin complejos. Gustavo era un chico moreno, bajo de estatura pero fuerte de músculos. No era guapo; sin embargo, tenía carácter. Rápido se percató de las escaseces de Rubén y se convertiría más temprano que tarde en su salvador y protector. Lo ayudaba en todo lo posible desinteresadamente, pero no era tarea fácil cuando las agresiones verbales llegaban desde todas las direcciones, además de que varios aprovechaban su ausencia para pegarle cuando no estaban juntos. Tampoco era obligación natural del compañero resolver esa situación, pero al menos apareció alguien que compartiría algo de su dolor, intentando sumergir la humillación en el medio del lodo visible ante aquellos que formaban el ejército de la crueldad, que ya empezaban a ser menos desde que olfatearon un muro sin temores.

Un día de esos que no esperaba, Gustavo le comentó, en una conversación muy privada y personal que se produjo en la mesa de la clase utilizando el método del susurro cauteloso, que su primo, que era dos años mayor, le había enseñado a masturbarse.

—¿Qué? —Eso a Rubén lo agarró de sorpresa en el preciso momento que se deleitaba babeando con las piernas blancas de su profesora de Química, que esta vez había venido a mostrarle lo bien que lucía en falda, según sus diabólicos pensamientos, guiándolo a una erección nunca experimentada. Ya se estaba convirtiendo en un caso habitual en él tener su miembro erecto casi siempre a todas horas. Como todos los chicos, también sentía sensaciones ricas, pero, como casi todos, frustradas también. A la búsqueda de respuestas ante esos estímulos le tendría que dedicar parte importante de su tiempo. Ella, ajena a todos esos fenómenos que ocurrían a su alrededor, se entusiasmaba trasmitiéndoles las cosas que verdaderamente debían aprender. El problema mayor



consistía en qué hacer con aquella gigantesca erección, y ahí fue donde entró a jugar un papel importante su compañero de mesa para aliviarle el dolor de su virilidad.

Mientras, los dos se ponían de acuerdo entre susurros y la lección de cómo masturbarse que Gustavo fundamentalmente protagonizaba como un verdadero experto en la materia: con qué mano hacerlo, si la derecha o la izquierda, teniendo en cuenta las preferencias, si era cuestión de tirar hacia adelante o hacia atrás o ambas según aquel experimentado primo.

—Pero tienes que prestarme atención, hacerse una paja no es tan complicado, joder, espabila que estás en otro mundo. —Gustavo perdía la paciencia ante tantas dudas y preguntas ingenuas. Era imposible acoplar toda la mecánica cuando, de repente, Bárbara le preguntó a Rubén específicamente qué era aquello tan interesante que hablaba con su compañero.

—¿Pero no me dijiste que era *masturnosequé*?

Al escuchar su nombre, el nerviosismo se apoderó de su alma pagando la novatada, ya que Gustavo, como era más listo, miró al otro lado. Las paredes retumbaban aún con la frase que venía de aquellos labios jugosos, la tierra se le partía en quinientos pedazos y el chico primerizo permanecía con su miembro parado como un bate de béisbol que no le daba más, colorado como una zanahoria, sin poder hablar a la profe. Esta le ordenó con autoridad que se pusiera de pie para que diera las respectivas explicaciones de por qué hablaba tanto, acerca de qué y que, si era más importante que la Química como para distraer a su compañero, entonces, lo contara a todos.

—Tal vez a mí me puede interesar tu tema —le dijo la profe.

«Esto sí es estar fatal de verdad. No sé qué tanto daño habré hecho yo a la vida como para que me pase una cosa así. Este me viene con el rollo de las pajas y me cogen a mí para dar explicaciones. ¿Qué le cuento a esta mujer?, ¿que está buenísima? Pero eso no es lo peor, la cosa está en cómo me pongo de pie con esto parado, madre mía, sálvame de esto», pensó.

Sin opción, tuvo que hacerlo como un hombre. Respiró, rezó a su estilo, las gotas de sudor hirviendo crecían como lagunas desérticas y caían alguna más que otra en sus labios; involuntariamente, trataba de despejarla con la lengua, con las manos o con lo que apareciera, llevándola de una punta a la otra y creando a su vez la duda de si eran las ansias de depredador convulsivo que comenzaba a experimentar o quizás solamente eran reflejos involuntarios propiciados por el calor. El caso fue que su diagnóstico era el de una persona en serios problemas con pocas posibilidades de escapar con vida.

Al ponerse de pie, despacio y con movimiento singular, con la cabeza baja para ni ver las intenciones de la profe, Bárbara no pudo evitar mirar su sexo enorme lleno de vitalidad. No lo observó, fue como aquello de que miro o no miro, pero sí que miró. No dejó de llamarle momentáneamente la atención aquella gigantesca erección, pensando muchas cosas al respecto; la cabeza le dio mil vueltas como un trompo. De todas maneras, no descuidemos el simple detalle de que era mujer por encima de todo.

Ella comprendió perfectamente que era culpa de la edad y se dio cuenta rápidamente de lo que estaba sucediendo, de modo que, para terminar ambos con aquel suplicio, recibió el apropiado perdón sin haber tenido que dar explicaciones. Todo el que pudo ver aquello susurró e incluso se oyó alguna risa, por lo que la profesora lo mandó a sentar inmediatamente, evitando de esa forma

que las cosas se le fueran de las manos, para el alivio del castigado chico, que a su vez había dejado un mensaje bien contundente. Sin embargo, no quedó definido si el tema iba exactamente con ella; eso sí, era una endiablada erección que jamás olvidaría y de la que no pensaba hablar en toda su vida.

Al salir finalmente de la escuela, lo hizo en compañía de su compañero de mesa y protector. Afortunadamente, los dos juntos caminaban con el tema que les dominaba la mente durante todo el trayecto. Gustavo, con un poco de más experiencia, le explicaba sin que nadie los molestara cómo masturbarse. En su momento tuvo que aclararle que no era más que hacerse una paja, puesto que la palabra «masturbarse» era demasiado elegante y desconocida para Rubén, y que al final sentiría una cosquillita que lo aislaría del mundo por escasos segundos. No pudo darle muchas explicaciones, pero sí le advirtió que era un momento riquísimo.

Le contó, además, mientras avanzaban tomándose el tema con bastante seriedad, que era una experiencia única y que su primo, dos años mayor, le iba a suministrar material del bueno. Le había prometido fotos de chicas en toples y algunas revistas donde aparecían modelos mostrando sus hermosas tetas.

Esas dos cabezas iban echando humo con el tema escogido, discutiendo y analizando, ahora que podían, con qué mano hacerlo y cómo hacerlo sin escrúpulos, sin tampoco descuidarse demasiado, echando un vistazo a su alrededor para cerciorarse de que nadie los escuchaba. Faltaba solamente el último paso: el lugar donde nadie los viera y donde poder hacerlo definitivamente.

La mamá gata no estaba, pero Rubén había encontrado otro hallazgo por el que vivir, otra motivación para salir de casa y algo nuevo en que pensar que no fuera el rechazo de todos sus compañeros. Además, había encontrado un amigo cuando más lo necesitaba: Gustavo, vecino cercano del mismo barrio de la Barceloneta, de origen humilde como él y que le estaba comiendo el coco. Al llegar a casa no había nadie y, siguiendo las instrucciones de su maestro tutor, comenzó a hurgar entre la lencería de la madre, tocando por primera vez con sus propias manos sujetadores, bragas, lápices de labios y cosas así, elevando su imaginación a un vuelo muy alto y sintiendo un desenfrenado impulso de experimentar aquel sentimiento repleto de sensaciones que su único amigo le había contado con tanta franqueza. Sería su primera vez y la curiosidad lo mataba por dentro. Estaba nervioso y sudaba mucho otra vez sin tener muy claro qué hacer, pero estaba convencido de que no era difícil ni complicado y, por otra parte, era cuestión de intentarlo. Ese día no llevaba los pantalones empapados de orina y, una vez decidido, sintió de repente cómo la puerta principal de su casa se abría. Por suerte para él, la madre entró pegando gritos llamando a quien fuera que estuviera, por lo que la erección y su excitación se transformaron en miedo; casi se caga en los pantalones. Tuvo que recomponer los cajones de lencería de mamá y las demás cosas que había movido de lugar, rápido y temblando, sintiendo la sensación de haber cometido un error gravísimo e imperdonable. Uno de los cajones se trabó y no cerraba bien. Lo intentó varias veces mientras la madre se acercaba y la única solución desesperada fue darle una buena patada en seco lo más fuerte que pudo para desatascarlo.

«Esto no me puede estar pasando a mí, qué mal le habré hecho a esta puta vida para pasar por esto», pensaba, hasta que decidió darle otra patada al cajón que fue la definitiva para que cerrara

finalmente porque se había quedado a mitad de camino, ya que se había salido la guía y no tuvo el muchacho otra opción. El ruido se oyó a tres manzanas alrededor de la casa. Lógicamente, la madre preguntó el porqué de tanto alboroto, a lo que tuvo que responder, como siempre, dando explicaciones convincentes; pero la suerte jugó a su favor esta vez, ya que ella venía reventada del trabajo, habiendo decidido antes de llegar a casa pasar por el supermercado del barrio y hacer algo de compra. Sí que lo escuchó cuando le dijo que había resbalado y, al caer, tropezó con el armario, produciéndose daños irreparables, pero que no se preocupara, que sobreviviría.

—¿Qué haces en mi habitación? Fueron dos ruidos extraños que escuché, Rubén. —Preocupada o no, se distrajo colocando algunos de los alimentos en la nevera y las verduras en el fregadero para lavarlas, porque le gustaba guardarlas ya limpias, listas para consumirlas, ahorrando tiempo a la hora de preparar la cena. Lavando las lechugas, pensaba en otra cosa y el otro no contestaba a nada. Con un silencio absoluto, dejó pasar el tiempo —técnica que a veces funciona— y se fue a paso sigiloso hasta llegar a su habitación sin ser visto ni siquiera por Kimbo, que prácticamente no se enteraba de nada. Se acostó con un libro en mano y la lectura otra vez jugó un papel importante en su vida. En ese momento, quizás no fue valorada como debiera, pero en un futuro no muy lejano le sería su amiga fiel, inseparable, vista desde la perspectiva del conocimiento y la recreación.

Por alguna razón aún desconocida, Gustavo había determinado seguir muy unido con Rubén, quizás por compasión o amor de amigo, y este a su vez sentía mucha admiración por Gustavo al verlo tan valiente. Entonces, le propuso los contenedores viejos de la fábrica de jabón abandonada como puesto de mando para la nueva actividad que se avecinaba. La idea macabra fue de Rubén, pero al salir de la escuela, entre los dos, escogieron cuál debía ser el elegido que fuera, según la ubicación más estratégica, el más idóneo, perfecto para la discreción, evitando a todos los posibles mirones; y allí escondieron todo el pequeño arsenal de fotos recopiladas que aquel primo dos años mayor suministraba. Eran recibidas como una bendición de la madre naturaleza: por primera vez veían a una chica desnuda; en foto, como todos cuando empezamos en ese mundo tan atractivo. No se hicieron de rogar y, sin pensárselo dos veces, lo intentaron, probando por primera vez el único placer sin retorno que existe ya una vez probado, aquella cosquilla con sensaciones dominantes que en un futuro descubrirían que era el orgasmo, mirando algunas de las chicas que exhibían sus exuberantes pechos tan distintos con pezones de todos tamaños y colores, algunas con el sexo rasurado, otras no, unas de pie, otras acostadas; en fin, de tal manera fue aquello que escoger con cuál terminar se convirtió en un suplicio.

A partir de ese momento, no hubo dios que los detuviera —y, mucho menos, el diablo—, por lo que llegó a convertirse en parte de la rutina diaria.

En el caso específico de Rubén, olvidó con el paso del tiempo a la mamá gata, a la que no le quedó más remedio que continuar buscándose la vida por los alrededores, ya que la dosis de leche o alimentos sólidos había desaparecido; pero eso era cuestión de los nuevos tiempos con sus nuevas tareas incorporadas, que lo tenían literalmente en otro mundo. Ya la visitaría. Su compañía había significado tanto para él que consideraba aquel como su rincón espiritual. Era una amistad casi incondicional; el amor y la comprensión que se ofrecieron los haría inseparables para el resto

de la vida que vivieran los dos, además de que los contenedores estaban relativamente cerca uno del otro.

Transcurrió un tiempo en el que con el nuevo descubrimiento solía desahogar los espíritus de su frustración viril. Apartarlos de su mente para mantenerla lo más limpia posible se había convertido en su obsesión mayor. Gozaba de una paz tremenda, pero el boca a boca hizo su trabajo mediático, haciendo famosa a la actividad como la pólvora y, en un abrir y cerrar de ojos, el contenedor viejo de la fábrica de jabón abandonada se convirtió en el novedoso reclamo para todo el que puso la oreja para descubrirlo; poco a poco, funcionando de maravilla los comentarios en cadena, lo hicieron realidad.

Las revistas que llegaban al puesto de mando eran sometidas a un minucioso y detallado análisis por su contenido, despojando de ellas las hojas que contenían entrevistas al presidente en turno, escándalos de corrupción, que ya eran infinitos, dimisiones o sustituciones de ministros, ministras u otros cargos públicos, que para esa generación no poseía relevancia alguna, y dejando en su poder solamente aquellas hojas que contuvieran fotos de mujeres bellas. El resto las enviaban a donde mejor pudieran estar: la basura. Los progresos políticos también les daban igual. A la basura con la misma ternura.

En cuestión de meses se regó por toda la escuela el concepto «paja», fundamentalmente para aquellos chavales que no lo conocían, despertando un enorme interés; y, de un día a otro, inesperadamente comenzó el desfile por el ya famoso puesto de mando, que ya no tenía mando, pues el control se les había ido de las manos espectacularmente a los descubridores y creadores, y ya eran catorce los desenfrenados visitantes y muy pocas las ofertas de las que disponían. Gustavo tuvo que pedir ayuda con urgencia al primo dos años mayor, con el fin de que le suministrara más material del bueno, del de calidad. Como era lógico, el suministro no se hizo esperar. Este fue muy rápido y eficiente, y recibió en mano aquellas fotos vistas y muy vistas por el otro grupo que operaba en otro sitio. En pocos días ya eran cuarenta y dos los visitantes, y semanas más tarde se duplicarían, por lo que el pedido de material con el respectivo suministro era imparable e impecable. La demanda fue incesante y sedienta.

Llegada la Navidad, ni el frío los detuvo. Encendían hogueras recopilando leña que obtenían de los alrededores y cajas de madera de los basureros que desarmaban, para de ella obtener el calor necesario para sobrevivir al crudo invierno, puesto que la cola para entrar era inmensa y lenta. Ya eran ciento cuatro los visitantes físicos contabilizados y, más adelante, llegaron a la astronómica cifra de ciento catorce, logrando más visitas que el centro histórico de la ciudad, los museos, las bibliotecas..., por encima incluso de las actividades bailables. Pero también comenzaron a aparecer los problemas básicos de manera inevitable: la demora del que estaba dentro en el limbo limpiando el alma de los espíritus diabólicos y pensamientos perversos que lo perturbaban constantemente con los bichos dándoles vuelta constantemente en la cabeza, los de afuera que se desesperaban comenzando a gritar para apurarlo y peleaban rompiendo el orden natural de la cola, dándose entre ellos algún que otro empujón de hombros o sacudidas con las manos sin llegar a males mayores. De ese movimiento surgía siempre alguno con carácter controlador que llamaba al

orden y a la disciplina de la expedición onanista, sobre todo para seguir, aparentemente, pasando desapercibidos.

Rubén, entre otros tantos —o, más bien, como la mayoría—, visitaba el puesto de mando un promedio de tres veces por día entre el periodo que comprendía la mañana y la caída de la noche. «Que no cunda el pánico con la frecuencia de visitas, que yo lo hice de la misma manera en mi momento más dulce». Usaban algunos faroles ya en desuso que algunos contribuyentes aportaron antes de que sus padres los echaran a la basura, dándole otra vida útil a los viejos aparatos. Además, todos colaboraban con fotos y revistas intercambiadas entre ese mundo juvenil despierto, lo hacían entregando las ya muy vistas por nuevas ofertas o también usando otros objetos de valor, como palomas, pelotas de fútbol y cosas así, por aquellas fotos que los maravillaban hasta convertirse en una montaña de papeles útiles que conformaba el harén servido. También aparecían libros de educación sexual, que nunca fueron leídos porque el tiempo no se lo permitía, pero allí estuvieron haciendo su aporte con acto de presencia. Algunos llevaban los móviles y exhibían en el aparato algunos videos pornográficos que le llegaban de todas partes o fotos de chicas desnudas en grupos y solas, logrando con ello concentraciones.

Llegaron a construir caminos convertidos en atajos, que antes eran inexistentes, con el único sano propósito de llegar primeros como monjes cubiertos de disciplina, segundos o, al menos, lo antes posible para evitar la cola con su larga y desesperante espera. Estos caminos o atajos los formaban salidos de la urbe, adentrándose en el monte, pisando el césped o la tierra, por lo que comenzaron a levantar serias sospechas entre los vecinos del barrio más próximo. Algunos eran en forma de zigzag, pero lo cierto fue que ahorraban una cantidad de tiempo impresionante desde el punto de partida que más le conviniera a cada uno de los visitantes.

Algunos vecinos que caminaban habitualmente por la zona veían lo que ocurría y se preguntaban el porqué de esa cola, pero, al ver que eran niños, subestimaron su poder de imaginación, olvidando que en su momento también ellos lo fueron de la misma manera, y seguían con su paseo en forma de ejercicio físico o caminatas rutinarias. Se había convertido aquello en un sitio baldío del basural, según lo calificaban algunos chicos católicos que también lo visitaban y que, además, les gritaban anunciándoles el castigo divino que les vendría desde el más allá o acá en esta vida o en la otra. Pero eso les entraba por un hueco de la oreja y, con la misma velocidad, o mayor aún, salía por el otro hueco de la otra oreja. Ya eran ciento treinta y seis los visitantes cuando esos niños católicos de igual edad continuaban oyendo cosas al respecto y, al cerciorarse más tarde de la realidad objetiva y ver con el entusiasmo que continuaban sucediendo aquellos pacíficos fenómenos, sin poder aguantar la avalancha, contribuían con su aporte, gritándoles que el demonio se había apoderado de sus mentes asiduas y que ya no era una vez, sino otra y otra, por lo que los consideraban simples mortales culpables; pero nadie los escuchó por constituir minoría absoluta, solo tres nobles chicos con sus creencias, y sus gritos desesperados se perdían en la nada ignorados hasta por el viento.

—Si es Satanás el que se apoderó de mi cabeza, entonces, bienvenido sea Satanás —le contestó uno de los chicos de la cola, de los que más atrás estaba, produciendo las risas, burlas y algarabía del resto, excepto de los que estaban a punto de entrar que no perdían la concentración por nada.

—Satanás y toda su generación también, idiota —contestó otro de los últimos de la cola, obligando a los chicos católicos a marcharse frustrados por el intento fallido de persuadir a esas mentes viajantes para no volver nunca más a molestar.

Lograban despojarse de los espíritus desahogando las penas en sustitución de ausencias obligatorias independientemente de todo.

Explorar y descubrir, tareas primarias, y con ellas civilizarse.

El año culminó sin males mayores, cumpliéndose casi todos los pronósticos; pero, al comenzar el nuevo curso escolar, por coincidencia del orden casual de los fenómenos del barrio, le correspondió la misma profesora de Química. Esto supuso un tremendo problema, ya que Rubén, aunque parezca extraño, nunca usó fotos de aquellas hermosas chicas de las tantas y renovadas de las que disponía cuando hacía sus respectivas visitas al contenedor viejo de la fábrica de jabón abandonada; más bien, entraba después de hacer su obligatoria noble cola, cerraba los ojos y, sin más, comenzaba a pensar en Bárbara, iniciándose un flujo de inevitables imágenes de su cuerpo entero detallado al milímetro; preguntas a las que nunca les encontró respuestas. Lo que más le gustaba era la separación que se pronunciaba entre sus preciosas piernas. Lo desquiciaba. Cuando usaba pantalones se le notaba mejor, y ese era su camino.

Unos días antes de comenzar el nuevo curso escolar, en uno de los tantos sueños de esos que lo hacían soñar, soñó cosas que solo él conoció, pero ese fue especialmente extraño, ya que resultó ser su primer y especial sueño azulito, es decir, se corrió, empapando la sábana de un líquido viscoso y transparente al cual en su entorno académico llamaban «agüita». Fue la primera vez que lo tocó, aunque ya aquel famoso primo dos años mayor les había advertido de que sucedería tal y como le sucedió a él. El caso fue que, cuando despertó y vio todo aquel destrozo material, lo primero en lo que pensó fue que la madre lo mataría, por lo que tomó la sabia decisión de ocultar como pudo la mancha hasta poder lavar la sábana; la ocultó ya no solo de la madre, sino también de todos, incluyendo a Kimbo, de ser posible, para evitar así pasar por la vergüenza y la posibilidad de que lo desguazaran, según pensaba él.

Mientras soñaba azulito, viajaba sin frenos por las nubes entre la maleza y los escombros de sus sueños masturbados, despojando los residuos incoloros y gelatinosos, desparramándolos en todas direcciones sin sentido y sin piedad, involucrando a la sábana, convirtiéndola en el único testigo delator del placer azul frustrado.

Ya avanzado el curso escolar en su primera fase, Gustavo le comentaba a Rubén en medio de la clase de Química, utilizando la vieja técnica del susurro precavido, que el primo le había dotado de nuevo material para el puesto de mando; de esa manera, irían reemplazando lo que ya estuviera más desgastado. Pero, mientras esto sucedía, Bárbara se equivocó otra vez.

—Rubén —interrumpió la profesora el interesante contenido que enseñaba a los estudiantes, excepto a estos dos.

«Qué guapa estás hoy... y siempre. ¿Por qué te pones ese top palabra de honor? Para provocarme, seguro. Luces muy bien con pantalones azules, te quedan perfectos, y el culo se te marca de maravilla, lindo, lindo... Te encanta hacerme sufrir, lo sé. ¿Qué perfume usarás que me hace sentir tanta fascinación? Eso es algo que debo descubrir, está riquísimo. No te acerques más o te...», pensaba Rubén. Pero, cuando vio que la profe iba en serio para arriba de él acercándose a pasos agigantados, rápidos y furiosos, comenzó a cambiar de colores intermitentemente, como un arcoíris, mientras la oía, en lo que pudo, decir que quería participar también en su conversación. Como no pudo ser diferente, la profesora se volvió a equivocar exigiéndole que se pusiera de pie para que diera explicaciones a todos de por qué hablaba distrayendo a su compañero Gustavo como siempre.

«Ahora sí estoy metido en candela pura. Mira lo que me acaba de pedir esta mujer en estos precisos momentos que estoy echando candela como el dragón Zuzú».

Dos despistes imperdonables: uno, el miembro erecto otra vez y mucho más grande que ayer; el otro, la libreta con mil frases de amor, o tal vez no tanto, dedicadas a la profe, que viajaban en un amplio recorrido desde la ternura hasta el sexo. La profe se percató enseguida de cómo se le marcaba aquello tan indiscriminado y lo mandó a sentarse de inmediato. Casi ni lo dejó levantarse; era mejor que diera las explicaciones sentado. Pero, antes, no pudo evitar mirar cómo se le marcaba la erección tan distinta y diferente, perdonándolo por segunda vez; aunque también lo miró. La libreta no escapó al perdón y problemas le traería al muchacho, seguro.

«La puñetera libreta, quién me habrá mandado... No sé qué mal habré hecho para merecerme este castigo. Lo de la polla parada lo entiendo, pero lo de la libreta no puedo creer que me suceda a estas alturas. Y voy camino de los quince», pensaba mientras Bárbara revisaba hoja por hoja la fatídica libreta de apuntes. Menos de Química, había escrito de todo, incluyendo frases incongruentes y obscenas que escaparon del control de la hermana, que daba por hecho la mejora de los avances académicos del muchacho. Irremediamente, la profe se quedó con la libreta, resguardándola como tesoro divino caído del cielo.

—Tus padres tienen que venir a verme, Rubén; necesito conversar con ellos y tiene que ser urgentemente —le habló muy cerca, observándole las ojeras que le llegaban al ombligo sin poder ocultarlas y mucho menos explicarlas. Aunque no solo le ocurría a él, sino que toda la peña onanista se identificaba fácilmente por tenerlas. Al principio del descubrimiento eran tenues, pero a esas alturas de la vida se les habían transformado en verdaderos membretes, inmortalizándolos como auténticos zombis caminantes sin sentido ni dirección, que aplicaban todos el proverbio muy actual «Que pare el que tenga freno».

Ese encuentro nunca se pudo efectuar, puesto que Margarita no podía bajo ningún concepto faltar al trabajo. Advertida estaba de que las ausencias no eran algo que normalmente se tolerara en aquella casa de ricos, y con el Maca ni contar, por razones similares; por lo que Bárbara tomó una sabia decisión: visitar su casa cuando pudiera, ya que ella también tenía responsabilidades domésticas y los temas que debían tratar, que eran varios, eran algo engorrosos y tenía que hacerlo con relativa urgencia. Aprovecharía la más mínima oportunidad para resolver de manera definitiva ese asunto.

Un día cualquiera, Rubén decidió visitar el contenedor viejo de la fábrica de jabón abandonada y algo completamente irreal estaba ocurriendo: contra todos los pronósticos, no había nadie en la cola ni adentro. Ni el frío los detenía, ni la fuerza mayor podía con esa tropa, ni siquiera los pudieron convencer los tres chicos católicos, pero a saber por qué estaba vacío. La tarde era lluviosa y negra, y amenazaba con agua inminente; quizás ese era el motivo de la desolación. Lo cierto fue que entró y, efectivamente, no encontró a nadie, por lo que tenía toda la pista limpia para él sin estorbos. Todos los huecos estaban tapados con fotos de chicas según preferencias, cubriendo casi toda la superficie de las paredes.

Entró y reacomodó —o, más bien, acomodó— su mente, llevándola a donde solo él sabía. Pero algo lo perturbaba sin poder darle inicio a la actividad; no sabía qué podía ser más fuerte que su



deseo. Comenzó a caer un diluvio literalmente muy agresivo; por suerte, el techo no estaba podrido del todo y aguantaba el agua, protegiendo de un desastre todo el contenido dentro. Por simple curiosidad, movió una de las fotos que tapaba uno de los tantos huecos para ver el agua caer y escuchó a alguien suplicando piedad. Acomodó su vista entre la niebla y el agua, que no paraba ni un segundo, y vio de manera definitiva al hombre suplicando por sus hijos, su familia y por todos los santos. Ya muy cerca dejaron caer al pobre hombre, desarmado y débil producto de los golpes, al lodo, diciendo constantemente que no sabía nada ni del dinero ni de la obra, que no se había quedado con nada, pero el agua que corría ya comenzaba a enrojecer producto de que lo habían apuñalado para advertirlo. Entre la lluvia y los truenos escuchó algo como que el jefe pedía resultados.

—Por favor, piensa en mis hijos —imploraba el hombre.

—Y tú en el mío —respondió uno de los tres hombres que tanto le golpeaban en el fango, sacando una navaja y clavándosela catorce veces repartidas por todo el cuerpo sin dejar espacio para más; pero, al seguir respirando aferrado a la vida, otro sacó un revolver y le disparó mortalmente en la cabeza.

Al ver todo aquello, que parecía una película de acción, pero evidentemente no lo era, se apartó del hueco y tuvo definitivamente que posponer la paja para otro momento más cómodo. La erección desapareció del mapa a la velocidad de un cohete, de diez centímetros duros y erectos se transformó en dos pequeños y flácidos, desvanecida como una ceniza de cigarro que no soporta el empuje de la gravedad y cae al suelo como polvo zarandeado por el viento.

Se introdujo lo que quedó dentro del calzoncillo, se subió la cremallera y pensó rápidamente que la mejor opción que le quedaba era la de meterse debajo de la montaña de chicas desnudas o en toples —que en aquel momento ya eran miles—, taparse el cuerpo completo dentro de sus posibilidades y permanecer inmóvil, pero reaccionó a tiempo decidiendo lo más sensato: no hacer ningún tipo de ruido, manteniéndose pegado como una vela de espaldas en el único trozo sin huecos para no ser divisado por los asesinos.

El hombre de la navaja miró al contenedor, pero no le prestó demasiada importancia, ya que por esa zona había muchos, dando por hecho que de ninguna manera posible pudiera haber algún ser humano dentro y, más, con el diluvio que seguía cayendo.

—Al parecer, no sabía nada —comentó el señor del disparo.

—Eso creo —respondió el señor de las puñaladas.

Aquel rostro, el rostro del asesino de la navaja, al menos ese, jamás lo olvidaría. Fueron catorce puñaladas, ni más ni menos, sin contemplaciones, ni siquiera fueron escuchadas las plegarias de aquel hombre que quedó en el lodo desangrándose, recibiendo desde el cielo bendito toda el agua necesaria para salpicar su cuerpo con gotas de fango y disolver la sangre que corría camino abajo ya casi transparente.

Serios síntomas diarreicos invadieron su frágil estómago. El muchacho, que seguía de pie, inmóvil, sintiendo que por sus delgadas piernas se deslizaba algo en forma de líquido pastoso y le llegaba a los tobillos a una velocidad vertiginosa, no olía nada, puesto que apenas podía respirar, pero para él era demasiado evidente sentir que se estaba cagando literalmente en los pantalones

sin forzarlo ni siquiera, fluyendo espontáneamente sin que nada detuviera el flujo. No fue el momento más apropiado para sentarse a analizar qué tendría que hacer con los pantalones, también estaba muy claro que tendría que lavarlos a escondidas de la madre y hasta de Kimbo, de ser posible también, pero ni por la mente le pasaban cosas secundarias. Ahora, teniendo en cuenta lo que estaba viviendo, priorizaba un plan para escapar con vida de ese lugar considerado el paraíso. Se sentía atrapado. Demoró el tiempo todo lo que entendió que sería prudente para volver a mirar por el hueco muy discretamente. Aunque llovía muy fuerte, pudo finalmente apreciar que solo quedaba el cuerpo sin vida de aquel hombre sin sangre, cuestión que pudo apreciar al ver que el agua que corría camino abajo ya era incolora, transparente y clara.

«¿Qué habré hecho en esta vida como para merecerme esto?».

Entonces, sin pensarlo más, salió disparado corriendo, rezando porque una bala no le diera en la cabeza, con mucho miedo, más del habitual, con un gran sentimiento de culpabilidad por no haber podido salvarle la vida a aquel hombre; pero, entre otras cosas, aprovechó la lluvia como único recurso natural que tenía disponible para higienizar el alma. La confusión por todo lo que había visto y tendría que hacer era demasiada. Al llegar a casa, el problema de los pantalones estaba resuelto, enmascarado con el pretexto de la lluvia, pero Kimbo se despertó y con olfato de perro ladró al sentir un olor extraño, aunque, al ver que nadie le hacía caso, siguió haciendo lo que mejor se le daba: dormir. Entonces, Rubén priorizó la tarea de meterse en el baño con toda la ropa puesta.

Se sentó a meditar en el suelo. «¿Se lo cuento a papá?, ¿sí o no?, ¿a Gustavo?, ¿sí o no?, ¿a Emma?, ¿sí o no? Prefiero no hablar y así no revuelvo más la mierda; ya la policía se encargará. Al final, al que se lo cuente lo comprometeré, y yo ni conozco a aquel hombre». Esa fue su propia decisión y todo de momento quedaría así. En realidad, lo que sentía era terror. Podía delatar al asesino con relativa facilidad, aunque la lluvia distorsionaba todas las imágenes y eso le hacía dudar para dar con exactitud una versión de los hechos, pero temía también por su familia y todo eso, unido a la mala impresión que le dieron las imágenes, fue lo que le impidió dar el paso.

Por la noche cenaron todos en casa un potaje preparado por la madre, exquisito, tanto que no quedaron restos del caldo para el otro día, y, con las barrigas repletas, papá y mamá se dedicaron a recoger todo el reguero. Se notaban buenas vibraciones en el hogar. Lo de la creación del Maca, indudablemente, seguía dando sus frutos de simpatía, casi siempre de alguna manera saltaba el tema, que fue una creación de Rubén. Margarita, cada vez que podía, compraba algo nuevo para ambientar el hogar, algún equipo de uso doméstico o para los chicos. Esa noche le regalaron a Emma un móvil nuevo por la simple razón de ser buena hermana, buena hija y buena ciudadana. La alegría no la pudo esconder, los brincos llegaban al techo, gritando que ya era igual que sus amigas del instituto. Todos estaban relajados. Después de la euforia, Emma, sin soltar el móvil, aprovechó la oportunidad y se alejó de sus padres mientras agarraba a su hermano por el brazo, llevándolo directamente hasta su habitación. Una vez dentro...

—He escuchado lo que hacen varios chicos en el contenedor viejo de la fábrica de jabón abandonada. Tú seguro que no eres igual, ¿verdad? ¿No estarás haciendo esas cosas como aquellos? ¿O sí? —Con la pregunta de la hermana casi que se repetía la misma historia de la

necesidad fisiológica en frágil estómago, que, sin forzarlo demasiado, con aquel caldo tan potente que ya comenzaba a darle mil vueltas, estuvo a punto de reventar. Su hermana tenía mucho carácter y peleaba lo mismo con hombres que con mujeres; además, sabía discutir muy bien y defenderse era una gran virtud natural que poseía por naturaleza. Pero Rubén, con su estómago revuelto, se impuso, obligándola a prometer que no le contaría nada del tema a sus padres. Tenía que entender que eso era cosa de hombres y que a ella no le importaba. De esa manera, quedó el tema zanjado. En ese momento, ella comprendió cuál había sido el origen de tales ojeras tan pronunciadas, que los padres achacaban al mal dormir. Muy lejos andaban todos de la realidad.

Esa noche le fue imposible dormir a Rubén. Ya tenía demasiadas cosas en que pensar. Primero, la mamá gata con sus gatitos; después, en su profesora; luego, en las pajas y, por último, en aquel cadáver con catorce puñaladas más el disparo en la cabeza que lo dejó muerto de cuajo, unido a la cara borrosa del asesino. Su ciclo de vida cada vez iba en aumento con todos los cambios.

De la misma manera, seguían días tras días el tema de los deberes, la colaboración en los quehaceres del hogar, la ayuda de su hermana con su complicidad, escogiendo siempre ocultar a los padres cualquier cosa que lo perjudicara..., pero, en verdad, lo de Rubén en la escuela estaba tambaleándose.

Llegó finalmente el sábado y el Maca le dio diez euros a Rubén para que fuera a comprar dulces varios a la pastelería del barrio, ya que la cena estaba un poco floja al llegar el fin de mes. El camino se le hizo ameno. Llegó saludando a todos los clientes que conocía y a los trabajadores que llevaban tantos años faenando allí. Hizo su cola y compró los dulces tal y como su padre le había indicado. Al salir del establecimiento con el paquete de dulces comprado, dispuesto a llegar a casa, Roberto, un joven del barrio que había escuchado mucha información sobre Rubén, lo detuvo y muy de cerca pudo olfatear el miedo en conjunto con los temblores. Sin más explicaciones, lo obligó a que le diera el paquete y, enfrente de su cara, comió lo que le vino en gana; pero, no conforme, le pegó muy fuerte en la cara con la mano abierta, tan fuerte que lo dejó tendido en el suelo sin conocimiento. Aquel era veinte centímetros más alto y mucho más fuerte. El agresor, cinco años mayor, se marchó comiendo muy despacio, hartándose del paquete familiar y orgulloso además del golpe tan preciso y efectivo que le propinó como si nada hubiera pasado.

Los hombres que allí estaban y que lo conocían lo recogieron del suelo y lo sentaron sobre un pequeño muro para suministrarle alcohol, típico en estos casos, que, al respirarlo, lo ayudaría a despertar, volviendo, más o menos, a la realidad. Sabían que era el hijo de Anacario. Una vez despierto, firme, sentado con sus dos bracitos entre las piernas entrecruzados con el pómulo del ojo izquierdo hinchado, pensó por primera y única vez en toda su vida en el suicidio, viendo cómo se acercaba un gran camión con ruedas gigantescas por la carretera a una velocidad lenta muy atractiva.

«Me voy a lanzar delante de esas ruedas, las de adelante, que es más fácil, y termino con todo. Si esto es ahora, ¿cómo vivirá después? ¿Seré adulto algún día?», pensaba, pero afortunadamente otra vez le falló su valor. Ni la profesora de Química, ni la mamá gata con sus gatitos, ni las pajas, ni Gustavo, ni siquiera la familia, nada le devolvía los deseos de estar vivo.

Además de tener el mundo tenaz y desleal, tenía otra tarea por delante igual de complicada: dar

las respectivas explicaciones en casa en cuanto apareciera sin el paquete de dulces familiar, con la cara destrozada, pero, peor aún, con el alma hecha polvo. Agradeció a todos los hombres por la ayuda y, caminando, fue avanzando a pasos lentos como un anciano con la cabeza baja, humillado, golpeado, pero, sobre todas las cosas, sabía que algún día llegaría a casa. No lloró, porque el dolor era demasiado y las fuerzas no le daban para más. Algunos muchachos del barrio lo vieron y, lejos de ayudarlo, formaban sus piñas para entre ellos burlarse entreteniéndose con su calvario. Él se mantuvo firme con su andar, deseando por lo más grande de su vida llegar a los brazos de su padre protector, donde nadie lo tocaría de seguro; pero esa no era la solución del problema y él era consciente de eso. El padre era muy respetado, más que todo por su carácter noble, pero sin soportar humillación de nadie, cosa que pudo presenciar en varias ocasiones.

«Soy un verdadero cobarde y no merezco vivir», pensaba, casi lo hablaba. Ya no era la primera vez que llegaba a casa con el rostro marcado, aunque eran marcas más tenues que pudo disimular de una manera u otra.

En ocasiones, Álex, su compañero de clase que se sentaba detrás de él, no conforme con hacerle tragar su orina, también disfrutaba escupiéndose la mano para golpearle las orejas, demostrando su poderío en presencia de algunas chicas que también bailaban con esa música. Esos golpes no dejaban huellas en el físico, pero lo estaban matando lentamente.

Antes de llegar a casa, prefirió desviarse unos minutos para compartir su tortura con los únicos amigos de verdad que tenía, los incondicionales. Lo hizo esta vez sin leche ni alimentos sólidos, pero sus amigos nunca le reclamaban nada, solo su presencia. Ahí estaba mamá gata, reposando el barrigón, y, sin ponerse nerviosa, lo aceptó como un ángel nada extraño para ella, sin dejar de mirarle el rostro advirtiéndole que no se le acercara. Aunque el olor era el mismo, veía algo extraño; el animalito podía apreciar diferencias. Sin embargo, no le miró las manos vacías. Una vez fue reconocido, se acercó para recibir las caricias que también ella necesitaba, mientras que él le hablaba con palabras dulces de sus cosas, desahogándose sin mostrar ningún síntoma de cabreo, ya que era su rincón espiritual.

Después de haber aprovechado al máximo el momento para expresar todas sus penas —largo camino en el que ella lo acompañó durante todo aquel viaje repleto de dolor—, se decidió a hacer frente a la situación de una vez por todas, sobre todo porque no le quedaba otra opción. Al llegar a su refugio, el Maca estaba fumándose un puro sentado en la terraza leyendo el periódico. Abrió la pequeña puerta del jardín, dio tres pasos y se detuvo por respeto. El padre, al verlo, soltó el periódico y, sosteniendo el puro entre los dedos de la mano izquierda, se puso de pie.

—Dime que peleaste como un hombre, ¡cojones, dímelo! —preguntó casi gritando el Maca, ya que en todo ese tiempo le había prestado mucha atención al comportamiento extraño de su hijo. No dejaba pasar por alto ni un detalle aunque pareciera lo contrario. Como gallo viejo, sabía que algo andaba mal; no era natural lo que veía, pero no había encontrado nada aún que le ofreciera una respuesta exacta para poder tomar decisiones.

Rubén indicó que sí había peleado, con movimientos tímidos y discretos de cabeza, bajándola y subiéndola sin mirar los ojos del padre, que lo agarró por los diminutos hombros sacudiéndolo delicadamente, reconociendo su valor y restando toda importancia al paquete de dulces familiares

perdido y al pómulo hinchado. Mintió, soportó toda la humillación mientras recibía dudosos halagos y, cumpliendo órdenes, fue directo a bañarse para después colocarse un trozo de pescado congelado —no tenían nunca hielo— sobre el golpe con el objetivo de recomponerse el rostro.

La madre montó en cólera cuando lo vio entrar. La hermana, cuando se acercó, se puso la mano en la boca al ver la magnitud del golpe y comenzó a llorar pidiéndole, por favor, que le dijera quién había sido para salir a buscarlo y escacharle el móvil en la cabeza. El Maca, al ver la que se estaba formando, tuvo que intervenir apartando a las dos mujeres y aceptó bajo gritos la propuesta de Margarita de llevarlo al médico de cabecera. Salieron todos casi corriendo, incluido Kimbo. Emma no hacía nada más que mirar a todos lados buscando indicios de un posible culpable, pero le fue imposible encontrar nada, lo cual frustró su intención de vengar a su hermano menor.

Al pasar cerca de la pastelería del barrio, Rubén se puso muy nervioso, ya que divisó a los hombres aquellos que le dieron los primeros auxilios. Sabían la verdad y tenían la intención de contárselo al padre, pero prefirieron escoger otro momento mejor, cuando estuviera solo. El golpe no era de urgencias, por lo que tuvieron que esperar a que atendieran a otros pacientes: un enfermo con conjuntivitis crónica, más unos ciclistas heridos que tuvieron un accidente con un camión que los sacó de la circulación. Allí estuvieron todos muy unidos esperando hasta que llegó, por fin, su turno para entrar. Según el médico, casi pierde el ojo, pues el golpe fue demasiado fuerte, por lo que decidió tapárselo y le mandó reposo absoluto una semana como mínimo, para después volver a la consulta.

Toda esta humillación era insoportable, pesaba como una piedra cargada de leyendas.

El domingo a media mañana, Rubén oyó unos toques suaves y delicados en la puerta, y, con su ojo tapado, abrió la puerta rápido. El mundo se le vino encima, la tierra se partió en diez mil pedazos, el cielo se le puso de cualquier color menos azul y la cabeza le daba setenta vueltas como un trompo.

—Buenos días. ¿Están tus padres? —preguntó Bárbara, que había decidido realizar la visita que tenía pendiente, la cual consideraba de extrema importancia, además de que no lo veía en clases.

Con aquella figura esbelta, vestida impecable, no pudo evitar mirarla de arriba abajo. El vestido rosado ajustado al cuerpo lo desequilibró por completo, con gafas de sol oscuras y zapatos de tacón altos. Un nudo en la garganta le impidió hablar; estaba pálido por momentos, rojo como una zanahoria en otros. Ella, enfrente, aunque le llamó la atención verlo con el ojo tapado, no dejó de recordar aquellas dos erecciones y no pudo disimular haber comprendido la reacción del muchacho. Era solo un niño y era consciente de ello, pero ella era mujer sobre todas las cosas. Finalmente, Margarita lo sacó del apuro acudiendo a su rescate; probablemente, los sacó a los dos del mismo apuro. Desde que la vio, supo que era una mujer rica, según su experiencia laboral. El coche no fue precisamente el que la delató, aunque lo tenía aparcado en la calle en el mismo frente de la casa y era un Audi A6 blanco, que arrancaba a la primera y se notaba muy comfortable; lo que la delató fue su clase.

Como visita, fue muy bien atendida después de presentarse como la profesora de Química, con una libreta que sostenía muy fuerte en la mano, además de ser la máxima responsable del grupo. Entró y decidió sentarse en el sofá junto a Kimbo, que dormía plácidamente y solo abrió los ojos para ver quién era aquella valiente que se arriesgaba a interrumpirle el sueño. Era un perro diferente, la comida se la podías poner y quitar, que le daba igual, pero si lo molestaban mientras dormía exigía una explicación convincente; si no, se cabreaba el tipo. Al ver, con solo girar el cuello, sin molestarse más, que era una mujer bella y con un olor que lo desquiciaba, se tranquilizó, la perdonó y se relajó, compartiendo su sofá amablemente y continuando con lo mejor que sabía hacer: dormir.

La casa estaba impecable de limpia, pues todos los fines de semana entre Margarita y su esposo la limpiaban, incluyendo los adornos y las telarañas del techo; además, estaba recién pintada. La conversación fue muy afable, toda la familia participó. El Maca tuvo que abandonar su puro mañanero, cuestión que no le agradaba mucho, pues tenía al igual que Kimbo sus resabios, pero la situación lo obligaba y tenía mucho interés por escuchar a la intrépida visitante.

Bárbara se dio cuenta desde el primer momento de que era una familia pobre, pero, además de ser muy limpios y ordenados, estaban también muy unidos, cuestión que notó al ver el interés que prestaron todos a su conversación. Imaginaba lo que tendrían que luchar día a día solo para comer y eso la hizo reorganizar por orden de prioridad los problemas que tratar de mayor a menor, ignorando a su vez uno de los dos motivos básicos y reales que la llevaron a realizar esa visita. La libreta no la soltaba, y Rubén quería morirse, ya que contenía frases muy jodidas para justificarlas, como «te quiero follar», «enséñame tus tetas», «tu culo me encanta» y cosas así de ese estilo, más o menos. Por descontado, la profesora las había leído una por una en su intimidad y por ellas pudo comprender el motivo por el que aparecieron de manera brutal aquellas dos

erecciones; pero su clase no le permitía hacer otra cosa que devolvérsela a su alumno, mirándolo con pena y mucho dolor, más que otra cosa, prefiriendo tratar el segundo motivo básico y real de su visita.

Por lo menos, liberó al chico de tener que dar explicaciones al jurado familiar. Este agarró la libreta con las dos manos sin soltarla ni un segundo. Bárbara consideró que casi todos los niños y niñas alguna que otra vez en la vida se habían enamorado de su profesora o profesor, o se habían sentido atraídos sexualmente, y no quiso darle más vueltas. Prefirió hablar a solas con los padres y, en cuanto pudo, aprovechó el tiempo para prevenirlos de ciertos rumores acerca de la situación de Rubén en la escuela; ella había sido informada aunque no con todos los detalles exactos, pero sí que tenía lo necesario como para recomendarles que le dieran un seguimiento a la situación por ese camino, pues la consideraba de extrema gravedad. Fue muy discreta y no preguntó el motivo por el que tenía el chico el ojo tapado. Los padres le agradecieron su apoyo e interés.

No bebió nada; quería volver a su casa, puesto que algunas responsabilidades le esperaban. Se despidió satisfecha del deber cumplido, dando por hecho que dejaría a una buena familia advertida y, aunque con el problema encima, aliviada por saber todo, quedando en sus manos el trabajo.

Trabajo era mucho el que quedaría por hacer, pero, por el momento, mientras cenaban pescado con papas hervidas...

—¿Cómo te ha ido con la profesora de Química? —preguntó el Maca, como zorro viejo, que pudo darse cuenta muy fácilmente de la atracción de su hijo por aquella exquisita mujer. Justo en ese preciso momento Rubén se había introducido un trozo de papa caliente en la boca, se le atravesó y pudo ver en tres dimensiones a todos los planetas uno por uno juntos, uno al lado del otro. Echaba humo por todos los orificios del cuerpo mientras buscaba agua por señas, ya que ni hablar podía. No sabía que de la puñetera libreta no se había hablado nada, absolutamente nada, pero las risas de todos le despejaron las posibles dudas.

«Al final, todos nos hemos enamorado alguna vez de la profe», pensó cuando al fin pudo beber agua y se refrescó expulsando el aire a montones.

De todas formas, a pesar de sus dos erecciones brutales en clase, aprendió bajo una tremenda lección lo que significaba ser mujer, humana y tener verdadera clase con la demostración de sabiduría y riqueza del alma que le ofreció Bárbara en su propia casa dejando el tema de la libreta para ellos dos. Entonces, comenzó a valorarla tanto como a deseirla.

Rubén estaba siendo minuciosamente mimado en casa por Emma, que no paraba de preguntarle por el autor del golpe que le dejó el ojo tapado, aunque algunas risas echaban con sus intimidades. En ocasiones, lo comparaba con un pirata. La hermana tenía muchos amigos en Facebook y contactos en el móvil, no paraba de mensajear, de ver fotos y videos simpáticos, y lo hacía a él participe de esas novedades. Se divertían los hermanos acostados en la misma cama; sin embargo, a Rubén no se le escapó ni el más mínimo detalle de Bárbara en su visita. Lo deslumbró hasta tal punto que sus deseos reprimidos iban sin freno, estaban siendo despiadados con su alma y, por si fuera poco, había muy pocas probabilidades de que ella lo supiera de su boca.

La semana de reposo tuvo su complejidad para Rubén; no podía leer para no forzar el ojo sano,

según instrucciones del médico. Llegó el momento de encontrarse solo en casa. Los padres estaban trabajando; la hermana, en la escuela, con sus amigas en la calle o donde fuera, y solo Kimbo se mantenía fiel a su compañía, pero más de la mitad del tiempo estaba también ausente, soñando.

Durante esa semana de reclusión le hicieron algunas reformas a la casa y Rubén colaboró muy activamente. Algunos muebles ya estaban demasiados viejos y fueron sustituidos por algunos más modernos. Ya estaba pintada de blanco, lo cual les proporcionaba claridad. Las tres habitaciones con las que contaba las estaban modificando, ya que Emma estaba transformándose en una señorita, el cumple de Rubén se acercaba y la habitación del Maca y Margarita necesitaba la incorporación de nuevas cosas que la ambientaran un poco. Eso sí, la lámpara maravillosa de las noches salvajes de los esposos no se la cambiaba nadie; al parecer, estaban adaptados a esa luz. El albañil arregló la cocina hasta lo que le permitía el apartamento, pero quedó impecable y mucho más cómoda; el fregadero era enorme y, entonces, Margarita comenzó a ser feliz cocinando sus potajes. Quedaba pendiente pintar el edificio, pero eso era un poco más complejo, ya que el encargado tenía que terminar de recoger el dinero de cada uno de los pisos y esa tarea estaba siendo engorrosa.

Cumplido el plazo que el médico ordenó con mucha autoridad, se acercaron los cuatro a la consulta. Era sábado. La mañana estaba fresca. Todos fueron caminando hasta el policlínico. Emma se agarró del brazo izquierdo de su hermano y así avanzaron hasta llegar sin separarse, esperaron su turno, que en ese caso sí que iba con fecha y hora, lo llamaron y entraron todos a la consulta para escuchar. El médico le quitó el parche del ojo con mucha delicadeza y pudo ver muy satisfactoriamente la evolución de su paciente, aunque le recomendó que no forzara la vista todavía hasta pasados un par de días. Entonces, a Rubén no le quedó más remedio que incorporarse a la escuela, que, por una parte, le suponía una tortura, pero por la otra, de seguro, se encontraría con Bárbara y en eso precisamente consistía el equilibrio.

Reincorporado el lunes en la escuela después de recibir el sermón mañanero de su madre, Rubén seguía sentado con Gustavo en su silla sin nadie que lo molestara; ahí esperaba piedad, pues había estado a punto de perder el ojo. Y, en medio de su despiste, vio entrar a Bárbara, dispuesta a impartir su asignatura. Algo le decía a su cabeza que los dos se buscaban; las miradas se entrecruzaron con una profundidad como nunca había sucedido. Lo confundía el hecho de que pudiera ser simpatía, aunque también el amor se nutre de ella. Por otra parte, pensaba que era la pena que sentía por él la que la hizo mirarlo o que había sido por pura casualidad arrastrada por el instinto. Tenía muchas dudas en la cabeza dándole vueltas como un trompo, pero, según lo habían aconsejado en casa, buscó una libreta nueva sin frases ni dibujos y, en su lugar, escogió mantener oculto en su mente como un secreto todo aquel torbellino que le producía ella.

Los compañeros de clase comenzaron a reunirse para organizar la nueva estrategia de diversión. Atropellar a Rubén se había convertido en su rutina; hacían grupos hembras y varones para ello. Rubén era un niño de catorce años que había perdido la fe en todo. Álex ya no tenía orine que ofrecer, Andrés había dejado de quitarle la merienda por respeto a Gustavo, pero se habían incorporado otros nuevos en ese mercado cruel que estaban esperando su turno como las aves



carroñeras esperan un cadáver para comer. No obstante, en medio de aquel vendaval, Rubén no pudo evitar sentirse atraído por Bárbara, la sangre sentía que le hervía, la concentración le era imposible a pesar de lo que le podría suponer no estar preparado, solo necesitaba imperiosamente terminar. Olvidó la merienda, lo olvidó todo y, al salir de la escuela sano y salvo, fue directamente a su rincón espiritual, esquivando la presencia de Gustavo, que como loco lo buscaba por todos sitios. En aquel contenedor apartado de todos los demás, quiso compartir su frustración con la madre gata, que era con la única que podía hablar con toda sinceridad acerca de Bárbara. Allí dijo cuanta cosa se le ocurrió y estuvo todo el tiempo que su cuerpo le pidió limpiando de dudas su alma. Al salir, por ansias del demonio, un Audi A6 blanco pasó por su lado como una bala. Sin encontrarle explicación lo observaba, pero entre tantos iguales le era imposible relacionarlo. El auto se detuvo con un frenazo imponente y aparatoso, dio marcha atrás hasta lo que pudo, aparcó en esa calle desolada y de él se bajó ella exhibiendo sus piernas. Se quedaron los dos tios observándose unos segundos. Ella cerró las puertas con el mando y caminó despacio hacia él.

«No puedo hacerlo, va en contra de mis principios, de mi ética, por favor, que alguna fuerza que no sea la mía, que es débil, me detenga. Tampoco le encuentro explicación a por qué estoy aquí en este barrio», pensó Bárbara sin poder detenerse, avanzando lentamente a donde estaba Rubén. Sus cuerpos estaban demasiado cerca uno del otro; podían sentir la respiración mutua. El aire era caliente y el sol brillaba definitivamente ofreciendo su arte para los dos, que se alimentaron de él. Una pregunta rompió el idílico momento:

—¿Usted por aquí? —le preguntó Rubén casi tartamudeando.

—Sí, soy yo. No te puedo confirmar que estoy aquí, quizás me equivoqué de calle.

—La puedo ayudar a salir por un atajo y así evita lo peor del barrio, que está muy cerca; solo con un poco más le será complicado encontrar una solución —le dijo Rubén un poco menos atragantado.

—¿La solución? Me puedes llamar Bárbara, por esta vez te lo permitiré.

Instintivamente, decidieron caminar juntos lentamente como si tuvieran todo el mundo a sus pies. Los brazos chocaban, las manos se rozaban y, de vez en cuando, los hombros hacían un contacto cada vez más demorado.

—¿Qué haces solo en este lugar donde veo contenedores abandonados?

—¿Quieres que te muestre algo interesante? Es mi secreto mejor guardado.

—Sí, quiero.

Entraron los dos al contenedor donde estaba la mamá gata recién parida. Para abrir la pequeña puerta, Rubén tuvo que hacer un esfuerzo. Quería que ella entrara cómoda, pero le fue imposible abrirla del todo; las bisagras estaban comidas por el óxido. Entró él primero, después la ayudó a ella cogiéndole tímidamente la mano. Ya dentro, le mostró al animalito, que no se asustó ni dejó de amamantar a sus siete crías; solo levantó la cabeza, observó y volvió a recostarla. El olor a sexo era inmenso. La puerta del contenedor había quedado medio abierta. Algunas personas pasaban ignorando lo que sucedía dentro. Él la invitó a sentarse encima de unos trozos de cartones de cajas desarmadas que había traído anteriormente.

—Lo he nombrado mi rincón espiritual.

—¿Por qué lo llamas así? —preguntó Bárbara asombrada de tal bautizo.

—Porque es aquí donde únicamente digo todo lo que siento, lo bueno y lo malo.

—¿Me puedes contar qué cosas malas dices en tu rincón espiritual?

—Tengo mucho miedo; no sé por qué soy así de diferente a los demás.

—Ya, eso lo sabía. Ahora necesito que me cuentes las cosas buenas que hablas aquí.

—Esas cosas buenas no te las puedo contar, Bárbara, más que todo porque tengo miedo.

Ella no quiso insistir, fue precavida. Allí estuvieron por un buen rato. Los dos sintieron ese lugar improvisado como un regalo divino. El encuentro fue inmensamente profundo. Sentados sobre unos trozos de cartones sin separar los cuerpos ni un segundo, comprendieron que la vida era mucho más interesante y que estaba repleta de pequeños detalles; solo era cuestión de descubrirlos.

Se despidieron con un increíble beso de amigos. Ella se fue con la duda de las cosas buenas que Rubén decía en su rincón espiritual y él se quedó con la duda de si hizo bien o no en callar la pasión que sentía por ella. La acompañó hasta el coche, pero no tuvo el detalle de abrirle la puerta; ella se lo perdonó por achacarlo a la ingenuidad de un inexperto niño. Mientras el coche se alejaba, su corazón quería morir. Entonces, cuando desapareció, miró hacia atrás para cerciorarse de que ese había sido el lugar donde vivió por primera vez la sensación y el aroma de la carne de una mujer tan cerca pero tan distante. Ella no dejó de mirar por el retrovisor, sintiendo la frustración de dejarlo atrás en el mismo lugar; indecisa en regresar o no, se fue alejando sin detenerse.

Rubén llegó a su casa más tarde de lo habitual. Usó atajos que le permitieran el derecho a la soledad. Pensaba solamente en ella, en cómo vencer el miedo para decirle todo lo que sentía. No estaba seguro del todo de si ese encuentro había sido real o un sueño; casual, al parecer, fue, o tal vez no. Él no estaba preparado para descifrar tantos elementos que rodeaban a sus sentimientos; eran cálculos complejos que a su edad encontraban muchos obstáculos, todos sin solución.

Al llegar, se encontró con que toda la familia estaba en casa. La alegría por las reformas era inmensa, parecía un hogar diferente: Margarita, entusiasmada con su cocina, y el Maca, ayudándola; de vez en cuando, le daba una nalgadita en las nalgas, pero también llevó el pequeño equipo de música. El CD escogido fue uno de Julio Iglesias que a ella le encantaba. Bien bajito, solo para ellos.

—Parece que estos dos quieren algo esta noche. Mira cómo él le da nalgaditas en el culo y besitos desesperados. Ella le sonrío por todo lo que él le hace. No podemos perdernos si la lámpara maravillosa estará encendida hasta tarde. Eso ya sabes lo que significa —le dijo Emma a Rubén, que estaba en el limbo.

—¿Qué significa eso de la lámpara maravillosa?

—Cojones, Rubén, lo hemos hablado mil veces. Estás desaparecido del mapa, coño. Significa que mamá y papá están follando hasta tarde, a ver si te enteras de una vez.

—Verdad, tienes razón, hermanita. Lo descubriremos esta noche. No te preocupes, déjame a mí, que yo me duermo tarde, si me duermo.

Así fueron las cosas en el hogar con Julio Iglesias sonando a tope en la cocina y los hijos espiando cada movimiento de los ingenuos padres.

Durante la cena, un silencio absoluto. La comida, mejor imposible: carne de vaca en salsa, arroz, la ensalada de siempre y, de primero, el obligado potaje de cuanta cosa Margarita se encontró en la nevera. Era emocionante ver a esa familia tan unida pero silenciosa en la mesa. Muchas cosas se estaban tramando esa noche y el delirio de saber con exactitud a la hora en que la lámpara maravillosa dejaría de alumbrar se había convertido en la tarea de espionaje familiar más importante. Los padres ignoraban que tenían al enemigo en casa, creyendo que eran muy listos y que lo tenían todo amarrado, pero había un plan para hacerles saber que la fuerza de la juventud era brutal y definitiva.

Después de cenar, todos ayudaron en la recogida de la mesa y en el fregado. Margarita no soportaba dejar la cocina sucia y todos colaboraban con ella, pero nadie hablaba. El agua chorreando, el mundo acabándose, pero todos en función de algo.

A la tele fueron, excepto Rubén, que escogió su privacidad en el cuarto, pues quería retomar la lectura. Pero al apoyar la cabeza sobre la almohada sintió un objeto duro; metió la mano, lo sacó, estaba envuelto y decía: «Feliz cumpleaños». El chico no entendió nada de aquel regalo por aquellas fechas.

«Pero ¿qué hacen estos? Están como cabras, si para mi cumpleaños falta un mundo todavía... Aquí todos van a su bola; aquella, con el móvil; aquellos dos, que no paran de follar; yo, por otro lado. Bueno, si es un regalo, bienvenido sea», pensaba Rubén mientras lo abría.

Era precisamente un libro: trataba sobre la historia de Mohamed Ali y fue escogido por el Maca, a quien no le importó la fecha del cumpleaños, sino la esencia de la historia que se contaba en aquella obra. Rubén comenzó a leerlo. La puerta de su habitación estaba semiabierta, de igual manera que estaba la del contenedor oxidado. Su cuarto no tenía lujos, pero estaba decorado con lo necesario para un varón: un pequeño estante para almacenar los libros, algunos cuadros, una lámpara —que no era maravillosa como la de sus padres— para leer y un colchón muy cómodo. Margarita tenía un lema que decía que invertir en zapatos y colchón era la mejor inversión para el cuerpo. Con la lectura, Rubén se quedó dormido, por lo que la tarea de espionaje quedaba en manos de la hermana, que fue a la habitación a cerciorarse de que su hermano ya dormía, le cerró la puerta y se fue a su habitación a trastear con el móvil.

En fin, en esta familia singular, todo sucedió como los hijos lo tenían previsto: era la una de la madrugada y todavía la lámpara maravillosa, tal y como ellos la habían bautizado, seguía encendida en la habitación de los padres. Emma se cercioró bien de la hora, pero no pudo más y se acostó con toda la emoción de revelar su secreto, aunque para ello tenía que esperar el momento adecuado.

Inevitablemente, se sentían cada vez más cerca. Sus cuerpos experimentaban sensaciones extrañas. La necesidad se estaba convirtiendo en algo evidente, había demasiado morbo en juego. Cada palabra que se decían iba repleta de miedo por todo, deseos de todo. El temor caía como una piedra pesada sobre sus hombros. El mundo no podía ser del todo cruel, algún encanto tendría. El sol tenía el arte mayor en su poder; sin embargo, sin coste de ningún tipo lo regalaba a todos por igual y ahí entraban los más agradecidos por sentir como iluminaba. La situación se estaba escapando de su control desenfrenadamente; se buscaban por todos sitios, al menos con la mirada; pocas palabras comprometedoras existían entre ellos, y se preguntaban cada día si la frustración tendría que ser un elemento que incorporar en sus vidas por imposición o por tortura. El tiempo pasaba sin perdón; probablemente, sea lo único que no perdona nada. Por donde quiera que pase sin nunca ser visto, solo avisa una vez de su presencia. Nacemos un día de esos; después, sabremos cómo dosificarlo para que no nos maltrate tanto.

Hubo otro inevitable encuentro. Las justificaciones sobraban, pero siempre se dan para no decir la verdad de lo que pensamos, por vergüenza, compromiso o por el simple hecho de mentir para ocultar la esencia de la realidad.

Allí estuvo Rubén esperándola. Nadie supo que todos los días estaba esperándola en aquel mismo punto largas horas, esperanzado con ver su coche blanco como la pureza que envolvía en su interior. Y esa tarde fue y cayó derrumbada en sus brazos. El saludo fue simplemente cordial, tímidos eran los pasos en silencio, iban en dirección a la puerta siempre abierta del contenedor. Dentro, ya no estaba la mamá gata ni sus hijos, solo quedaba el aroma de sexo que no escapaba de la reclusión. Las manos estaban heladas, sudadas, pero el valor no lo estaba tanto. Parados uno frente al otro, no podía ninguno de los dos hablar, más que todo porque no sabían qué decir, no se decidían a dar el más elemental de los pasos. Todo era un enorme misterio lleno de desconocimiento y dudas tan profundas como el placer de estar solos sin que nadie cuestionara sus miradas; el silencio sepulcral no escapaba de su cautiverio.

Entonces, Bárbara finalmente se decidió. Era consciente de que Rubén era menor de edad, pero no pudo controlarse; el morbo por comérselo la mataba. Comenzó a desnudarlo. Él ni se movía, no comprendía lo que le sucedía. Sin camisas, ella comenzó a besarle su diminuto cuerpo blanco, con lunares, pulcro, transparente. Le quitó el cinturón y después le bajó el pantalón. Ese instante fue en el que ella pudo tocar duro con su mano derecha, usando toda la fuerza que sus escasas le proporcionaban, el miembro inmenso erecto de Rubén; seguramente recordaba en ese instante las dos veces que lo puso de pie en la clase y, luego, cuando pudo ver una y mil veces aquellas erecciones involuntarias fotografiadas en su memoria. Se agachó para quitarle los zapatos, de rodillas se mantuvo y lo terminó de desnudar. No hubo palabras en medio, le agarró su miembro y se lo introdujo en la boca acariciándolo con las dos manos para mirárselo bien de cerca; con la lengua llena de saliva hirviendo le ofrecía toda la energía que a ella le pertenecía. Él seguía inmóvil, quizás deseaba salir corriendo, lo pensó, pero el placer era dominador, como también lo era ella, que gozaba de aquella inocencia. Le saboreó su sexo dándole besos por todos sitios, los muslos, la barriga hasta que llegó a su pecho para besarle sus pezones. Rubén la abrazó por instinto, ella no se lo pidió por temor a confundirlo. Entonces, se desnudó mirándole sus ojos

verdes, que brillaban tanto que simulaban la pérdida de la conciencia. Dejó caer el vestido muy fácil; parecía totalmente que había sido escogido para la situación. Con un juego maestro se quitó los zapatos, que de igual manera parecieron escogidos adrede. El momento más deslumbrante fue ver aquella ingenua mirada de un niño que por primera vez sentía que la vida era condescendiente con él al ofrecerle los descubiertos pechos de una bella mujer. Ella lo sabía; por ello no dejó de disfrutar de aquella oportunidad. Cuando se quitó las bragas, el chico casi se desmaya; irremediablemente, los dos estaban totalmente desnudos. Ella lo dirigió para que se acostara encima de los cartones y comenzó a besarle todo su cuerpo; lo tocaba con aquellas manos tan finas. Se volvió a introducir su miembro en la boca y se detuvo un buen rato disfrutándolo. La cabeza de Rubén le daba vueltas como un trompo, pero no podía escapar de aquel sueño. La gente pasaba descuidadamente sin descubrir lo que ocurría en el interior de aquel contenedor. Llegó el momento en que ella deseaba que él le besara su sexo rasurado: le indicó el camino agarrándolo delicadamente por la cabeza y, llevándolo hasta su sitio, abrió sus piernas todo lo que pudo. No lo soltó, y él hizo con la lengua lo que ella le decía, le mordió suave y con los labios se lo besaba. Estaba empapado.

Bárbara comenzó a mover su cintura. Estaba demasiado excitada. Su imaginación viajaba allá donde él no podría comprenderla; tampoco entendía el porqué de aquellos gemidos, no supo que ella estaba terminando, se lo ocultó, pero deseaba más.

—Ven, bésame con todo eso que tienes en la boca, es mío.

Él se subió sobre su cuerpo para besarla. Sus tímidos besos le añadieron más morbo a una mujer que se sentía dominadora. Él intentó penetrarla como un silvestre.

—No, todavía no lo hagas, espera que te lo pida. Dame la lengua.

Sin preguntar, le dio la lengua. Ella se la introdujo en la boca para saborear su saliva; de cuando en cuando, él intentaba esconderla, pero no le era posible escapar de aquellas garras femeninas sedientas de placer. Lo estaban disfrutando. Ella intentaba recuperarse de su primer orgasmo. Él lo ignoraba; de hecho, ignoraba todo lo que estaba viviendo, las sensaciones nuevas que experimentaba su cuerpo lo estaban extrapolando a otro nivel muy lejos de la tierra. Le bajó la cabeza hasta llevarlo a sus preciosos pechos.

—Bésame los pezones, pero suave, con besos delicados y tiernos; son muy sensibles.

Rubén se limitaba a cumplir con todas aquellas peticiones de hembra voraz. Besándole sus pechos estuvo hasta que ella decidió que la podía penetrar. Lo guio agarrándole su sexo con la mano derecha, acariciándose, amasándolo desde una punta a la otra. Ella misma se lo colocó, dejando para él lo más sencillo, pero sucedió lo que ya estaba previsto: Rubén con dos movimientos terminó, no soportó más la tortura del placer.

—Quédate dentro de mí. Me masturbaré para terminar yo también.

Bárbara, como más experimentada y sintiendo el miembro de Rubén dentro, se masturbó hasta terminar. De repente, él se levantó.

—¿A dónde vas? —preguntó Bárbara, que seguía acostada sobre los cartones.

—Tenemos que vestirnos, ¿no?

—Quédate desnudo y acuéstate detrás de mí. Todavía no hemos terminado. Bésame la espalda,

el cuello, mis hombros y todo lo que te dé la gana, pero hazlo suave, delicado, con los labios frágiles casi imperceptibles, y no olvides que esto es tan importante para una mujer como hacerlo; de hecho, forma parte del sexo. Las mujeres, más que otra cosa, necesitamos esos mimos. Otra cosa, Rubén, nunca termines antes y, en caso de que te suceda, busca alternativas para satisfacer a tu pareja, no la dejes insatisfecha por nada en el mundo; será como cavar tu propia tumba.

Muchas lecciones para la primera vez: supo que las mujeres también se masturbaban, penetró a una mujer y conoció la importancia para ellas de las caricias al terminar. Abrazado en su espalda, esquivando sus miradas, se sentía orgulloso de lo logrado, no podía ocultarlo; aprendió cosas nuevas que incorporó de inmediato a su vida. La luz dejó de entrar por la puerta y por las ranuras del contenedor, pero a ninguno de los dos le interesó; allí permanecieron escondidos hasta que determinaron salir cuando sus cuerpos estuvieron saciados. Se vistieron sin hablar, solo se miraban; probablemente, en ese instante se enamoraron.

Él la acompañó hasta el coche; no le abrió la puerta tampoco en esa ocasión, pero ella se encargó de enseñárselo. Casi le duplicaba la edad; no podía con aquella carga, era un delito mayor lo que había hecho con Rubén según las leyes de los magistrados, quizás lo era mayor para las leyes naturales del amor y el deseo. Se sintió una mujer deseada, amada hasta la saciedad. Era consciente de que el impulso de la curiosidad unida al deseo era una exquisitez que funcionaba como artilugio irremplazable. Desde ese primer encuentro, Bárbara dedujo que había sido seducida por los encantos de Rubén, que, sin proponérselo ni mucho menos, le añadió el ingenuo humor que ella necesitaba, independientemente del placer sexual, excluyendo su hallazgo del prodigio de la buena fortuna y dejándole ese derecho a su instinto por haber descubierto la gloria divina. Evitó en todo momento inventar las alusiones con doble sentido como práctica habitual en esos casos; no eran adecuadas ni se ajustaban a ellos.

La despedida fue en silencio. Algo sucedió entre ellos y las palabras no fluyeron; solo el ruido del coche indicó que todo estaba terminado. Él se fue caminando, no sin antes perder del alcance de su vista al Audi A6 blanco. Cada paso que daba lo mezclaba entre el éxito y el misterio que envolvía toda aquella escena. Ella conducía intentando digerir la aventura; semáforos, *stop* y señales de todo tipo intentaban que regresara al mundo. Dedujo mientras conducía a casa que era imprescindible crear un lenguaje en clave para poder descifrar los mensajes en público. Lo tendrían complicado si decidieran continuar con ese idilio.

En casa estaban Margarita y el Maca sentados en el portal, no era muy habitual verlos a los dos sentados allí, pero él fumaba y ella decidió estar a su lado. En eso apareció Rubén con la mochila de la escuela al hombro todavía. Era de noche y solo se intercambiaron un leve saludo. Directo fue a su habitación a digerir en lo posible lo sucedido, que pasó automáticamente a ser su secreto mejor guardado. Tenía sus dos brazos detrás de la nuca con las manos entrecruzadas alimentando el pensamiento de un joven; no tenía aún claro si ya le había llegado la hora definitiva de abandonar el contenedor viejo de la fábrica de jabón abandonada, aquel puesto de mando que seguía su ritmo a tope, o tendría que regresar en los próximos días. No dejaba de pensar en la absoluta incomunicación que tendría que afrontar. Quería escucharla, volverla a ver esa noche, se

le difuminaban todas las imágenes, no entendía el porqué de estar separados, tampoco tenía móvil ni mucho menos su número de contacto.

Decidió que era hora de bañarse, aprovechando que sus padres estaban disfrutando de la privacidad. Mientras se desnudaba, se dio cuenta de que el calzoncillo estaba empapado, por lo que decidió bañarse con él puesto para lavarlo con el pretexto de que lo había usado para restregarse el cuerpo. No lo deseaba, quería mantener aquel olor, el aroma penetrante de ella que le impedía volver a bajar de las nubes, preguntándose cuándo le sería concedida otra oportunidad. Salió del baño un poco más fresco y colgó el calzoncillo en el patio, regresó a su habitación, agarró su libro para despistar a sus pensamientos, pero no pudo; solo leyó una página. Así estuvo hasta que Margarita lo avisó de que era hora de cenar.

Todos se sentaron en sus puestos de todos los días: el Maca en la punta de la mesa, Margarita a su derecha y los dos hijos a su izquierda. Cada uno tenía un vaso para beber el agua o los batidos de fruta que preparaba el Maca; se le daba de maravilla y ya le habían otorgado la patente de los batidos. Rubén tuvo que hacer un inmenso esfuerzo para ocultar su falta de apetito, que siempre lo tenía feroz.

—¿Hasta qué hora tendrán la lámpara maravillosa encendida esta noche? —Esa pregunta de Emma cayó como un misil sobre la mesa. Rubén se partió de la risa sin poder contener parte de los alimentos que tenía masticando, Margarita no sabía qué hacer con aquello y el Maca hizo un intento de persuasión.

—¿De qué lámpara maravillosa hablas, Emma?

—No sean zorros. De la única lámpara que tienen en su cuarto, que cuando la encienden no la apagan hasta la madrugada —dijo Emma con la boca llena de alimentos y continuó cortando el bistec de cerdo como si nada.

El Maca tragaba en seco, pero no podía decir nada; primero, porque era verdad y, segundo, porque era consciente de que Emma había heredado su carácter fuerte. Margarita quería que la tierra se la tragara, no había nada más que hacer que fingir con la comida estar ocultos de un suceso de extraordinaria relevancia doméstica. Su secreto mejor guardado había sido desclasificado por sus hijos. Tenían dos opciones: o seguir así, o no encender la lámpara maravillosa. De hecho, no quisieron ayuda esa noche para recoger el desorden de la mesa y, mucho menos, para fregar.

En la tele, los dos espías no dejaban de acechar a sus padres, que ni nalgaditas ni nada y, por si fuera poco, se fueron a la habitación más temprano que nunca; el Maca delante, que olvidó fumar, y Margarita detrás como una bala. Esa noche no hubo luces por ningún sitio.

Rubén no hacía nada más que pensar que Bárbara lo había usado. La incomunicación se lo demostraba; la despedida silenciosa sin ni siquiera un beso, la velocidad del coche blanco, su frialdad..., todo le pareció obra de una mujer fría. Le fue imposible dormir, manteniendo las ojeras a tope; la cabeza no se detenía, las imágenes, las pocas palabras que escuchó las reproducía una y otra vez con un lenguaje tan sensual y misterioso que por momentos lo alumbraban de ciertos destellos de amor, pero en otros eran demostraciones de la magia divina.

Al otro día, revisando los horarios, se percató de que no tenía clases de Química, por lo que

seguramente no la vería. La madre no podía disimular su vergüenza, pero aun así le preparó la merienda y se la guardó en la mochila. Él iba de camino a la escuela abatido. En ocasiones, intentaba olvidar todo para encontrarle el lado bueno de la vida, el éxito, la profundidad con la que vivió su conquista, su primer sexo, las ventajas de hacerlo con ella, que era mucho mayor, la decencia de guardar el secreto como un hombre, todo lo que rodeaba a aquel encuentro provocado; sin embargo, durante el trascurso de la mañana pudo verla, porque la buscó donde él sabía que la encontraría. Allí, en cualquier sitio, ella estaba. Se miraron con complicidad, era demasiado arriesgado buscar un punto de cercanía en la escuela. Ella apartó la vista y se alejó lo más que pudo de su alcance; él ya iba a su encuentro quizás para pedirle explicaciones del porqué de la incomunicación. Entonces, no le quedó otro remedio que, al terminar con sus clases, ir a donde solo eran escuchadas sus clemencias, aunque para ello tuviera que hablar solo.

Era alrededor de la una de la tarde. El sol estaba muy caliente, el calor era irresistible; sin embargo, la amenaza de lluvia por un costado del cielo que se fue cerrando a pasos agigantados era brutal. Rubén tuvo que apretar el paso y casi correr para llegar a su rincón espiritual. Sentía la necesidad inminente de estar solo, de hablar consigo mismo; la soledad era en su vida su mejor arma, allí era donde encontraba su paz mental. Algunas gotas comenzaron a descender con ligeras separaciones unas de otras que se iban estrechando cada vez a mayor velocidad, iban siendo más grandes, al chocar con su cuerpo parecía que lo hacían balines. Entonces, tuvo que correr por toda la calle como si fuera un loco atormentado. Algunos vecinos le gritaban que se refugiara en sus casas, pero él prefirió llegar al contenedor apartado. Le faltaban dos cuadras y la lluvia apretó cayendo sobre su cuerpo sin limpiarle la desesperación que arrastraba. Al doblar la esquina, vio el Audi A6 blanco empapándose. Se detuvo incrédulo, no podía confirmar nada, pero su corazón quiso morir. Con la mochila en su espalda empapada caminaba lentamente. Los truenos eran bestiales, los relámpagos representaban a Satanás. La puerta del contenedor seguía abierta. Él se detuvo antes de entrar a pedir justicia y se aseguró de que dentro del coche no había nadie, aunque los cristales estaban empañados y eso dificultaba la visión. Con el alma hecha mierda, se decidió a entrar con los ojos cerrados. Al abrirlos, ella estaba esperándolo. El lenguaje en clave a distancia comenzó a funcionar de maravilla. Él la buscó y ella hizo que la encontrara; eso fue suficiente.

Se abrazaron, Rubén empapado, Bárbara seca; fue otra lección que no debía olvidar: la ropa es sustituible con muy fácil manejo sin necesidad de mayores esfuerzos, pero una caricia sincera, un abrazo desinteresado, un beso jugoso y tierno, sentir que era una mujer deseada, poder tener el poder de concebir la comunicación con solo miradas o contar con la sorpresa bendita eran elementos difícilmente sustituibles. El contenedor se filtraba por todos sitios, el agua entraba a placer, pero ni eso ni los truenos con sus relámpagos ni la madre bendita impidieron que hicieran el amor. Esa vez lo hicieron de pie, buscando posiblemente el único rincón seco; los cartones estaban empapados. Entonces, se dijeron al oído de todo, se criticaron, se odiaron por no verse la noche pasada, por la incomunicación y el silencio, por todo, mientras él la penetraba como un salvaje suicida. Ella intentaba calmarlo para aprovechar lo más posible, pero él no se mostraba comprensivo. No paraba de besarla por todos sitios, la penetraba muy duro, casi rozaba el dolor



cuando, de repente, se acordó de que no podía terminar sin satisfacerla a ella primero. Entonces, reflexionó y cambió de rumbo y estrategia. La mandó a que se quitara las bragas, se arrodilló ante sus encantos y le besó su sexo hasta hacerla claudicar y gemir con gritos embrutecidos, empujándole la cabeza con una fuerza salvaje. Ella misma lo besó para saborear su propio néctar, le agarró su erecto miembro y se lo colocó.

—Ahora te toca a ti, disfruta como quieras hacerlo, no me duele; al contrario, puedes penetrarme las veces que consideres hasta el agotamiento.

A pesar de todo, fue delicado, la fue penetrando suave sin apartarle la vista. Pretendía vivir ese recuerdo, grabarlo como una fotografía, hasta que llegó el momento en que no pudo más. Se lo hizo saber con voz trémula y ella le apartaba el rostro para disfrutar mirándolo como terminaba. Entonces, abrazados, se quedaron diciéndose cosas bellas al oído, disculpas, besos cariñosos, caricias y mimos.

Los encuentros se sucedían con una frecuencia despiadada, de modo que perdieron el control de toda la vida que rodeaba a cada uno; aquello era frenético y descuidado. En la escuela se estaban acercando demasiado, el lenguaje por señas lo estaban sustituyendo por el presencial. Ella no daba crédito a lo que hacía, no se podía dar el lujo de caer en esa trampa peligrosa: el trabajo, la ley, todo lo tenía en su contra. Llegó el momento en que empezaron a aparecer los comentarios. Él seguía sin disfrutar del respeto de sus compañeros, que se burlaban con bromas en las que aparecía la profe de Química. Defenderse de eso le estaba siendo un calvario: por un lado, el amor que experimentaba con ella; por el otro, la tortura de tenerlo que mantener oculto y ya, para rematar, sus compañeros, que intentaban sacarle información con empujones y golpes.

Todo ese revuelo de información llegó a oídos de Elisa, la directora, que en principio no quiso actuar; en vez de eso, los mandó a espiar. Estuvieron detrás de esa información mucho tiempo sin sacar nada que los pudiera comprometer, hasta que varios estudiantes los vieron salir de aquel contenedor. Esos estudiantes se lo contaron a otros, otros a otros y así funcionó la escalera tradicional de la información, que no varía por mucho tiempo que le pase por encima.

Elisa no tuvo más remedio que llevar a Bárbara a su oficina para persuadirla y le contó todo lo que de ella se hablaba en la escuela por parte de estudiantes y trabajadores.

—Bárbara, te aprecio mucho. Tu trabajo es impecable, tus deseos de superación son un ejemplo, pero solo te pido que te cuides. Si te gusta Rubén, yo no soy nadie para criticártelo; sabes que yo lo hice igual y me costó mi matrimonio, aunque nadie me lo pudo probar porque me retiré a tiempo. El matrimonio ya lo tenía perdido desde tiempos inmemorables, pero con mi retirada evité la cárcel.

Bárbara se mantuvo en un silencio fúnebre. A los jefes les encanta no saber nada para no tener el compromiso de actuar, eso fue exactamente lo que ella hizo.

—Gracias, Elisa. ¿Me puedo marchar?

—Sí, por supuesto.

Se abrazaron con una complicidad que casi delataba la verdad por el tiempo que duraron apretados sus cuerpos.

El fin de curso se acercaba y esta vez decidieron los directivos, bajo el pretexto de los buenos resultados, organizar una fiesta en la propia escuela. Los estudiantes asistieron a la misma acompañados de algunos padres; además, los trabajadores no querían perderse el momento diferente y asistieron también con sus respectivas parejas.

El Maca, Margarita y Emma aprovecharían esta valiosa oportunidad, entre otras cosas, para observar a Rubén en su propio medio. Este fue el plan preparado por los tres antes de salir de casa, con orientaciones muy precisas de no perderlo de vista bajo ningún pretexto, algo que la hermana apoyó sin poner ninguna pega, a pesar de que sabía que se encontraría con viejas amistades. Rubén no se separaba de los padres, hasta que apareció Gustavo y se lo llevó a ligar. Entonces, lo notaban feliz en sus movimientos de un lado a otro, además de que se sentía muy seguro con la presencia de su familia y no demostraba ningún síntoma de cobardía.

Bárbara asistió a la fiesta sola, como tenía acostumbrados a todos. Su esposo se incorporaría después con su hija Karla. Era su segundo año de trabajo y de experiencia laboral como tal. Se presentó vestida de negro, impecable, con un escote provocativo y abierto; la espalda completa al descubierto dando la facilidad de poder disfrutar de su piel limpia y blanca; el vestido ajustado al cuerpo mostrando sus hermosas curvas, que no eran exageradamente pronunciadas. Alguna mirada intencionada se cruzó con Rubén, sonrisas delatadoras y confidenciales hubo al verlo con sus padres y recordar aquella libreta maldita repleta de complicidad y todas las frases que se clavarían como lanzas gruesas de punta fina empapadas de obscenas letras, sin la presencia de ningún símbolo de la tabla periódica; ignoradas quizás, pero olvidadas no.

La fiesta estaba buenísima. Se entregaron algunos diplomas como acto serio y no se hizo esperar la música, quioscos con refrescos, zumos, pasteles, dulces de todo tipo... Los padres ofrecieron su apoyo aportando croquetas, que nunca sobran en ningún sitio. Todos comían y bebían hasta que tocó en directo el grupo musical del barrio, con la mayoría dándolo todo sobre la pista. Los padres estaban a la expectativa, orgullosos de sus hijos, que avanzaban muy rápido en el tiempo, tratando de imaginarse que no fue ayer cuando comenzó el curso escolar y ya se había terminado para empezar otro nuevo. Era un debate sin final, como un verdadero ciclo de vida en el que muchas veces no se les encuentran respuestas a las cosas más insignificantes.

De repente, aparecieron, como una de las tantas sorpresas, desfiles de moda con chicas del barrio aspirantes a modelo, desfiles con disfraces que hacían imposible el reconocer a quien los llevaba de tan raros que resultaron, asustando a cuanta gente se encontraba a su paso después de bajar del escenario. La música, que volvió a retomar el mando, los tenía locos. Era la segunda actuación del grupo del barrio, formado en su mayoría por chicos con antecedentes penales, algunos por consumir drogas diferentes y otros por delitos menores, y alguien consideró, usando el ingenio, que mantenerlos ocupados en algo útil sería lo mejor para ellos, que veían cómo la gran multitud se desbarataba con su música salsa y sentían así que lo que hacían servía para mucho, al menos para divertir a los demás. Como no podía ser de otra manera, Emma era la primera en la pista, muy activa, como loca con las compañeras que le quedaban en su antigua escuela, sudando la gota gorda como era normal en ella. Tocaron algunas canciones de Marc Anthony, que les

pusieron las cinturas a las chicas en movimiento desordenado y enrabiado para exhibirse en presencia de los mirones varones.

La gran mayoría se despetroncaban, a pesar de que algunos padres solo amagaron con indicios de baile que nunca se produjeron; pero lo del Maca era letal y mortal, parecía una estaca clavada fija en el mismo puesto, sordo a las plegarias de su esposa para dar por lo menos un par de brincos y sudar algo. Le fue imposible convencerlo; besos, mimos y hasta chantajes morbosos, otros cariñosos con frases repetidas a diario: «Si nunca salimos a ningún sitio...», nada, el hombre fiel a su estilo de estaca clavada.

Algunos padres —los menos— se lanzaban a la pista, mezclándose con los estudiantes, y esto estorbaba a los chicos que querían estar a su aire y, más, al ver que aquellos no sabían bailar y entorpecían en la pista, pero consideraron que lo importante era, sobre todo, participar sin complejos; y muy bien que lo hacían, logrando entre todos estrechar lazos tan necesarios, limar asperezas lo máximo posible, llegar a reconciliaciones lógicas y lograr una familiarización entre padres, vecinos y trabajadores.

Las fotos hechas con los móviles, que participaban activos como siempre, eran miles. Muchas veces los chicos ignoraban al resto de la presencia humana mostrándose las fotos unos a otros entre risas, disfrutando mientras todo marchara de maravilla.

Algunos profesores aprovecharon la cobertura para descargar su rabia por el mal comportamiento de algunos estudiantes sobre los padres, que se mostraban muy receptivos ante la avalancha de quejas, seguramente repitiendo la única frase posible en estos casos: «Cuando lleguemos a casa, lo vamos a resolver». Y, después de un breve regaño, los chicos sudados se incorporaban al baile *ipso facto* y olvidaban todo de repente.

Todo marchaba como lo previsto hasta que hizo entrada en escena Raúl, el esposo de Bárbara. La besaba, la acariciaba y los mimos no le faltaron. Había llegado en taxi también impecablemente vestido de negro, muy apropiado, a juego con su esposa. Cogidos del brazo, anduvieron saludando cordialmente a todo el que pudieron con sonrisas educadas, ya que él sabía de la importancia para su esposa de la actividad de su trabajo, por lo que la apoyaba de manera participativa.

Rubén no murió de milagro. A pesar de que ya la miraba con otros ojos y no exactamente como depredador, sintió que el mundo se le acababa cuando de lejos lo vio muy acaramelado con ella, que le correspondía a todo ese derroche de cariño, pasándole la mano izquierda por toda la cintura y, en ocasiones, alguna nalgadita más que otra se le escapaba. Rápidamente, comenzó a sudar frío mientras se acercaba el intrépido chico para desafiar con su mirada al tipo ese que hacía con ella lo que él hubiera deseado. Bloques de hielo muy fríos le caían en sus pies, no se defecó ni tampoco se orinó, pero el rostro, tras el impacto, se transformó de repente en una clara de huevo absolutamente. Abrió los ojos lo máximo que pudo y a la vez no veía nada. Antes de comenzar su frenesí diarreico tuvo otro sentido mejor en su recámara: la calma; y eso lo ayudó a no tener que lavar los pantalones escondido de mamá.

«Esto no me puede estar pasando a mí. ¿Qué le he hecho yo a la vida para merecerme esto?».

Sus padres no se enteraban; Gustavo intentaba ligar chicas —cualquiera le venía bien—,

manteniéndose muy ocupado como para percatarse del cambio tan brutal de Rubén; y, aunque Emma intentaba con sus compañeras averiguar cosas de su hermano, tampoco se daba cuenta de su transformación con tantos buitres encima enamorándola con varios intentos fallidos de convencerla para comérsela.

«Sepárate de él, te lo pido, por favor. ¿Por qué me haces eso, Bárbara? Tú eres buena y te quiero como lo que de verdad te mereces, mujer, hembra, mía, tienes que ser mía y no de él», pensaba Rubén mientras le miraba el rostro una vez más a Raúl, el posible asesino de las catorce puñaladas con aquella navaja que nadie pudo detener.

El rostro era el mismo o, al menos, eso pensaba. La única diferencia era la inmensa lluvia que lo complicó todo. Aquel hombre estaba agonizando, pidiendo clemencia por sus hijos y el asesino no lo perdonó, lo mató tan despiadadamente como si se tratase de un muñeco, y eso era imposible de olvidar. La lluvia, el terror de la imagen, el poco tiempo que pudo mirar por el orificio del contenedor, el que fueran varios matones, todo podía llevarlo a la confusión.

«Pero si hasta mi vida corrió peligro y ahora míralo cómo está, engañándola a ella, fingiendo que es un buen hombre. ¿Qué hago? Tendría que advertirla para salvarla, pero no me creería y mi familia correría mucho peligro. Estoy muy confundido. Esto me supera porque tampoco sé con toda seguridad si fue ese tipo y la puedo cagar si abro la boca. Quizás estoy celoso y mi cabeza quiere venganza. Detente, Rubén, que calladito estás mejor», pensaba Rubén una y otra vez mientras descubría que, detrás del móvil con el que hablaba tanto, el reloj fino y la ropa cara, se escondía un posible animal.

Alguna que otra chica lo invitaba a bailar, pero él no podía ni moverse. Llegaban hasta a decirle que era muy frío y seco —en verdad, lo estaba—, y se largaban cabreadas por el rechazo. Por un instante, observó cómo la pareja se acercaba a sus padres, ligeramente separados de él, y conversaban. Se percató de que Bárbara giraba la vista hacia él señalándolo como muestra firme de que la conversación lo incluía, y eso empeoró su estado inmóvil hasta que, por fin, Gustavo lo sacudió para que saliera del trance, evidentemente sin saber por lo que estaba pasando el muchacho. Aun así, no podía parar de mirarla, calculando al milímetro el terrible peligro que corría su vida al lado de ese posible matón cruel, padre de una niña preciosa que, con su inocencia, le reclamaba su atención, convirtiendo la escena en el colmo de la inverosimilitud. Llevó a su hija en común a la fiesta para darle la sorpresa a su esposa y para que se relacionara con otros niños, aunque mayores que ella, pero niños al fin.

También le era imposible evitar recordar todo aquel deseo sexual que le provocó en el pasado tan cercano, las dos erecciones, el sexo infinitamente profundo, la incomunicación, los deseos desenfundados de verla, el sentirse como un esclavo ante sus carnes y mañas, los sentimientos que se le bifurcaban, la decepción de verla en brazos de otro hombre; todo era un verdadero enjambre de cosas pasando de un lado a otro por su cabeza. Sencillamente, fue la mujer que llenó su vacía mente, embriagándola de pensamientos e ilusiones, todas frustradas ahora, pero al menos las extrapoló al mundo irreal, satisfaciéndose a través del poder mágico de la hembra sin necesidad de utilizar artilugios artificiales. Solamente necesitó pensar en ella para convertir su sueño en azul, limpiando las asperezas del alma y liberando los temores hasta la extenuación. Allí estaba la

profé, su amor, impecable, de negro, mostrándole aquella hermosa espalda, enseñándole sus apetitosos pechos que tantas veces disfrutó encima de los cartones en aquel contenedor apartado.

Demasiado joven para comprender los avatares de la vida.

«Esto lo cambia todo», pensaba Rubén.

Bárbara estaba entrando en su tercer año de experiencia laboral y lo hacía por la puerta grande, con resultados maravillosos, enamorada cada día un poco más de su profesión, repitiéndose constantemente la necesidad de planes de superación, replanteándose como un reto difícil y muy complicado al tener familia. Los proyectos que más le llamaban la atención tenían que ver con la investigación y algunos temas ya los había elegido; era cuestión de empezar para avanzar en dirección a su sueño profesional más ambicioso: el doctorado en Ciencias Químicas. Era consciente del sacrificio que tendría que hacer, pero también de que eran sus aspiraciones más preciadas.

Karla en ese entonces tenía seis años. Era hermosa y cariñosa con los padres. Todos los días había que convencerla para que se tomara la leche usando las técnicas más comunes que todos los padres utilizan, amenazándola con que los dientes no le crecerían y otras cosas que se convirtieron en un juego rutinario todas las mañanas en la cama, con Raúl participando de ellos como un padrazo tierno haciendo un derroche de cariño tremendo.

Casi siempre él preparaba el desayuno mientras que la madre se ocupaba de vigilar celosamente el aseo personal de su hija y, juntas, bajo peticiones, se cepillaban los dientes, a veces con las preguntas típicas mañaneras que solían ser diferentes, viajando de un lado al otro, tocando a toda la curiosidad sin límites ni vergüenzas. Al recordar a mamá rodeada de tantos niños, esa mañana escogió la necesidad de saber todo acerca de su trabajo como maestra y, entre respuestas, explicaciones, cepillarse los dientes juntas, retozar en la cama los tres..., transcurría el despertar, amanecer y la mañana feliz.

No podían competir para nombrar como ganador al primero que terminara el vaso de leche, ya que el desayuno que preparaba el padre en esa casa consistía en diferentes frutas cortadas, tostadas con mermeladas varias, huevos hechos con formas y estilos según el gusto personal de cada uno, zumo de naranja natural recién exprimido y, por supuesto, no podía faltar la leche de la princesa de la casa y el café con leche de los adultos. Esto evitaba la competencia, tantos alimentos juntos sobre la mesa la hacían imposible, entre otras cosas por mantener vigilados los modales del buen comer que tendrían que enseñarle conjuntamente a la menor con el comportamiento en la mesa.

El apartamento estaba ubicado en una zona residencial de la Ciudad Condal rodeado de cristales en la quinta planta, con vistas panorámicas privilegiadas que abarcaban, según la posición de la habitación, un buen trozo de mar, la ciudad o el bosque. Una de las habitaciones vacías la utilizaban como oficina, ya que Raúl trabajaba como agente de ventas representando a varias galerías de arte del país que se conectaban entre sí en forma de red, llevando las ventas maravillosamente con números de escándalo. Ganaba mucho dinero en comisiones, por lo que en casa no faltaba de nada; pero eso no era más que una tapadera, ya que en la vida real él pertenecía a una banda criminal mafiosa, casi convertida en un ejército, ya que operaba con tentáculos estirados desde muchos países, traficando con obras de arte, en su gran mayoría robadas de casas particulares o de otros museos, para después legalizarlas, aparentemente, y de esa manera poder moverlas de un país a otro sin ser detectadas, ubicándolas en galerías o simplemente vendiéndolas

a clientes especiales. Además, sus tentáculos estaban distribuidos de tal manera que en los puertos y aeropuertos tenían soldados en plantilla.

Una mañana cualquiera, toda la rutina en casa marchaba como siempre: los retozos en la cama en familia, la preparación del desayuno copioso, el cepillado de dientes en compañía de mamá, el recuerdo de las hermosas vacaciones que disfrutaron en Canadá y cosas por el estilo; pero, esa mañana en particular, Raúl recibió una llamada tempranera que a su esposa le llamó muchísimo la atención, sobre todo por la hora y la actitud con la que acudió a responderla, porque con tantas galerías a su responsabilidad eran normales varias llamadas en un mismo día.

Recibió con insistencia peticiones de que se quedara por parte de las dos mujeres, pero no fueron suficientemente convincentes para atraparlo y escapó entre las dos, anteponiendo sus responsabilidades laborales como solía hacer, ya que un cliente estaba interesado en una obra de arte muy valiosa que solo él conocía. Él era el más indicado para llevar a cabo esa venta por muchísimo dinero al tener amplios conocimientos de la misma y ser muy hábil para vender; además, la obra estaba ubicada en una de las galerías que él dirigía y el cliente tenía reservado un vuelo muy temprano, por lo que no quedaba opción para desayunar juntos.

Fue a su dormitorio, desprendiéndose de los brazos de su esposa e hija, haciendo oídos sordos a las súplicas mimosas, que tampoco pudieron detenerlo, y finalmente logró vestirse. Para despedirse de ellas, tuvo que hacerlo en el comedor, donde desayunaban solas con una silla vacía, que miró con nostalgia. Besándolas en la frente y siguiendo el ritual familiar, prometió que regresaría temprano para cenar y, lanzando besos, se marchó; besos que provenían de besarse las dos manos para después soplar en varias direcciones.

Al llegar al aparcamiento, otra de las rutinas lo esperaba: todos los días se agachaba para examinar los coches por debajo, cerciorándose de que todo estuviera correctamente y en perfectas condiciones, y de que no hubiera nada que lo hiciera volar por los aires en pedazos. Algunas ventas a extranjeros resultaron un tanto complicadas y, en ocasiones, exigían devoluciones, llegando hasta amenazas de muerte. Arrancó y salió del edificio en su Mercedes Benz negro. Un rato más tarde, lo hacía su esposa con su hija, con la única diferencia de que no tenía la necesidad de agacharse para examinar su coche por debajo. Esta vez iba con Karla, puesto que llevarla a la escuela era cuestión todas las mañanas de quien ganara la rifa, un sano juego en el que participaban los tres y que casi siempre ganaba Raúl porque así lo quería el viento, aunque alguna ingenua trampa hacía, ya que le gustaba y disfrutaba con ello. Estar junto a su hija le transmitía mucha paz.

Las dos iban en el coche sin hablar ni una palabra. La divertida mañana había desaparecido, transformándose en un día más del montón. Aparcó donde pudo y, caminando, fueron cogidas de la mano hasta la escuela. Una vez allí, con buenos besos y fuertes abrazos interminables, se despidieron con promesas incluidas, siempre y cuando se cumplieran los deberes. Era inicio de curso y, al mismo tiempo, la integración de Karla por primera vez a la escuela: un día precioso, único e irreplicable, en el que todos los padres acudieron para no perderse la fiesta, excepto Raúl. Los niños se mostraban con sus rostros preocupados; otros lloraban; los había que se lo tomaban con relativa calma y preferían disfrutar; había reacciones de todo tipo, pero era incomprensible

estar ausente en ese momento tan especial y delicado para un niño. Allí estaban las dos abriéndose paso entre la multitud con el objetivo de escuchar lo que hablaba Lucía, la directora, que les daba la bienvenida a los nuevos, agradeciéndoles a todos los resultados del año anterior, prometiendo que este año iría mejor para todos.

Algunos niños hacían lo imposible por no desprenderse de los padres, que a su vez tampoco querían marcharse; pero, sin embargo, Karla se acomodó muy bien y la curiosidad por entender todo aquello la hizo sentirse atraída, teniendo en cuenta el cambio de rutina. Llegado el momento, mamá tuvo que despedirse formalmente, sobreponiéndose como todos los padres que allí permanecían atrapados; pero el deber llamaba.

De regreso a su trabajo, Bárbara, con toda su ilusión, se encontró el mismo espectáculo con Elisa, su directora, que, reunida con todos los estudiantes de la misma manera, se refería a ellos, más o menos, con las mismas palabras de acogida a los nuevos y de felicitación por los resultados del año anterior a los demás.

En clase, con nuevos estudiantes incorporados, se presentó como la profesora que les enseñaría Química, rezando a todos los santos para no volverse a tropezar con ninguna erección en ese curso escolar. A la vista faltaba Rubén, lo que la hizo recordar aquellos ojos que brillaron desde que la vio entrar dando sus pasos firmes, impecablemente bella, vestida con falda blanca y una blusa azul celeste que dejaba ligeramente perceptible el sujetador, y no pudo evitar sentir las mismas sensaciones de antes. Impresionada con lo novedoso, comenzaron las manos a sudarle y el corazón le bombeaba a una velocidad que ya le preocupaba.

Intentaba poner en línea los sentidos mientras recordaba aquella endemoniada libreta llena de guarradas exquisitas y estimulantes, que nunca dejan de ser bien recibidas siempre que alguien se sienta deseado, aunque la hipocresía y el deber son una amalgama imperfecta que funciona, a veces, en los sueños azulitos que él le contaba en sus intimidades, convirtiendo las fantasías sexuales en puertas que la naturaleza abre y por las que entra solo aquel que confía en ellas, sin importar la edad, el sexo ni la diferencia. En verdad, la puerta se abre para quien quiera entrar y disfrutarlas. No podía esconder el sudor de la cara que la delataba, sintiéndose observada por todos. Los gestos que intentaba fingir ocultando detrás de ellos que traicionaba sus principios éticos no funcionaron y, peor aún, muchos comentarios continuaban llegándole a los oídos y le zumbaban constantemente. Bárbara intentaba luchar, pero el deber manda, imponiendo la búsqueda urgente de una respuesta que se le atragantaba cada vez un poco más.

«Pero si es un niño, ya no lo es tanto. ¿Entonces?».

Era un secreto entre los dos aparentemente bien guardado, para ese entonces casi en boca de toda la escuela, pero en casa las relaciones sexuales existían de manera muy esporádica, sin llegar su satisfacción sexual a la plenitud. Raúl ni la tocaba, mucho menos la miraba y apenas la deseaba; era un esposo fiel al dinero, al trabajo y a su descarada vida paralela con otras mujeres de su entorno. El apetito sexual se había esfumado.

Era un apartamento bello, pero sin luz; el baño estaba repleto de cremas de todo tipo que tampoco sacudían el despertar sexual de su esposo. Se desnudaba para cubrirse de esas cremas masajeándose su cuerpo en su presencia, pero él la ignoraba para evitar compromisos impuestos.



Ella se miraba en el espejo, se veía joven y atractiva pero apagada. Su vida en el último año de matrimonio fue un calvario acomodado al confort, al dinero, a las posibilidades y a la estabilidad de su hija Karla.

«Mujeres que se adhieren como lapas al estatus, la comodidad y la estabilidad inestable de la convivencia».

Muchas veces se planteaba la iniciativa de ofrecerse un cambio, independizarse le estaba costando mucho, no dejaba de vivir con la balanza ubicando en cada extremo todo lo que tenía y todo aquello de lo que carecía. Al principio todo fue diferente, él nunca había tomado iniciativas ni creaciones sexuales que mantuvieran el espíritu del placer despierto, pero algo hubo, en ocasiones, ella era esa, aquella mujer que intentaba todo por salvar la pareja. Entonces, el implacable tiempo fue arrollándola hasta dejarla desprovista de iniciativas que hicieran a Raúl darse cuenta de que una vida mejor era alcanzable.

En un instante, todo en la vida de Bárbara se transformó; apareció Rubén con sus dos erecciones que la volvieron loca y no pudo evitar verlas ni recordarlas en aquellas noches de soledad mientras nadaba al compás de los peces, en silencio. La balanza se desplomó.

Entonces, ella seguía a lo suyo, intentando no sudar. Era el tercer año consecutivo que impartía clases en la misma escuela, con algunas nuevas inclusiones, las mismas caras y el respeto que sentían por la profesora era indescriptible, ganado por sus conocimientos profundos acerca de la materia, además de por predicar con el ejemplo. Nadie, excepto Elisa, se le acercó para decirle nada con respecto a los supuestos encuentros con Rubén en aquel contenedor apartado y constantemente mantuvo la distancia con los demás.

En cambio, durante toda la clase, en lo único en lo que la mente de Rubén pensó fue en el contenedor viejo de la fábrica de jabón abandonada, y con esa duda tuvo que convivir un buen rato. Visitar ese lugar rompería la delgada línea mágica entre el amor y el placer. Permaneció inmóvil ante la decisión final, pero, así, con ese mismo dilema, había pasado un par de meses y, con Gustavo todavía en la escuela, seguía luchando por superar con todas sus fuerzas por sí mismo los problemas internos con la Química y Bárbara, sin solución a la vista que le explicara el porqué de tener la obligación de traicionar sus principios éticos personales.

No se habían visto durante las vacaciones escolares. Rubén no alcanzaba a descifrar el porqué. Se imaginaba miles de razones: aquel esposo, la hija, la incomunicación, los cada vez más grandes comentarios por todos sitios. Hasta Gustavo le preguntaba a menudo si de verdad había existido algo entre él y la profe, pero siempre lo negó anteponiendo su palabra de hombre.

Bárbara había descubierto inesperadamente que Karla estaba cansada la mayor parte del tiempo y le notaba algún problema respiratorio, siendo todavía simples síntomas a ojos de una madre — las madres nunca duermen dudando siempre cuando se trata de un hijo, encendiendo la luz de alarma rápidamente—, pero tan lejos no estaba de la verdad.

Un día, sin decir ni una palabra, salió como una fiera en busca de su coche. Dirigiéndose al hospital, condujo con relativa prudencia. El volante no se le escapaba de las manos aún con el exceso de sudor que desprendían y, durante todo el trayecto, no respetó algún que otro semáforo. Iba distraída más que preocupada. Un policía que conducía una moto en sentido contrario, al darse

cuenta de la conducción temeraria de la conductora, giró y la persiguió, pero le fue imposible seguirle el rastro, ya que, al incorporarse a la vía, él sí que tuvo que respetar las leyes del tránsito para predicar con el ejemplo y la otra pudo escapar, ignorando que otra patrulla la seguía a distancia.

No tuvo más opción al llegar al hospital que aparcar donde pudo, pero muy mal, tanto que minutos después llegó la policía, la multó y además llamaron a la grúa, que se encargó de cargar al Audi A6 blanco y depositarlo donde mejor se les daba.

En su cabeza, por donde precisamente pasaba un flujo de preguntas, no encontraba la estabilidad por la que tanto había luchado. Su hija debía ser observada por un médico. Y, por otro lado, estaba Rubén, del que le era materialmente imposible desprenderse, a pesar de su intento en estos dos meses en los que no hizo nada por verlo, aún consciente de que él estaría allí en aquel punto en el que coincidieron un día de esos y solo tenía que tener valor para ir y encontrarlo, pero no lo hizo. Otra piedra en su camino era su esposo, que nunca estaba.

«Esas son cosas que no se eligen, caen desde el cielo en caída libre como asquerosas púas con puntas finas que nos desbaratan, atravesándonos el cuerpo frágil e indefenso para quedarse a vivir con nosotros una vida agónica con *flashes* puntuales, tenues e improvisados, rasgándonos por dentro la carne hecha trozos, creando canales por los que tenemos que andar todos los días al amanecer cuando despertamos sin ellos», pensaba Bárbara mientras esperaba al doctor.

Recordó por un segundo de lucidez que tenía un esposo a quien podía recurrir en caso de apuro. De inmediato, comenzó a llamarlo. Raúl no contestó a ninguna de las trescientas llamadas de su desesperada esposa, que no tenía a nadie más que la ayudara. Sus padres trabajaban en el extranjero y no consideró oportuno llamarlos; a fin de cuentas, no tenía nada que contarles, por lo que no le quedó más remedio que permanecer sola.

«A veces, el viento te apuñala para después soplar fresco sobre la herida».

Volvió a recordar por otro segundo que tenía esposo, haciéndole la llamada trescientas una, y tampoco contestó. Entonces, decidió que no llamaría nunca más en toda su vida.

«Siempre contestó mis llamadas menos importantes, aquellas que de verdad no servían para nada, incluso la que le hice ayer para pedirle que deseaba hacer el amor, que no llegara tarde a casa. Me dio sexo, sí, del malo, de aquel que llaman básico, mete y saca, y después ¿qué? Nunca le noté una erección exuberante en el pantalón, bien pronunciada, que partiera la tela, y tampoco hizo nada para mostrármelo con la mano. Siempre se corre dentro de mí y le he pedido más de mil veces usar preservativos. No sabe, ignora si he estado satisfecha alguna vez. Jamás me ha preguntado por mis orgasmos», pensaba, además, estas frágiles cosas que tambalean a una pareja que solamente necesita un punto de inflexión para que salga al descubierto tal y como es en realidad, sin disfraces que la cubran de su atropello voraz, alimentando la duda y el desconcierto.

Raúl apareció de noche, agotado y con más dinero en la cuenta. Olía a alcohol del bueno, la ropa desdeñada, el pelo negro desordenado, y mostraba cansancio. Nada más entrar, se encontró a su esposa esperándolo, sí o no, tal vez no, como no podía ser de otra manera, despierta, sentada en el comfortable sofá del lujoso apartamento manchado del vacío más silencioso. Se detuvo a dos metros de ella, que se puso de pie para evitar que se acercara.

—No esperes de mí otra llamada, jamás lo haré. Karla estuvo en el hospital, conmigo, evidentemente. —Esto se lo dijo con relativa calma natural, pero tres segundos después se desató la fiera con todo el talego repleto descansando en su silla turca sin espacio para otra carga. Le gritó, lo insultó, lo ofendió, le contó todo sin parar de gritarle en su cara, tan cerca que la saliva le limpió el rostro cargado de horror. Le recordó que habían sido las últimas trescientas una llamadas que le había hecho en la vida, pero le aseguró que fueron esas y ni una más, anunciándole que solo le respondería en caso de que anduviera con Karla; de lo contrario, que no se molestara en llamarla porque no le contestaría. Caminaba de un lado al otro, a veces más rápido y a veces más lento, segura de que esta situación cambiaría sus vidas para siempre, y Raúl no pudo aguantar el dolor para terminar sirviéndose un trago bueno de brandi español, apartándose de ella, por miedo, aprovechando la esquina más apartada del confortable sofá para sentarse y volver a equivocarse.

—Perdona, es que he tenido un día de perros. —Nada se le ocurrió decir excepto ese disparate, tan real como inadvertido, que pasaba de largo escapando con su sentido cubierto dentro de un sorbo de brandi español.

—¿De perros, dices? Día malo lo hemos tenido tu hija y yo. —Enfurecida por la asquerosa explicación, a la que jamás le encontraría el sentido, se acercó lo máximo que pudo a quien hasta ese día había sido su infiel marido, inclinó su cuerpo para estar más cómoda y gritándole, rociándole todo su sucio rostro otra vez, le pegó, primero con una mano, después con la otra, abiertas las dos, pero fuerte, advirtiéndole que no estaba de bromas y que midiera sus palabras, recordándole el principal principio básico de la vida—: La familia es lo primero, Raúl. Siempre que te he necesitado, nunca has estado. Tu puñetero trabajo solo ha servido para tener un poco de lujo. No sabes lo que es un día malo y, por favor, no quiero que te acerques a la habitación de Karla. Tú con tus mujeres, váyanse al carajo.

Él bebió todo el líquido de la copa; ella se sirvió sola un buen trago, también de brandi español, bebió todo lo que quiso y se marchó a la habitación de su hija, adonde él no la alcanzaría, con toda la luz verde para dormir en su puñetero trabajo si lo deseaba, o donde quisiera con aquellas y, más aún, con quien prefiriera, menos con ella.

Cerró la puerta con seguro por dentro, concluyendo así el tema. Permaneció despierta toda la noche buscando esperanzas allá donde fuera, consciente de que la llamada del doctor sería definitoria para su vida. Rodeada de juguetes y dibujos colgando de las paredes y del techo, tuvo la oportunidad de observarlos uno por uno, sintiendo el aroma y la ingenuidad que cada juguete o dibujo le ofrecían.

Él no se cubrió los golpes, no tuvo fuerzas para hacerlo, le permitió que se desahogara todo lo que quiso y volvió a beber. Después, marchó a su habitación y tampoco durmió, pues era un hombre destrozado por la avaricia. El amor por su hija y la compañía de su esposa eran lo único auténtico que poseía, probablemente lo único que lo hacía sentirse ser humano verdadero. Había estudiado Historia del Arte con niveles profundos, dedicándole muchos años a su carrera. Le gustaba el arte y su creación, pero los vientos lo arrastraron y aprendió paralelamente a traicionar

con desparpajo, destruyendo su único hogar por donde quiera que pasara con su carrera profesional y las mujeres, mezcladas las dos como una inseparable amalgama de traición y arte.

Al amanecer no hubo desayuno de ningún tipo. Ella se preparó un café con leche y se lo bebía en uno de esos espacios donde desde la ventana podía ver el mar, al que consideró por primera vez una verdadera obra de arte de valor incalculable.

«Goloso mar, olas duras que tragan y expulsan, con su insaciable sed. Atrevido y revoltoso, espuma dura que salpica y muerde, rocas que se burlan mientras duran. Esa espuma, esa, la de mar, parece una pulpa espesada de agua, sal, arena y esperanza. Lo sé».

Era temprano cuando el teléfono sonó escandalosamente. Bárbara, con autoridad, se ocupó de contestar, y fue entonces cuando él, al escucharla hablar, tuvo la obligación de salir de la habitación, la guarida donde permanecía escondido como una rata.

Era Ronald, el doctor. Hablaron varios minutos, que sirvieron únicamente para escuchar las mejores palabras de su vida. Karla estaba perfecta según los resultados de los análisis y le permitiría volver de vuelta a la escuela, puesto que no corría ningún peligro junto a su familia y compañeros. Todo había sido una falsa alarma de una madre agobiada por todo lo que la rodeaba.

Sentada sobre la butaca, colgó el teléfono haciendo un infructífero intento por mantenerse firme. No pudo lograrlo y rompió a llorar libremente de felicidad, sin la necesidad de pedir permiso a nadie. Él se acercó roto, en silencio, recibiendo una mirada tan profunda como mojada, convincente, además, y se apartó sin poderla consolar, tratándose de la madre de su hija, que se le escapaba sin poderlo remediar. No encontró la puerta de la reconciliación ni el perdón. El ambiente no podía ser peor.

Bárbara respiró varias veces tan profundamente como pudo sin despertar sospechas exageradas y entró al baño. Se aseó riquísimo con muchos deseos, limpiándose de todo aquello sucio que le había dejado la vida el día anterior y que además había convivido con ella toda la noche, dejando caer el agua suave, limpia y purificadora sobre su tierno y delicado cuerpo, desde el cabello, mojándose la cara sin detenerse hasta la nuca, para no pensar, con un respiro sordo que imperceptible, además, le dio fuerzas para no tener que dar explicaciones banales a nadie. Se vistió con mucha clase en silencio, bella, impecable, seduciendo con todas sus fuerzas a la fe que no había perdido por escasos minutos y esperó que Karla despertara de su sueño tan profundo como bello.

—¿Dónde está papá? —preguntó Karla estirándose.

—En casa, esperándote para darte un beso. —Esa fue la respuesta de una madre sin opciones.

—Hoy vamos a pasear tú y yo solas para hacer lo que nos dé la gana.

Rieron, se abrazaron, se besaron como si la vida comenzara de nuevo. La ropa la escogió Karla en un juego muy divertido en el que fingían ser actrices de cine. El desayuno fue un vaso de leche y se despidieron de Raúl, que no daba crédito a lo que veía, pero así se largaron a disfrutar de todo un día que esperaba por ellas.

—Mamá, ¿dónde está tu coche?

—En el taller, tuvo una avería.

—Pero si era nuevo, mamá.

Unas preguntas, tres para ser exactos, aparentemente inocentes, y la mentira imprescindible como mecanismo de autodefensa donde se eclipsa la sensibilidad con la supervivencia. Sin ella no sería posible la vida, nos acompaña a todos sitios y en cualquiera de las circunstancias.

Karla volvió a preguntar por el padre, pero esta vez la madre no le contestó, asegurándose una vez más de que ese era un verdadero problema que caería sobre su espalda y muy sola tendría que solucionarlo.

Por su parte, Raúl estuvo reunido todo el día y parte de la noche.

Era verdad que el jefe lo había ascendido sin tenerle en cuenta el fracaso de la última misión, algo que tendría que agradecer eternamente, y las preocupaciones primarias eran otras; detenerse en cosas banales no formaba parte del procedimiento de la empresa. Brindaron al finalizar el análisis, llegando a conclusiones con muchas garantías sobre la mesa. Una botella de buen vodka no duró demasiado para saborearlo dando por terminada la reunión de trabajo.

Al regresar a su lujoso apartamento, Raúl se encontró a su esposa investigando en internet cosas. Saludó, pero no fue recíproco el saludo, ya que su ausencia constituyó un hecho intolerable para ella que la obligó a mentirle a su hija. Por ello, prefirió prestarle mayor atención al ordenador, ignorando todo objeto que la rodeaba o aquello que pudiera desviarla de su investigación.

Él preguntó por Karla; tampoco obtuvo ni la atención ni la respuesta. Dio unos pasos tímidos, pero con un poco de energía obtenida por el vodka de las reuniones logró molestarse por la ausencia de atención.

—Estoy hablando contigo, Bárbara. No olvides que podré ser lo peor, pero ella es mi hija también —gritó un poco envalentonado por el alcohol; ella ni se inmutó al escucharlo.

—¿Qué?, ¿me vas a matar? —No se lo pudo creer, jamás hubiera esperado recibir de su esposa una respuesta así de cruel, y le surgieron tantas dudas que inevitablemente le indujeron a buscar dónde podía estar el mayor error—. De hacerlo, me harías un gran favor, Raúl.

Lo remató obligándolo a retroceder e ir directamente a la habitación de Karla, que dormía plácidamente respirando el aroma familiar. La besó y se acostó a su lado para observarla con mucha ternura y cargo de conciencia. La tapó, no sin antes percatarse de que a su izquierda estaba la ropa y zapatos de su esposa, lo que indicaba la mudanza total de habitación. Con la agarradera en la mano, antes de abrir la puerta, ella le dijo:

—Papá, hueles a alcohol malo.

—Sí, mi amor, lo sé.

—Te quiero, papá.

Fue demasiado fuerte escucharla. La situación en casa estaba muy tensa con toda la sumatoria de los problemas convergiendo en el mismo punto de cada día. Sin poder soportar el error, se sirvió un trago de brandí español que compensaría el triste y desolador sabor que le había dejado el vodka que por obligación tuvo que tragarse; por obligación tuvo que declarar que estaba muy rico y brindar riendo junto a aquellos multimillonarios compradores y posibles clientes, dejándole amarga su alma y confundiendo su paladar. Se sentó alejado de su esposa para realizar el inevitable ejercicio de meditación que siempre fue mejor con un buen sorbo que le relajase los músculos. Así estuvieron hasta que ella se levantó en silencio para servirse un trago —esta vez

prefirió de *whisky*— que también le relajara sus tensiones. No se dio la vuelta. Solo veinte centímetros la separaban del mueble donde permanecían las botellas mágicas y espirituosas. Desde ahí habló al viento o al mueble, que era lo que tenía enfrente, o a quien quisiera escucharla, y sin dar muchos detalles informó que estaba decidida a divorciarse.

—Como hombre o como padre, tú escoges la manera en que vas a vivir. —Bárbara terminó su trago con un segundo sorbo, se levantó y apoyó sus dos brazos bien estirados sobre el mueble de los licores espirituosos que le había servido de compañía, bajó la cabeza y, sin decir ni escuchar nada, se marchó a la habitación de su hija y cerró la puerta con seguro por dentro, haciéndole entender que nada tendría que ir a buscar allí. Con ella se llevó el portátil para continuar con su insaciable búsqueda de información científica relacionada con la Química.

Él se emborrachó para dormir en el sofá y pudo lograrlo. Luego, llegó la hora en que aparecieron las voces de reclamo desde todas partes y desde todas direcciones, además de ser voces muy distintas con tonos altos y bajos o medios, según circunstancias. También aparecieron risas desagradables que lo acompañaban, abrazos torpes y grasosos, mantecosos besos que crucificaban el error, manos brutas que aprietan los dos cachetes sacudiéndolos adelante y hacia atrás, inyectando la dosis perfecta de veneno con muchas miradas que no miran, sino advierten.

Por fin amaneció con la peste a brandí español que invadía todo el lujoso apartamento, pero los tiempos no estaban para detenerse en cosas insignificantes; emborracharse en una casa donde hay un niño pequeño, además con situaciones familiares especialmente duras y complicadas, era una tremenda equivocación, pero nadie estuvo dispuesto a localizar los típicos aromas que servían para contrarrestar al error; la aromaterapia fue cosa del pasado.

Ella, impecable, salió de la habitación de su hija cerrando la puerta firmemente, seduciendo a la fe e intentando comunicarse con el viento para poder ir al trabajo, puesto que Elisa, su directora, tenía que estar informada de todo. Pedir la liberación para largarse lejos era complicado, pero tenía por medio el amor por Rubén y el honor, al menos hasta que resolviera la situación con su esposo. Él no contestó, tendría que conformarse con quedarse callado y velar por su hija. Cuando la vio salir de la habitación, ella dijo:

—Ni tu hija ni yo somos responsables de tu pasado. Sé que fue muy difícil para ti. Perdóname por recordártelo, no debería romper con nuestra promesa, pero no me queda otro remedio.

—¿Sabes lo duro que es que una madre abuse sexualmente de su hijo? —preguntó Raúl llorando.

—No lo sé con exactitud, afortunadamente, pero duro sí que lo es. Te repito: nosotras no somos las responsables de tu pasado y nada justifica tu comportamiento.

—Entonces, perdóname —pidió Raúl roto completamente, sin poder contener el dolor de la frustración confusa, viendo cómo su esposa respiraba profundo una y otra vez de espaldas a él, de frente a esa puerta que abrió para marcharse con todo dicho.

Desmoralizado, con las dos manos en la cabeza, la impetuosa resaca y teniendo muy claro otra vez que solo las tenía a ellas dos en esta vida, porque era el único lugar desde el que le había llegado el amor, pero algo lo motivó, quizás escuchar a Bárbara referirse a él después de tanto silencio, o quién sabe si haber tocado el tema de los abusos sexuales a los que fue sometido por años por parte de su despiadada madre le hizo librarse un poco del peso de la culpa. Se levantó

como nuevo y, tras cerciorarse de que su hija dormía de verdad, aprovechó para darse un baño que le limpiara del mal y preparó un suculento desayuno para dos comensales. El puesto que quedaba vacante nadie lo podía ocupar.

Un rato después, cuando estuvo con mayores fuerzas y el estómago repleto, decidieron por orden de Karla visitar un parque de atracciones elegido por ella, donde padres y niños disfrutaban, regresando la alegría a casa. El médico había recomendado una vida normal y eso fue lo que decidieron: acabar con el mundo; le prometió que comerían pizza, tomarían helado, montarían en todos los aparatos del parque de atracciones, pero qué más daba, por un poco de diversión nada se estropearía, y así lo decidieron los dos.

Al llegar al *parking*, después de cumplir con su respectivo ritual de revisar su coche por debajo —para el asombro de su hija, pues a la madre nunca la veía en ese extravagante movimiento—, ya que aún con el ascenso no confiaba en esa gentuza, se percató de que el Audi A6 no estaba y recordó escucharla decir que se iría en taxi al trabajo, pero no le prestó atención, achacándole a la resaca el haber escuchado mal. Sin embargo, su Mercedes Benz negro sí estaba. Entonces, el parque infantil de atracciones era su prioridad; así la tendría distraída.

Se divirtieron mucho los dos. Él fue muy participativo junto a los demás padres con sus hijos, que algunos festejaban cumpleaños; los abuelos estaban presentes cuidando de todos, todos alegres, sin poder evitar la irremediable interacción entre los niños, obligando a los mayores a hacer lo mismo, relacionándose entre ellos, utilizando los mismos temas de un ascensor: dónde trabajas, a qué te dedicas, el calor... y así sucesivamente, con buenas pausas de silencio. Después, sin abusar del esfuerzo físico, hicieron todo lo prometido en casa, motivado por el cargo de conciencia, y llevó a Karla de compras para que escogiera un regalo y se lo entregara personalmente a su madre.

Tomaron helado de chocolate y de fresa, y comieron pizza de cuatro quesos, en contra de los hábitos tradicionales, convirtiéndolo en su secreto íntimo y personal, violando todas las leyes de la alimentación de un niño, pero por un día ¿qué más daba? Se divirtieron por todo, y por todas las fechorías que hacían sin la vigilancia de mamá la conducta infantil se fue al garete con una tarde de vientos frescos y dulces para los dos.

Una eternidad tuvieron que esperar y, con ella, surgieron todas estas dificultades que le enseñaron a vivir, a tener en cuenta que la vida es como una ola de mar que sube y baja con la misma precisión, con la misma velocidad, siempre que no se encuentre obstáculos en su camino que la ralenticen o, por el contrario, que navegue libremente hasta llegar a la orilla sin que nada la detenga, apartándose para dejar paso a otras que vienen detrás muy velozmente, repitiendo el ciclo necesario entre la vida y la muerte, este ciclo que corre muy deprisa.

En uno de los mejores ratos de su vida, mientras disfrutaba de sus vacaciones, que entre otras posibles cosas le motivaron a reír con su hija, Raúl recibió una llamada de su jefe ordenándole que de inmediato viajara a Tenerife, donde se efectuaría una exposición con muchas probabilidades de vender buenas obras.

—Jefe, ahora tengo problemas. Deberíamos aplazarlo unos días —le contestó Raúl a su dueño, consiguiendo con esto cabrearlo. Sin importarle un comino que tenía familia ni sus problemas

cualesquiera que fueran, comenzó a gritarle furioso, recordándole el ascenso que le había prometido dentro del sector y amenazándolo con que, por el contrario, si no cumplía con sus compromisos de ventas, tendría que despedirlo.

Convencido de que lo haría sin escrúpulos, se transformó en puro nervio, observando el rostro de su hija, que se dio cuenta de que algo de repente no andaba bien con su papá. Ver a su hija con la bolsa de regalos en sus dos manitas, aferrándose a ella, sobreprotegiéndola con todas sus fuerzas, lo partió en dos, además de hacer que se pusiera tenso. Alguna decisión tendría que tomar ante tales complicaciones; todas navegaban en su mente libremente: su casa, su familia, las comodidades, la banda de poderosos ricos y la ingenuidad de una niña que se paseaba entre la vida y la muerte.

«Ojalá me lleve la muerte más temprano que tarde, esto ya no lo soporto, me supera, y el peso que tengo encima es irresistible», pensaba Raúl de regreso a casa conduciendo su Mercedes Benz negro.

Bárbara seguía a lo suyo durante el trayecto en taxi: «¿Cuánto de mutables somos? Tanto como cambiantes. ¿De qué depende que lo seamos tanto? Depende de mí, de las erecciones de Rubén, de su sexo que me obliga a pensar en él. Completa el dolor de mis deseos de vaciar mi piedra que en su centro alberga todo lo que soy y, peor, lo que seré, ese día en que no exista ese motivo que me obligue a vivir».

En cuanto su directora, la pudo atender y ella se sentó en su oficina con una presión tremenda, agregada a la irresistible confusión.

—Necesito unos días, quizás unos meses. Me voy a divorciar. —Hacérselo saber a Elisa, a la que cogió de sorpresa, la hizo sentirse algo más desahogada. A la directora no le gustaba para nada la idea. Recostó la espalda en su silla giratoria y, moviéndola de un lado a otro sin quitarle la vista, pensando qué decirle ante un problema tan delicado y viéndola tan exageradamente desesperada como mujer, decidió no meterse de lleno a opinar, considerando grave la situación.

—Supongo que Raúl estará de acuerdo, lo doy por hecho, ¿verdad? —fue en el único aspecto que decidió meterse, solamente en ese, al ver tanta indecisión en aquellas palabras. La inseguridad se le notaba muy fácilmente mientras bajaba y subía la mirada. Ella era fiel testigo de la profundidad de las inquietudes de Bárbara. Su divorcio lo fue y su amante diez años menor también lo fue; entonces, solo le quedaba comprenderla.

—Sí, eso espero —contestó a la difícil pregunta de su jefa, que, en un último intento inusual para persuadirla, la invitó a despedirse de sus estudiantes, a lo que no se opuso. Lo hizo entrando a cada una de las clases, despidiéndose, asegurándoles que regresaría pronto. No perdió la oportunidad para pedirles apoyo para el nuevo profesor que la cubriría en su ausencia.

Los estudiantes estaban asombrados, como era de esperar, puesto que todo movimiento constituía un acontecimiento para ellos que rompía la rutina del día; pero en el caso específico de Rubén fue terrible: no daba crédito a lo que escuchó por voces extrañas. Escuchando lo que le decían tantos compañeros en forma de burla, de repente le invadió la culpa como sentimiento natural, comprendiendo de una vez de manera definitiva, según él, que de verdad había traicionado a la lealtad. Ella se lo insinuó de distintas maneras, al menos las que tenía a su



alcance; el poder quemar aquella endiablada libreta sin que nadie supiera de su contenido fue una muestra de lealtad que Bárbara le puso en sus manos, mostrándole el camino tan largo que a él le quedaba por andar; y, observándola en la distancia, impecable de bella, seduciendo la fe, se prometió jamás dejar de usar sus recuerdos. Se buscaron con las miradas y se encontraron nuevamente con el amor; el lenguaje en clave esa vez se equivocó. No pudieron esquivarse ante las macabras miradas de aquellos que esperaban que cayera la bola nueva. Mucha carga tenía ella en sus hombros y no podía hacer otra cosa que intentar recomponer su desorden.

Aquel recorrido que comenzaba en sus labios gruesos, pasando por sus hermosos pechos hasta morir en sus piernas limpias y finas era precioso, pero ya Rubén lo consideraba indigno y doloroso al ver su rostro diciéndole que no todo le iba bien. No lo miró en ningún momento de la despedida, bajó la mirada despejando todo tipo de posibles dudas: jamás la traicionó.

Concluido el duro recorrido, su inseguridad se agravó, pero no la pudo convencer. Se despidió de la jefa, que se quedó muy dolida al ver que no había podido convencerla, aunque había otras opciones no tan desesperadas, con su liberación temporal firmada todavía en la mano, mirándola cada dos minutos. Elisa, frente a ella, no podía olvidar todos aquellos temas: Rubén, Raúl, su hija, el trabajo, el confort de su vida... Nada le cuadraba, y los nervios la atropellaron al pensar en las consecuencias de esas decisiones tan turbias como inexactas que pudieran venirle encima, pero se estrecharon las manos frías y sudadas, y vino el abrazo después. Con ello se detuvieron todos los proyectos de la profesora de Química, que ya no podía aguantar más.

Por el camino decidió beberse un café con leche en un bar ubicado en el mismo medio de la calle, sola, para centrarse en todos los pasos que tendría que dar a partir de ahí en adelante. En ese preciso instante pasaban la asquerosa noticia de que en la India cada treinta minutos violaban a una mujer, y a la mayoría le hacían una cola de hombres esperando su cruel turno; pero lo peor fue escuchar que el abuso sexual en el matrimonio no se consideraba un delito. El camarero la interrumpió para servirle su café con leche bien caliente, con galletas de chocolate como guarnición. Ella se lo agradeció, ya que lo necesitaba tras un día muy agobiante; aún recordaba el rostro de sus estudiantes y el de su directora.

«Qué asquerosidad de hombres, pero peor es un pueblo que no hace nada por evitarlo. Pido a Dios por todas esas mujeres, mejor, por las de todo el mundo, que han sufrido este despiadado acto lleno de crueldad, que deje caer sobre sus cabezas su justicia, si existe, condenándolos para siempre, sin tiempo que perder», pensaba mientras la indignación y la impotencia intentaban dominarla. Sin embargo, estaba tan bella con camisa negra, pantalones negros y gafas negras que el camarero no hacía otra cosa que interrumpirla con todo lo que ella tenía que hacer; cada hombre que pasaba a su lado no podía evitar mirarla con deseos de depredadores inconscientes, otros no podían soportar las emociones varoniles y le decían algo muy cortésmente, sin ofenderla. Llamaba la atención y mucho, pero la chica no estaba precisamente para bromas, por lo que decidió abandonar el bar, sustituyendo el paseo por otro taxi, y por el camino se dio cuenta de que todo, absolutamente todo lo que veía a través de la ventanilla, le llamaba la atención: los niños jugando, los edificios modernos y los antiguos también, los jardines, la vegetación de las calles... Llegó el instante en el que miró al cielo tan hermoso como nunca; las nubes las encontró dispersas,

pero muy blancas y esponjosas, sintiendo muchos deseos de tocarlas para después dormir sobre ellas alejada de todo. Eran cosas que daba por hecho que existían, pero que nunca se detuvo a observar.

«Si pudiera enterrar una lanza gorda, larga, pero con punta fina y lisa en la tierra con una cuerda fuerte para poder enterrar otra de mis lanzas en el cielo, entonces, de vez en cuando, podría dormir en paz sobre ese colchón de espuma blanca y sana con mi hija, donde seguramente nadie nos molestaría, sin almohada; nunca hacen falta cuando tenemos amor. El amor en sí es esa almohada donde reposan todos y cada uno de nuestros sentimientos. Nosotros somos la almohada que permitimos que reposen nuestros conflictos, permitiéndoles a ellos que abusen, si es que lo hacen bien». Se despojaba de algunos de sus conflictos mientras deseaba terminar y regresar a lo que era, sin importarle su lujoso apartamento ni los desayunos copiosos. De la existencia del Audi A6 blanco ni se acordaba. Todo era nada para ella. Él continuaba siendo menor de edad y eso le era un obstáculo complicado de obviar.

Nunca llamó a sus padres para pedirles alguna recomendación por temor a que le cambiaran el rumbo; en cambio, sí que se decidió a informarles de la decisión del divorcio, cuestión que causó mucho revuelo, enloqueciendo a los dos, agarrándolos por sorpresa en Escocia, donde trabajaban. Llantos desde un lado del teléfono y llantos desde el otro lado fue lo único que pudieron aportar. Utilizar a sus padres era un derecho que ella tenía por la simple cuestión, entre otras tantas, de deberles la vida y deberles todo. Ellos, de inmediato, decidieron regresar, pero nunca llegaron a tiempo.

Al llegar a casa, finalmente, todavía con el papel de la liberación temporal de su trabajo en la mano, el ambiente no era bueno y pudo olfatearlo rápidamente. Su esposo aparentemente intentaba caer en gracia fingiendo demasiado, ocultando miles de cosas que irremediamente se les escapaban de las manos sin poderlas agarrar.

—Mamá, te compramos un regalo y yo lo escogí. —Ese fue el recibimiento esperado en cuanto se vieron, fundiéndose en un beso primero y en un abrazo sin final, después de esos que no existen casi, sin deudas que pagar, sin rencores, sin diferencias, incluso sin esperar nada por ellos. Esos son.

Entre las dos, a petición de mamá, abrieron la bolsa. Dentro encontraron un marco nuevo que sustituiría al viejo que protegería la foto de familia; era mucho más bonito y moderno, además de que lo había escogido la niña. La otra parte del regalo consistió en una cadena de oro con la virgen protectora en un dije precioso. Se la colgó en el cuello de inmediato y, a la vez, entre las dos comenzaron a trabajar para colocar el cuadro nuevo con la foto de familia, elogiándose una a la otra el esfuerzo junto a la mirada ajena del padre, que fingía una sonrisa. Terminado el esfuerzo, la obra quedó perfecta: papá, mamá y nena juntos en una foto que era muy importante. Era posible que fuera con certeza la más importante de todas las fotos.

Por la noche cenaron en silencio una sopa de pollo, pan y ensalada de vegetales, con la ausencia de la botella de vino y, mucho menos, celebraciones. Cuando todos terminaron, Bárbara acompañó a Karla hasta su habitación para, como de costumbre, leerle su cuento favorito del momento, escogido por la reina; y en un abrir y cerrar de ojos estaba durmiendo con tímidos ronquidos. La

besó cuarenta veces por todos sitios antes de tajarla, la observó y respiró tan profundamente como su alma le permitió, segura de que en la sala la esperaba su otra parte desdichada con la mesa del comedor sin recoger.

Raúl, al verla salir de la habitación, fue directamente hacia el mueble que soportaba la botella de brandi español y la agarró durísimo, suspirando el trago que no pudo tragarse.

—No lo hagas —le advirtió con demasiada autoridad. La voz fue de volumen bajo, pero llevaba la energía de una madre herida a muerte dirigiéndole con sensatez para que se sentara en la butaca de frente y escuchara con atención la propuesta acerca de los resultados de su investigación—. Ya tengo decidida parte de mi vida. Necesito que me comprendas y no intentes convencerme, no es necesario. Necesito el divorcio. Voy a recuperar todo lo perdido a tu lado, que es demasiado. Me has dado bienestar, calidad de vida, una hija que es mi mayor tesoro, pero no me satisfaces como mujer; es más, nunca te ha interesado lograrlo. Tampoco sé si eres lo suficientemente hombre para satisfacerlas a ellas, pero eso no es trascendental en estos momentos, al menos para mí. —No fue una elección arbitraria, durante mucho tiempo venía cocinándose la decisión, solo faltó el motor que la empujara.

Él, desmoralizado, no podía refutarle con ningún tipo de autoridad; por el contrario, tuvo la obligación de hablar o desembuchar justo lo necesario.

—No te preocupes, lo tendrás todo, pero yo tengo que ir a Tenerife a una exposición. Me imagino que lo tienes todo amarrado. —Raúl desembuchó sin mirarla, no lo podía hacer por miedo. Ella bajó la cabeza con los brazos apoyados en sus muslos, alzó la vista, lo miró y supo entonces que estaba confirmado el fin, el fin de todo, el final, habiéndole entregado en sus manos la posibilidad fresca para que reconociera sus errores sin ninguna necesidad de confesarse y empezar con algo diferente para intentar salvar a la familia; con ella entonces salvaría el hogar que, con la vajilla aún sobre la mesa, inmóvil, representaba que ya todo estaba también perdido. No supo aprovecharla, no lo pudo leer o no quiso hacerlo. Como buen chimpancé triste sin sus maduros plátanos, se marcharía a Tenerife sin tener en cuenta que, de alguna manera, el perdón siempre está presente.

Así se despidieron, con suspiros en silencio como en la profundidad del océano, reconociendo que la vida sin sonidos también era posible: escuchar a veces era peor; el silencio a veces era mejor.

En la habitación con su hija se despojó de toda la bonita ropa negra que a tantos hombres les había gustado, celebrándosela allí por donde pasara con gallardía, deseándola con fuerza. Otros no tanto, pero a todos recordó, uno por uno, como si de una necesidad doméstica frustrada se tratase. Cada hombre de esos le significó dar un pequeño paso olvidado en el asfalto y recordado en el viento sin entrar en su piedra. Hembra también, escuchando la respiración pura de su hija, se permitió un buen baño con agua fresca, no sin antes cerrar la habitación con seguro por dentro, para apagar la fuerza halagadora de sus otras partes y limpiarse de toda la saliva que viajó desde la asquerosa boca de su marido hasta su pulcro y virgen cuerpo y que, de alguna manera, había llegado hasta allí.

«Ese trabajo de mierda yo no sé qué tanto le ocupa. ¿Qué puede ser más importante para un

padre sano que su hija y su mujer? Estoy sola con ella y así andaremos hasta que la vida nos lo permita. Era apuesto y seductor, inteligente y próspero, mi único hombre en toda mi vida. No lo hice bien, establecer comparaciones es muy saludable, pero no me permití ese privilegio tan sano y salvador, a veces. Ya no tengo tiempo de regresar, otro hombre invadió mi espacio secreto y me hizo recordar que yo soy una mujer por encima de todo». Por donde quiera que el agua fresca se deslizara le dejaba un recuerdo de insaciables burbujas, sabiéndose de apetitosa piel fina, pero de fe torcida que en pocos minutos la dominó. Presa del agotamiento, recordó la última vez que los tres cruzaron la avenida para disfrutar de la playa.

«Qué lindo mar, azul claro, y parecía una sopa llena de vida, en la espuma lechosa que ardiente burbujeaba en la orilla como caldo salvaje que avisa y advierte. Ahí mismo enterraría una de mis lanzas gruesas con punta fina y lisa con una cuerda larga. Iremos hasta allí, hasta aquella raya hermosa que vi; era perfecta, con rectitud exacta. Allí la vida podría ser mejor. Junto a esa raya enterraría, si pudiera, otras de mis lanzas».

Las cosas a Rubén no podían irle peor o, mejor dicho, le iban de mal a peor; en principio, porque tuvo que conformarse con despedirse de Bárbara desde la distancia y, luego, desde su clase a través de la ventana ubicada en una tercera planta, la observó de camino a un taxi con su cartera como única arma y un papel en la mano que decía algo. Ignorando lo que sucedía, apartó la vista cerrando los ojos cargados de frustración.

Ya sin su amigo protector y sin la profesora de Química en escena, le quedaban solo dos recursos de relajación en la mano: por un lado, su templo con la mamá gata y sus posibles gatitos, a los que visitaba muy a menudo para alimentarlos de leche y también darles algunos alimentos sólidos con cierta frecuencia; y, por otro, las obligadas pajas con frecuencia extraordinaria, casi a diario, como lo exigía la edad. Sorprendentemente, Gustavo tuvo que viajar a Portugal con sus padres, lugar de origen de la familia paterna. El pueblito de origen del padre era Odeceixe, en el Algarve, en el sudoeste alentejano y la costa vicentina, que seguía siendo muy tranquilo, con una vegetación verde atractiva para los amantes de la vida natural, hasta el punto de que llegó a ser una de las playas nudistas más importantes del país, conservando todavía el aroma bohemio de la ciudad. Algún que otro problema de salud había surgido con los abuelos; el caso fue que se quedaría solo en clase otra vez, sin ayuda de nada ni de nadie y, mucho menos, protección. La noticia desarmó a Rubén por dentro; por un instante había conocido la libertad y sentía que se le estaba escapando. No había momento fijo para que Gustavo se despidiera de él, era cuestión del destino el que escogería el día, era solo cuestión de esperar contando los días. Por esas fechas desaparecieron del contenedor de la fábrica de jabón abandonada los dos y un abrazo cruel del destino los separó para siempre un día de esos.

Gustavo fue a su casa a despedirse. Allí pudo apreciar la familia tan unida que Rubén disfrutaba, pero respiró un aire tormentoso y daba por hecho que el mundo daría vueltas extrañas; se marcharía dejando a su amigo en manos de algún ángel y con la duda de su posible relación con Bárbara. Dieron un pequeño paseo por el barrio y hablaron de muchas cosas, esas que los amigos no olvidan: recuerdos, logros, fracasos. Un abrazo cómplice definió la separación, comprendiendo los dos la esencia que lo envolvía.

Como si se tratase de una broma de la vida, apareció el rencor por el tiempo perdido de sus compañeros de clase. Los demás aprovecharon su debilidad, retomando sin piedad la agresividad, golpeando a Rubén desde todas las direcciones posibles y volviendo las burlas y las ofensas verbales. Todos le exigían que declarase su relación con la profesora de Química; ese era el único momento en el que medianamente se defendía. Andrés retomó el tema de la merienda, que ya en clase solo la llevaba él, sin encontrar la más mínima resistencia. Volvió a aparecer la orina en los pantalones, con todo lo que eso conllevaba: lavarlos de prisa, escondido en los baños. Sentía que se le escapaba la vida por algún sitio. El mundo volvió a ser gris para él, el sol dejó de ofrecerle lo mejor de su arte y las fantasías desaparecieron unas detrás de la otra sin poder aferrarse a ellas.

Continuaban los rechazos de la mayoría de sus compañeros constantemente y crecían las noticias que inevitablemente corrían como el agua, explotando como la pólvora, haciéndose cada minuto más universales, convirtiéndose en un fenómeno cíclico del que era difícil desprenderse. Con miedo a todo y a todos, solo le quedaba un único recurso, y no precisamente de relajación:

aguantar soportando el peso de la cobardía como una piedra en su espalda. Uno de los pocos cambios fue que la merienda en casa fue suprimida, evitando al menos esa tremenda humillación de que lo despojaban del fruto del esfuerzo de sus padres. Todo lo demás seguía de la misma manera incontrolada, corriendo siempre delante y detrás, divirtiéndose muchos lanzándole golpes o cualquier tipo de objeto sólido con carácter contundente sin impactar su cuerpo hasta el momento. Parecía que el viento nunca corría a su favor. El acoso escolar estaba en su punto más despiadado.

En su casa iba avanzando con algunos cambios, bajo la observación atenta de sus padres, que no querían tomar medidas precipitadas sin resultados significativos todavía. Sí que aceptaban que le dedicara la mayor parte del tiempo libre a la literatura, recurso que usaba constantemente como pretexto para no poner un pie fuera, donde sabía que lo estaban esperando para disfrutar con su dolor, por lo que se refugiaba en esa excusa que, sin dejar de serlo, cada vez se convertía más en un hábito productivo.

La hermana, por el contrario, no paraba; con nuevas amigas en su nueva escuela, tenía otras cosas que explorar. De vez en cuando, se metía en algún barullo sin pensárselo mucho, le daba igual quién fuera, aunque ya la conocían y el respeto se lo había ganado a pulso. Si tenía que pelear con un hombre, lo hacía y, si por su camino se atravesaba una chica, pues más fácil lo tenía. A veces iban todos juntos al supermercado del barrio y, sin estrafalarias conversaciones de comprar esto y aquello ni aquello otro, se ajustaban a las necesidades básicas. Acostumbrados ya, así les iba la vida. Cuando andaba con los padres y la hermana, Rubén se sentía muy protegido y reía incluso más de lo habitual, lo cual confundía un poco a todos, que responsabilizaban, en parte, al hábito de lectura que había adquirido, sustituyendo a los juegos grupales. De todos modos, le encantaba disfrutar con el padre de los partidos de fútbol del fin de semana.

Dentro de poco, el Maca cumpliría años, y Margarita y Emma se dieron una escapada discretamente para comprarle su regalo. Recorrieron todas y cada una de las tiendas del barrio mirando tantas cosas sin poder escoger, soñando con todo; al fin y al cabo, soñar no les costaba nada. Se divertían las dos burlándose de sus necesidades, hablando cada una de lo que harían y lo que comprarían cuando fueran ricas. Uno de los sueños de Margarita era comprarse de una vez por todas un Audi A6 blanco, exactamente igual que el de Bárbara —no podía olvidar su clase y su comportamiento durante aquella visita, tan inolvidable como educativa, ni su elegancia cuando conducía—; pero, bajando y aterrizando forzosamente sobre la tierra real pura, dura y sucia, después de tanto caminar, vieron un reloj a lo lejos muy bonito con un precio asequible a su economía, que era casi sin economía, pero para algo daba.

La otra propuesta era la de comprarle un móvil nuevo, ya que el que tenía le estaba dando tantos problemas que era mejor ni usarlo; de hecho, lo dejaba en casa todos los días para no explotarlo contra el piso de los cabreos innecesarios que alcanzaba a coger con el viejo aparato. Al final, las dos fueron hasta el reloj, decantándose por él al quedar cautivadas por sus encantos cuando lo vieron de cerca. Efectivamente, lo tocaron, se lo probaron y, finalmente, presas del cansancio, decidieron que ese sería el regalo definitivo del Maca, ya que tampoco tenía reloj y andaba despistado siempre con la hora. Resuelto lo del cumpleaños, pagaron con la tarjeta de crédito, que

por suerte tenía algo de fondo, y dentro de la misma tienda del barrio se sentaron en una cafetería a beber algo, aprovechando esa intimidad para hablar de la vida y matar la sed, no precisamente filosofal.

De vuelta a casa, con el regalo bien escondido, se encontraron con la grandísima sorpresa de que el Maca y Rubén habían lavado toda la ropa sucia, y no solo eso, sino que ya la estaban colgando para que se secase, lo que consideraron toda una hazaña doméstica varonil, celebrándolo con aplausos, que fueron recíprocos de un bando a otro, con reverencias incluidas. Solamente faltaba terminar con la comida, pero ahí también se habían lucido los hombres de la casa con el pescado ya descongelado y los garbanzos —que Margarita había dejado en remojo desde la noche anterior para poder darse la planificada escapada con Emma— a fuego lento casi cocinados, y muy bien que estaban quedando, teniendo en cuenta el olor que de ellos se podía respirar y que se extendía por toda la casa, llegando incluso hasta algún que otro vecino que gritaba halagos culinarios. Entonces, exigieron otros aplausos con sus respectivas reverencias al escuchar a aquel público improvisado. Las mujeres tuvieron la obligación de reconocer esa eficiente proeza masculina y, con la boca abierta, se quedaron sin palabras.

Era fin de semana, por lo que comieron juntos muy relajados. Vieron alguna película para seguir en plan conquista al terminar de recoger y limpiar todo el reguero; de eso se encargaron los hombres también. Después, con todo el derecho ganado, un partido de fútbol, donde padre e hijo vieron cómo el árbitro se equivocaba en sus decisiones, según ellos, originando el debate eterno junto al necesario objetivo, que no era otra cosa que la estrategia familiar para mantener la compenetración entre todos utilizando viejos trucos. Las chicas de la casa se limitaban a burlarse con miradas llenas de complicidad mientras los chicos se disgustaban por aquellas absurdas jugadas, creándose la típica polémica eterna.

Motivado por el partido, al terminar, Rubén decidió salir de casa a confraternizar con los demás niños del barrio, aportando su preciado balón, más que todo por impulso natural necesario, pero no lo aceptaron, alegando que los cobardes no entraban en el grupo, y lo amenazaron con el fin de que se fuera con diversas ofensas, dejándole bien claro que, de lo contrario, le pegarían una paliza. Sin embargo, no le permitieron marcharse con su preciado balón, por el que luchó hasta donde pudo, recibiendo una patada en su estómago que inevitablemente lo obligó a salir corriendo otra vez sin sentido ni dirección. Desvió su rumbo dirigiéndose hacia su templo y se lo encontró vacío. Mamá gata no estaba y su refugio se convirtió en una tortura por primera vez. La soledad lo invadió. Tampoco estaba Bárbara para consolarlo. No le importaba la pelota, ya estaba vieja, no le importaban los insultos, ni siquiera le importaba la patada en su estómago; le importaba su futuro.

«¿Cuándo podré tener una novia? Y, si la tengo algún día, ¿podré caminar con ella libremente? ¿Podré defenderla si llegase el caso? No lo creo, y no sé qué hacer», pensaba Rubén dentro del contenedor apartado y vacío. Por segunda vez, volvió a pensar en el suicidio, pero irónicamente le falló el valor.

Sin opción y con la cabeza dándole vueltas como un trompo, consideró que era la hora de llegar a casa, pero tenía que hacerlo sin el balón que en su día el padre le había regalado por su

cumpleaños tras una elección entre las pocas ofertas que tuvo. Cuando hay lomas o montañas de juguetes, alguno se escapa del control de los padres, pero específicamente este no era el caso y, rápidamente, el padre se dio cuenta de que no traía de vuelta el balón. Le hizo la inminente pregunta y no se le ocurrió otra cosa que responder, sino que de buena fe se lo había dejado a sus amiguitos del barrio, pero que, cuando terminaran, se lo traerían de regreso a casa con toda seguridad.

—¿Por qué lo haces? —preguntó el Maca enfadado, muy serio y dudando mucho.

—Se la presté yo, papá. —Fue incapaz de mirarlo a los ojos y, por si fuera poco, bajó la cabeza, gesto que delataba su mentira. Su padre, como gallo viejo, lo supo de inmediato, aprovechando la oportunidad para descubrir algunas cosas de las que sucedían alrededor de su hijo, un niño que solo tenía un sueño: ser feliz y poder caminar con honor.

La conversación se estaba tornando un poco fuerte y con grandes probabilidades de desestabilizar la tranquilidad del hogar y la familia. Las mujeres estaban distraídas en sus mundos repletos de complicidad con algunos nuevos fenómenos a punto de aparecer con la edad y la belleza de Emma, que despuntaba tremendamente apetitosa, pues ya se le notaban los enormes pechos, que atraían a medio mundo varonil; el pelo rubio y su piel blanca estaba creando adicción entre la multitud, que no paraba de dar vueltas por la zona intentando encontrar el instante apropiado para comérsela. Pero no era el momento de descubrirlos aún. Y allí fue el padre, a paso lento, mirando al frente. Había jóvenes de todas las edades, pero solo hizo falta que se percataran de su presencia para abandonar el balón en tierra de nadie y apartarse a pasos de gigantes, vigilando sus espaldas. Lo recogió sin decir una palabra y los miró a todos desafiante. Ninguno habló.

El Maca era un hombre que había sido, en parte, muy desafortunado durante la carretera de su vida. Muchos lo habían sido, pero él más. Cuando solamente contaba con la edad de tres años, un día dejó de ver para siempre a sus padres. Papá y mamá habían fallecido enfermos de tuberculosis, enfermedad terrible que en aquellos años era incurable. Morían por montones, ricos y pobres, pero en su mayoría pobres, y en su caso no pudo ser diferente. La madre contrajo primero la enfermedad, y después el padre, que se contagió al no abandonarla ni un segundo. A partir de ese instante, sin los cuidados y la protección de sus padres pasaron, tanto él como sus hermanos, a la custodia de los tíos, repartidos por todos sitios como malamente pudieron. Desarrolló su vida fundamentalmente en el campo. El trabajo en la finca era mucho y muy duro, por lo que los estudios prácticamente ni existieron: le era imposible ir a la escuela y tampoco le ofrecieron alternativas para estudiar. Producían alimentos varios. La cría de animales también formaba parte del trabajo: gallinas para obtener huevos, vacas que daban mucha leche —de la que, a su vez, elaboraban queso— y cerdos que tenían que alimentar cocinando para ello batata cultivada para ese fin. Una de las tareas asignada por su tío para el pequeño Maca era precisamente la de ordeñar las vacas para extraer la bendita leche, tarea que se realizaba de madrugada. A nadie le importaba su estado de salud y, en ocasiones, tuvo que hacerlo enfermo, con mucho frío, tras varios empujones, obligado a trabajar siendo aún un niño. La fiebre llegó a ser alta en ciertos momentos y con ella llegaban los maltratos. La producción en la finca no podía



detenerse, ya que eran muchas bocas que alimentar, pero sí que observaba muy fácilmente el trato diferente que le daban a sus primos, que sí estudiaban, y a ellos sí que les aplazaban el trabajo en la finca hasta que tuvieran una edad adecuada.

Su habitación, por así llamarla, estaba apartada del resto y mal atendida. Lo ignoraban con bastante frecuencia, teniendo que aprender a buscarse la vida sobre la marcha, aprendiendo los hábitos de higiene y organización por sí mismo. Sus hermanos, un varón mayor que él y dos hembras, corrieron suertes similares y fueron repartidos en otras fincas de diferentes tíos que también los adoptaron. Estaban bien distantes unas de otras, sin comunicación casi; solamente pudieron volver a reencontrarse ya como adultos.

Los años iban pasando y, con ellos, el Maca continuaba sufriendo el rechazo que le hacían en casa. Sentía que molestaba prácticamente en todos sitios, excepto en el trabajo, junto con los animales o cultivando la tierra de sol a sol. Pero un día explotó toda su ira, depositándola sobre uno de los beneficiados primos, y se produjo una gran pelea que desembocó en la expulsión definitiva de la casa y su envío a un orfanato que, al final, le vino de maravilla. Aprendió muchas cosas en la escuela, donde los estudios eran obligatorios, y también pudo relacionarse con otros niños de igual categoría social que él. Los educadores lo trataban muy bien y con mucho respeto, sin recibir maltrato de ningún tipo. Jamás lo obligaron a trabajar enfermo; por el contrario, en la enfermería lo trataban como a un enfermo, atendiéndolo amablemente llegado el momento, y nunca le pegaron. Fueron los mejores años de su vida en curso con diferencia. Tenía estabilidad en todo, no le faltaba comida ni una manta para cubrirse del frío. Las actividades deportivas eran opcionales, pero la participación era masiva, por lo que los niños ya podían desde temprana edad desarrollar los músculos.

Su hermano, que era mucho mayor que el resto, se había independizado de los tíos buscándose la vida trabajando, aunque se decía que era un poco mentiroso, pero no le daban mucha importancia al tema. El caso fue que un día, en contra del criterio del director del orfanato, sacó al Maca del centro con el sano objetivo de ofrecerle una vida mejor. Fue un error gravísimo a esa edad, todavía sin las fuerzas necesarias para barrer los obstáculos, y la vida se lo cobró pasados seis meses, cuando el hermano mayor se ahogó en la playa. Entonces, se volvió a quedar solo otra vez sin el amparo de nadie, en manos del viento, teniendo que enfrentarse a cuanta vicisitud existía en la tierra: peleas callejeras, la propia supervivencia y la necesidad de imponer el respeto de la manera que fuera necesaria; en fin, la vida.

Jamás robó, jamás se prostituyó y jamás traicionó. Por el contrario, trabajó donde fuera que encontrase un empleo, hábito que adquirió desde muy poca edad, y no abandonó los estudios, superándose para que poco a poco la vida lo premiara por su esfuerzo. Con los años, eso exactamente fue lo que le ocurrió, su premio mayor le vino inesperadamente un día de aquellos: conocer a Margarita. Entre los dos decidieron crear un hogar tan humilde como hermoso, con Emma primero, ejerciendo de hermana mayor de Rubén, que vino al mundo después, afortunados hijos de un matrimonio digno, formado sobre la base de grandes principios que serían muy importantes para su desarrollo social.

Todo ese recorrido constituyó la base de su carácter.

Después de tanto tiempo trabajando y luchando por vivir o sobrevivir, se encontró con este inesperado problema de Rubén rozando los límites de su cura o salvación. Estas cosas que le sucedían a su hijo las descubriría una por una, ya que cada vez eran más evidentes e imposibles de ocultar por mucho tiempo, teniendo en cuenta que fueron advertidos también por Bárbara en aquella visita con la libreta en mano y también en la fiesta de fin de curso. Tenía mucho carácter y, si había tenido que pelear, lo había hecho sin miramientos; nunca había provocado a nadie y respetar había sido una de sus mayores virtudes. No le gustaba hacer visitas ni que lo visitaran en su casa y tampoco montó bicicletas ni usó tenis. Nunca había cantado un trozo de una canción y, mucho menos, había silbado; en sustitución, le gustaba leer cuando tenía tiempo para hacerlo y los puros constituían su pasión, ya que, mientras fumaba, hacía lo que mejor se le daba: pensar.

El Maca era un hombre que hablaba muy poco, casi nada, e incluso ni con la familia. Observa todo y sabía todo. Las sonrisas eran esporádicas y le costaba mucho besar o abrazar. No lo hacía, aunque a veces sí con su esposa, cuando «quería algo de ella», doblando también entonces sus esfuerzos en funciones domésticas, y ella le concedía los favores con mucho placer, conociéndolo y sabiendo de qué iba el hombre por ese camino.

Mayormente era un hombre solitario. Arrastraba un concepto de «amigo» muy claro y personal, teniendo en cuenta cómo lo había tratado la vida y las veces que fue objeto de traiciones baratas. De hecho, una de ellas provocó que estuviera cuatro años en prisión separado de su familia; fueron tiempos muy duros, precisamente el periodo en que nació Rubén, gracias a las visitas de Margarita a prisión. Se impuso ante aquellos hombres diferentes sin ley y mandó a todos, fue el jefe que impuso su ley con estilo personal, usando el respeto como arma esencial, con los golpes como algo aleatorio, evitándolos cada vez que pudo, sin rechazarlos cuando aparecieran, sirviéndole la mesa a todo aquel caballero que quisiera comer con ella, según las circunstancias.

Así era el Maca, un padre ejemplar con la fuerza necesaria para sobreponerse ante todo tipo de obstáculos y adversidades desde que era un niño, un padre que cualquier hijo quisiera tener, que nunca les pegó para educarlos. En su lugar, escogió aquellos principios básicos que la vida le mostró mientras era arrastrado por el viento, aprendiéndolos para que después conformaran la ética para vivir.

Con el balón en la mano y de vuelta a casa, insistió con sutil delicadeza, pero con carácter, demostrando la necesidad, ante la presencia de la madre y la hermana —que muy atentas observaban—, de saber todo, comenzando por lo ocurrido con la pelota de fútbol y los chicos del barrio.

Rubén no pudo más. Hasta ese momento tan especial llegó su maltrecha alma y, de un plumazo, se derrumbó, cayendo en el vacío cuantas lágrimas golpearon estos últimos años su joven y todavía vivo corazón. Todas las que quisieron cayeron empapando el suelo como chorros de balines; en cada una llevaba una daga que le rajaba por dentro la carne blanda y tierna sin respeto ni bondad.

«Bondad, alguien dijo que era sinónimo de imbecilidad».

Al ver el llanto con los sollozos, tantos que le impedían llorar, el Maca soltó el balón para agarrarlo suavemente de sus hombros, consciente de que había llegado al fondo del problema.

Solo faltaba la confirmación.

—Hijo, cuéntame todo, por favor. —Las ásperas manos del padre, magulladas por el tiempo, con sus dedos gruesos maltratados por la tierra dura y seca y el viento, puestas sobre la delicada piel de Rubén; los hombros tímidos, encogidos, sacudiéndoselos suavemente con delicadeza, sabedor de que su hijo no pasaba por un buen momento, lleno de fragilidad. Solo quería que lo mirara, pero se orinó, y esa fue la luz que el padre necesitó para abrazarlo tan fuerte, empapándose de aquella maldita orina, compartiéndola junto al dolor, rompiendo ese pedazo de hielo frío y quemante, que como barrera subsistía entre él y el cariño. Fue su primer abrazo que pudo ofrecer.

La madre y la hermana, incrédulas, se limitaron a observar, dándole todo el espacio a ellos dos, esperando el desenlace de todo aquello que había roto la armonía del fin de semana en familia, constituyendo el inicio de nuevos tiempos que se avecinaban y nuevos esfuerzos con ellos.

—Rubén, reacciona, por favor. Soy tu padre y tengo el derecho a saber todo —el Maca insistió de una manera magistral, ofreciéndole toda la confianza posible con el objetivo de sacarle todo de adentro o, al menos, una parte.

Margarita tenía en sus próximos planes la elaboración de un potaje de verduras que se quedó a medias junto a la masa de croquetas caseras de pescado, que nunca sobran en ningún sitio, eran un éxito siempre que le ponía sus manos, siendo el plato estrella aclamado y deseado por todos; pero lo tuvo que aplazar, abandonando las labores culinarias. La cocina se le daba muy bien, le gustaba y además la relajaba, pero esta vez prefirió acercarse para participar también, aunque a varios metros de separación, en la conversación acerca de su hijo con el padre por el balón de fútbol.

El Maca les pidió con sabiduría a las dos que se marcharan, alegando que era problemas de hombres, aunque ellas no comprendían nada al principio y se hizo entre ellos enseguida un silencio sepulcral. Afortunadamente, luego, lo entendieron por el bien del chico y, aunque confusas y atormentadas, aceptaron el regreso a la cocina como dos señoras para darle continuidad a la elaboración del potaje de verduras y las croquetas de pescado, seguras de que era la mejor opción para que Rubén, sin la presencia femenina, pudiera de una vez desahogarse, después de verlo suspirar tanto, sin nada que pudiera detenerlo, para al fin saber toda la verdad.

Los hombres se quedaron solos, finalmente. Entonces pudo hablar, interrumpido en ocasiones por algunos suspiros rezagados que de vez en cuando aparecían, pero ya nada lo detendría. La seguridad que le mostraba el padre junto a la fuerza del carácter lo empujaron a desahogarse para no ocultar ni un minuto más la verdad sobre su doble vida.

—Papá, lo de los dulces no fue una pelea, me los quitó uno más grande y fuerte que yo pegándome duro en la cara. Alcohol tuvieron que ponerme en la nariz los hombres que trabajan en la pastelería del barrio para despertar. Pensé en suicidarme lanzándome a una rueda de un camión. La merienda que llevaba a la escuela me la quitaba todos los días un chico más grande y fuerte que yo, pegándome; además, siendo lo que mayor dolor me causaba, por el sacrificio que ustedes hacían para que yo tuviera algo de comer, corría a esconderme en el baño cuando me orinaba, teniendo que lavar los pantalones escondido de todos ustedes.

»En la clase, un chico me pegó, obligándome a tragarme su orina. Todos los días me pega y el

resto se burla, incluyendo las niñas, que, cuando pueden, también me pegan y se burlan de mí, todos los días de mi vida, papá. En el barrio no puedo jugar, todos me odian porque dicen que soy un tremendo cobarde; me empujan, me escupen y me pegan. Tengo mucho miedo, papá; siempre corro y me orino de miedo. Gustavo era el único que me defendía y ya no está. Papá, he pensado en suicidarme por segunda vez.

Fue una exposición en toda regla de manera general acerca de su vida hasta ese momento, que le entró al padre por dentro quemándolo y cargándolo con un odio nefasto al mundo, por segunda vez.

«La sociedad es buena en su gran mayoría; a veces, los malos somos nosotros por no saber controlarla. Calma, la necesito ahora mejor que ayer. Los chicos son buenos, pero hay que educarlos para que no le hagan esas cosas a mi hijo. No lo permitiré a cualquier coste que venga. Me da igual mi vida, que a él se la entregaría toda sin pedir ni siquiera un abrazo a cambio, tampoco un beso. Lo único que pediré será que haga las cosas tal y como yo le diga, que lo haga sin pensar en las posibles consecuencias, de ellas me encargaré yo», pensaba el Maca intentando buscar y encontrar el equilibrio de la paz mental y la solución al conflicto allá donde no existía, donde estuviera..., pero a saber dónde encontrarlo.

Le agradeció a su hijo el valor que demostró al contarle toda la verdad. Faltaron muchas cosas, evidentemente, pero lo esencial sí que lo contó, ofreciéndole mucha seguridad para juntos, en un trabajo planificado, resolverlo todo, dándole a entender que era un problema de muy fácil solución, intentando sacar al chico del estado en que se encontraba.

«¿Fácil?», se preguntó Rubén, al que le fue imposible ocultar el rostro asombrado, lo que no pasó por alto para el padre, seguro de que la tarea venía con un grado de complejidad tremendo. Finalmente, fue obligado a prometerle que haría todo y cuanto le orientara. Eso les tomaría un tiempo y era imprescindible que no se desesperara, pero solución tendría, y así lo hizo el chico. Después, lo mandó al baño para asearse y esta vez sí que sería la madre, con todo su dolor, quien lavaría el pantalón empapado de su orina.

Estaban las dos, que habían bajado el ritmo en la cocina, sin hablar de sus intimidades. Solo pensaban que serían nuevos tiempos en la familia, una nueva etapa que a su vez imponía la paz y la relativa tranquilidad ficticia que se heredó a partir del miedo y el temor junto al silencio, que sobrevivió exactamente idéntico al de los peces.

El procedimiento para el tratamiento en este tipo de situaciones debía ser discutido con Margarita, que aceptó irse a la cocina con Emma, pero no iba a vivir de espaldas, eso no se lo permitiría a nadie, y tendría que contar con ella para dar cualquier paso acerca del tratamiento de su hijo. Era muy complicado y él lo tenía claro, también tenía clara —así evitaría mayores dificultades— la participación de la madre por obligación, por lo que decidió esperar. En familia, almorzaron finalmente el potaje de verduras y las ansiadas croquetas, en este caso de pescado, y, cuando todo estuvo recogido, fueron a la tele. Por mayoría democrática silenciosa, se decantaron por una película. El padre colocó en el suelo enfrente de todos el balón de fútbol viejo, casi roto, como símbolo del maltrato por las patadas, como un trofeo que representaba el valor. El tratamiento había comenzado.

Durante la noche, los dos en su alcoba matrimonial discutieron durante horas, en las que prácticamente fue ella quien propuso el proyecto para la cura del chico, que debía comenzar con carácter urgente. Sucedió que Margarita puso el grito en el cielo cuando escuchó la propuesta de su marido, nada más decir la primera palabra en el arranque, negándose radicalmente y sugiriéndole el médico como la vía correcta y sana, asegurándole que los resultados no tardarían en llegar.

El Maca aceptó para darle la oportunidad a su esposa de que se equivocara, nada convencido, sabedor de que esa no era la solución ni de lejos y de que los resultados nunca llegarían, pero era la madre y tenía que escucharla. Según su cabeza, era imposible sacar a su hijo del hueco en que estaba bañándolo con medicinas y palabras, ni con las otras tantas alternativas que se ofrecen para estos casos graves y extremos de *bullying*, que forma parte de la diversión asesina para algunos expresada en agresiones violentas verbales o físicas, o ambas incluidas, además de acosos psicológicos, agregando la exclusión social casi de manera definitiva, llevando en ocasiones a varios niños a pensar en el suicidio o a cometerlo tal cual, como ya había ocurrido en varias ocasiones en otros casos. Para ello debían informarse adecuadamente sobre el tema que iban a tratar y, a su vez, de las posibles consecuencias, descubriendo en su investigación que podría llegar a convertirse en fracaso escolar, fobia al colegio, depresión, así como baja autoestima, entre otras tantas cosas. Esa noche la lámpara maravillosa los alumbró hasta la madrugada mientras discutían el nuevo proyecto doméstico.

Fue mucho lo que tuvieron que leer acerca de este fenómeno que, por desgracia, era desconocido solamente para ellos. Se auxiliaron en las habilidades de Emma adquiridas con sus amigas acerca del uso de internet y, en el locutorio del barrio, hicieron entre los tres el trabajo investigador. Lo que más asombroso les resultó fue el alto porcentaje de niños que sufrían por esta asesina actividad, descubriendo que existían otras variantes como la del *ciberbullying*, fenómeno para el que no estaban muy preparados.

—Anacario, por Dios, no puedo creer que algunos de estos maltratados niños piensen en el suicidio como la única vía para la solución del problema, considerándola la más rápida para escapar del sufrimiento que otros niños les producen, y peor aún es que se divierten con ello.

Margarita leía eso junto a Emma en voz alta, pero el Maca evitó por todos los medios posibles decirles que Rubén era uno de esos casos. De haberlo hecho, sabía que iba a crear directamente el verdadero caos en el que ninguna de las dos viviría en paz jamás, además de que el no hablar formaba parte de su plan personal.

Acudieron de inmediato al psicólogo en busca de ayuda como profesional más indicado, según internet, para evaluar los daños, que ya eran muchos, y para superar el trauma en lo posible. La dirección de la escuela fue informada de inmediato de todo lo que acontecía, así como diferentes padres, buscando respaldo y agotando la mayor cantidad de recursos y tiempo tanto en el colegio como en el barrio.

En lo primero en lo que se fijó el padre en su primera visita fue en que el psicólogo tenía una cola de niños para atender; por diferentes motivos, intuía él. Al llegar su turno, una de las cosas

que escuchó fue la propuesta de potenciar las habilidades sociales del afectado chico, recomendándole el terapeuta ciertos métodos modernos para reducir el estrés.

El tiempo pasaba como siempre lo hace, deprisa, sin resultados a la vista. Con toda la insatisfacción que tenían, decidieron dar otro paso importante en la vida a petición de la madre. Ese paso fue poner una denuncia por medio del inspector de Educación. El Maca se presentó personalmente en la policía a poner formalmente la respectiva denuncia, correctamente, como buen ciudadano, siguiendo todos los pasos y rellenando cuanto papel le dieron allí, a petición de su esposa, a la que él complacía en todo.

Los días, al igual que los meses, pasaban con el progreso casi nulo; algunos cambios se veían, pero nada significativos. Rubén seguía recluso en casa con su buen hábito de leer y los padres trabajando y pidiendo semanas de vacaciones aisladas para poder hacer frente al tiempo que necesitaban dedicarle a su hijo. Emma, que no podía hacer más que protegerlo ofreciéndole el amor incondicional de hermana, en una de sus escapadas con sus amigas, descubrió en internet que los psicólogos profesionales privados cobraban ochenta euros por cada consulta. Muy llamativas encontró las fotos con las que promocionaban su producto, con ropas finas y elegantes de trajes, seguramente caros. Pero era un «capricho» que ellos no podían de ninguna de las maneras pagar.

La paciencia del padre estaba llegando a su fin con el tema de los médicos, los psicólogos, la escuela con su directora, los vecinos del barrio, las denuncias... y todo seguía igual, pero empeoró cuando su hija les dio la información acerca de su hallazgo descubierto en internet; escuchar el precio que cobraban aquellos profesionales fue la bomba que estaba a punto de detonar y que todavía no había detonado.

En su investigación privada se acercó a la pastelería del barrio, preguntó a los hombres que allí laboraban y le contaron todo como sucedió aquel día, bien explicado, cuestión que lo irritó mucho. De vuelta a casa, con el dolor y la desesperación de un padre, miró a un lado mientras andaba. Había varios chicos reunidos, jugando felices, gritando, riendo y disfrutando, pero en cuanto lo vieron caminar por la acera opuesta todos callaron; él se dio cuenta.

«El tiempo de felicidad terminará muy pronto para ustedes, así lo he decidido yo», pensaba, pero no los miró; solamente una vez. Fue suficiente para llegar a su casa y encontrarse a su esposa conversando con su hija en un sitio, a Rubén con Kimbo, leyendo en su habitación, la comida por hacer, las vacaciones agotadas todas —teniendo en cuenta lo condescendientes que fueron sus respectivos jefes al valorar su situación y ofrecerles el apoyo hasta donde pudieron llegar—... El calor era irresistible y el coche de Margarita seguía sin arrancar a la primera.

Su esposa le aprobó su proyecto, aunque un poco renegada a la violencia y sin saber con exactitud cómo iba a ser eso de «mi tratamiento personal».

Llegó el domingo, día de buena comidita en casa, y, como de costumbre, estaban reunidos en familia; pero, como era habitual en el piso bajero donde vivían en régimen de alquiler con derecho a compra por un adelanto que ya habían pagado, en el edificio, al ser muy viejo, siempre, cuando no era una cosa, era la otra. Esta vez se había roto la llave del agua del fregadero y Margarita estaba echando chispas del cabreo, pero afortunadamente su esposo acudió a su rescate chantajeándola, y ella, sumisa ante las encantadoras propuestas de su marido, acompañadas de

unas nalgaditas de esas que no duelen, pero se sienten riquísimas, sintió el ambiente más caliente imposible, sin la necesidad de velitas seductoras que nunca alcanzarán a aromatizar lo que aromatiza el alma, y, sin poder soportar toda esa avalancha de piropos, se derrumbó aceptándolos todos en pago por el arreglo de la llave del agua del fregadero. Él era un manitas y, gracias a ello, a cada ataque histérico de su esposa cada vez que algo se rompía, arreglaba lo que fuera, ahorrando dinero y tiempo; además, en esta particular oportunidad, la motivación era extra por lo que recibiría a cambio. Habitualmente, siempre que le fuera posible, cuando se rompía algo, invitaba a Rubén a participar en el arreglo para que, de esa manera, aprendiera algunos trucos viejos, así como para despertar el interés por el mantenimiento del hogar; esta vez lo hizo de la misma manera, participando en la actividad muy armonioso. La palabra «fácil» del padre se había convertido en mágica para el chaval después de haberla escuchado tantas veces, subiéndole un poco la autoestima. Solucionado el problema, todo volvió a la normalidad.

Margarita y Emma cuchicheaban mucho a escondidas; algo había acerca de la terrible aparición de un enamorado en un momento demasiado complicado en la familia, pero eran muchos buitres detrás de la misma presa y algún día uno de esos se la comería. Algunas vecinas ya advertían de la catástrofe en sus esporádicas visitas para el mismo chanchullo entre mujeres; sin embargo, estas reuniones se celebraban a espaldas del padre. Él no soportaba las visitas, por lo que lo veían entrar por una puerta y salían automáticamente por otra de las que tuviera la casa disponible; de lo contrario, esperaban a que se fuera, vigilándolo desde sus terrazas, y allá iban al encuentro sin saber que ya la madre estaba al corriente de la última noticia del barrio: el posible enamorado de Emma. A eso le prestó la atención necesaria, ya que había otras prioridades, más que todo porque era sociable y le gustaba conversar con las vecinas, incluso compartir cosas, y, en ocasiones, las complacía regalándoles una dosis de sus croquetas caseras, que las volvían locas, y siempre, antes de comérselas, le preguntaban por la fórmula.

Todo ese intercambio le venía bien, pero lo que no le venía bien era que su marido se enterase de la nueva bomba familiar que estaba a punto de explotar, ignorando cuál pudiera ser su reacción tal y como estaba el patio, y por esa razón no le perdía ni pie ni pisada a su hija; estar encima de la pista le era imprescindible, manteniendo el secreto entre las dos la mayor parte del tiempo que se pudiera.

Se retomó el tema de la merienda escolar de manera verbal. Ya Rubén no tenía edad para cargar con ella, pero formaba parte del plan del padre, que cada paso que daba iba encaminado a la preparación y formación de su hijo.

Algunos días le debían en el trabajo, pues su jefe en ocasiones les pedía un esfuerzo extra cuando se acumulaba mucha mercancía que tenían que mover de un lado a otro con carácter urgente; entonces, se los pidió con carácter urgente y su jefe se los concedió.

Un día de esos cualesquiera, quizás fue un lunes o un martes, lo esperó de regreso de la escuela. Le permitió que se cambiara de ropa, vistiéndose esta vez con un chándal para el asombro de Kimbo, que nunca lo había visto vestido de esa manera. Costó poco dinero y le quedaba un poco ancho, ya que se lo escogió a vista y le falló la precisión, pero eso daba igual. Así lo llevó directamente al gimnasio del barrio, él también con chándal. Los dos caminaban por la acera

menos concurrida, evitando la multitud. Una vez en el gimnasio, se inscribieron dejando solamente constancia del nombre y el número de identidad, ya que era gratuito. Comenzaron a realizar ejercicios físicos bajo supervisión de algún entrenador cualquiera que pasara por casualidad por su lado, pero el Maca no quería que lo interrumpiesen y les agradecía su mínimo esfuerzo por cumplir con su trabajo, continuando con su propio calendario. Su objetivo primario era que su hijo se relacionara con ese mundo donde encontraría a hombres fuertes, esforzándose la mayoría por tener un mejor físico, cargando con mucho peso, hombres que exhibían orgullosos sus músculos sudados y bien definidos. Gritaban horriblemente tras cargar las pesas, según convenía a cada uno de los forzudos allí presentes, y, al final de la primera jornada, el objetivo estaba cumplido. Todos los gimnasios eran lugares muy pacíficos y con esas cosas tendría que relacionarse para poco a poco desinhibirse. El padre le controlaría esa asistencia de lunes a viernes de manera estricta, bajo sol, lluvia, truenos que matan e incluso bajo un tornado. Por nada en el mundo le permitiría una sola ausencia. Las mujeres estaban advertidas para que en ese horario no lo mandaran a hacer otra cosa que lo distrajera de su tarea primaria. Todos los días iban juntos con las respectivas e inevitables agujetas; el padre rezaba por que se le quitaran antes de comenzar a trabajar. Algún que otro día le permitía ir solo para que así fuera comprendiendo que no era necesario tenerle miedo a todo.

Después, cuando lo consideró oportuno, lo llevó al gimnasio de boxeo del barrio. Allí las cosas cambiaban. Recibiría golpes por todos lados en presencia de su padre, pero el profesor le obligaría con gritos amenazantes a pegar también, tras la previa conversación que tuvo con el padre a la hora de la inscripción. Lo protegía un casco, los guantes eran gruesos y contaba con la vigilancia del entrenador, que conocía al Maca y por ello lo consideraba un alumno especial. La nariz se la tuvo que romper casi desde el primer día; le dolió demasiado, pero era un procedimiento necesario para todos los boxeadores, para que no sangraran en los combates; además, se hizo sin que el niño lo esperase. Sangró mucho, pero no sangraría jamás de nuevo. Miró al padre, que, sentado en una silla, aguantó como él el dolor, tragando mucha saliva al ver a su hijo en ese estado, aunque estaba advertido. El chaval, después de mirar a su padre inmóvil, regresó su cara al entrenamiento. No lloró esta vez y, probablemente, le quedarían muy pocas lágrimas que mostrar.

Trabajo costó y trabajo costaría. Lo peor era llegar a casa los dos, con la diferencia de que el chico lo hacía magullado. Ya estaban dando los primeros pasos e iban temblando por la posible respuesta que se encontrarían de las mujeres de la casa. El regreso lo hicieron bastante discreto por calles adyacentes, evitando la multitud, y, para su sorpresa, el único que cuando lo vio corrió a esconderse debajo de la cama fue Kimbo. La madre lo miró con los guantes que colgaban del hombro, quitó la vista y no se supo nunca con exactitud si la causa de las lágrimas fue la cebolla que cortaba para la cena o el llanto de una madre con el corazón partido en mil pedazos, admitiendo ese dolor como algo impuesto por el viento. Todavía le quedaban restos de sangre cuando Emma lo vio y, sin hablar ni una palabra con su madre, se apuntó a las lágrimas; tampoco se supo con exactitud si fue la cebolla que cortaba o el llanto de una hermana fiel que admitía en silencio la imposición del viento.



El padre le dio un trozo de pescado congelado para que se lo pusiera en el rostro magullado. Esa asistencia de lunes a viernes la vigilaría sin justificación alguna a la ausencia, no existiría ningún motivo que pudiera escuchar que lo convenciera de por qué no fue. Pronto se tendría que reincorporar al trabajo y, si no se podían cambiar los horarios, tendría que ir solo a los gimnasios, uno primero y el otro después, ya que era importante fortalecer los músculos. Aunque era menor de edad, lo admitieron por la simple razón de que la directora conocía al Maca, que se lo pidió como un gran favor.

Era un domingo cualquiera, uno de tantos, y con Emma, que cada vez paraba menos en casa, el Maca recopiló varios pares de zapatos, entregándoselos en las manos a Rubén con el objetivo de que se los llevara al limpiabotas del barrio los fines de semanas. Era Juan, un hombre mayor que se buscaba un dinerito extra, que nunca viene mal, limpiando zapatos sentado en una silla con todos sus artilugios en el portal de su casa desde donde lo veía todo y lo escuchaba todo. Por supuesto que no lo declaraba a Hacienda.

—Papá, pero ellos están en la esquina y son muchos —le comentó Rubén, que dejaba caer su libro en el sofá con cierto temor e inseguridad por lo que el padre le pedía de esa manera tan rara.

—Lo sé, ya los vi. Harás lo siguiente. Cruza la acera desde aquí frente a tu casa, no provoques nunca a nadie, lo haces en línea recta y, cuando gires, avanza sin mirarlos; no los mires, pero no bajes la cabeza. Mira siempre al frente y, si te agreden, lánzales los zapatos por la cara y pelea después. No corras y a casa no vengas porque te pegaré yo. Recuerda que me hiciste una promesa. —Esas fueron las órdenes muy precisas que debía cumplir bajo la promesa de hacer todo lo que el padre le pidiera; y, como de costumbre, se sentó en el portal con su puro encendido para, si era posible, continuar leyendo *América*, de Franz Kafka, con el que llevaba casi un año sin poderlo terminar.

Rubén hizo exactamente todo lo que el padre le dijo que hiciera. Se sintió observado por los chicos de la esquina del barrio, llevando en cada mano cinco zapatos y sosteniéndolos con los dedos. Caminando y sin dejar ni un segundo de mirar al frente, llegó hasta el limpiabotas, que, muy amablemente, como siempre, le recibió la mercancía. De regreso, al verse desarmado, por inspiración personal se agachó y agarró, ante los ojos de Juan, dos piedras buenas de la calle, regresando por el mismo camino y haciéndolo de la misma manera, aunque esta vez no exhibía precisamente zapatos, sino piedras que duelen. Al llegar a casa sano y salvo, no se lo creyó; lo consideró su primer acto de valentía y fue todo un éxito sin que mediara orina alguna.

—A partir de ahora, no quiero que me llames «papá» nunca más, prefiero mi nombre, e igual harás con el resto de la familia. Otra cosa: no olvides caminar erguido; eso sí que es triunfar.

Con las dos piedras aún en sus manos, sin desear soltarlas, escuchaba al padre, prestándole mucha atención a lo que decía, sintiéndose por primera vez orgulloso de su valentía, pero más que todo desahogado.

El llanto prosperó con suspiros nobles y le sació la sed de su liviana alma, librándolo del duro peso de la cobardía impuesta por el demonio.

Al fin, soltó las piedras frente al padre, que lo observaba, lanzándolas delicadamente sin deseo al jardín junto con sus hermosas rosas mientras se ponía de pie, cansado de no leer. «Oh, Dios,

¿por qué tanto correr si es tan cerca?», pero faltaba escucharlo otra vez antes de culminar el primero de cientos o miles o millones de episodios de una larga novela en la que tendría que actuar.

—Si demuestras miedo, la sociedad se ensañará contigo sin piedad. En cambio, si demuestras valor, esa misma sociedad, la misma, tendrá piedad y te respetará.

Lo convertiría en una nueva forma de vida. Era muy joven para convertirlo en una categoría filosófica, aunque viniendo del padre sí que lo haría. A partir de ese domingo cualquiera pero mágico, domingo del limpiabotas Juan en el que no se orinó y mucho menos corrió, sí que concluyó el primer capítulo de un proceso difícil, necesario y educativo, donde masticó y tragó todo lo que el padre le dijo, vomitando a su vez al demonio manso que lo dominaba en su andar, consciente de que el camino iba a ser largo, quedando pendientes muchas cosas por lograr y convencido también de que nunca jamás nadie lo empujaría para quitarle su turno a la hora de entrar en el contenedor viejo de la fábrica de jabón abandonada después de machacarse en la histórica cola con su irresistible demora.

Almorzaron la comidita rica del domingo hecha por mamá, tras la incorporación de Emma en su total silencio. Cada uno de los comensales tenía algo en la mente que lo obligaba a pensar. Rubén se movía mucho, más de lo normal, sintiendo que alguna inquietud lo dominaba sin saber con exactitud cuál era ese misterioso elemento que lo tenía alterado entre tantos que pudieran ser. Lo cierto fue que intentaba aprenderse el consejo del padre de memoria, palabra por palabra, puesto que le encontró mucho sentido y lo ayudó a sacar sus conclusiones, teniendo en cuenta que leía mucho mientras se escondía en casa y eso le desarrollaba habilidades para descifrar mensajes. Hacía un par de días que no aparecía por el contenedor apartado, aquel punto mágico en el que conoció su principal premio divino. No dejaba de desear llegar a ese punto otra vez, algo le invitaba a ir; tal vez, la esperanza de encontrarse con Bárbara, pero los vientos viajaban en otro sentido.

Terminaron de comer y, como era habitual, como regla inviolable para ayudar a mamá, cada uno recogía lo que había ensuciado, lo fregaba y después lo guardaba todo en su sitio. Excepto Emma, el resto veía el partido de fútbol del fin de semana, con el balón que permanecía en el mismo sitio desde la última vez que el padre lo colocó a la vista de todos como símbolo del honor. Pero en ese partido, en particular, al padre le daba exactamente igual todo lo que en él acontecía, si fallaban penaltis, el árbitro —que, según ellos, siempre se equivocaba con sus decisiones polémicas—, quién ganara, quién perdiera..., todo era lo mismo para él. Las opiniones de cada uno eran puntuales y, al terminar el partido, contra todos los pronósticos, el Maca se levantó y, sin dar explicaciones a nadie, se marchó a donde él solo sabía, a buscar lo que él solo buscaba. Dos horas más tarde, regresó sin permitir ni una pregunta.

Al otro día, por la mañana, algo inusual ocurría en casa. Los chicos, como de costumbre, se levantaron para asearse, además de recoger todas las cosas que debían llevar cada uno a sus respectivas escuelas; pero, cuando fueron a tomarse el vaso de leche —ya que mamá no dejaba que se fueran sin bebérselo nunca—, se encontraron con que el padre no se había marchado a

trabajar aún, cuestión que siempre hacía de madrugada aprovechando el autobús, y ya había agotado los días libres recuperados.

Los chicos se bebieron el vaso de leche en calma. Todavía quedaba algo de competencia, aunque ya no era como antes; las risas estuvieron desaparecidas y, en el ambiente, algo raro se podía respirar que enfriaba cualquier intento de diversión. Margarita estaba muy seria, aunque le revisaba la ropa a cada uno por separado, vigilando que estuviera limpia, además de recordarles si los libros eran los adecuados del día de clases correspondiente, insistencia de una madre convertida ya en un hábito al descubrir que a veces los chicos se despistaban y, en vez de llevar los libros de Geografía, llevaban los de Matemáticas —hecho que ocurrió en varias ocasiones—. En una ocasión, Emma, que era su apoyo, estudió muy fuerte con un interés jamás visto para un examen de Física cuando, en realidad, el examen correspondía a Matemáticas. Esto había ocurrido muy recientemente porque estaba descontrolada de todo. La madre, como gallina vieja, la comprendía: se estaba enamorando de uno de los buitres que querían comérsela. Ese examen lo suspendió, como era de esperar. De lo que nadie se enteró en casa, por suerte para ella según andaba el patio —de lo contrario se hubiera buscado una sanción—, era de que el amor la tenía muy distraída y parecía que vivía en otro planeta que no era precisamente la Tierra. Se marchó como un zombi sin decir adiós.

En el caso de Rubén, fue diferente. Hizo por agarrar la mochila con sus libros adecuados y, cuando el padre lo vio, se puso de pie y lo llevó directamente a su habitación. Entró el padre primero y, cuando lo iba a hacer él, se detuvo para mirar al lado derecho. Allí sentada pudo ver a su madre llorando, lo que significaba que algo raro estaba pasando, pero no tenía ni la menor idea de ello; solo se limitó a seguir su camino cuando además tuvo que pasar el seguro de la puerta por dentro.

—Aquí tienes la merienda de hoy. —Era una piedra que fue a buscar expresamente para la ocasión el domingo, al terminar el partido de fútbol, cuando se ausentó aquellas dos horas que desapareció sin dar explicaciones. La encontró perfecta en un pequeño pedazo de mar del barrio donde iban a menudo a pescar, la playa de la Villa Olímpica. Era especial, ya que la misma tenía que simular un pan casi redondo y liso. Dentro de una pequeña bolsa se la entregó a su hijo.

—Quiero que, cuando el chico venga, ese que te quitaba todos los días la merienda, dejes que se acerque simulando que tienes miedo, que sé que lo tienes, pero el primero dáselo por la boca sin pensarlo, después todos los que puedas hasta que las fuerzas te lo permitan. No olvides que me hiciste una promesa.

—Así lo haré, Maca. —Con esa respuesta, el padre quedó complacido mientras el chaval guardaba su nueva y carismática merienda dentro de la mochila. Los tiempos habían cambiado y, con ellos, los vientos que brotaban en la mente.

Salieron de la habitación sin despedirse nadie de nadie, cogiendo cada uno el rumbo que le correspondía sin dar detalles. La madre se quedó muy molesta por no haber podido participar en la conversación o, mejor dicho, en la reunión, pero al marido le dio igual, no le importó para nada, considerándolo un problema menor. Lo que verdaderamente le importaba era salvar a su hijo.

Era prácticamente imposible para Margarita ocultar toda esta terrible carga de preocupaciones durante el trabajo cuando ya comenzaron a surgir los típicos despistes, que Emilia tenía que corregirle con cierta frecuencia fuera de lo habitual; pero a su vez no le cuestionaba su disciplina y eficiencia, aunque le comenzaba a llamar la atención su repentino cambio. Emilia tenía la obligación, como jefa encargada de todas las tareas de la casa, de verlas y tratarlas, por lo que explicaciones tuvo que dar y muchas. La jefa las escuchó una por una detenidamente, puesto que se trataba de una situación extremadamente complicada y delicada en la que se ponían en riesgo muchísimas cosas de la vida de un niño que mañana sería un hombre. Nada en esos tiempos fue más importante para ella, pasara lo que pasara, por lo que, hablando con carácter y decidida a cualquier cosa que pudiera pasar, le contó a su jefa lo que entendió que tenía que contarle, poniéndole en su mano todo para que tomara la decisión correcta acerca de sus despistes. Por suerte, recibió el apoyo incondicional de Emilia, que le ofreció la mano amiga que tanta falta le hacía en esos momentos.

Todo apoyo era poco para ella, que tenía toda la confusión rondándole en la cabeza. No podía permitirse perder el empleo, pero no todo en la vida se puede tener, eso es imposible para todos de la misma manera; a su edad hubiera sido mortal, o tal vez no, y la estabilidad familiar sufriría cambios tremendos.

Con la situación de su hijo y con el agotamiento de una madre protectora, de esas que nunca duermen, finalmente dejó a su marido que condujera el tema, pero dejándole bien clara su negativa a la violencia, cuestión que nunca aprobaría bajo ningún concepto, además de aclarar también que era madre, por lo que tenía todo el derecho de saber y decidir conjuntamente con él todos los procedimientos que fueran a emplear durante la cura. Sin embargo, lo tenía bien complicado, porque lo primero que el Maca le pidió a Rubén fue que no le contara nada a las mujeres de la casa, especialmente a su madre, por lo menos por un tiempo, y ya se vería lo que se podía hablar o no. Esos temas los escogerían con mucha cautela, hablar o no debía ser aprobado antes, puesto que, según los vientos, involucrar a la madre lo debilitaría demasiado para poder cumplir con las tareas que se le asignaran.

De Emma no se sabía nada; permanecía en su limbo personal con su posible enamorado. Lo cierto era que, a la madre, las fuerzas no le daban para más y consideraba esa posible relación como cosas de muchachos, aunque la niña estaba llegando tarde con mayor frecuencia, descuidando a su vez su responsabilidad con el hermano y con ella también. Se había convertido en una chica guapa, con unas curvas preciosas ya pronunciadas, con mucho carácter, y en la clase sobresalía entre las mejores en sus puntuaciones, que siempre eran altas. Con todo este cóctel de cosas deslumbrantes, era normal que los chicos la tuvieran en la mira constantemente, hasta que la inercia se encargó de ello y un día cayó en los brazos de uno. La verdad era que no le iba mal con el muchacho. En principio, era cuestión de esperar la dirección que el viento les diera a los dos.

La habitación de Rubén era pequeña; solo contaba con su cama, un armario y una mesa también pequeña. Pero el Maca la observaba detenidamente y se dio cuenta de que necesitaba un cambio urgente en la decoración. Primero, consideró que los cuadros que colgaban de la pared no eran los apropiados para un hombre, según él. No se hizo esperar y los arrancó de dos en dos,

colocándolos después en cualquier sitio vacío del patio. Solo representaban algunas flores, paisajes inofensivos muy bonitos y cosas así. Esta operación la realizó sin dar explicaciones a nadie. Poco a poco, los fue sustituyendo todos por fotos de boxeadores y de fisicoculturistas que fue consiguiendo en el gimnasio; también algunos compañeros de trabajo hicieron su aporte.

En su afán decorativo, un día descubrió que Rubén escondía una íntegra revista pornográfica debajo de la almohada y la retiró de inmediato, pues no la consideraba apropiada para su edad.

—Rubén, esto queda entre hombres. —Fue otra manera que encontró de sellar su pacto y no la desaprovechó; por el contrario, mientras se la mostraba, logró mayor complicidad con gran compromiso entre ellos dos, separando a las mujeres de la casa todo lo que podía, alejándolas de su procedimiento para que no surgieran obstáculos que estorbaran. Cada paso que daba con su hijo lo consideraba parte de una técnica para fortalecer su débil carácter y mejorar su personalidad.

La nueva decoración en la habitación de Rubén causó sensaciones muy buenas. El chico estuvo de acuerdo con el cambio y se lo agradeció al padre, que aprovechó para colgarle los guantes de boxeo también en un lugar visible para todo el que entrara.

Pasaban las semanas relativamente tranquilas sin ninguna respuesta de nada. En la clase, todo transcurría como un viejo ciclo inalterable, pero era cierto que Rubén se sentía mejor y más relajado, con órdenes estrictas e inviolables, con su nueva y educativa merienda dentro de la mochila escolar todavía.

«Ya llegará tu turno», pensaba en el momento exacto que escuchaba a Álex, el chico que lo obligó a tragarse su orina, amenazándolo, y con él se sumaban algunos otros a la fiesta con ataques verbales, proporcionándole un entorno hostil y malvado con agresiones por todos lados que seguían al jefe de la manada.

Llegado el recreo, agarró su nueva merienda y, muy de prisa para evitar obstáculos indebidos, se largó en busca de Andrés, que no era un chico malo del todo, pero se había comido todas sus meriendas y, no conforme con eso, le pegaba. Además, al ver que ya no llevaba nada de comer, lo amenazaba cada vez que podía para que le garantizara la comida mañanera.

En efecto, en cuanto lo divisó con el paquete en la mano, se acercó desesperado y hambriento a exigirselo con toda la autoridad que se podía permitir.

—Oye, tú, idiota, dame la comida, que tengo mucha hambre, ¿o se te olvidó que es mía?

Grave error cometió Andrés, a quien, de paso, le aclararía para siempre que abusar de los demás no era precisamente una buena idea y, mucho menos, una buena conducta, ni tampoco un comportamiento correcto. Se inclinó hacia adelante, mirando fijamente con ojos de depredador a la posible comida con su envoltura, y le pegó un manotazo por el pecho al propietario del paquete, que no perdió tiempo, estirando el brazo derecho hacia atrás, llevándolo lo más lejos que pudo de su alcance, para obligar al agresor a que se inclinara a tratar de cogerlo. Cuando estuvo todo dispuesto, sin orinarse esta vez y aún con miedo, le metió el primero por la boca tal y como estaba planificado, haciendo volar por los aires tres de los dientes frontales del primer zarpazo inesperado para el chico-merienda. Años estuvo repitiendo el ciclo, por lo que de ninguna de las maneras posibles esperaba ese golpe, que le hizo sentir dolor primero, antes que otra cosa, y

llevarse las manos a la boca ensangrentada después, cerciorándose personalmente de que ya viviría con tres dientes menos en su sitio. Pero eso solamente fue el inicio para lograr impresionarlo; el calvario que le vendría encima en forma de tornado vendría solo segundos después. Le dio tantos golpes como pudo, siguiendo instrucciones, por todos sitios, convirtiendo el entorno en una jungla llena de pánico acompañado de gritos en la que todos se apartaban por la sencilla y única razón de que la sangre no les salpicara la ropa.

El caos y el bullicio provocaron la rápida y oportuna visita al lugar de los hechos de la directora con el apoyo de profesores, que acudieron al evento a modo de salvadores, pudiendo reducir el diminuto cuerpo de Rubén para detenerlo y llevarlo directamente sin escala a dirección. Uno de los profesores, el que le quitó la piedra del río del barrio, llamó a una ambulancia *ipso facto*, la cual se presentó velozmente, trasladando al chico-merienda sin escala de ningún tipo a la UCI.

En el caso específico de Rubén, fue todo diferente. En dirección estuvo retenido con miedo hasta que llegara su padre, que fue localizado de inmediato a través de una llamada hecha por Elisa, la directora, directamente a su centro laboral, ya que su móvil daba muchos problemas a la hora de comunicarse. El hombre tuvo que abandonar el trabajo en un momento de descargue de mucha mercancía, dejando al resto de compañeros sumergidos en el caos total, pero su presencia en la escuela era de obligatorio cumplimiento. Como pudo, llegó. Una vez allí, con su correspondiente demora, ya que el viaje lo hizo en autobús, Elisa conducía la reunión con él, con Rubén y con varios de los testigos que presenciaron los hechos; los padres de Andrés no pudieron participar, ya que se suponía que estarían ocupados en el hospital.

Los testigos apoyaban constantemente la opinión de la directora feroz, ya en forma de adulonería, que solo criticaba duramente la actividad realizada por un niño que, en vez de estar pensando en golpear a uno de sus compañeros con un objeto contundente, debía, según ella, estar pensando en otras cosas útiles como su futuro. Dentro de la inmensidad de regaños y contundentes censuras le señaló, además, el rendimiento académico, que no era exactamente bueno; pero todo eso fue hasta que el chico explotó y pudo desahogarse sin pedir permiso, recordándole que su trabajo no solo consistía en estar sentada en una oficina.

—Deberías prestarle mayor atención a la vida de los estudiantes en tu escuela y no lo haces. — Le hizo un breve repaso, rápido y fugaz, de todo lo que había vivido y visto en otros niños que, de igual manera, estaban sometidos al maltrato sin que nadie acudiera en su ayuda. Aprovechó la oportunidad para decirles que la única persona que se había preocupado por su destino había sido Bárbara con una visita a casa, cuestión que provocó la cómplice mirada entre la directora y los testigos. Por suerte para él, ella ya no estaba en la escuela trabajando, porque, de estarlo, quién sabe si tal vez se sentiría decepcionada por lo que hizo, o quizás no.

La directora solo tuvo un arma para defenderse de la verdad, de una verdad que la había sorprendido, pues no pensó ni mucho menos calculó que un niño la avergonzara usando ejemplos reales que rondaban por enfrente de sus narices y que no había tenido la suficiente responsabilidad de verlo; el ataque fue su defensa. La verdad humilló a todos los presentes, pero el ambiente se caldeó demasiado y el Maca estiró su brazo izquierdo apoyando su pesada mano en

el diminuto hombro de su hijo. Detenerse era lo sensato y necesario, le permitió defenderse, apreciándolo como un avance, pero ya todo estaba dicho y quería largarse de ese lugar lo antes posible.

Tenía cosas que decirle a su hijo que le importaban más que tener la agónica tarea de escuchar a esa directora con sus aduladores. Titánico debió de ser estar todo ese tiempo en esa oficina. De alguna manera, terminó el suplicio y, en la calle, con toda la libertad a sus pies, caminaban padre e hijo sin hablar. Al doblar la esquina, el Maca detuvo a su hijo, que aún cargaba con el peso de la sangre fresca.

—Hiciste lo correcto. No escuches a esa directora y tampoco a tu madre. Tampoco escuches a nadie. —Así premió orgulloso a su hijo, que atrapó el premio y lo salvaguardó en sus entrañas.

La ropa era lo de menos. El problema que se les venía encima era lidiar en casa con Margarita y Emma, que para los dos constituía la tarea peor, pero eso quedaría en manos del padre, que tendría que resolverlo, ya que por el momento iban esquivando entre las calles la multitud curiosa que se detenía a mirarlos con mucha indiscreción y asombro. Era muy llamativa la ropa del chaval, por lo que se preguntaban entre ellos el posible motivo entre tantos y alegaban sin conocer. Lo cierto fue que, al llegar a casa, se toparon con una madre que recién llegaba del trabajo, tirada en el sofá muerta de cansancio, maldiciendo a su coche, que casi no le arrancó, y, por esas casualidades de la vida que nadie esperaba, su hermana también estaba escuchándola, pero a punto de salir. En ese preciso instante hicieron entrada el padre con su hijo.

Kimbo, que había sido desterrado de su puesto en el sofá, vio a los dos y corrió rápido a esconderse debajo de la primera cama que encontrara. El Maca fue el primero en recibir los gritos. Margarita se levantó volando para exigir explicaciones, pero los hombres siguieron a lo suyo. Rubén fue directo al baño y el padre encendió un puro para sentarse en el patio, ocultándose de la avalancha.

«Es insufrible escuchar a dos mujeres gritándome y pidiendo explicaciones por todo, y aún no se han dado cuenta de que los cuadros de la habitación de Rubén están en el patio mojándose y recibiendo el impacto de todos los elementos. Eso será otro problema que tendré que explicar».

—Margarita y Emma, a mí no me griten, que yo no tengo nada que decir. —Esa bomba cayó explotando bestialmente. Las órdenes eran las de no hablar. El silencio del hijo, hasta cierto punto, lo comprendieron, pero, que las llamara por su nombre, eso sí que no lo tolerarían, y al patio donde estaba el padre fumando fueron las dos como leonas. Sin embargo, él se limitó a usar como primera derivada el silencio; como segunda derivada, la contemplación de su puro, y como tercera derivada, la del humo que echaba por la boca como una locomotora, viéndolo volar llevado por el viento a no se sabe dónde. Todo ello las obligó a pensar y a respirar como lo estaba haciendo él, pero se equivocó en premeditar que el escudo protector que se había inventado le cubriría todo y al ataque volvieron las dos a la vez.

Emma se apartó sigilosamente y avanzó hasta el cuarto del hermano, que para ese entonces comenzaba a interesarse por la obra de Cervantes, y *El licenciado Vidriera* lo tenía atrapado. Entró a pedir explicaciones, pero ya no tan agresiva.

—Ya que ninguno de los dos quiere hablar, solo te preguntaré algo. ¿Ganaste o perdiste? Por

favor, que soy tu hermana.

—Gané. Ahora, Emma, hazme el favor de dejarme solo. Y cierra la puerta cuando salgas.

Mucho más tarde, cuando corrió un poco el aire y consideró que se podía, entonces el padre dio las explicaciones justas y necesarias con el hijo en la habitación sin darle mayor importancia a lo sucedido, bajo la atenta mirada del personal para que no cundiera el pánico, ya que los tiempos que vendrían serían mucho peores y él lo sabía. Serían tiempos muy difíciles, por lo que tenía que seguir la estrategia paso a paso, y parte de ella consistía en preparar a las chicas sin velocidad supersónica, pero sin atascados pasos para la nueva etapa que les correspondería vivir.

—Eso son cosas de muchachos —intentó quitarle fuego al incendio con su frialdad pasmosa, logrando relajar un poco los ánimos, más o menos, aunque la hermana salió de casa y, al pasar frente a la habitación del hermano, se detuvo y miró la puerta para no entrar. La calle la llamaba.

Siempre que Rubén entraba a su cuarto cerraba la puerta, se quitaba la camisa con el fin de establecer las obligadas comparaciones entre los flácidos músculos de su cuerpo —que ya comenzaba a ver con algunas marcas— con el de Lou Ferrigno, terminando siempre muy decepcionado. Sin embargo, nunca deseó ser como él, puesto que no le llamaba mucho la atención la exageración de volumen ficticio de músculos, pero automáticamente la vista la dirigía a los guantes de boxeo que colgaban de la pared debajo de la foto de Cassius Clay, y este sí que le hizo soñar hasta llegar a desear ser como él. La poca bibliografía que le llegaba la leía muy rápido, conservándola dentro del cajón; y, en uno de esos recortes de periódicos viejos que un compañero de trabajo del padre le regaló, estaba reflejado aquello de que, en 1964, tras una victoria importante, se cambió el nombre por el de Mohamed Ali, convirtiéndose al islam y negándose después a participar en la guerra, considerando su guerra otra muy diferente a coger un rifle para matar. Todo estaba en el libro que el padre le había regalado por su cumple, pero lo valioso era tener el trozo de periódico de la época, que lo conservaría.

Todas estas cosas lo cautivaron. Algunas las entendía, pero otras tendrían que esperar un poco más para poderlas entender. Lo importante fue que se sentía muy motivado para boxear, consciente de que podía llegar a convertirse en un gran campeón de la misma manera, pero para eso tendría que llover y escampar muchas veces. Ese día no fue al gimnasio y al padre no se le olvidó, aunque se lo perdonó. En su lugar, se dio una escapadita al punto mágico de su pequeña leyenda. Allí permaneció horas esperándola con otro aire más cautivador, se imaginaba decirle cosas que había aprendido de la lectura de varios libros, soñaba con hacerle el amor, necesitaba estar en su espalda besándola, escuchándola convertir aquellos ratos en vírgenes, pero Bárbara no apareció.

Por ese entonces, tenía una ventana pequeña que siempre mantenía cerrada, ya que daba al fondo del edificio donde había un pedazo de terreno vacío, y algunos chicos del barrio, en ocasiones, pasaban por ese camino. Lo último hubiera sido que ni en su casa pudiera estar en paz, pero ese día se llenó de valor y se decidió a abrirla por primera vez. Se dio cuenta de que los rayos del sol entraron iluminando todo su entorno, haciéndolo mucho más agradable y acogedor, ofreciéndole luz, vida y calor. Era algo que le ofrecía la madre naturaleza sin coste; era cuestión de atraparlo y apreciarlo. El primer impacto fue recto a la cara y lo hizo reflexionar sobre su trayectoria.

Los días avanzaban con relativa calma y un respiro se tomaron. En la clase nadie, absolutamente



nadie, tuvo el más mínimo valor ni siquiera para mirarlo fijamente, pasando de manera increíble a ser un ciudadano invisible para todos y para todas. Viajó de un extremo al otro a la velocidad de la luz. En ocasiones, se giraba hacia atrás con el fin de observarle de cerca el rostro a Álex, mirándolo fijamente a los ojos con el objetivo de que no olvidara que le obligó a tragarse su orina uno de aquellos días, las veces que se escupió las manos para pegarle en las orejas como forma de mostrar su superioridad enfrente de las chicas exhibiendo su fuerza y valor, los golpes que le dio, pero, sobre todas las cosas, las veces que le había quitado la merienda —comida que los padres le luchaban con tremendo sacrificio— para pisoteársela en el suelo, diciéndole que era un muerto de hambre. Álex no podía sostener la mirada; tenía la obligación de bajar la cabeza.

«Reza, hazlo bastante, pero hazlo bien y con fe, porque tu turno llegará», pensaba Rubén reprimiéndose los vagos deseos, preguntándose una y mil veces por qué el padre no lo escogió a él como el primero de la cola si fue el que mayor daño le hizo de todos, pero no tenía opción y todavía tenía que esperar las órdenes; eso lo haría tranquilamente, sin desesperarse.

En casa, las tensiones se iban relajando poco a poco. La sangre de la ropa fue imposible de quitar, a causa de todo el tiempo perdido en la oficina de la directora con sus testigos. Se secó de mala manera y la ropa se echó a perder, así que su madre la consideró inmediatamente ropa desechable.

La estabilidad volvió a la casa, pero el Maca había vuelto a pedir autorización para llegar tarde al trabajo nuevamente y, cuando los chicos se levantaron una de esas mañanas, los vasos de leche estaban correctamente servidos en el mismo sitio de siempre. Los padres no se hablaban ni se miraban; entre ellos había un abismo de distancia a pesar de estar a metros. Desayunados y con mochila en mano, el padre invitó a su hijo a la habitación en un silencio fantasmal, imposible de descifrar, abriendo la puerta, dejando detrás a Rubén, que antes de entrar giró la vista hacia su derecha: ya no estaba la madre muerta en llantos y también la hermana estaba sin llorar, pero consolando a un llanto que no tenía control, que a su vez caía en la contradicción entre la violencia o la salvación de su hijo, manteniéndose inmóvil ante lo que veía con impotencia.

Esas imágenes jamás las olvidaría, sin poder darse el lujo de que lo debilitaran. Ya sabía de memoria qué significaba en este mundo ser débil y, sin pensarlo otra vez, fue a donde el padre lo esperaba y cerró la puerta con seguro por dentro, indicando que nadie sería bienvenido a esa reunión familiar. No deseaban una imagen peor. La hermana se tuvo que marchar sin hablar ni una palabra y la madre la despidió en la puerta; ya era suficiente con lo que Carlos, su novio ya casi oficial pero escondido de todos, le había contado acerca de su hermano. Lo sabía todo, y estaba tan indignada como su padre, por lo que consideró justo y muy necesario lo que estaba pasando en casa, sin dar opinión. Miró a la madre para compadecerla, pero no la acompañó en su dolor. Todos sufrían de la misma manera y eran los tiempos de intentar dejar atrás esa cruz. Entonces, decidió que nunca abandonaría a su hermano, pero tampoco haría absolutamente nada por entorpecer el trabajo de su padre. No opinó, no ordenó, no peleó, ni siquiera lo elogió, pero sí que lo apoyó.

Un trozo de acero fue perfectamente cortado a la misma medida de la mochila, para que no tuviera dificultad alguna en guardarlo y ocultarlo.

—Me da exactamente igual que dejes algunos libros en casa, pero esto no, no olvides que me hiciste una promesa. —Fue una orden muy precisa, puesto que, agregado a los libros, el trozo de acero casi no cabía en la mochila; y entonces hubo la necesidad de dejar atrás el libro de Geografía unido al de Química, que fueron escogidos al azar.

«Al fin y al cabo, Bárbara ya no está», pensó Rubén mientras tenía el libro en la mano.

El destino del trozo de acero era para Roberto, el chico de los dulces, que era varios años mayor que él y no estaba en la misma escuela, por lo que la misión incluía buscarlo por los alrededores de la pastelería y el barrio, incluidas algunas calles extras. Según las órdenes, el primer golpe sería cuando estuviera cerca y de espaldas, para sorprenderlo; después, sería una repetición de los mismos hasta que se cansara o el brazo resistiera el peso del acero.

Pasaban un día tras otro y no lo encontraba. En casa no se hablaba del tema, por no considerarlo necesario si ya todo estaba dicho. Tanto padre como hijo sabían que era cuestión de esperar el momento ideal, y este llegaría de la mejor manera posible. Cuando menos se lo esperó, un día cualquiera de esos, al salir de la escuela, de camino a casa, muerto del hambre y desesperado por comer algún alimento sólido, lo vio a lo lejos. Lo vio hablando con varios amiguetes, riendo y gesticulando como si fuera el rey del mambo. Se detuvo a esperar que terminara de disfrutar de la conversación con risas incluidas y, cuando terminó, lo siguió hasta que consideró que era el lugar apropiado: no estaba demasiada poblada esa calle, tampoco existían tantos negocios que aglutinaran al gentío. Era mediodía, con un fresco agradable. Intentaba reconocer a alguien, pero a su favor tenía que casi nadie lo conocía, evitando distracciones que lo pudieran delatar. El flujo de coches era el mismo de todos los días entorpeciendo el tránsito. Apoyó la mochila escolar en la acera, recostándola a una baranda de una casa, desenfundó el trozo de acero y avanzó despacio detrás de su cliente hasta estar lo más cerca posible. Entonces, cuando consideró que era el instante adecuado, lo golpeó tan duro como pudo por el medio de la cabeza, creándole una rajadura que comenzó a sangrar de inmediato.

El chico-dulce reaccionó ubicando las dos manos en su cabeza como estaba previsto, girándose además para cerciorarse personalmente de lo que estaba sucediendo, y se dio cuenta de que era real el vendaval que le venía encima, tan verdadero lo vio que por fortuna decidió correr muy velozmente. Sin embargo, las opciones de escapar de los golpes eran prácticamente inexistentes, cayendo después de varios metros recorridos con gran esfuerzo sobre la acera, pidiendo clemencia, que fue ignorada por todos, y solamente lo escuchó el agotamiento del otro, sintiendo en su propio cuerpo el dolor que se siente al golpear a un niño.

Rubén decidió detenerse cuando lo consideró pertinente; sobre todo, por el agotamiento. Miró a su alrededor y una pequeña multitud lo observaba con detenimiento, además, mantenían la boca abierta, pero a sus espaldas estaba, por cosas de la naturaleza arrastrada por los vientos, la pastelería del barrio. Entonces, recordó el camión con las grandes ruedas en movimiento, el suicidio al que se iba a someter y al que por falta de valor no se sometió, el golpe que casi le hizo perder un ojo, el alcohol que los trabajadores le colocaron en la nariz para despertar, el pequeño muro donde se sentó a meditar sobre su posible vida y, finalmente, recordó también los dulces familiares que ese se comió. Después de todo ese repaso justificativo, se marchó en busca de su

mochila escolar, despacio, sin remordimientos, con la ropa manchada de sangre de nuevo y con el trozo de acero empapado todavía en su mano.

Tras la llamada de algún vecino, se presentó la policía con una ambulancia, trasladando al chico-dulce directamente sin escala hasta la UCI.

El dueño de la pastelería del barrio no daba crédito a lo que veía, recordando igualmente que meses atrás había sido testigo de aquel brutal y asesino ataque sin ninguna piedad, teniendo que contarle toda la información al Maca con mucha vergüenza y dolor; pero, sin embargo, veía a aquel tipo sin poderse levantar por sí mismo, magullado más que todo, arrastrado por los vientos de la vida.

Con la mochila escolar recuperada colgando en su hombro y la ropa que lo delataba, caminaba solo por las entrecalles, evitando la multitud, pensando en las explicaciones que tendría que darle a Margarita, que, de hecho, no estaría en casa, pero que seguramente lo descubriría; y, arrastrado por los vientos, decidió desviarse sin pensárselo para permanecer unos minutos en su rincón espiritual, único lugar donde era verdaderamente comprendido. Al llegar, rápidamente se percató de que mamá gata no estaba tampoco ese día, por lo que tuvo que conformarse con sentarse y pensar solo sin poder desahogarse ni tener en quien apoyarse. En ese tiempo rezaba porque Bárbara no apareciera, sentía vergüenza por ella, no deseaba involucrarla en tan despiadada vida; todo lo que quería ofrecerle era amor y, a pesar de sus avances, no lograba mitigar el sufrimiento.

El Maca le daba las instrucciones, pero de la misma manera se apartaba sin escucharlo y eso lo hacía cada vez más solitario. A Emma, enamorada, casi ni la veía y, cuando lo hacía, estaba en su limbo, además de que tampoco era de su interés intervenir en el problema. La madre siempre estaba nerviosa pidiendo clemencia a sus santos, llorando en ocasiones, y la impotencia la confundía, debilitándola tanto que la inseguridad se apoderaba de ella. Gustavo, que había sido su único y fiel amiguito, se había marchado para siempre con sus padres a Portugal. Y su posible mejor aliada, la profesora de Química, tenía su vida. Todas estas cosas, que estaban unidas unas con las otras inevitablemente, lo apartaban hasta el punto de que prefería pensar con tan poca edad, sin llegar a comprender el amplio poder curativo de la palabra. No podía agarrarse a ese amor por asalto, muchas cosas se lo impedían.

Decepcionado, salió del contenedor apartado, andaba con pasos que ni sentía; eran tantas frustraciones que le era imposible descifrar la peor. Por la calle no encontraba la solución en un amigo, tampoco en una novia y, al llegar a casa, puso de inmediato la ropa en agua sin esconderla. Poco a poco, fue llegando el resto de la familia y él los saludaba uno por uno según entraban desde el sofá leyendo todavía *El licenciado Vidriera*. Kimbo, acostado en su sitio, ignorado por todos, solo miraba quién era el que entraba para, con las mismas, seguir durmiendo, ignorando la ropa llena de sangre en remojo. Con la mano izquierda sostenía el libro, con la otra acariciaba a Kimbo y, desde allí, escuchó a la madre dando gritos al ver el agua roja que ocultaba la ropa. Como era de esperar, se acercó a pedir las inevitables explicaciones al hijo, que se levantó camino a su habitación, no sin antes cruzarse la mirada con su hermana, que lo sabía todo.

—Margarita, he cerrado el libro y ya no sé en qué página estaba. Si tienes algo que preguntar, por favor, pregúntaselo a tu esposo. —Esa fue la explicación que pudo dar, usando la tangente más

adecuada para su madre, que se quedó estática al escuchar por segunda vez que no le decía «mamá» y viéndolo preocupado solamente por una inofensiva página de un libro. Por si fuera poco, Kimbo se marchó detrás de él para no perderse las caricias. Los dos en la habitación, con la puerta cerrada con seguro por dentro, permanecieron con la pequeña ventana abierta.

«Las únicas explicaciones se las daré al Maca si me las pide —pensaba mientras intentaba encontrar la página del libro perdida—. Tengo dos ausencias al gimnasio, no puedo faltar». No pudo resistirse al ver los músculos tan pronunciados de aquellos tipos que le hicieron recordar lo abandonados que tenía los gimnasios, pero las clases de boxeo iban a todo tren y cada día aprendía a pelear con mejor técnica, la pegada no era muy fuerte, por lo que su éxito se basaba en la constancia y la resistencia, llevando a sus rivales al agotamiento y aprovechando esa debilidad para rematarlos. A veces ganaba, otras veces perdía y, cuando esto sucedía, regresaba a casa igual de feliz, ya que el profesor le fue sincero en su momento y le explicó que aprendería mucho, pero que a su vez ya era un poco tarde para empezar en el boxeo y soñar con ser Mohamed Ali. La edad para iniciarse en el deporte debía ser mucho antes, por lo que se dedicó solamente a aprender a defenderse con el noble arte de golpear y no ser golpeado. Con esto, sus sueños de ser un campeón olímpico se habían esfumado, pero qué más daba.

En esta ocasión, Margarita no fue a donde su marido fumaba del sabroso puro; en cambio, recibía el consuelo en silencio de Emma, sin saber que su hija, para esa fecha, junto a Carlos —su novio—, que también lo apoyaba, era cómplice inactiva de todo lo que hacía su hermano. Ignoraba este pequeño detalle que, acompañado del dolor de una madre, le impidió darse cuenta de que, excepto Kimbo, el resto de la familia estaban de acuerdo con lo que sucedía en casa, pero el consuelo se desvaneció con unos inusuales toques a la puerta muy enérgicos y, con muchos nervios, fue avanzando lentamente. Antes de abrir, rezó treinta segundos exactos porque esperaba lo peor.

—Avisa a tu padre —le ordenó con autoridad a su hija, que fue de inmediato al patio para informar al padre de que abandonara, en contra de su voluntad, el puro y se personara en la puerta principal.

Al abrirla, mientras el Maca llegaba muy deprisa, se encontró con la policía por primera vez en su casa, y el tembleque no se hizo esperar. Los tres estaban juntos, pero el resto no tembló. Emma fue la que preguntó el motivo de esa visita, aunque sabía todo.

Ignacio, policía, pero vecino del barrio, fue el designado para llevarles la orden enviada por la Dirección Municipal de la Policía que incluía el barrio para que padre e hijo se presentaran en ese lugar con carácter obligatorio con el día, la hora y el nombre del oficial por el que tenían que preguntar, que era el encargado del caso. Lo primero que le pasó por la cabeza al padre fue que tenía que volver a hablar con su jefe para pedirle el día.

La policía fue muy cortés y respetuosa, pero eso no evitó que la situación en casa se tornara más complicada de lo que ya estaba, agregándole el murmullo del vecindario, que no se hizo esperar. Las gentes miraban por las ventanas y los más indiscretos salieron al balcón o a la calle directamente. Primero, eran ignorados y, de buenas a primeras, se habían convertido en el foco del

barrio, con todas las opiniones que ello arrastraría; pero eso era secundario, ya que el calvario de esta familia solo había comenzado.

El Maca tenía en su poder el dinero resultado de la quiniela que ganó junto a su peña, en la que participaron sus compañeros de trabajo, incluido el jefe. Era un buen dinerito que rápidos y furiosos se repartieron en partes iguales, sin dejarlo calentar demasiado. Aparte de la buena noticia que eso supondría para todos en casa, tenía la cabeza cargada de planes, pero, nada más entrar a la casa, el cruce de mirada con Rubén lo apagó, aguantando la noticia hasta que se encontrara en el camino el momento ideal, si era posible encontrarlo alguno de esos días.

Era un dinerito extra que siempre saca de apuros, pero, con ambiente de problema, el aire que se respiraba en casa no era limpio. Se dedicaron a leer detenidamente el papel, uno primero y los otros después, y, cumpliendo con la petición de su esposa, se acercó a la habitación de Rubén, aprovechando que fue Ignacio, su amigo, quien trajo la orden, pero además fue el oficial designado por su jefe para llevar el caso, teniendo en cuenta que era su barrio y conocía perfectamente a la familia. Entonces, decidió que se vistiera para ir a la Dirección Municipal de la Policía y así evitaba pedir más días en el trabajo, con las dificultades que esto pudiera traerle, y además salían del problema de una vez. Su jefe era muy condescendiente con él, ya que sabía por lo que estaba pasando, pero tampoco era justo abusar de los favores.

—Vamos, vístete.

Sin hablar mucho, al no considerarlo necesario, los dos salieron de casa caminando a pasos muy lentos para no mostrarles a los vecinos una tremenda cantidad de cosas, como miedo, desesperación o inseguridad, que, por supuesto, no existían y, por lo tanto, no era lógico que su andar representara alguna de ellas. De manera general, sin profundizar tanto al no considerarlo oportuno, Rubén le contaba al padre el suceso ocurrido minutos antes con los respectivos resultados, que era al final lo importante. También, sin saberlo con toda exactitud, el chico-merienda, desde su cama en la UCI, tuvo que darle explicaciones a un agente del orden público; entonces, era de esperar que cuando el chico-dulce recuperara sus sentidos, tendría que dar de la misma manera explicaciones al agente asignado para que lo interrogara, por la sencilla razón de que consideraban anormal que por ninguna razón alguien le hiciera eso a otro.

Ignacio, un poco renegado, ya que también tenía que pedirle favores a su jefe, le recordó al Maca que tenía fecha con su día y hora para presentarse con la cita como buen militar, pero finalmente les pudo atender aportando su amistad por orden de su superior, que lo aprobó por considerar que el hombre trabajaba, además de tener responsabilidad en el puerto, pues ya los murmullos de la posible huelga habían llegado hasta la policía.

Allí reunidos dentro en otra oficina, el oficial Ignacio los informó de que el muchacho de la merienda no había presentado denuncia alguna, ya que los padres lo obligaron a que les contara toda la verdad, considerándolo una actitud inapropiada y muy negativa por parte de su hijo; pero, en cambio, Elisa sí que había puesto su denuncia como directora de la escuela por el incumplimiento estricto del protocolo escolar según la ley. Les pidió que le contaran todo lo que pudieran, ya que, de la misma forma en que lo hablaran, iría reflejado en el acta, unido al testimonio que ya poseían por parte de la directora con sus testigos.

Elisa temía por su trabajo, pues era mujer soltera con una hija que mantener. No daba crédito a la situación tan especial que se había generado delante de sus narices; le tenía mucho afecto a Rubén y también otro tanto de lo mismo a Bárbara. Los cuidó lo que pudo, segura de que se amaban y se veían en algún sitio de esta tierra. Era consciente de que mantenían relaciones sexuales y del riesgo que corrían al ser él menor de edad; no tuvo nunca confirmación, pero tampoco le hizo falta: ya había vivido igual experiencia en el pasado y todo el sector lo sabía. Sin embargo, nunca lo declaró y pudo escapar de las miradas asesinas para superarse. Pero su círculo de subdirectores y algunos profesores que conocían la historia de Rubén y Bárbara la empujaron a dar parte a la policía; independientemente de que hubo heridos de sangre con traslado a un hospital, poco podía hacer para encubrirlo. También, las críticas enérgicas que le hizo Rubén le golpearon fuerte su profesionalidad como directora, pero le sirvieron para tener una escuela mejor. No tuvo otra opción que ordenar un acta en contra del cariño y el respeto que sentía por el amor.

El padre fue el que habló y contó lo que entendió más adecuado, sin dar muchas explicaciones sobre el tema, pero sí le recordó a Ignacio que, poco tiempo atrás, él personalmente se presentó en ese mismo lugar para denunciar que su hijo estaba siendo maltratado por todos, tanto en el barrio como en la escuela, siendo blanco de todos y objeto de un indiscriminado ataque físico y verbal.

—Lo sé, Anacario, y así constará en el acta. Las leyes en ocasiones son injustas. Eres mi amigo, mi vecino, y siento mucho respeto por ti y por tu familia, eso te lo puedo asegurar, pero no quedan opciones —le respondió Ignacio, que escuchaba atento a todo lo que hablaba con sus movimientos incluidos y, además, con conocimiento absoluto de lo que esta familia estaba pasando con Rubén, que no se inmutaba ante la conversación de mayores. Era el policía del barrio y lo sabía todo.

Como padre, siempre tuvo claro que su objetivo era curar a su hijo para que pudiera hacer en el futuro una vida normal como cualquier hombre de este mundo y en ningún momento se sentó a meditar acerca de las posibles consecuencias que esto podría arrastrar en la cola. El coste le daba igual, lo que sí que no le daba igual era que su hijo se suicidara porque asesinos así lo dispusieran.

«Que otros sean los que se suiciden, que otros sean las víctimas de los asesinos, pero mi hijo no lo va a ser porque así lo dispongo yo».

Tuvieron que firmar miles, millones de papeles, incluyendo el típico compromiso de que nada mayor sucedería, respetando el orden público con las advertencias acerca de posibles medidas que se tomarían de suceder cualquier situación donde se produjeran daños físicos mayores. El Maca no estuvo de acuerdo y la conversación se fue de las manos, de modo que tuvo que intervenir otro oficial, advirtiéndolos de que se oía todo fuera. El padre reclamaba que dónde estaban las actas de los demás tipos que habían golpeado y maltratado a su hijo, pero no hubo respuesta porque no existían; solo existía la de Rubén y, por si fuera poco, le obligaron a firmar, según la ley, por ser padre legítimo de un menor, y así lo tuvieron que hacer.

Una vez terminado el aspecto burocrático con una fría despedida, apropiada a la situación, salieron de la oficina, pero Ignacio salió también.

—Anacario, ven, tengo que decirte algo. —Ignacio lo agarró por el brazo para apartarlo del

oído de Rubén y del resto de la policía, poniendo en riesgo su trabajo y trayectoria de más de veinte años—. Han llegado rumores aquí, sin denuncia por el momento, solo son rumores de que tu hijo mantiene relaciones sexuales con una profesora de Química mayor que él; recuerda que Rubén es menor de edad y eso es condenado por la ley. Todo el barrio lo habla y de la escuela nos llegó el chivatazo de un profesor, del que evidentemente no te puedo decir el nombre, pero nos ordenaron vigilar el contenedor más apartado que, al parecer, es donde se meten. Ya no puedo hacer más por ustedes.

—Gracias, Ignacio. No sabes lo que te lo agradezco. Yo me encargo —le dijo el Maca sosteniendo su brazo derecho sobre el hombro de Ignacio. Ya no le cabía otro quebradero de cabeza, pero este era el peor. Había visto dos veces a Bárbara y las dos estaba impecable de bella, hermosa pisaba la tierra siempre que la vio. No sabía qué hacer con su hijo en esa situación, consciente de que iba a ser imposible detenerlo ante aquellos encantos de hembra.

Se marcharon los dos al mismo paso con el que llegaron, sin hablar hasta una distancia prudencial que los separara de los oídos mágicos de los policías.

—Hiciste lo correcto, no escuches a Ignacio, que él no tiene ese problema en su casa. —De esa manera, el padre le reconoció los resultados del trabajo al hijo, puesto que muchas cosas quedaban por hacer y no quería que nada ni nadie lo desviara, ni siquiera el poder del amor y del placer que Bárbara pudiera ofrecerle, recordándole que había faltado al gimnasio dos veces y exigiéndole que no faltara más por ningún motivo, haciendo un ejercicio de poder divino.

Había sido demasiado el daño recibido y sufrido como para dejarlo en manos del tiempo como la vía de la cura. Tenía claro que eso era algo imposible de suceder, pero por primera vez sintió preocupación al verse con su hijo en la policía a esperas, además, de la denuncia o no del chico-dulce cuando estuviera en condiciones de declarar o, al menos, de poder hablar. Nunca hubo cura sin tratamiento, cuestión que el Maca tenía muy clara mientras se acercaba a su casa intentando desviar de su mente cualquier obstáculo que pudiera debilitarlo, ya que, de suceder algo así, consideraría todo perdido, por lo que se dio a la tarea de preparar mentalmente una tarea para Álex, el chico-orina, que no por ser el último era menos importante en esta peculiar historia, todo lo contrario. Fue el peor de todos y el que mayor daño hizo sin piedad con todos sus actos acompañados por aquel instinto, el asesino que en ocasiones aparece sin que nos demos cuenta, sorprendiéndonos, con los que ocasionó fisuras en la vida de Rubén, probablemente, incurables ya.

Nunca escucharon las súplicas y aquel era el momento de poner el orden natural de los fenómenos en orden lógico, haciéndoselo saber a cada uno de esos. Pero no siempre las cosas salen como se planifican. El orden de los factores alteró el producto en la vida de esta familia.

En casa, las expectativas eran de enorme magnitud. Emma, contra todos los elementos del amor, no salió de casa esta vez, esperando a su hermano y a su padre. En momentos difíciles es cuando mayor unidad debe encontrar la familia, cuestión que desde muy temprano sus padres les enseñaron a sus hijos. Kimbo despertó por obra y gracia del Espíritu Santo, y su olfato de perro lo llevó a sentarse a un lado de las mujeres también para esperar. Lógicamente, lo hizo con la lengua afuera, mirando fijamente a la puerta principal de la casa; algo le decía a su cabeza que algo no

iba bien, por lo que decidió estar unido a la familia como un integrante más, eligiendo el piso para sentarse y mostrando su incondicional apoyo.

Ninguna de las dos mujeres estaba en la cocina como era habitual; despreocupadas de la cena, sentían que el aire se podía cortar. No hablaban entre ellas, ya que ni fuerzas ni ánimo tenían, pero sí se mantuvieron unidas hasta que el resto de la familia hizo entrada por la puerta principal con las nuevas noticias y, como era de esperar, la curiosidad y el desespero invadieron el hogar.

El Maca intentó y logró calmarlas un poco sin hablar mucho, restándole importancia al asunto. Rubén fue directo a su habitación a leer, y detrás, Kimbo, que ya movía la cola de un lado al otro enérgicamente, lanzando algunos ladridos que, aunque escasos, advertían de la alegría por verlos a los cuatro juntos como siempre. Esa noche cenaron una tortilla solamente de huevos, ensalada de tomate y pan acompañado por un vaso de leche. Todos se sentaron a la mesa a comerse su trozo de tortilla en silencio y Kimbo, como todas las tardes, acostado panza arriba, feliz, seguro de que su porción estaba más que garantizada, puesto que estaba adaptado a comer lo mismo que los humanos y, en casa, conociendo esta situación, no quedaba otro remedio que cocinar para cinco.

El cumpleaños del Maca estaba cada vez más cerca y, probablemente, excepto Kimbo, el resto de la familia ya lo había olvidado. Nadie se acordaba según los tiempos que corrían, pero eso a él no le interesaba, al no tenerlo en el orden de prioridad de sus cosas. El mejor regalo del mundo con diferencia no era un reloj, ni que su hijo fuera como Mohamed Ali, ni siquiera como un campeón olímpico, aún menos que aprendiera a boxear bien; el mejor regalo que alguien pudiera darle se lo daría su hijo si lograra caminar erguido, pero estaba teniendo un coste y era un coste duro, muy duro, y significaba exponer todo lo mejor que tenía, lo único que tenía de verdad legítimo y verdadero: la familia. Caminar sobre una cuerda no tenía más que dos opciones; una, caer, y la otra, andar. Su hijo caminaba sobre una cuerda porque tenía que andar. Ningún padre quisiera pasar por ello, al menos un padre que ame y respete a sus hijos, que ame a su esposa respetándola con honrías; pero esas cosas no se eligen, caen del cielo con la única oportunidad de elegir el método para extirpar el daño de alguna manera sin que desaparezca nunca.

«Los métodos que la vida ofrece tampoco eran muchos, al igual que tener que caminar sobre una cuerda fina donde abajo espera un precipicio. Con los métodos pasaba lo mismo. Elegir el ideal era tarea de los dioses, los santos y los ángeles en que cada cual deposite su fe; o caer, o andar. Cada padre que tenga esta situación en casa, que los hay por montones en todos sitios, tendrá la responsabilidad, junto al resto de la familia, pesando en su espalda el elegir la manera adecuada que sea la mejor para su hijo; será una elección muy personal en la que nadie tendrá que ver, pero esperará que sea la justa necesaria, la mejor, aunque para ello tenga que sacrificar todo, incluyendo su vida».

Resuelto el problema del papeleo burocrático, con la tortilla en los estómagos de todos, las tensiones en casa ya a un nivel más o menos aceptable y el fin de semana que llegaría pronto, el Maca decidió que era un buen momento para dar la noticia de la quiniela, con dinerito en mano exhibiéndoselo a todos muy orgulloso, sabedor de que el efecto iba a ser bueno. Como era de esperar, se lo entregó todito todo a las manos a su esposa; la autoridad femenina se impuso y con ella rápidamente Emma se acercó a reclamar su parte del botín, pidiendo sin que nadie le



preguntara un móvil nuevo de última generación, que fuera igual que el de sus amiguitas, pero enseguida Margarita, como buena economista doméstica, sacó lápiz y libreta y se puso a hacer las cuentas, aunque no pudo escapar de nadie, ya que todos miraban las cuentas que anotaba en la libreta. Kimbo, panza arriba sobre el sofá, largando pelos por todos lados, estaba feliz al escuchar a la familia por una vez retozando de lo rico.

El Maca, con su parte, propuso invitar a toda la familia a almorzar al mejor restaurante del barrio, recomendándoles a su amigo el chef, que tenía fama de preparar unos magníficos garbanzos y cuyo bacalao al pilpil era fresco y delicioso, desbaratándose muy fácilmente cada trozo en cuanto se introdujera en la boca. La propuesta fue aceptada por votación unánime, aprovechando las mujeres —Emma con sus altas y bajas en la colaboración con el arte culinario doméstico— para quitarse, al menos una vez, el peso de la comida del domingo.

«Ya para la cena se verá», pensaba Margarita mientras seguía entusiasmada sacando cuentas, sin soltar el dinerito de sus manos en presencia de las fieras que no le quitaban la vista de encima.

Rubén no pidió nada. Aunque fue el último en incorporarse, participó de la fiesta un poco aislado y medianamente activo. Se acercaba y se alejaba, deseando estar en su habitación meditando sobre su futuro, que aún seguía chungo, acariciándole la barriga a Kimbo a la vez que intentaba terminar con su libro, buscando incesantemente en todo ello la resbaladiza paz mental. Valoró y mucho el nuevo acontecimiento familiar. Todo lo que acontecía en ese instante significaba algo muy grande para un niño que transitaba por el camino del descubrimiento constante, pero, en realidad, lo único que lo impactó para toda su vida, como otra manera que le ofreció la vida para alimentar sus principios, fue el gesto educativo intencionado del padre al entregarle el dinero íntegro a su esposa en su mano para que dispusiera de él como una verdadera matriarca, dándole a todos una nueva lección de lealtad, amor y confianza a su familia.

Crecerá, familia tendrá, pero lo hará sobre la base de muchos principios importantes de verdad, por los que sus padres han luchado desde el amanecer y lo seguirán haciendo para que después los apliquen con honor, sin robar absolutamente nada, a pesar de las carencias que asoman por todos lados, dándole a cada uno lo que verdaderamente pueden, sin dejar jamás de darle amor, educación, así como de enseñarle a querer y a respetar a los demás.

Ese domingo tan esperado lo pasaron en grande. Era muy inusual verlos a los cuatro salir de casa bien vestiditos, caminando por la acera juntos en la tarde. Decidieron caminar todos hasta el coche, que, por supuesto, no arrancaba. A Margarita le pasó por la mente reestructurar nuevamente la repartición del dinerito para comprar el dichoso motor de arranque, que se sufría más con el inmenso calor que los castigaba; pero, cuando finalmente su Opel le respondió, de inmediato olvidó lo de la reestructuración económica, dejándola tal y como la había concebido desde el principio, ya que fue una tarea agotadora con todas las miradas puestas sobre ella, teniendo que escoger entre tantas necesidades como tarea de chinos: «Gastamos aquí, perdón aquí no, aquí sí, en esto, en aquello no podemos gastar...» y así sucesivamente durante horas, poniéndose de acuerdo para al final reprimirse de casi todos sus sueños.

Fue un domingo diferente, se desinhibieron de todo y tiraron la casa por la ventana en el restaurante más famoso del barrio, dándose el lujo de beber una botella de vino tinto de la Ribera

del Duero. Todos comieron opíparamente, excepto el Maca, que no era un hombre de gran apetito, y por supuesto que no faltó el táper para recoger la comida del quinto comensal, que esperaba en casa panza arriba, despreocupado por producir, ya que de todas maneras se la llevarían, estaba garantizado.

Entrando en la semana, Rubén se incorporó a las tareas diarias. No es necesario decirles que ya la directora y sus testigos estaban informados de todo, información que llegó directamente de manos de la policía; también es bueno agregar que se corrió como pólvora en toda la escuela para el conocimiento de sus compañeros de clase. Cada día valoraba las relaciones sociales que se generaban en el gimnasio, hacían grupos por afinidad, o no; el sudor en exceso, los gritos al levantar peso, los músculos que exhibían algunos forzudos orgullosos de tenerlos con las recomendaciones de los más experimentados a los inexpertos, sin nunca ver diferencias entre los hombres que terminaran en actos violentos, todo lo contrario, todo ello lo ayudaba a comprender que una vida era posible. También en el boxeo logró muy rápido, con la ayuda del profesor, desinhibirse de los golpes, que para ese entonces ya le eran familiares, perdiéndole el miedo y el respeto al dolor.

En la clase se encontró, para su sorpresa, que el chico-orina, que era el macho alfa indiscutible, se había cambiado de puesto automáticamente, por miedo, con el apoyo unánime del resto, incluidas las hembras, que tanto lo idolatraban. Rubén ignoró ese gesto por completo; ya era tarde para el perdón, dependiendo todo del tiempo y del inconfundible viento.

Jamás llevó merienda a la escuela, ya no tocaba al estar grandecito para eso, pero por decisión personal y familiar, seguro de que nadie se atrevería a quitársela, por miedo. Y, con respecto a la pastelería del barrio, nadie intentaría quitarle los dulces nunca más ni golpearle, por miedo. Gran parte del camino estaba hecho.

Era inevitable para el Maca recibir algún que otro reproche de Margarita por la situación de su hijo. «Es bueno decirles que le perdonó lo de los cuadros en el patio que se mojaban y luchaban contra todos los elementos, pudriéndose con el paso de los meses; se dio cuenta desde el principio al ver la nueva decoración de la habitación de Rubén; sin embargo, durante la cura, fue una de las pocas cosas que aceptó sin pedir explicaciones, además de considerarlo un problema menor». Pero él se las arreglaba para calmarla haciéndose responsable de todo lo que pudiera pasar, pidiéndole tiempo, prometiéndole que esta situación no duraría toda una vida, aunque quedaba mucho trabajo por hacer aún.

El viernes, la comidita en casa estaba floja; entre el trabajo, el cansancio y el resto de las obligaciones o problemas personales, nadie pudo ir al supermercado a comprar comida, por lo que el Maca usó su vieja táctica de comprar bastantes dulces para llenar los estómagos de las fieras y, para ello, contó con el lógico servicio de Rubén, tras la insistencia de la hermana para librarse de la cocina.

El padre leía el periódico en el portal de la casa, donde habitualmente fumaba su puro. «Escándalos de corrupción, no se lee otra cosa, desahucios, desempleo, huelgas...».

Sacó veinte euros y se los puso en la mano a su hijo varón, que asintió con carácter siguiendo todas y cada una de las instrucciones. Cumpliendo la primera, cruzó mecánicamente la calle frente

a su casa, tomando siempre el camino que se alejara de la multitud para no llamar la atención ni provocar a los chicos del barrio; eso no formaba parte del procedimiento. Al llegar a la pastelería, compró lo que quiso, aunque para peticiones de todos y cada uno de los comensales llevaba el dinero justito; los empleados, que en su momento tuvieron que acudir a su rescate, nada hablaron, pero sí observaron. Al terminar con la compra, después de pagar, se marchó a casa con su paquete de dulces familiar, por el mismo camino, sin la menor necesidad de agarrar dos piedras para defenderse. Mientras avanzaba, lo hacía mirando solamente al frente, dejando atrás tramos que eran en un pasado reciente intransitables para él y, como un verdadero héroe, llegó al mismísimo frente de su casa y allí cruzó la calle ante la aparente ignorancia de su padre, que lo hizo todo a propósito. Entró triunfante y depositó el premio. Nadie habló, nadie preguntó y, en la cocina, las dos mujeres, trabajando sí, pero cuchicheando también, ignoraron por completo al héroe con su paquete de dulces, sin prestarle ni la más mínima de las remotas atenciones hasta mucho después; cuando sobre la mesa observaron la existencia física de los dulces, lo festejaron en silencio, pues eran inapropiadas las celebraciones.

—Mamá, la parte de la lotería de Rubén no la gastarás, ¿verdad?

—No, mi hija, ahí estará hasta que decida, eso le corresponde a él. —La madre le respondió a su confesora de la única manera que lo saben hacer ellas, solamente ellas, por naturaleza bendita, pero tampoco olvidó que su esposo cumpliría años el sábado y pusieron mucho empeño para hacerle sentir un día al menos diferente, en el que intentarían sacarle una buena sonrisa.

El cumpleaños del Maca iba viento en popa; no podían faltar las croquetas caseras, cuya elaboración fue una tarea agotadora, pero entre las dos prepararon mucha masa, conscientes de que nunca sobran en ningún sitio. Adobaron temprano chuletas de cerdo, después de comprar comida en el supermercado del barrio, y, sin hacerse esperar, la conversación fluyó acerca de las características del novio: dónde vive, quiénes son sus padres, a qué se dedica, si tiene tatuajes..., todas esas elementales preguntas de las madres, y resultó que al final pudo extraerle desde el alma a Emma que su galán ni estudiaba ni trabajaba y sí que tenía tatuajes.

«No paro de llevarme disgustos. A ver por qué se tuvo que fijar en ese petardo», pensaba Margarita sin reprochar nada, pero cortaba cebollas en abundancia y no desaprovechó la posibilidad para esconder su llanto. Era mucha carga la que trasportaba de un sitio al otro todos los días en su alma para solamente intentar sacar adelante a su familia, y ahora, de repente, esta bomba.

—Mamá, ¿estás llorando? —le preguntó su hija mientras cortaba el pimiento rojo.

—No, mi amor, es la cebolla la que me pone así. —Su laberinto de escape se resumió en razonar; no prohibir era vital para la naturaleza humana.

«Al final, si la hace feliz, entonces, bienvenido sea a esta familia», se autocomplacía evitando problemas que desestabilizaran lo poco que quedaba de paz en el hogar. Escuchaba a su ingenua hija mencionar promesas que el chico le hacía, consciente de que, si no todas, la gran mayoría eran mentiras, pero sabedora de que no hay nada en la vida que enseñe mejor que los propios golpes y los palos que de ella se reciban. Esa era la mayor de todas las enseñanzas posibles. No había muchas opciones a las que recurrir, solo podía dejar pasar los minutos, sin descartar los

ratos felices que su hija pudiera disfrutar. Además, el futuro siempre es, fue y será cuestión del viento; ese será quien la hará volar y aterrizar allá donde disponga, esto será para todos de la misma manera sin diferencias.

Contra todos los pronósticos, Kimbo fue el único que se olvidó del cumpleaños del Maca; el resto estuvo en función de este. La tarta fue encargada con suficiente tiempo al dulcero del barrio, que tenía incluido en el precio el servicio a domicilio. Solo dos velas la decoraban, que no indicaban la edad real de lo vivido del cumpleaños y de lo que le faltaba por vivir, que serían muchos años. Además de haber quedado maravillosa y con estilo, era de vainilla y anís, muy grande, tanto que sobraría para el otro día, para el que quisiera volver a comer de ella.

Sopló las velas y de un plumazo las apagó, después abrió el regalo. Le encantó el reloj; se lo colocó de inmediato en su brazo izquierdo recibiendo los auxilios de su esposa, ya que llevaba una eternidad sin ponerse uno y había perdido el hábito, y le ajustó la hora exacta. La mesa la decoraban, además de la tarta, croquetas de atún y pollo para escoger —después de tanto trabajo que dieron a las señoras que recibían los halagos masculinos—, ensaladilla rusa, refrescos varios, sidra y vino blanco. Los panecillos también se los encargaron al dulcero del barrio, blancos, calientes y blandos, y los empapaban en una salsa de queso en crema con champiñones de regalo, preparada solamente por Emma, siguiendo las indicaciones de la madre, que la recordaba usando el móvil nuevo como guía, ya que no perdió ni un segundo en comprarlo desde el momento que agarró su parte del botín con el objetivo de no dejar pensar mucho a su mamá para que no cambiara de opinión. El caso fue que ya tenía su teléfono igual que sus amiguitas y estaba conectada con el mundo y con las redes sociales.

La paella era de pollo y conejo, además de algunas verduras, y, en cuanto el Maca la colocó en el centro de la mesa, la atacaron las pirañas por todos los flancos, devorándola sin control, ya que se había retrasado un poco y los estómagos estaban echando chispas. El olor era tan especial que logró que Kimbo hiciera un sacrificio por levantar la cabeza para mirar la dirección de donde provenían esos aromas que no le dejaban dormir su habitual y eterna siesta.

Prohibida la tele esa tarde, era día de cumpleaños y el ejército formado por aguerridas hembras enseguida enganchó música con volumen discreto. «Al Maca no le gustan las visitas ni tampoco visitar». Se decantaron por la salsa de Marc Anthony, con su sandunga, que las puso a las dos muy rápido a bailar entre ellas, porque a esos dos tipos no había magia en este mundo que los hiciera mover ni siquiera las manos, pero ellas, felices, apartaron el balón de fútbol que aún permanecía en el suelo y en el mismo simbólico lugar donde representó el honor.

Ya no hizo falta que la pelota estuviera allí, a los varones no les gustó mucho la idea de que la quitaran, pero ¿qué iban a hacer?, tampoco el objetivo era arruinarlo todo y, mucho menos, la felicidad que por alguna causa pudieran tener; entonces, a disfrutar todos a su manera. Le sacaron no una, sino varias sonrisas al cumpleaños, que les recordaba a todos que faltaban las croquetas, la tarta y los panecillos; nadie lo escuchó, puesto que tenían el estómago repleto de alimentos sólidos, ya que de la leche, al menos ese día, nadie se acordaría.

Bebieron una copa después de servirle la comida al quinto comensal para quitarse el compromiso y Emma no soltaba el móvil, lanzándole fotos a todos y enviándoselas a las amigas.

Rubén se sentó a su lado a curiosear y ella le echó en cara que no tenía novia, ocasionando aquella espontaneidad algunas risas discretas, pero sin ella querer lo que logró con eso fue recordarle lo alejado que estaba en esos últimos tiempos del contenedor viejo de la fábrica de jabón abandonada. Había tenido mucho ajeteo y, al escuchar la palabra «chica», la cabeza se puso como una moto, reseteando la imagen de su profesora de Química, a la que no había olvidado ni por asomo todavía, aunque con tantos menesteres le era imposible pensar solamente en ella. Encontró el momento ideal, justificándose con que su hermana de seguro se largaría también para la calle, y buscó su destino: la cola, la inmensa cola que desde lejos podía divisar. Con toda su calma, esperó su turno sin impacientarse como otros que estaban como locos. Cuando entró, rebuscó entre la nube descontrolada de fotos de chicas verdaderamente muy apetitosas y las agarraba, pero con la misma velocidad las soltaba una por una, dejándolas caer libremente al vacío y escogiendo recordar la figura de Bárbara desnuda con sus piernas blancas y lisas, los labios gruesos y jugosos empapados de saliva, aquel pantalón azul que le marcaba el culo redondo y pequeño... Cuando terminó de realizar aquel repaso mental, puso los pies sobre la tierra bajando de aquella nube insólita a una velocidad nunca antes registrada, y todo se oscureció de pronto transformándose en un negro pasado que lo obligaba a recordar la viva imagen del asesinato de las catorce despiadadas puñaladas.

«He traicionado el honor del amor por pensar tan libremente, perdiendo todo el pudor y la vergüenza; no debí hacerlo, aunque reconozco que es bella, pero nunca me traicionó. Hermosa es, sí, pero cuando debía respetarla hago esto, maldita cabeza mía. Lo peor de todo es Raúl, su esposo, el padre de su hija y un posible asesino; y ella no lo sabe, pero no puedo decírselo. Es muy atractiva». Rubén pensaba, esta vez sin defecarse, mientras perdía su turno, mirando sin sentir miedo por el mismo hueco desde donde ya no veía a ningún cadáver mojado, pero muy desorganizado sin poder aún controlar su mente.

La gente de la inmensa cola gritaba desafortunadamente por la demora para que saliera a darles la oportunidad a otros desesperados por deshacer o limpiar el alma llena de escaseces y de recuerdos en la memoria, encontrando en la alternativa la solución a la frustración viril. El personal no le concedió más tiempo que el reglamentario, sin poder desocupar sus mentes.

Al salir, echó un vistazo a toda el área que comprendía la actividad y no encontró por ningún sitio a los chicos católicos; ellos nunca se atrevieron a ir y, cuando lo hicieron a una distancia prudencial, era por la irónica razón de mantenerse como simples o tradicionales espectadores.

«Lo que se pierden, tantas chicas para escoger. Ya no regreso, este no es mi sitio. Donde quiera que esté Gustavo, mi único amigo, se acordará de que fuimos los creadores de este ingenio».

La peña onanista había aumentado la plantilla a doscientos seis, convirtiéndose en los verdaderos frikis de las pajas, y se enrabiaban cada vez que alguno de sus miembros se demoraba más de lo debido; los minutos para ellos significaban oro, y así se lo advertían a los nuevos recién incorporados. El desespero los mataba, así que decidieron por votación democrática, sin consultarlo con Rubén ni Gustavo, los creadores del puesto de mando, que, de noche, aunque no había luz que les permitiera ver con claridad las fotos, podían usar una hoguera encendida a discreción, que también utilizarían para cubrirse del frío; y dentro ya tenían

controlado un par de faroles que habían comprado en la ferretería del barrio recopilando dinero entre toda la plantilla. El dinero que sobró lo gastaron en revistas nuevas, que contenían fotos de chicas desnudas, con el fin de ir renovado las ya demasiado vistas por nuevos encantos. Sin embargo, la policía, que vigilaba la zona con mayor frecuencia que antes debido al asesinato de las catorce puñaladas, todavía sin obtener resultados, descubrió la cola y, con sirena puesta, allí se dirigió, mientras que los otros corrían muertos de miedo a esconderse dentro del monte, algunos subiéndose los pantalones aún. Al final, lograron salvar la honra, ya que era de noche y la policía se despistó y no miró lo que contenía en su interior el contenedor viejo de la fábrica de jabón abandonada al estar totalmente oscuro sin la presencia de los faroles que pudieran descubrir el arsenal, por lo que se limitaron solamente a apagar la hoguera para evitar un incendio, confundiendo la escena con un botellón de los habituales por la zona. De esa manera, se habían salvado todos los recursos de la peña de los frikis de las pajas, que, si no pudieron ser detenidos por los chicos católicos —que habían aumentado su plantilla a siete— con sus oraciones, sus advertencias, las amenazas de que pagarían por todos esos pecados y se arrepentirían el resto de sus vidas..., mucho menos lo iba lograr la policía con sus coches con sirenas lumínicas amenazadoras y pistolas o armas de fuego potentes. Nada podía detenerlos según el orden natural de los fenómenos de la naturaleza humana.

De regreso a no sabía dónde con exactitud, Rubén, relajado y con la mente limpia de pecados, todavía seguía seguro de que mantenía el secreto del asesino de las catorce puñaladas por el resto de los años de su vida y consideró demasiado peligroso el tema, creyendo que para él no cambiaría nada, pues era cuestión de la policía resolverlo o no. Era un adolescente con una personalidad y carácter que iban cambiando según se movía el viento: primero, fue el miedo quien le impidió hablar; después, la desgracia familiar por la que atravesaban y, por otro lado, Bárbara con sus continuas ausencias. Por todo ello, decidió no añadir más problemas para su familia y pensó que el tiempo, como siempre, se encargaría de todo.

Durante la noche, la paz dominó a la felicidad. En casa, terminaron los festejos y Margarita, con dos copas en su cabeza, estaba muy seductora, sin limitarse ante la presencia de los hijos, que se miraban uno al otro y el otro a uno sin creerse que la madre fuera tan... así. Estaba cariñosa y muy dócil con su esposo, que la ayudaba a recoger todo, permitiéndole al resto de la tropa que se mantuvieran disfrutando de la tele. Algunas copas de vino seguían en activo, lo que le indicó al viento que esa noche, probablemente, la lámpara maravillosa volvería a iluminar la habitación.

Rubén permaneció en casa viendo dos películas, la de la tele y la de sus padres con sus cariñitos exagerados. A Emma, por el contrario, la calle le reclamaba su ausencia injustificada, por lo que se fue, aunque siempre fue muy disciplinada con la hora de regresar. A las doce de la noche exactas, entró por la puerta todavía con el móvil activado mensajeando con amigas y amigos. Los dos hablaron y disfrutaban de estar juntos, pero el varón se obstinó al ver a la hembra enganchada al móvil de mala manera, y esta le recomendaba constantemente que con su parte de la lotería se comprara uno igual para que no siguiera tan aislado del mundo. Sin embargo, decidió irse a su habitación a leer, ya que tenía compromiso de devolver el libro a la biblioteca del barrio y no

quería quedar mal incumpliendo con el tiempo de devolución, pues era la única fuente de donde se podían abastecer de literatura tanto él como el padre.

Por la mañana cambiaron todos los hábitos matutinos. Antes de beber los chicos el vaso de leche, que ya era más por costumbre, todos fueron directos al trozo de tarta sobreviviente, resto del cumpleaños, como una verdadera manada, al levantarse al mismo tiempo sincronizados por el aroma y el deseo divino irresistible del azúcar. Los cinco lo hicieron con exactitud precisa y, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció todo, todito lo que quedaba; los muchachos raspaban la tabla en busca de pequeños trocitos sólidos dentro del merengue olvidado con los dedos, que parecían excavadoras entre la maleza sobrante. Después, atacaron a los panecillos fríos con la salsa fría de queso crema y champiñones, que estaba divina, porque de las croquetas solo quedó el recuerdo y nada más; de la paella quedó algo, pero decidieron por unanimidad ofrecérsela al gandul de Kimbo cuando se despertara a la hora que fuera, ya que a veces lo hacía a las tres de la tarde.

Con aquel succulento desayuno en las barrigas de los comensales y recogido todo el reguero, Margarita decidió visitar a María, una de las vecinas amigas de toda la vida, que no pasaba por un buen momento con su esposo. Un día de aquellos, en el que, por supuesto, el Maca no estaba, vino a llorar a sus brazos, por lo que estaba comprometida con el dolor de su amiga. En cambio, Rubén agarró el balón de fútbol y se dispuso a jugar un poco con el primero de los muchachos que se encontrara en su camino. Emma lo asió del brazo y, en un intento de cambiarle su rumbo sin saberlo, le propuso que antes de irse organizara un poco su habitación, ya que en media hora comenzaba la película *El rey león* y le apetecía verla en su compañía, pero esta vez no le interesó la propuesta de la hermana, porque los domingos quería dedicárselos a jugar fútbol en la calle, y le dio la espalda como todo un campeón.

Se marchó de casa y encontró a un grupito de muchachos, la mayoría del barrio, que esperaban ansiosos por la aparición de un ángel con balón para dar rienda suelta a todas sus imaginaciones y sueños de ser futbolistas profesionales. En ese preciso instante, apareció Rubén con su pelota, dispuesto a compartirla con todos hasta la hora que fuera, y, si tenía que irse, también se la dejaría para que la disfrutaran; ya podía hacerlo sin que el padre tuviera que intervenir.

El Maca aprovechó la ausencia de su mujer para quitar como un loco todos y cada uno de los cuadros de toda la casa y sustituirlos por fotos montadas en marco de boxeadores profesionales legendarios y fisicoculturistas por todos lados, bajo la asombrada mirada de su hija, que no opinaba nada. Todas estas fotos las había pedido a diferentes amigos y las tenía montadas en marcos escondidas de toda la familia en el trastero, con el fin de darle la sorpresa a su hijo; pero, cuando su esposa regresó, puso el grito en las nubes, olvidándose de que todavía quedaban rezagos del cumpleaños. Aquella modificación o redecoración la volvió loca y reclamó su obra preferida, regalo de su abuela, que representaba la luna llena rodeada de girasoles ya casi sin colores; por coincidencias de la vida, fue el primero que el Maca hizo desaparecer porque lo odiaba, pero tuvo que volverlo a colocar para no escuchar más gritos.

Las fotos de los fisicoculturistas no las rechazó tanto; sin embargo, las de los boxeadores le traían el mal recuerdo de todo el pescado congelado que tuvo que ponerle a su hijo por los golpes

en los pómulos que recibía boxeando. Bajo una tregua después de la guerra, por fin el esposo le colocó el cuadro preferido de su esposa con girasoles sin color, tras varios intentos fallidos de prenderle fuego, con la condición de que los demás se quedarían, ya que formaban parte del tratamiento para intentar incentivar a su hijo a no faltar tanto a un gimnasio como al otro.

Margarita lo aceptó con muy pocas ganas, aunque en su interior lo consideró necesario al verlo desde otras perspectivas; además, continuaba abrumada por el día tan bonito que habían pasado en familia y la noche que su esposo le regaló en su alcoba, y eso la mantenía relajada y con posibilidad de ser medianamente dominada.

Emma se abstuvo. Todo lo que veía para salvar a su hermano de esa enfermedad endiablada lo concebía como muy valioso; nunca lo habló, pero sí que lo pensó y aprobó.

«Mi padre sabe lo que hace, doy gracias de tenerlo y a él le entregué mi fe para que ayudara a mi hermano a vivir; espero que lo pueda hacer en paz y tener novia que pueda amar y cuidar, proteger y satisfacer. Él tiene ese derecho como todos, cueste lo que cueste», pensaba, sin soltar el móvil, pero lo pensaba.

Jugaron mucho, corrieron bastante, sudaron como nunca; nadie quería perder porque la cola para jugar había crecido demasiado, pues había equipos esperando su turno, por lo que lo daban todo, incluyendo las inevitables patadas en las canillas, que dolían. No se cansaba nadie, resistiendo todos lo que les venía encima y más, hasta que Rubén propuso parar para marcharse, después de muchas horas jugando, disfrutando de su balón, porque consideró que se acercaba la hora de la comida y le apetecía leer un poco antes, después de bañarse, sin importarle que se quedaran con el balón y, cuando terminaran, se lo llevaran a casa.

De todo el grupo, en general, había cuatro del otro barrio que, por casualidad, sin ser muy habitual, participaban del juego; y uno de ellos, despistado, que no conocía a Rubén, lo tomó como una ofensa y una agresión a la moral de un hombre, según sus palabras, e intervino con muy malos modales que la escuela no enseña y lo amenazó, además, con que se iba a quedar personalmente con la pelota.

—Pero si a mí no me importa que se queden jugando. Me la llevan a casa cuando terminen y punto. —Con modales respetuosos, aprendidos por los golpes, insistió muy educado, pero el muchacho bueno del barrio de al lado no lo comprendía y los insultos continuaban.

Rubén decidió, ante tantos ataques verbales, recoger el balón y largarse. La UCI, la policía, la carta de advertencia, el acero empapado en sangre, la madre, la hermana, el cumpleaños del padre..., todo le pasó por la mente muy velozmente, por lo que se apresuró intentando llegar a casa cuanto antes para evitar cualquier malentendido. Pero se equivocó en su reacción porque aparentemente mostraba miedo y no recordó a su padre aquel día, de esos que Juan el limpiabotas del barrio lo observó tan valiente. Grave error ese que obligó al viento a decidir por él.

El chico bueno pero despistado logró interrumpirle el paso empujándolo por el pecho, haciendo alarde de su inmensa valentía y fortaleza, haciéndole caer al suelo sin soltar la pelota, a la que se aferraba con las dos manos en un movimiento donde todo su peso recaía sobre sus hombros, por lo que le dolió caer.

«Aunque me cueste la vida, aquí no se queda este balón».



Logró desplazarse unos metros arrastrándose para ponerse de pie y defenderse mientras escuchaba a la mayoría criticar al chico despistado sin poder contener su rabia.

—No lo vuelvas a hacer, por favor. —No lo debió pedir «por favor», pero lo hizo. Más adelante, aprendería a decir lo justo en cada situación que viniera.

No conforme, el chico despistado lo volvió a empujar, quitándole finalmente la pelota y dando de inmediato la orden de continuar el juego como un verdadero general. Rubén vio que nadie lo apoyaba, violando todas las leyes naturales del respeto y la convivencia.

Advertido estaba. La pelota había sido un regalo de su padre; entonces, no tuvo otra opción que agarrar una piedra y, sin que lo esperara, golpear al chico despistado varias veces hasta el cansancio. No obstante, pelearon revolcándose en la tierra hasta que no pudieron más, quedando el muchacho en muy mal estado, aunque sin síntomas de ingresar en la UCI.

Recogió su balón. Todos miraban cada uno de sus movimientos sin oponerse, y marchó a casa con la ropa manchada de sangre. Las mujeres del barrio gritaban y el murmullo era ensordecedor. El Maca había salido al portal para encender un trozo de puro que le quedaba de la noche anterior, cuando salió con su esposa para conversar con una copa de vino blanco, en forma de cadáver en el cenicero, y supo de inmediato que era su hijo el que peleaba al ver a todas aquellas vecinas gritándole cosas, pero él ni se inmutó; en cambio, se sentó a leer el periódico, a esperar, y allí apareció Rubén.

Se había defendido como una verdadera imagen del crecimiento en el acelerado y decisivo proceso de un niño que iba camino de ser un hombre. El chico despistado, cuando pudo levantarse, fue a su casa corriendo con todo su cuerpo magullado a quejarse a su papá de lo que un extraño le había hecho sin motivos de peso, y esto complicó las cosas aún más de lo que ya estaban.

Rubén regresó a casa y entró sin hablar con su padre, ni siquiera se miraron. El problema fue cuando la madre lo vio: el mundo entero se le vino abajo. No lloró ni habló; en su lugar, respiró absorbiendo todo el aire que pudo para soltarlo suave encogiendo los labios y se limitó a bajar la cabeza para no ver a su hijo, que además caminaba muy despacio y desafiante con todo, sin dar las más mínimas señales de arrepentimiento y sin mostrar las más mínimas intenciones de dar explicación alguna a nadie de lo que había sucedido. Emma se puso de pie, soltó el móvil por primera vez y también se limitó a observarlo, mientras que de espaldas se desnudaba en presencia de ellas sin pudor, entrando al baño después. El sonido del agua lo explicaba todo. Entretenidas, olvidaron introducir la ropa en agua y se secó la sangre.

El silencio se apoderó del hogar junto al aroma del trozo de puro que ardía más que nunca, hasta que el padre del chico-despiste, desafiante y muy fuerte, se posicionó frente a la casa en la calle delante de todos los mirones. Una pequeña multitud se aglomeró para disfrutar del espectáculo. El sol rajaba las piedras, el cielo estaba despejado, no corría ni una gota de aire. Los vecinos que no se juntaron en la calle observaban atentos desde sus balcones lo que pudiera pasar. Los coches minimizaban la velocidad y los conductores aprovechaban para echar un vistazo.

El temor de las mujeres las hizo unirse y avanzar juntas abrazadas hasta una de las ventanas para evitar con sus miradas que fuera a más. Los hombres no hablaron y el Maca soltó el trozo de puro,

colocándolo suavemente sobre el centro del cenicero, junto con el periódico, para más tarde. Sin dolor esta vez y con una tranquilidad pasmosa, avanzó hasta colocarse frente a aquel monstruo repleto de tatuajes extraños y de fuerza inhumana, mirándolo fijamente a sus ojos. Su presencia era amenazante. El solo hecho de tenerlo sin camisa enfrente intimidaba a cualquiera. Al no mediar palabra alguna, el Maca se quitó la camisa y la dejó caer en el suelo, sabiendo que su hijo lo estaría mirando.

Rubén, por lo inusual, salió del baño cubriéndose sus partes, envuelto en una toalla blanca, y se colocó en la otra ventana para observar a su padre y todo lo que acontecía. Un vecino quiso intervenir, pero fue un fallido intento por el miedo al ver que el tema estaba cogiendo candela. Si alguien evitó males mayores, contra todos los pronósticos, ese fue sin duda Kimbo, que, estirando su cuerpo después de dormir la larga siesta con la paella en su estómago, salió de casa sin pedir permiso, se acercó suave y delicadamente, y se sentó en medio de los dos hombres enfadados, que ignoraron su presencia. Eso lo ofendió mucho, por lo que emitió ladridos de advertencia que fueron oídos por los dos, que lo miraron simultáneamente, aunque no se movían. Entonces, decidió endurecer las hostilidades, poniendo las patas encima del cuerpo extraño mientras ladraba, después las pondría encima del cuerpo del Maca, ladrando también, moviendo el rabo con la lengua afuera, sin preferencias, puesto que intuyó que era mal comportamiento tanto de uno como del otro, y así ambos, simultáneamente, se relajaron hasta que cada uno regresaría a casa, convirtiéndose Kimbo en el gandul héroe del barrio. Fue el último en entrar y no se acostó panza arriba hasta la medianoche, asegurándose de que se mantenía el equilibrio en su hogar. Sentado en medio del pasillo, desde donde podía controlar todo, estuvo por mucho que insistieron; ni siquiera se dejó sobornar por su comida preferida. Los aromas que llegaban a su exquisito olfato no eran para nada buenos.

El miércoles siguiente, los padres con los hijos tuvieron que ir a la policía a firmar papeles de advertencia por todo el desorden ocasionado, y Rubén lo hizo orgulloso con su héroe, dispuesto a firmar lo que tuviera que firmar, ignorando que en su mundo había intervenido ya sin retroceso el viento.

La comunicación entre Bárbara y Raúl era nula prácticamente. No hubo mayor espacio para mayores decepciones y, cumpliendo estrictamente con su función como esclavo integrante en la plantilla como empleado de los ricos compradores, además de chimpancé triste sin plátano, se marchó finalmente a Tenerife acompañado de su equipo élite de trabajo, incluyendo aquellas mujeres.

Se hospedaron en el hotel Meliá Palacio de Isora, ubicado en el sur de Tenerife, lugar donde el sol nunca deja de compartir su esencia y el cielo siempre es azul, donde las playas esperan siempre cálidas y armoniosas a todo el que de ellas quiera disfrutar. La zona escogida dentro del gigantesco hotel fue la de *red level*, zona que era exclusiva para adultos, con piscina climatizada, palmeras por todos sitios y una hora de *open bar* que incluía tapas y bebidas varias disfrutando de una vista maravillosa. Allí encontrarían todos los servicios para poder organizar bien su trabajo con tranquilidad. Tenían un coche confortable rentado desde la reserva. Después de dejar el equipaje en la habitación, tras recibir toda la información por parte del mayordomo, decidieron cogerse el primer día de relajamiento para conocer y descubrir los encantos de la isla.

Raúl salió en el Volkswagen descapotable con tres chicas del equipo de ventas de obras de arte, disfrutando del paisaje único y generoso de Tenerife, la isla perfecta, que lo ofrece con nobleza y respeto para todo aquel que la visite de la misma manera; además, con un sol que representaba la luz de la alegría por vivir que también ofrece el entorno que acompaña a ese brillo. Era un entorno diferente, apropiado para divertirse; lejos quedaba el gentío y la gran ciudad con sus agobios. Detuvieron el descapotable en una apartada zona alta y montañosa llamada Masca, desde donde se podía disfrutar de una vista impresionante a los Gigantes, enormes e imponentes acantilados que, vistos desde sus protuberantes espaldas, dejaban espacio al mar en su centro en lo más bajo, haciendo su presencia fresca y noble.

De la fiesta que les esperaba de regreso en casa de Alejandro, que era el enlace que tenían en la isla para organizar el puesto que le otorgaron en la feria, con los gramos de cocaína sobre la mesa, suficientes para todos, el vodka con zumo de naranja como especialidad de la casa, la piscina con agua fresca, palmeras artificiales, las vistas al mar increíbles de bellas y las chicas aquellas de rumbo y manejo que había buscado en esa feria, agraciadas, como las había clasificado el profesor Miguel de Cervantes en su momento, para nada nobles —no deseo hablar por considerar un derecho de todo ciudadano el poder hacer con su vida lo que le dé la gana, pero esa fiesta para mí era de menor importancia, teniendo en cuenta otras prioridades—.

En cambio, Bárbara y Karla caminaban descalzas sobre la húmeda arena. Era un atardecer cálido en Barcelona y la playa estaba medianamente concurrida, por lo que daba la oportunidad de pensar. Karla, inocente, acompañaba a su madre con mucha confianza, sin cogerse de las manos; a veces avanzaban abrazadas según corriera el viento, ya que de la misma manera había intervenido sin retroceso en sus vidas.

El mar miro y observo, surcan sus aguas que a lo lejos parecen nobles lanchas, barcos medianos y grandes, y hasta botes con remos largos. Todos dejan una cicatriz a su paso, rajándolo, abandonando detrás una herida

blanca que es capaz de sanar segundos después. Qué gran poder para curarse y despojarse de todo el daño que le hacen.

Cuánto diera por poder hacerlo yo.

Aun herido, aun rajado, llega a la orilla, a veces en paz, trasmitiéndonos la calma y el poder de retorno, sin darnos cuenta exactamente de ese preciso instante en que ese ciclo ocurre.

Era tarde y debían cenar algo, por lo que Bárbara decidió dar por terminado el paseo, agarrando el primer taxi directo a casa. En todo el trayecto no dejaba de vivir la imagen real del sexo con Rubén. El amor la estaba matando; los deseos frustrados, los obstáculos que la obligaron a alejarse del contenedor apartado, las advertencias de Elisa, la ley, su divorcio —que no comenzaba y que deseaba—, el verlo desnudo para abusar de su cuerpo y de su ingenuidad... La confusión, unida al miedo, la acribillaba por dentro y, a su lado, estaba su hija bella, que necesitaba y exigía toda su atención.

Cenaron en casa las sobras recalentadas de una sopa y una tortilla de huevos. En su móvil tenía mil llamadas perdidas y mensajes de WhatsApp de su todavía esposo, pero, como se lo había prometido, no le contestó ni siquiera a uno. De repente, Bárbara se levantó, se acercó al armario bajo la atenta mirada de la hija y agarró una maleta pensando en un posible viaje al azar. Karla, al ver el movimiento de maletas, le pidió a la madre la autorización para llevar a Tuti, su osito de dormir, que se encargaba de protegerle el sueño todas las noches, solo ese y no más juguetes.

—Mamá, ¿a dónde vamos?

—Es un viaje largo, hija, escogeremos cualquier destino —le contestó la madre con mucha inseguridad. No encontraba el momento ideal y adecuado para explicarle a la menor las características y el objetivo de aquel viaje salido de un arrebato de hembra herida que difícilmente entendería.

Recogieron la mesa, fregaron entre las dos en aquella cocina enorme y fueron a cepillarse los dientes. Al mirarse una a la otra la boca llena de pasta dental, intentaban contener las risas para no manchar el espejo.

Mamá le leyó un par de párrafos de un cuento en la cama y las dos cayeron rendidas sin bañarse. Juntas durmieron como lo venían haciendo ya desde días atrás; su complicidad era cada vez mayor, involucrándolas en un círculo inapelable de dependencia mutua, solo separadas por Tuti, al que Karla le venía entregando toda su fe desde que su padre se lo había regalado en uno de sus cumpleaños.

Al amanecer, prepararon el desayuno para dos; esta vez fue sencillo, pero bien nutrido. Cereales con leche, frutas y zumo de naranja natural sabroso y recién exprimido; además, la madre bebió un café con leche. Lo de recoger la mesa se quedaría para la vuelta, ya que se le echaba la hora encima con un desespero impropio y el camino al aeropuerto sería en taxi, como se estaban moviendo en los últimos tiempos.

Bárbara buscó destinos en internet. Las ofertas eran enormemente atractivas y variadas, a todos sitios del planeta; entonces, escogió el que consideró una aventura e hizo las reservas. El viaje lo harían con el equipaje justo, solo lo que necesitarían cada una para una semana, sin exageraciones,

y el vuelo hasta el país asiático escogido duraría alrededor de doce horas, incluyendo las vicisitudes, las incomodidades que un aeropuerto suponía para una madre con una hija menor y las maletas arrastrando. En el avión recibieron dos comidas con salsas raras que descompusieron el estómago de Karla en alguna medida y el de ella quedó tocado con esos alimentos.

A partir de la llegada al destino, el idioma sería una barrera solo superada en esporádicas ocasiones con las mímicas de toda la vida y otras veces con el inglés; en otros casos sería imposible superar dicha barrera. Al decirle el nombre del hotel al taxista, este lo reconoció y Bárbara aprovechó su móvil para mostrarle la foto, que ayudó mucho también. De todas formas, el hombre, que hablaba un poco de inglés, por lo que podía hacerle algunas preguntas, le advirtió, al ver su móvil de última generación, que anduviera con mucho cuidado por las calles, teniendo en cuenta la hora, y que no lo hiciera sola, mucho menos de noche, ya que para turistas europeos era tierra peligrosa, pues eran presas fáciles para la estafa de los buitres callejeros.

Como muchas veces sucede en internet, una cosa era la foto y otra bien distinta la realidad objetiva, de modo que el hotel elegido no era más que uno de mala muerte o del montón, para la decepción de las chicas europeas. Comenzando por el recepcionista, que las sorprendió a las dos dándoles la bienvenida —si se podía llamar bienvenida a aquello— fumando y con la barba larga; aunque al menos comprobó correctamente que la reserva estaba a su nombre en aquel ordenador desfasado que demostró con cierta lentitud que todo estaba en su orden. Con sus dedos amarillos del cigarro le entregó las llaves de la habitación 301, devolviéndole toda la documentación e indicándole, además, el camino para llegar a la escalera que le correspondía de tres que había en aquel desértico *lobby*, y aun con aquel desastroso servicio, el hombre recibió propina en efectivo.

Arrastrando las maletas sin que hubiera un alma caritativa que la ayudara, solo recibió apoyo de su hija. Ni el camarero del solitario bar, ni el posible portero y, mucho menos, el gerente —si es que tenía gerente general— colaboraron; nadie las ayudó, pero llegaron y, nada más abrir la puerta, vieron el estado de aquel lugar casi en fase de deterioro.

—Mamá, ¿nos quedaremos aquí?

Con las maletas en el suelo, las dos chicas europeas se detuvieron con inmensa indecisión de quedarse o largarse de aquel fantasmal lugar, pero finalmente se quedaron. La madre asintió sin hablar ni una palabra porque no existía la que buscaba para convencer a una niña que ya venía con problemas estomacales.

Intentando aparentar normalidad, Bárbara tiró las pequeñas maletas sobre la cama, cubierta por una manta roja muy triste, y le pidió a Karla su colaboración con el objetivo de no dejarla pensar mucho, aunque, visto lo visto, le iba a ser demasiado difícil engañarla, y, mientras desvalijaban el equipaje, le prometía que solo serían unos días que necesitaba.

Para colmo, con toda la ropa que llevaron, tenían solo cuatro perchas a su disposición, por lo que el resto de la ropa quedaría doblada en cualquier sitio que encontraran vacío. Antes lo limpiaron todo del polvo envejecido como fósil, fundamentalmente los cajones, que parecía que hacía un siglo que no se limpiaban; para ello usaron papel higiénico, que afortunadamente estaba incluido en el precio de la habitación como uno de los pocos servicios que ofrecía como ventaja

ese lugar con aquel entorno que muy lejos estuvo de adornar y que, por el contrario, daba muestra de la miseria real de aquel país asiático.

Karla no pudo esconder su decepción. Algo había observado en aquel recepcionista que no le agradó en su infantil apreciación, sin saber distinguir si fue su apariencia personal, sus dedos amarillos, su barba gigantesca o quizás sus grandes ojos abiertos como si lo quisiera mirar todo y con los que, según ella, las miraba con odio feroz. Pero lo cierto fue que, no por ser tan jovencita, su opinión debía ser ignorada, y precisamente eso mismo fue lo que hizo la madre, quizás con la mejor de las voluntades, para relajarla y tratar de que, dentro de las posibilidades que poseían, estuvieran lo mejor posible.

Era tarde y se dispusieron a darse un buen baño que las refrescara juntas como muchas veces lo habían hecho, pero, al abrir la llave de la ducha, dos gotas cayeron como muestra de que un día en ese lugar hubo agua. Parecía que el agua a esa hora no estaba incluida en el precio y, sin lamentarse tanto, comieron un poco de fruta que, por suerte, habían comprado en el aeropuerto. Con los restos de la botella de agua de un litro, que también habían comprado en el aeropuerto, bebieron primero y se cepillaron los dientes después.

Así fueron a la cama con la manta roja y triste que la adornaba, y una sola almohada, a pesar de que la reserva la hizo para dos personas.

El hotel, después de todo, no estaba ubicado en un lugar de lo peor, pero, avanzando y adentrándose en sus alrededores, sí que lo cierto era que el ambiente no daba buena impresión y las sensaciones que ofrecía eran las del oeste americano lleno de maleantes. El tráfico de drogas, las peleas callejeras y la forma de vestir de la gente hacían de aquello un lugar donde nunca se debería estar.

Al otro día, cuando despertaron, el hallazgo del agua había aparecido como una bendición de forma mágica y, bajo la recomendación de la madre, se bañaron para no perder esa oportunidad, cepillándose los dientes en la ducha las dos. Por desgracia, la hora se les echó encima y el poco desayuno que ofrecía el hotel ya había terminado con una puntualidad exacta.

Bárbara se vistió, también lo hizo Karla y, sentadas las dos sobre la cama, la advirtió de que la puerta no se abría a nadie, dijeran lo que dijeran, recomendándole además que, si sentía mucho miedo, agarrara fuertemente a Tuti y se escondiera en silencio debajo de la cama, pues ella tenía que salir en busca de agua y alimentos para desayunar.

—Repítame todo lo que te dije. —Karla tuvo que repetir palabra por palabra lo que la madre le había advertido que debía o no hacer según circunstancias si llegaba a sentir miedo.

Se despidieron en la puerta colocando el «No moleste» colgado de la agarradera, que anunciaba que anulaban el servicio de la camarera, si es que alguien se ocupaba de limpiar esas habitaciones. Se cercioró de que había quedado bien cerrada, escuchando también cuando su hija pasaba el seguro por dentro. Vestida con el rostro inconforme de su lujo, bajó las escaleras sin mirar a ninguno de los lados; solamente miró al frente para dirigirse en busca de un supermercado donde compraría algo de comer, según lo que encontrara, y, mucho más importante, agua para beber, ya que del grifo, visto lo visto, era imposible tragársela.

Con la compra hecha, regresó al hotel por el mismo camino, sin desviarse ni un metro. El

pequeño supermercado no quedaba lejos, fueron solamente seis cuadras lo que tuvo que caminar. Con su pequeña bolsa subió las escaleras hasta llegar a la habitación con desespero palpable, sin mirar a ningún sitio. Tocó la puerta y no se identificó para verificar si su hija cumplía correctamente las normas establecidas entre ellas y, efectivamente, el silencio encontró. Volvió a tocar y, antes de que corriera con Tuti a esconderse debajo de la cama, la madre se identificó varias veces hasta quitarle el miedo. Al abrir, se dieron un abrazo amable y cálido.

Fue un abrazo rápido, pero la madre se percató de que agarraba a Tuti sin haberlo soltado aún al escuchar su voz, por lo que dio por hecho que había sentido miedo y, para que no pensara, le propuso que la ayudara a preparar el desayuno. Primero, se lavaron bien las manos, después comieron algo de sándwich, plátano, manzanas muy dulces y jugosas, acompañado todo con zumo de melocotón. Como no había nevera, la compra fue pequeña, ya que corrían el riesgo de perder los productos, teniendo en cuenta también el evidente calor de la temporada.

Una vez terminado el desayuno, recogieron el reguero, dejándolo todo quizás más limpio de lo que se lo habían encontrado. Por cosas que nadie entendió, había tele en ese hotel y la podían disfrutar, pero con el volumen bien bajo, de manera que ocultara la presencia de un ser vivo en la habitación. Ya todo arreglado y hablado en el campamento de las chicas europeas, se dispusieron entonces a salir en busca de la distracción, no sin antes cerciorarse de que la puerta estuviera cerrada, escuchando, además, el seguro por fuera. De colocar el «No moleste» en la agarradera se ocupó ella personalmente, gastando unos segundos en comprobar que todo estaba en orden.

La habitación era la 301 y estaba enclavada en la misma esquina del bloque con forma de un triángulo; por esa razón, colocaron los diseñadores el equipo de refrigeración al fondo, precisamente para que no molestara a los posibles clientes que anduvieran por esos mundos.

Salieron del hotel por aquella barriada en la que ya de por sí constituía un riesgo mostrar cualquier cosa de valor; exponerlo a la vista del que menos podía imaginar que la estaría observando era un acto de mucha ingenuidad; pero lograron ubicarse, más o menos en zonas medianamente atractivas. Después de tomarse un respiro, siguieron insistiendo en la búsqueda de algún parque de distracciones, por el camino compraron agua y se sentaron en cualquier sitio a beberla. El calor era inmenso, sofocante. La hora de comida se acercaba feroz, según los estómagos maltrechos, por lo que decidieron dejar la búsqueda de diversiones para comer algo. Encontraron una pequeña cafetería en la que albergaron grandes esperanzas de encontrar algo sano, ya que normalmente todo era con picante o salsas fuertes y el ambiente estaba lleno de moscas.

El Maca compró una buena vara de pescar con el dinero de Rubén, que no era más que la parte correspondiente al dinero de la quiniela que apareció en tiempos muy propicios para remover los ánimos en un hogar tocado por la desgracia. Los dos fueron a pescar al trozo de mar más cercano del barrio, la zona Bogatell. Eran aficionados a ese arte de toda la vida y se les daba de maravilla; en ocasiones, incluso llevaban material para la cena a las chicas que los esperaban como emperadores. Algunos pescados no pudieron resistir lo atractivo de la carnada con su brillo y la belleza de la vara nueva, y fueron capturados muy fácilmente, garantizando, una vez más, la cena. Orgullosos, caminaban por las entrecalles evitando a la multitud mirona, exhibiendo el ensarte como premio ante la mirada de algunos, pero todo el logro se desvaneció cuando a lo lejos distinguieron muy fácilmente el coche de la policía aparcado frente a su casa y sus cabezas se llenaron de preguntas sin respuestas.

La policía y varios testigos se habían presentado en casa de Rubén con la orden firmada por la Fiscalía para ser trasladado a un centro de menores con mala conducta social. El viento entendió por algún motivo que la medida ejemplarizante se debía tomar con él, arrastrándolo hasta allí, y no con los demás, que tanto daño le habían hecho, considerándolos víctimas a todos por el hecho de haber pasado por el hospital.

Nuevamente, Ignacio fue designado, por la condición de amigo y vecino del padre, para garantizar la calma en un barrio caliente y fue con otros dos compañeros a realizar tal encomienda con muy pocas ganas, pero era su trabajo y el jefe de la policía lo había decidido así para evitar cualquier contratiempo en el traslado.

Apresuraron el paso, conscientes de que algo raro estaba sucediendo solamente con ver las luces del coche policial dando vueltas en silencio. Ya para ese entonces algunos vecinos merodeaban la zona, mientras que otros prefirieron los balcones para no perderse ningún detalle. Al llegar, saludaron muy educadamente a cada uno de los policías, cuestión que aprovechó Ignacio para apartarse con el padre e informarle de toda la operación. Rubén se hizo responsable del ensarte de pescado que constituía la cena de la familia y, al entrar, se encontró a la madre abrazada a la hija, esta vez las dos llorando con un papel en la mano que agarraban simultáneamente sin soltarlo.

A nadie le interesaron los pescados en su ensarte, por lo que continuó hasta la mesa del comedor y allí los dejó. Nadie se los comería en esa ocasión. Olfateó que no corrían tiempos frescos, pero se limitó a esperar a que alguien le explicara lo que estaba sucediendo y, entonces, vio al padre entrar sin poder ocultar el verdadero rostro de la decepción. La vida lo había golpeado bajo otra vez; ya eran muchas veces, pero esta, precisamente en esta, no podía permitirse el lujo de flaquear, sino todo lo contrario. Debía fingir que era algo normal y esperado, considerándolo una nueva etapa más con solo algunas diferencias; sin embargo, no dejaba de ser una nueva etapa, y así lo hizo o intentó, al menos, hacerlo.

Fue a donde se encontraban Margarita y Emma abrazadas, sin querer mirar nada a su alrededor, muertas en vida, con el papel en las manos, sin que existiera nada ni nadie que pudiera consolarlas ante la posibilidad inminente del arresto de su hijo por un lado y de su hermano por el otro. Era una tremenda injusticia, pero así siempre fue y será el viento como ángel que decide nuestros



caminos y que, ese día, escogió soplar tan fuerte, con tal magnitud, que le arrancaría a esa familia parte esencial de la misma, arrastrando a Rubén hasta un entorno cruel donde no merecía estar por derecho.

Muchos se lo merecían más que él por todo el daño que causaron, por haber sido esos niños sin piedad ni clemencia que matan a otros niños débiles por el simple placer de doblegarlos ante su poder relativo, disfrutando con llevar a muchos de ellos a pensar en la mejor variante para solucionar todo de un plumazo: el suicidio. Algunos otros llegan incluso a cometerlo dejando huellas repletas de heridas en hogares que, peor aún, nunca sanarán. Sin embargo, contra ellos, el viento estuvo en calma.

El Maca leyó la orden de traslado y, con ella agarrada en su mano derecha, como un titán se acercó a su hijo indicándole cómo iba a ser todo. Ya era el momento de hacer las maletas para un viaje que nunca lo fue. Sin opción, tenían que marchar y así lo hicieron ante la mirada perdida de la madre y la hermana, que intentaban sostenerse en pie; pero Margarita no pudo evitar caer en el abismo.

—Él es un niño noble y bueno —decía Emma sosteniendo a la madre en el suelo sin abandonarla, estirando el brazo para intentar aguantarlo por la camisa que nunca tocó. Sus gritos se oían allá, pero de nada sirvieron.

—No las mires, son débiles de raza —le recomendó el padre mientras Rubén caminaba de un sitio a otro recopilando lo que debía llevar por ley.

Avanzaron hacia la puerta con la mochila rota y vieja que cargaba con lo necesario, cumpliendo instrucciones de Ignacio. Solo se le permitía un cepillo de dientes, pasta dental, calzoncillos, cuatro pares de calcetines, una toalla, una sábana y una manta para el frío, quizás algo más. No le permitieron bajo ningún concepto cordones de zapatos ni cinturón, allí tendría uniforme completo que le incluía mocasines de plástico. Intentaba no demostrar que estaba destruido como padre, y quién supo si algún sentimiento de culpa lo mataba, pero a la vez sentía una mezcla o un equilibrio cuando hacía un balance de todo lo que envolvía a la vida de Rubén, viéndolo caminar directo al coche que lo trasladaría, dejándolo sin vida, absorbiendo aire deprisa como única alternativa para no morir de dolor.

Ignacio no supo qué hacer ni qué decir viendo aquel panorama como primera experiencia de este tipo en su carrera, solo detuvo al padre y, roto, le pidió perdón. No era necesario ni su obligación recordarle que cumplía órdenes estrictas, pero lo hizo, recibiendo el respeto por parte del Maca en silencio como manera adecuada de comunicación, ya que palabras no tenía y fuerzas pocas, las justas para acompañar a su hijo al centro de niños con mala conducta social, sentado a su lado, escuchando su respiración.

—No quiero enterarme de que te aflojaste allí dentro. Haz lo que tengas que hacer, que yo respondo. —El padre no se limitó al orientar a su hijo en presencia de la policía, que se miraron guardándose entre ellos lo que pensaban de aquello que escucharon, pero en cierto modo apoyaron la intención.

«La justicia es blanda y liviana a veces, ciega otras, escurridiza y asquerosa, hipócrita e interesada también, educada y con espinas, pero, cuando camina, que en ocasiones lo hace,

confunde aquella raya tan perfecta y recta con la espuma desordenada que baña la orilla, y así va la vida, sin importar si el mar está revuelto o calmado, da igual».

El camino se hizo eterno y frío. Al entrar en el edificio, fueron recibidos, como el protocolo indicaba, por el director y dos funcionarios; uno de ellos era madre. Se saludaron como pudieron de manera muy respetuosa sin darse la bienvenida, ya que en estos sitios sería una verdadera ironía hacerlo. Ignacio hizo entrega oficial de los papeles a Leonardo, el director, que se presentó muy educadamente y con mucha clase en la cima de la escalera de la entrada principal. Era un hombre fino, delgado pero fibroso, moreno, y vestía acorde a su trabajo. Tenía un bigote tenue y mirada profunda, después de cumplir con el protocolo, invitó a todos a su oficina, ofreciendo café y agua, pero nadie aceptó beber nada y, de inmediato, se dio a la tarea, una vez más en su carrera, de explicar de manera general las características del centro; su secretaria también era mamá. La oficina era pequeña, la decoraba con cuadros de políticos importantes de la historia, entre los que se encontraban Abraham Lincoln o el rey Juan Carlos; también se observaba que tenía gusto por las pinturas clásicas. Entre otras cosas, tenían la obligación de estudiar en una jornada que sería asignada como un régimen de escuela tradicional, mientras que en la otra jornada tenían que trabajar, con la posibilidad de escoger un oficio de los que se ofrecían entre ofertas como carpintería, albañilería o zapatería, entre otros muchos, según disponibilidad, agregando la opción de trabajar en la biblioteca o, de lo contrario, de incorporarse a una brigada de mantenimiento general que se ocupaba de mantener sano al centro arreglando todo lo que se estropeaba. Por trabajar recibirían un pequeño salario ajustado a la sanción social, que se le ingresaría en una cuenta de un banco y que solo podrían usar al salir definitivamente, habiendo cumplido la condena adecuada a su comportamiento. Ese dinero se cancelaría, ingresándolo a las arcas del centro de manera total y sin reclamo, según fuera valorada por el consejo de dirección la profundidad de la indisciplina que pudieran cometer. Otra de las sanciones que el centro aplicaba severamente sobre las faltas graves era el descuento del salario, y los internos manejarían solamente veinte euros autorizados en efectivo, que les entregarían en mano sus propios padres en cada visita. La posibilidad de anular esas visitas también formaba parte del plan de sanciones al que los internos le tenían terror por todo lo que abarcaba: perder la oportunidad de ver a la familia. De esta manera, lograrían un mejor comportamiento. Además de las visitas reglamentarias, asignaban otras como estímulo según el comportamiento.

Para los estudios, el plan era el mismo que seguían todas las escuelas del país; además, tenían garantizados desayuno, comida y cena, así como una cama. Al terminar la magistral exposición de todo lo bueno que sucedía en el centro, preguntó si alguien quería saber algo. Nadie habló, por lo que consideró que había concluido su conferencia. Allí mismo tuvieron que separarse.

El Maca lo hizo sin mirar atrás, no por cobardía, sino por dolor, y no era el momento ni el sitio ideal para mostrar debilidades que pudieran empañar su imagen. Junto con Ignacio y sus compañeros, se marchó para librar otra de las batallas: su hogar lo esperaba y, dentro de él, su familia sin vida. El regreso fue idénticamente por el mismo camino. Cierto fue que no deseaba morir, pero tampoco deseaba vivir. Conocer a lo que se enfrentaba constituía para él un gran reto, el mayor después de haber conocido el amor de familia, y seguro andaba de que tenía la

responsabilidad de sacarlos adelante a todos; de lo que no estaba seguro era de cómo hacerlo. Dejar a su hijo atrás fue un gran palo que la vida le dio.

De camino al albergue que le asignaron, Rubén observó todo cuanto pudo, fundamentalmente a los internos que se encontraban por todo el camino. Los había de todas las edades, de todos los tamaños y cuerpos. Fue acompañado en todo ese trayecto frío por Luis, el funcionario responsable de la zona que abarcaba el espacio que incluía el albergue donde viviría por no sabía cuánto tiempo. Era un pasillo gris que a un lado tenía árboles y un césped verde bien cortado; al otro lado, estaban algunas oficinas o almacenes y la peluquería en la que más de uno hacía cola para cortarse el pelo por reglamento.

Al llegar, como el protocolo indicaba, Luis le presentó al interno que se ocupaba de controlar el orden general dentro del albergue, un chico llamado Miguel, que ya tenía para ese entonces dieciocho años de edad recién cumplidos, lo que indicaba que ya prácticamente terminaba su vida en el centro, siendo este su último año; si mantenía una actitud impecable, saldría en libertad dentro de muy poco tiempo sin ninguna dificultad ni obstáculo que se lo impidiera. Sin embargo, la diferencia de tamaño, de cuerpo y fortaleza era bestial, cuestión que no le gustó en absoluto nada más verlo.

Se estrecharon las manos después de las obligadas presentaciones siguiendo el protocolo disciplinario y la mirada del que iba a ser su jefe inmediato no fue para nada interesante. Al parecer, escondía en ese rostro venenoso mucha maldad. Sonriendo, se pasó la lengua por los labios desde un lado hasta el otro saboreando su propia saliva, que ya de por sí era bastante jugosa, con brillo y veneno, además de que lo acompañaban sus dos soldados de élite, Rafael y Adolfo. Estos últimos tenían diecisiete años cada uno y eran un poco más bajos de estatura, pero muy fuertes físicamente, a diferencia del resto; eran músculos trabajados de gimnasio.

Luis se despidió, tras hablar las cosas típicas que se hablan en esos momentos de presentación, asegurándole a Rubén que lo dejaba en muy buenas manos, manos que nunca se mancharon de maldad. Nada más dar los primeros pasos juntos caminando hacia la cama que le había asignado sobre la marcha, el jefe le colocó su brazo derecho encima del diminuto hombro, reposando de lo lindo. Eran literas y la cama escogida para Rubén era una cama de arriba pegada al pasillo, por donde transitaban todos los internos hasta el baño con sus duchas, además de otras actividades que solían hacer en el pasillo, como escasos juegos de mesa y cosas por el estilo.

Todos los internos que presenciaban la imagen lo hacían sin hablar y, mucho menos, opinar sobre aquel enorme brazo derecho reposando mientras avanzaban; se lo acariciaba con mucha ternura, disimulándolo con pequeños toques seguidos unos de otros, detalle que tampoco escapó a ninguno de los pocos presentes, ofreciéndole protección y todo lo que necesitara para vivir mejor en aquel entorno.

En su primer día, Rubén se percató de que la diferencia entre estos tres y el resto de los niños era enorme; casi todos tenían, con alguna diferencia, el mismo cuerpo con edades más o menos similares, pero ninguna era brutal ni significativa. Tampoco es que se detuviera a pensar todo el tiempo en ese pequeño aspecto; solamente le llamó un poco la atención o lo consideró una simple

curiosidad que, con el paso de pocos días, descubriría que no era tan así de pasajera, pues ni tan simple ni tan superficial sería cuando le encontrase el sentido a su preocupación primaria.

Miguel le leyó bien claro y con un carácter intimidatorio, mirándolo a los ojos sin apartar la vista, apoyado en sus dos capitanes de toda élite, las estrictas normas de convivencia, incluyendo las tareas de obligatorio cumplimiento diario, comenzando por los horarios de la limpieza, que era organizada y rotativa; la hora de dormir muy estricta para la tranquilidad y la relajación de todos; la de levantarse con igual importancia, ya que, desde que el funcionario de guardia abría las rejas, era el máximo responsable de que todos se pusieran de pie rápido, puesto que el desayuno tenía también un horario que cumplir con un tiempo justo, teniendo en cuenta que el comedor era pequeño y por allí desfilaban casi quinientos internos de todo el centro; pero, sobre todas las cosas, enfatizó con muchísimo interés y preocupación el silencio. Eso sí que era lo importante de verdad que debía cumplir, según la ley de Miguel, esa ley que imponía el miedo y el terror, advirtiéndole además que, si alguien se iba de la lengua por alguna casualidad, las consecuencias serían brutalmente letales.

—Lo que sucede aquí dentro se queda aquí dentro. —El gran jefe, con esto, intentaba impresionarlo, intimidarlo, intentando meter el miedo en su cuerpo, que guardaba su pequeñito corazón, siempre apoyándose en sus soldados leales hasta que la muerte los separase.

Asintió a todas las órdenes con gestos respetuosos, como cuando cruzaba la calle para no provocar al enemigo, al mismo tiempo que los guardaespaldas del gran jefe dieron un pequeño paso para posicionarse aún más cerca, buscando con ese movimiento de jaque mate el entendimiento, pero el nene no habló, ni mucho menos sonrió, advertido por su padre, a quien escuchó muy detenidamente.

Una de las cosas de mayor importancia que el padre le enseñó fue que, en esos lugares, las risas se pagaban caro y el llanto lo convertiría en espuma blanca, blanda y desordenada para todos.

«Por si tuviera alguna duda, que preguntara si alguien conocía lo que era la bondad; entonces, cuando escuchara, ese sería el momento de creer en el Maca».

Ahora los cincuenta niños que convivirían con él estaban en sus camas escuchando todos los movimientos; miraban de reojo para no ser descubiertos y sus rostros reflejaban claramente el miedo de serlo, ya no por tener el corazón débil, sino por miedo hasta morir, sin poder mirar ni hablar.

Lo del tema de la cama que le asignó Miguel, «arriba, pegada al pasillo», no le preocupó; al final, era su primer día e, ignorando todo aquello, lo aceptó como medida de control para la convivencia con la disciplina estricta, por lo que, ni corto ni perezoso, se limitó a organizarla preparándola como él sabía, para usarla sin ninguna dificultad con las cosas que trajo desde casa. Los códigos de esos lugares los impone el mismo hombre y él los tendrá que ir conociendo con el duro paso de los minutos, sin permitirse el gran lujo de demorarse en conocerlos y aplicar algunos de ellos para después poder moverse como un ion libre.

De camino a casa, el Maca le pidió a Ignacio que detuviera el coche frente al bar del barrio; así lo hizo y de despidió muy fríamente de todos. Entró pidiendo un doble de ron Habana 7 cubano solo, sin hielo, y que fuera rápido; el camarero era joven, pero lo conocía muy bien y sabía que él

no era un hombre bebedor de alcohol ni visitaba el bar del barrio nunca, ni siquiera para ver el fútbol, por lo que lo ignoró y no se lo sirvió. Pero el hombre insistió con rudeza, logrando con esto que, en presencia de los habituales, el muchacho saliera de dentro de la barra, donde repasaba los vasos para sacarle brillo a los recién fregados, y se acercara a donde estaba sentado, colocándose de frente, mirándolo fijamente, conocedor de todos los problemas que afrontaba esta familia.

—En casa te esperan dos mujeres y necesitan a un hombre, no a un borracho. He cumplido con decírtelo, ahora decides tú. —El muchacho se dio la vuelta, entró al bar y le sirvió un vaso de agua fresca bajo la atenta mirada de los habituales, colocándose sobre la mesa. Las palabras de ese joven camarero le hicieron reflexionar y respirar profundamente, absorbiendo el poco oxígeno que podía existir por todos aquellos alrededores, agarrándolo como pudo, llenándose de valor, y, en presencia de quienes quisieron mirarlo, se levantó de su improvisada silla, dio la espalda y, con lentos y característicos pasos, se marchó a su hogar.

Muchos vecinos vieron el coche de la policía llegar y no desaprovecharon la posibilidad de verlo caminar erguido hacia su casa, saliendo primeramente del bar del barrio; entonces, nadie sabía con exactitud si había bebido o no, por lo que también fue cuestionado por el vecindario, pero el joven camarero, junto a sus habituales, que no opinaron, pero sí que lo vieron todo, fueron testigos presenciales de que no bebió. Sin embargo, fue cuestionado por unos sí y por otros no; en lo que sí estuvo de acuerdo la sociedad fue en su dolor, sintiendo piedad por él y su familia.

Un niño pequeño de estatura, delgado aún, sin pelos en el cuerpo y que, recientemente, cuando se masturbaba, ya fuera pensando en su profesora de Química o usando aquellas fotos de chicas en el contenedor viejo de la fábrica de jabón abandonada, había descubierto que desprendía a gran velocidad el agüita primera casi transparente, semiespesa, soltándola con fuerza y placer, sorprendiéndolo entre sus dedos empapados; y, de repente, todo se trunca, y se ve en aquella jungla revestida de merengue, como el de una tarta, que lo invitaba a vivir tiempos que definitivamente definirían su personalidad.

Sin otra opción a la que poder recurrir, el Maca tuvo que hacerle frente a la situación de casa y, nada más entrar, se encontró a Margarita dormida, babeándose sobre el sofá donde había varios paquetes de pastillas con colores diferentes y medio vaso de agua en el suelo, donde descansaba su desplomado brazo; pero, al comprobar que estaba viva, no se detuvo, ya que le faltaba localizar a Emma, que se encontraba también dormida, con la cabeza apoyada sobre una pequeña mesa dentro de su habitación con los deberes del colegio por hacer y paquetes de pastillas de varios colores, aunque en menor cantidad. Comprobó que respiraba y fue directamente a la cocina sin detenerse, percatándose de que no había comida hecha de ningún tipo, por lo que dedujo que las chicas estaban sin alimentarse. Su instinto eligió dejarlas dormir y, entonces, comenzó a preparar la cena para, después de hecha, llevar a cabo la otra tarea que quizás sería la más difícil: obligarlas a comer sin poder permitirles, bajo ningún concepto, que se fueran a la cama en ese estado, con el estómago lleno de pastillas de todo tipo y sin nada de alimento. El proceso de cocinar lo detuvo porque le faltaba Kimbo, pero sabía dónde encontrarlo perfectamente y allí fue: estaba sobre la cama de Rubén; había ladrado con mucha fuerza infructuosamente a aquellos

hombres que se lo llevaban y ya comenzaba a dar serios síntomas de tristeza, teniendo en cuenta que eran casi inseparables, ya que era del que más atención recibía de todos los integrantes de la casa, que prácticamente pasaban de su gandulitis olímpicamente.

«De las mujeres me puedo encargar; de hecho, las sacaré adelante porque sé cómo hacerlo. Pero tú tienes que salir solo y dar los pasos junto con nosotros, no sé qué podría decirte», pensaba el Maca mientras lo miraba y, por un momento, llegó a albergar la funesta idea de que el animalito pudiera hasta morir de dolor, viéndole el rostro tan cambiado de un momento a otro, apoyando todo el cuerpo sobre la cama, los ojos entristecidos y la cola tiesa sin moverla.

Al menos, tenía a todos localizados; así que se puso, finalmente, manos a la obra con la cocina e inventó algo rápido. Cuando lo terminó, se demostró a sí mismo que el potaje de verduras era lo suyo; ya si quería ir más allá, siempre lo haría apoyado de su esposa, pero para esa noche les tenía algo de cena caliente sobre la mesa preparada con todo, con la intención de que no perdieran tiempo en nada. Con todo listo, se sentó frente a su esposa a observarla, eligiendo darle unos minutos extras para que descansara su mente con el sueño. Era el descanso que necesitaba para aislarse del mundo real, pero ya era tarde y mañana la vida seguiría su curso. La rutina les pasaría por encima aplastándolos cada vez con mayor castigo, alejándolos de sus entornos.

La tuvo que tocar varias veces al ver que no reaccionaba, lo hizo con mucha pena, hasta que tuvo que sacudirla y, por fin, pudo despertarla para abrazarla y, de esa manera, no la hizo sentirse sola al volver a la realidad. Así, abrazados, permanecieron, transmitiéndose el calor con el apoyo que, más adelante, necesitarían para vencer juntos a todos los elementos y, sin hablar, medio tambaleándose, fueron los dos a la habitación de Emma, que también necesitó de buenas sacudidas para despertarse. Juntos, los tres salieron unidos por el único lazo que los ataba tan fuerte que nunca se partiría: el lazo de la familia, al que se agregó Kimbo para dar su apoyo incondicional, sin importarle que su estómago estuviera tan vacío como los de los humanos, todo lo contrario: ir tras ellos tres lo consideró su deber y este nunca decepcionaba, nunca traicionaba ni mucho menos abandonaba. Tardaría en acostarse panza arriba.

Como pudieron, se tragaron el potaje de verduras para sus correspondientes estómagos; estaba tibio todavía y todos los comensales introducían sus cucharas dentro del líquido sin mirar a otro sitio, escondiéndose en el único refugio que tenían a su alcance. Kimbo hizo lo mismo con su porción: sabía que él también tenía que estar fuerte o, al menos, lo intuía; su función era vital como un miembro integrante de la familia. Dormía muy poco, para estar presente en cada movimiento, por simple que pareciera, cumpliendo a rajatabla y de manera definitoria su parte, con su personalidad característica, pero presente en cada momento difícil cuando se necesitaba de él, y todo, simplemente, por amor.

La mesa quedó sucia por primera vez en su historia. El Maca las acompañó una a una a la cama, acomodándolas, para después taparlas. Por primera vez en la vida, no se cepillaron los dientes; eso era secundario. Durante la cena no se habló ni una palabra, algo insólito, porque el dolor no se lo permitió. A Kimbo no hizo falta acompañarlo a la habitación de Rubén, donde permanecía la ventana cerrada sin que se abriera por mucho tiempo, al igual que los guantes de boxeo colgaban en la pared para esperar, de la misma manera, todo lo que hiciera falta esperar.

Los días en el centro se fueron perdiendo uno tras otro en una aparente normalidad, que, en realidad, no era real, solo albergaba la asquerosidad en su rincón invisible para la vista de todo el que no quería verla. Una de las primeras asquerosidades que Rubén pudo apreciar ocurría en el comedor a la hora de la cena o del almuerzo, como si de un ritual se tratase: los más grandes o fuertes aplicaban la ley del silencio como marca imperante para arrebatarles los alimentos sólidos a los internos más débiles o pequeños sin piedad. Observó, además, que los funcionarios, que entre otras cosas debían vigilar para cuidar a los seres humanos que allí vivían, no velaban por nadie ni por nada; por el contrario, hablaban y hablaban de fútbol o de mujeres mientras estas cosas sucedían enfrente de sus narices sin importarles. Esos despistes originaban que se aprovecharan para llenar sus cochinos estómagos a través de la amenaza y el poder.

Había algunos grupos o pandillas formados en la clandestinidad que, a simple vista, daban la impresión de que eran simples e inocentes muchachitos reunidos por afinidad con el sano fin de realizar actividades juntos, y eso era real: actividades que juntos los hacían fuertes y dominantes. Él observaba y callaba: la única opción que tenía en sus manos.

Todos los días por la mañana, después de cumplir con todas y cada una de las leyes establecidas para el orden, la disciplina unida a la convivencia, como todos los demás, él también se dirigía a desayunar al mismo comedor. La cola para entrar siempre era extensa a la hora de las tres comidas y ya tenía bastante experiencia en el tema de las colas, con su espera característica. El espacio y la capacidad de sacar comidas era muy pequeña, por lo que la orden obligada siempre era comer rápido, sin dar la más mínima oportunidad de conversar con el compañero que le tocara compartir en la mesa; además, la decoración no era nada agradable, más bien lamentable, con pocos cuadros que mirar y de paisajes raros con colores mustios y el gris predominante. Esto tampoco ayudaba a disfrutar de la sobremesa ni de la compañía.

Los comensales entraban y, con la misma velocidad, salían a coger aire afuera, ya que tenían que soportar el calor que brotaba desde los fogones que cocinaban los alimentos y eso, en verano, era irresistible, pues sudaban la mayor parte del tiempo que permanecían dentro.

El desayuno se repetía de la misma manera todos los días, formando parte de él, sin variación alguna, un pan redondo que simulaba una piedra del río por la forma, acompañado de un vaso de leche, ya con su azúcar disuelta; lo que algunos allí llamaban «el dúo inseparable». El caso era que, inseparables o no, los internos más fuertes le arrebatában el pan a los débiles o pequeños, llenando sus hediondos estómagos, satisfaciéndolos con el miedo de los demás. La historia de los funcionarios se repetía, con la única diferencia de que el tema escogido en la mañana era el de la política y, entusiasmados, se les notaba fácilmente a lo suyo o a su aire, sin mirar ni a un lado ni al otro, puesto que existían dos zonas separadas para no acumular demasiados internos y, de esa forma, evitaban problemas mayores sin darse cuenta de que ya existían. La solución de algunos pequeños era engullir el pan con avidez para que no se lo quitaran, pero el inconveniente era que podía traerles mayores dificultades fuera del comedor por incumplimiento de la ley.

Una tarde, Rubén entró en el albergue y se dirigía a su cama cuando Miguel, sin camisa, exhibiendo sus poderosos músculos, pechos y trapecios, lo llamó. Sonriente, esperó con su cuerpo sudado de hacer pesas en el pequeño gimnasio donde pocos eran los que tenían el derecho a usar

aquellos hierros, para ordenarle que, al día siguiente, le correspondía la limpieza del baño. Pero Rubén no se acercó a la llamada del jefe; por el contrario, se detuvo y asintió la orden solo con un gesto, dándole la espalda prácticamente en el mismo instante que terminó de escuchar aquellas grotescas palabras, y siguió su rumbo suave y sin desespero, cosa a la que Miguel no estaba acostumbrado, por lo que se alteró, pues consideró que era una falta grave que no podía tolerar: darle la espalda mientras él hablaba sería castigado por la ley interna. Molesto por la reacción inadecuada de su recién llegado, le gritó en presencia de algunos, que se taparon la cabeza, recordándole, nuevamente, la orden sin percibir ninguna señal de sumisión ni de respeto. El cacique observaba incrédulo cómo aquel no se detenía con su paso firme, que lo acercaba más a su «cama de arriba, pegada al pasillo», manteniéndose de espaldas y comenzando a quitarse la camisa para acostarse fresco y escapar del calor que lo agobiaba.

El silencio en el ambiente era evidente, unido a la expectativa del rey, molesto ante la mirada de varios. El macho alfa se sintió humillado, por lo que decidió convocar una reunión extraordinaria con sus generales de élite, que intentaron por todos los medios mantenerlo con calma y, poco a poco, lo fueron relajando para que su furia loca no lo llevara hasta el camino de los errores, proporcionándole respaldo y concesiones.

Estos tres llevaban media vida en el centro y lo conocían perfectamente, sabían moverse con el conocimiento básico adquirido por los años gastados allí, que no era otro que el de controlar la mente, y con ella controlarían todos los recursos de los que podían disponer en ese mundo para evitar, de esa manera, fracasos que destaparán a la luz toda su logística.

—Después nos encargaremos de él, este no es el momento exacto —le recomendó Adolfo, logrando con esta proposición relajarlo mientras apoyaba su brazo en el poderoso hombro de su jefe inmediato. Se miraron y Miguel dio por aprobada la decisión; el jefe accedió a la recomendación un poco inconforme, pero sí que aceptó.

En ese tramo de la tarde noche, cuando todos los inquilinos regresaban de los estudios o del trabajo, según le hubiera correspondido la jornada, algunos iban al baño y regresaban a sus camas, otros preferían hacer algunos ejercicios naturales como calentamiento para sudar antes de bañarse, pero, aun así, sobre todas las cosas, el viento había colocado al silencio como dueño o huésped ilustre; todos los movimientos que allí se realizaban los hacían con la mayor discreción para no llamar la mínima atención de algunos, pues ninguno de ellos quería ser observado ni mucho menos seleccionado, ya fuera para ser objeto de extorsión o, simplemente, de desapropiación de alguna propiedad que pudiera interesarle a esos tres.

Minutos antes de dormir, ya bien entrada la noche, como el reglamento indicaba, Rubén, desde su «cama de arriba, pegada al pasillo», vio a un niño de tez oscura sin camisa, sin zapatos y en calzoncillos, al que acompañaban aquellos tres. Caminaba con la cabeza baja del todo, para no mirar a nadie ni tampoco ser observado. El más cercano que avanzaba detrás de aquel niño era Miguel y, un poco rezagados, lo hacían sus generales de élite; también sin camisas, sin zapatos, pero en pantalones cortos. Rubén pudo reconocer al chico; por alguna casualidad lo había visto alguna que otra vez acostado en su cama, que también estaba ubicada arriba pegada al pasillo. Camino al baño iban y aquel rostro, que casi no pudo ver, no lo olvidaría nunca en su vida; lo



miró y por ansias del demonio la vista, instintivamente, lo obligó a mirar también al jefe, que iba imperativo detrás, pero bien de cerca, imponiendo la ley sonriente, disfrutando del poder de toda fiera loca que gobierna, dejándose arrastrar por la ambición de su palabra que aplasta a todo cuanto se encuentra a su paso.

Se equivocó Rubén, no podía mirar, era un error imperdonable, pero una fuerza desconocida hasta ese instante lo obligó a hacerlo para, de esa forma, aprender mientras escuchaba algunos golpes que sucedían allí, en el baño, y también gritos, que indicaban el dolor de la debilidad cruel que, dominante, se apoderaba de un cuerpo arrodillado finalmente y una mente que no soportaría el castigo.

Jorge Luis era el chico poco agraciado que dormía en la cama de abajo y Rubén se inclinó dejando caer parte de su cuerpo para preguntarle acerca de lo que estaba ocurriendo en el baño.

—Lo-lo-lo-lo están vi-vi-vi-violando. —Después de poder hablar, Jorge Luis se tapó la cabeza para no oír ni ver nada, ya que era un chico bueno, pero muy cobarde. Lo habían enviado al centro por robos menores reiterados hasta la saciedad; lo mismo robaba una gallina de un vecino para convertirla rápidamente en sopa que entraba sin permiso a una casa y tomaba algo de valor para venderlo después con el objetivo de tener algo de dinero. Pero no sabía pelear; además, tenía miedo hacerlo.

Rubén no podía creer lo que escuchó de la boca de su compañero de litera con su tartamudez, pero sí que pudo hablar; tampoco en su cabeza pudo albergar aquel sonido que oía desde el silencio, como ilustre inquilino, como llantos de pena blanda y desordenada.

Ese error de intercambiar aquella mirada con su jefe, algo que no debió haber hecho nunca, fue verdaderamente su auténtica salvación y, rápidamente, la bombilla de la luz en su cabeza se le alumbró, advirtiéndolo de que sería el próximo sin piedad y no encontró en todo aquel sitio un lugar para pedir clemencia; le hubiera gustado pedirla a alguien, pero no tuvo la oportunidad hacerlo.

Haber sido el último huésped en llegar, jovencísimo, blanco, sin pelos en el cuerpo aún, aparentemente indefenso, con aquel cuerpecito delgado y pequeño, unido a la ofensa al rey, lo ubicaba indudablemente en el ojo del huracán. La mirada que se entrecruzaron ambos fue decisiva para su vida, larga o corta, allí.

Ya con la luz apagada, lo que sucedía a las diez de la noche, dejando solo tres focos ubicados a lo largo del pasillo, no pudo ver el regreso del chico de tez oscura, solo sintió los pasos, pues eligió permanecer toda la noche despierto. Se agachaba, se sentaba, se ponía de pie sobre la cama en guardia para no ser sorprendido, pero ya aquellos tres estaban satisfechos.

Estuvo toda la noche sin dormir, pero él no era el único cristiano que permanecía despierto y, cuando fue al baño para asearse, lo primero que vio a su lado fue al chico de tez oscura humillado, maltratado, habiendo entregado tan fácil su hombría que la vida le arrebató su honor y su dignidad. Cepillándose los dientes, estaba mostrando a todos el pómulo izquierdo inflamado, sin deseos de vivir y, mucho menos, sin poder alzar la vista porque las fuerzas no le daban para ello; la lengua se le atragantaba y desatragantaba sola, tragando buchecitos de saliva hedionda afligida. Pero Rubén no se detuvo más del tiempo reglamentario impuesto por la jungla para

mirarlo, ya con lo mirado y lo escuchado le era suficiente, considerando que no era el momento justo para debilidades, sino para prepararse, consciente de que lo tendría difícil, pero seguro de que no tendría opciones donde escoger.

Los barrotes de hierro que protegían las persianas, conjuntamente con el color gris de las paredes y el naranja en el techo, además de las bombillas de luz tenue que emitían un amarillo triste intentando iluminar la noche, advertían que no era precisamente el edén y, en algunos instantes aislados, le hacían recordar su pequeño paraíso, que no era otro que su cama mientras leía acompañado de Kimbo, a su lado panza arriba; pero *ipso facto* lo alejaba de su mente, evitando distracciones inútiles, ubicando, primero uno y después el otro, los pies sobre la tierra.

En clases no aprendió nada ese día. Los profesores, mitad mujeres y mitad hombres, se esmeraban muchísimo por enseñarles todos los contenidos correspondientes de cada asignatura, pero él tenía la cabeza en otro sitio completamente fuera, aunque no muy lejos del aula. Precisamente, al terminar, se dirigió directo a un lugar donde pensó que encontraría lo que buscaba. Era el pequeño taller de mecánica donde se reparaban todas las averías de los coches, autobuses o camiones que pertenecían al centro como flotilla de transporte y donde también tenían participación los internos que hubieran escogido la mecánica como opción para aprender un oficio. Obvió la comida, la pasó por alto sacrificándola por obtener su premio, que, de alguna manera, con mucha cautela, lo encontró: un trozo de acero sólido, ideal en tamaño y grosor para ocultarlo en su cuerpo, dentro del pantalón, cubierto por la camisa del uniforme, que, indisciplinadamente, tuvo que llevar por fuera, rompiendo el reglamento. Y así se mantuvo oculto entre las matas, los árboles o los muros que encontraba de camino al albergue. Con un pequeño trozo de vidrio que recogió de la tierra, rajó la colchoneta, no sin antes cerciorarse de que nadie lo estaba observando, y ahí enterró su arma protectora, pasando inadvertida para todos: ya estaba protegido.

Tuvo que sacrificar el almuerzo, ya que de lo contrario hubiera tenido que faltar a la biblioteca —lugar laboral que escogió él mismo por su afición a la lectura—, una ausencia que se consideraba como una falta grave según el reglamento del centro, con sanciones diferentes según la gravedad de los hechos; una primera pudiera haber sido el descuento del salario que correspondiera a ese día justamente.

Se acostó un rato sobre su cama para relajarse y no levantar sospechas, mientras que los demás muchachos llegaban, poco a poco, a descansar, cada uno en su mundo. A las dos de la tarde tenía que hacer acto de presencia en su trabajo para cumplir con su jornada laboral y eso lo tranquilizaba, ya que el albergue se quedaba nuevamente vacío. Su trabajo consistía en organizar los libros por familias, ya que siempre los desorganizaba alguien, y limpiar los estantes, que eran muy altos, por lo que para ello usaba una escalera desde la cual podía mirar un poco más lejos que los muros que le retenían la esperanza. También intentaba mantener libres de polvo a todos y cada uno de los libros, que no eran pocos, por lo que se hacía casi imposible lograrlo, pero, al menos, se mantenía entretenido, además de las relaciones sociales que mantenía con personas que también disfrutaban de una lectura e intercambiaban ideas, recomendando libros unos a otros, a veces interviniendo los trabajadores del centro para contribuir con el aprendizaje de esos

muchachos, pues, al final, era una de las tantas obligaciones que tenían. Una vez por semana tenía que limpiar el suelo; la biblioteca no estaba pintada de gris y naranja, el color que se le había asignado por obra a todo el centro, y, por obra y gracia del Espíritu Santo, afortunadamente, era toda de color blanco.

Al concluir con su jornada laboral, decidió regresar al albergue, ya que en una hora tendría que limpiar el baño, según le ordenó Miguel, asegurándole que era rotativo eso de la limpieza. Se quitó la camisa y el pantalón para estar mucho más cómodo, ya que el uniforme obligatorio era bastante caluroso, además de que el color marrón de la tela no lo soportaba. Se puso un pantalón corto autorizado que trajo en su pequeño equipaje como parte de los extras que le había recomendado Ignacio y se acostó, más que todo, para proteger su única fortuna, de esa forma se cercioraba también de que no le molestaría en la espalda para dormir.

Al grito del jefe, todos a los que le correspondía la limpieza comenzaron a trabajar según asignaciones por zonas. En su caso concreto, fue directo al baño, donde lo esperaban todos los materiales de limpieza con sus utensilios y, sin más, inició su nueva faena como limpiador de todo un baño; esto lo haría solo, aislado del resto, ignorando que no era más que un macabro plan, perfectamente elaborado por aquellos tres, con el firme propósito de ir a por él en aquel lugar donde jamás nadie iría a ayudarlo por nada en el mundo y, por si fuera poco, no tendría testigo que lo apoyara, pero aún peor fue que, después de tanto sacrificio, se encontraba a leguas de su mayor fortuna: el trozo de firme acero.

Miguel se reunió con su alto mando y les ordenó ponerse a punto; esto consistía en desnudarse e ir de camino al baño, solo con pantalones cortos que facilitarían sus asquerosos movimientos. Ya de camino, fueron interrumpidos por Luis, el funcionario, que entró gritando y dando órdenes para que cada uno de los internos se posicionaran al lado de sus camas, debido a que realizaría una inspección sorpresa que frenaría la nefasta tarea que con muy malas intenciones iba cargada.

Todos y cada uno de los que habitaban el albergue tenían que colocarse adecuadamente, firmes, como el reglamento indicaba, para que el funcionario que estaba realizando el chequeo sorpresa pudiera, cómodamente, levantar las colchonetas por una esquina y por la otra, más que todo por rutina, para de esa manera evitar la existencia de alguna arma blanca o no blanca que pudiera usarse para hacer daño a otro compañero; de paso, vigilaría por el cuidado del inmueble, la limpieza y no mucho más. Nunca profundizaba en nada, todo lo hacía muy superficial para dar por cumplido el chequeo sorpresa. Los verdaderos problemas graves que debía saber los ignoraba uno a uno y, no solo eso, arrastraba al director a ignorarlos también por la ineficiencia de todos y cada uno de esos trabajadores que tenían la obligación moral de velar por todos aquellos muchachos, por su integridad física y por su honor. Esa mediocridad y la falta de interés unida a los vientos crueles pasaron mucha factura en algunos niños que un día serían hombres. Todos, sin excepción, eran menores de edad y la función del centro era reformarlos.

Estos chicos no habían matado a nadie. La mayoría estaba allí por fechorías reiteradas de muchachos inquietos que el viento arrastró hasta ese lugar por el camino imparabile que, indetenible, tenía definido para cada uno. A ellos les tocó perder, pero eso no significaba que les

tocara también que los abandonaran a las manos de no se sabe quién o quiénes; el caso era que para ello había personas que, teóricamente, se ocuparían de protegerlos, cuidarlos y reeducarlos.

Afortunadamente, Rubén comprendió muy rápido que solo estaban el viento y él.

Al terminar la inspección rutinaria, el trozo de acero no fue descubierto por Luis, que no levantó ni una punta ni la otra de la colchoneta, ya que lo venía haciendo al azar, dando por hecho que el chico nuevo no tendría ningún objeto contundente escondido con el poco tiempo que llevaba conviviendo con ellos; entonces, a la orden, continuó con sus labores de limpieza en el baño un poco más relajado.

Luis se reunió con Miguel y sus generales de lujo fuera del albergue, en un pequeño salón que estaba ubicado en la entrada y destinado a zona de recreo o relajación, para llamarles la atención debido a la suciedad y el cierto desorden que había encontrado; además, vio con sus propios ojos que el inmueble se estaba dañando cada vez más y nadie velaba por ello. La conversación se prolongó porque tuvo que escuchar explicaciones de aquellos tres y esto ayudó a que Rubén terminara su faena en el baño con sus obligaciones sin males mayores y se incorporara a su cama. Por cierto, Jorge Luis, su compañero de la cama de abajo, con su tartamudez, ni le hablaba, ya que lo notaba muy serio y, a pesar de ser su compañero de litera, lo veía tan pequeño, delgado e inofensivo que lo subestimó a tal extremo que no hizo ningún intento por tenerlo como amigo; así transcurrían las cosas allí.

Después de desperezarse y bostezar a lo bestia, sin modales, con grito incluido, una excepción: las chicas de Europa, que al fin pudieron dormir algo sobre aquella cama de la manta roja y triste con una sola almohada como dos soldados imperiales, se ofrecieron a las preguntas de un lado al otro, siguiendo el protocolo doméstico familiar educado por los padres desde una generación a otra generación y, una vez terminado el clásico cuestionario de si «dormiste bien», el típico «¿cómo amaneciste?» y así sucesivamente, volvió a entrar la rutina educativa de todo lo que había que hacer en cuanto mamá saliera del edificio.

Se asearon juntas. Por derecho, había agua —ya le estaban cogiendo el horario de llegada y desaparición— y la aprovecharon para bañarse, limpiándose de todo el sudor acumulado durante toda la noche que le proporcionaba el calor infernal en esa habitación que tenían que mantener cerrada herméticamente. No retozaron en la estrecha ducha y, al terminar, abrieron las ventanas de par en par, por lo menos un rato, con el fin de desintoxicar el ambiente. También colocaron el cartel de «No moleste» en la puerta de entrada, renunciando al posible servicio de limpieza de la camarera, si es que había alguna por allí y, en caso de que fuera así, si valoraba que correspondía día de limpieza en la habitación. Con esta medida, mamá estaría más segura de que absolutamente nadie entraría a la habitación cuando ella no estuviera.

Vestidas las dos, desayunaron algo de fruta fresca evitando peores males estomacales. Sin embargo, había que reponer alimentos y Bárbara se dispuso a traer algo de comida. Tras la despedida, esperó, como siempre, delante de la puerta para escuchar el sonido del seguro correctamente pasado y, al bajar las escaleras, decidió detenerse en el bar de aquel *lobby* para tomarse un buen café con leche, que ya lo extrañaba demasiado. Se encontró a un camarero durmiendo con la cabeza apoyada sobre la barra babeado y con un fuerte olor a alcohol que lo delataba y le difuminaba todo lo que encontrara a su paso. Eran las once de la mañana, le quedaba la mitad de su jornada laboral por cumplir y, tras varios toques en el hombro, por fin dio señales de vida —por un momento, dio la impresión de estar muerto—; claro, que lo hizo con el típico *chsss*, pero qué más da. Además, el hombre también tenía los dedos amarillos del cigarro. Visto lo visto, Bárbara ya se estaba adaptando y se lo tomó muy natural, como cultura de servicio de ese país asiático, obviando la lejana posibilidad de que fuera un problema personal; además, se percató de que el uniforme de los trabajadores era pantalón gris acompañado por una camisa naranja con finas rayas azules.

Al menos, el edificio tenía una enorme claraboya que permitía el paso de la luz, de esa luz que tanto necesitaba, dándole un poco de armonía y vida a ese espacio, opacando la peste a alcohol que hacía del bar un lugar irresistible. Pagó su cuenta, dejando algo de propina al camarero soñoliento, y agarró su taza de café con leche para bebérselo sentada sobre un escalón de la escalera, donde realmente estaba la luz, y entonces fue cuando verdaderamente saboreó el aroma del café, con sabor diferente pero exquisito. El camarero, con la propina en la mano, se dejó dormir otra vez en el mismo lugar, sin pensárselo y de manera automática.

Al terminarlo, se levantó y colocó la taza sobre la barra cerca de la cabeza del camarero, que ya para ese entonces roncaba como un demonio; su profundo sueño no sería interrumpido por ningún otro cliente. Salió del hotel sin mirar a ningún otro sitio y por allá fuera estuvo deambulando ya un

poco más familiarizada con el entorno. Su físico, junto a la forma de vestir, la delataban a la vista de todos como turista, por lo que no pasaba desapercibida tanto para mujeres como para hombres, que la miraban con apetito tanto a ella como a su cartera, también al móvil o a lo que fuera, pero la miraban mucho y ella lo sabía, como también sabía que su viaje no era ni por asomo de turismo, un viaje arrastrado por el viento hasta allí; toda precaución sería muy poca.

«Viaje de turista», así fue como lo declaró en el aeropuerto; el funcionario de inmigración no le preguntó absolutamente nada ni investigó nada. Sin embargo, aquel era un viaje que tenía otras prioridades muy distintas, y a ellas dedicaría todo su tiempo y toda su fe para intentar reorganizar su vida, pues la tenía algo descompuesta.

En el supermercado, que ya conocía, no encontraba tantas ofertas, ya que era muy pequeño, pero, al menos, compraba lo necesario. Un poco de queso, pan, tomates frescos, naranjas, lechuga y un pepino. Con eso era suficiente, agregándole el agua y algunos zumos. Un poco más lejos del hotel, en la zona medianamente decente, encontró un cuchillo que necesitaría. Entre casas grises y naranjas, compró su cuchillo, que utilizaría para preparar las ensaladas en la habitación. Las dos dormían mucho, por lo que siempre se perdían el desayuno al quedarse dormidas muy tarde debido al calor. Sin cruzar el límite, regresó lo más veloz que pudo a su guarida. No había llovido en días y el calor irritaba a la inmensa multitud. Parecía que todos vivían en la calle. Eran muchas las personas que tenía que esquivar mientras andaba. Nadie de esos nativos se quitaba del camino, eran los extranjeros los que debían hacerlo.

Por cosas de la vida, desde el *check-in*, no había vuelto a ver al hombre de aspecto malo de la recepción del hotel. Karla le tenía terror; llegaba a compararlo con el mismísimo demonio, pero ya no había preguntado más por él y le tranquilizaba bastante saber que su hija ya no se acordaba del recepcionista de los dedos amarillos.

Karla llevaba un día encerrada en la habitación con Tuti y ya la madre comenzaba a desesperarse por ese encierro, por lo que andaba pensando en la posibilidad de sacarla fuera para dar un paseo por los alrededores. Al llegar al hotel, atravesó la recepción sin mirar a ningún sitio, pero no pudo evitar observar que el camarero del bar de aquel *lobby* seguía durmiendo con su cabeza apoyada sobre la barra, sin importarle a nadie y, por si fuera poco, con la propina entre sus dedos al descubierto; también se percató de que la peste a alcohol había disminuido considerablemente y la claraboya continuaba ofreciendo mucha luz.

Subió las escaleras con las bolsas de comida que garantizaban el poder dormir un poco en la mañana sin preocupación del desayuno. Antes de tocar la puerta, se identificó y su hija le abrió. Tras besarse las dos cariñosamente y sin perder un minuto, colocó los alimentos encima de la pequeña mesita y le propuso a su hija dar un pequeño paseo con la única condición de dejar a Tuti en la habitación. Así, salieron las dos como grandes amigas tomadas del brazo, atravesando el *lobby* del hotel, no sin antes percatarse de que el recepcionista de aspecto malvado no estaba en turno.

El día era bello en su modo natural: sol fuerte, cielo despejado por todos lados, no había grandes edificios y los colores predominantes eran el gris y el naranja. La calle estaba llena de gente nativa constantemente, con pocos extranjeros, huecos secos por cualquier sitio esperando la

lluvia para transformarse en lagunas intransitables, un desorden caótico acompañado de miseria extrema y gritos por todo que obligaron a la niña a preguntarse a qué sitio la había llevado su madre. Aun así, disfrutaron juntas el pequeño paseo corto y relajante, sin olvidarse Bárbara de que en la habitación estaban los diez mil euros que habían llevado en efectivo, pues pudo burlar a los funcionarios de inmigración colocándoselos entre la barriga y cubriéndolos con ropa de una talla mayor. Le colocó el «No moleste» a la puerta de la habitación para que no entrara nadie, pero, aparentemente, aquello era un hotel sin ley.

Mamá, sola con todas las preocupaciones y responsabilidades, una detrás de la otra, con solamente Tuti protegiéndolas, se sentía muy vulnerable a todo, excepto a su fe, que era lo único a lo que podía agarrarse y no soltarse.

Se acercaron a un señor que jugaba con palomas caóticas del retozo desde el techo de una casa vieja de tejas naranja, pero, en realidad, las estaba entrenando como un arte antiguo que formaba parte de la cultura de ese país tan atractivo, y las dos europeas lo vieron como un descubrimiento idílico ante el caos y la alternativa.

Adentrándose más en el interior de la barriada, sin alejarse demasiado, encontraron una calle sin huecos secos: todos estaban llenos de agua y ahí realizaban ceremonias a las vacas, sí, a las vacas, para inmortalizarlas. Pero lo peor, lo indignante, lo repugnante, fue que vieron a un grupo de mujeres viudas mendigando sobre el asfalto con paños blancos que cubrían su rostro. Había muy pocos lugares donde estas mujeres fuesen bien recibidas, condenadas solamente por haber perdido a sus esposos y seguir ellas con vida y, además, con deseos de vivir, aferrándose a ello, pagando el precio por no se sabe qué, obligadas a doblegar su fe junto a su lomo para mirar al suelo eternamente como único refugio donde serían acogidas. «Qué asco de país y de cultura».

Bocas con muelas blancas, sí o no, que deslumbran con el fino brillo del mercurio, sí o no, procedentes desde lo más profundo de un muladar, las insultan con ternura despiadada, sin rencores ni arrepentimientos, en aquel casual encuentro, apareándolas con el destino fúnebre, el destierro, como un verdadero gótico subterráneo, arrastradas no por el viento, sino por la caridad.

«Si tuviera una de mis lanzas gruesas con punta fina y lisa, enterraría con todo mi poder de hembra una aquí, aquí mismo, con una cuerda fina, y nos iríamos las dos hasta allá, donde enterraría otra de mis lanzas gruesas con punta fina y lisa. Seguro encontraré lo que tanto he buscado; rosas verdes estarán esperándome para rodearme y bañarme de ese esperanzador aroma que respiro y boto al techo azul. Sin espinas quizás, pero me perfumarán sin ni siquiera respirar, con la esperanza hueca y silenciosa, sin aliento fértil, allí estaré y las tocaré. Le arrancaré un pétalo, solo uno les pediré, o tal vez no, se lo arrancaré y basta, pero que sea verde para con él soportar la cruz del error sobre mis hombros lindos; no me importa llagarlos, si mi alma ya lo está», pensaba Bárbara mientras andaban cogidas del brazo, ignorando a todos aquellos vendedores que intentaban meterles por los ojos todos los artículos que para ellas eran invisibles e inútiles, ni los escuchaban. Aquellos cuadros, figuras artesanales, mantas, toallas... No les interesaba ninguna de esas cosas que repetían los mismos colores. Pero sí se detuvieron al ver un pequeño autobús con varios turistas que les llamó poderosamente la atención; además, se hospedarían en un pequeño hotel de una zona peor, aunque cerca de ellas. Le era imposible dejar

de pensar en Rubén, por más que lo intentaba. La ternura con que la había tratado, los ojos desesperados de un hombre que no desperdiciaba ni un segundo para empaparle su cuerpo de saliva, las manos tiernas que resbalaban sobre su piel fina, manos obligadas que tuvieron que deslizarse empujadas con ingenuidad y miedo, los besos calientes e inexpertos, sus erecciones, que la fatigaron desde la primera... Lo imaginaba infeliz, esperándola en aquel contenedor apartado al que no fue en busca del amor, abandonado a su suerte. Se preguntaba una y doscientas veces si un viaje debía ser la solución de la piedra que arrastraba o luchar en contra del viento. Estaba enamorada de un niño, sí, era más de diez años menor, pero igual de hombre para amar. Los cartones sirvieron de cama, no hicieron falta exquisiteces en el confort para ver la luz.

Divisó un pequeño autobús del que bajaron un grupo de turistas. Todos iban con pareja, no había niños, sí esposos y esposas. Colgaban al cuello sus cámaras fotográficas y cargaban con inmensas mochilas. Eran diez personas, según su conteo, pero no españolas, parecían escandinavos por el color de su piel y su aspecto en general. Se percató, además, de que llevaban varias cajas que parecían instrumentos o material de trabajo.

Ese movimiento organizado le pareció extraño en aquel lugar. No esperaba ver a tantos turistas juntos y eso la llevó a acercarse un poco más. Al avanzar, se detuvo a una distancia respetuosa con el objetivo de observarlos mejor, pero, con su hija pidiéndole cosas dulces de comer, interrumpió su labor de espionaje sin poder descubrir el motivo de tal desembarco.

Por segunda vez en la carretera de su vida, alguien la desvirtuaba totalmente de lograr un posible descubrimiento que la ayudara a reflexionar acerca de algo; primero, fue aquel camarero con el café con leche en el bar de Barcelona —quién sabe si también quiso ligar con ella— y, en este caso, era su hija la que la obligaba a alejarse de aquellos turistas con aspecto de escandinavos inofensivos pero muy trabajadores. Así pues, fueron a comprar dulces o chucherías para, de esa manera, compensarle todo el sacrificio del viaje con todo lo que ello llevaba en sí mismo. Alejarse de aquellos turistas con las cajas selladas sin conocer lo que tenían dentro fue impulsado por el viento. Las cajas selladas de aquellos señores no eran muchas; daba la impresión de que era material de trabajo más que otra cosa, porque, a pesar de ser pocas, eran de diferentes tamaños y, en un principio, al bajarse del pequeño autobús, las estaban acomodando frente al hotel donde se hospedarían, junto con las cámaras fotográficas y de video. De las mochilas no se desprendían, manteniéndolas a buen recaudo sobre sus espaldas, custodiadas por varios nativos intrusos que se mantenían a una distancia justa para efectuar el atraco en caso del más mínimo despiste, sin levantar sospechas. Pero eran diez turistas y, además, conocían perfectamente el terreno que pisaban, ya que en numerosas ocasiones lo habían estudiado por un motivo u otro, por lo que, mientras uno pagaba el precio del transporte, los otros cargaban con todo el material sin mirar a los lados, llevándolo hasta dentro del hotel.

Las dos europeas se tomaron el día demasiado relajadamente en apariencia: cogidas del brazo, andaban sin separarse ni un segundo, soportando el calor, el mal olor del ambiente, el gentío y la desesperación. Sin embargo, ni a la visión de una niña escaparon aquellos colores tan llamativos y repetitivos que tanto resaltaban el entorno, llamándole la atención.

—Mamá, ¿por qué todo es gris y naranja?



—No lo sé, mi amor, no lo sé.

Karla se había percatado de que los pequeños edificios —el más alto era de tres plantas—, las casas, las toallas que colgaban en los balcones o terrazas o en todos sitios donde los vendedores las ofrecían a los pocos turistas como *souvenir*, los adornos en los puestos improvisados, hasta los coches en su mayoría, todo o casi todo era gris y naranja. Pero la madre no tuvo respuesta y fue exactamente en ese instante cuando le pasó por la cabeza seriamente regresar a casa, recordando que la mesa, después del último no copioso desayuno que había compartido con su hija, quedó totalmente sucia. Se detuvo y miró a su hija.

La confusión de Bárbara era máxima, pues no leía las señales que le venían de todos sitios. Ella nunca tuvo ese poder celestial que tanto nos alumbra cuando desde el cielo nos advierten de que todo no se le puede dejar al viento para que nos arrastre, porque él lo hace con cada uno de nosotros, pero a su antojo. Ni siquiera lo tuvo a la hora de escoger a Raúl como pareja primero y como esposo después, a pesar de que todas sus amigas de la universidad le advirtieron de que algo no les gustaba de aquel hombre. Entonces, era muy joven y creía que era solo un poco de envidia lo que ellas sentían al verlo llegar con el Mercedes Benz negro, bien vestido con ropa de marca, atractivo y tan inteligente.

Comenzó a llover de repente, sin aviso previo, y todos los vendedores corrían con movimientos ligeros al ver que se les mojaba la mercancía; fue todo muy desordenado, ya que no tenían un plan para estos casos de fenómenos naturales que pudieran dañar sus establecimientos. El resto corrió por el simple hecho de no mojarse, ya que lo que caía del cielo era un verdadero diluvio. Bárbara, en cambio, prefirió mojarse avanzando hacia el hotel —a fin de cuentas, era la primera vez que su hija disfrutaba del agua de la lluvia— y apresuró el paso por una calle con todos sus huecos, que, hasta ese momento estuvieron secos, pero ya rebosaban de agua podrida sin una acera por donde poder guiarse, aunque ya conocían el camino y sabían dónde colocar un pie y el otro. El mal olor salía de todas las cloacas y venía de todas direcciones. El fuerte calor, primero, y la lluvia torrencial, después, exacerbaron los ánimos de los nativos y comenzaron las típicas peleas por un trozo de techo que los cubriera del agua.

Así, entre los huecos apestosos repletos de agua podrida, el mal olor que inundaba el aire y las peleas callejeras que comprendían todas las edades y sexo, tuvieron que cabalgar las dos chicas europeas a velocidad constante, empapadas de aroma cruel, hasta llegar al hotel y ponerse a salvo de todos los elementos.

Empapadas, llegaron a su destino. Por primera vez, Karla había recibido agua del cielo como una primera experiencia natural y riquísima; un cielo que ya comenzaba a tomar su precioso color azul celeste. A la misma velocidad y violencia con la que cayó todo aquel torrencial, escampó como algo misterioso. Lo consideraron agua bendita y la disfrutaron las dos.

Al entrar al *lobby* del hotel, dejaron agua por todos sitios, por los que pasaron sin sentir ninguna de las dos ninguna pena al recordar a aquel camarero que dormía la borrachera con la cabeza apoyada en el bar. En la recepción estaba en turno el recepcionista de aspecto malo, fumando, sentado con los pies estirados, apoyados sobre su mesa de trabajo; los dedos amarillos se notaban a gran distancia. Las vio llegar y miró primero a la madre para después hacerlo con su hija, al

mismo tiempo que sonrió de manera indescriptible, con aquellos ojos grandes. Su mirada simbolizaba el terror, tanto que ninguna de las dos podía descifrarla. Era sencillamente extraña, albergaba cosas, y enseguida continuaron agarradas sin mirar mucho más de lo que ya habían hecho. El miedo de su hija la llevó a pensar en Tuti, primero, y a agarrarse de la pierna de la madre después, apoyando su cabeza tan fuertemente que casi no la dejaba caminar. Por las escaleras, Bárbara se percató de que el camarero del bar del *lobby* era otro: no estaba borracho y estaba sirviendo un café con leche a un nativo. Al girar levemente su vista impulsada por el instinto, se dio cuenta de que el hombre la observaba muy detenidamente. Karla, por el contrario, aprovechó el despiste de la madre para darse la vuelta y mirar hacia detrás; allí estaba el recepcionista de aspecto malo sonriendo.

Se bañaron rápidamente para desprenderse de todos los elementos aprovechando el agua y decidieron ver la tele un rato juntas: conectaron un canal inglés, ya que el resto de las cadenas emitían contenido solo en el idioma nativo. Karla no entendía nada, por lo que tenía que auxiliarse de los servicios de la madre como traductora. Le preguntaba acerca de las noticias e iban intercambiando conocimientos del idioma, hasta que llegó la aterradora noticia de la estadística cruel de la cifra tan alta de niños extranjeros que habían sido secuestrados para pedir dinero por su rescate; en caso de no pagar, los prostituían como a los demás niños de la calle. Esto no pudo traducírsele a su hija, que quería saberlo. Mamá tuvo que mentir. Aquella noticia le paralizó el corazón.

El agua les había despertado un apetito voraz y allí, a la despensa, fueron las dos como caníbales para prepararse un bocata gigantesco, evitando comidas extrañas, además de los zumos que tenían disponibles. Se sentaron nuevamente a ver la tele sin wifi, que tampoco les hacía mucha falta, al parecer. Su portátil, que tanto trabajo le costó pasarlo por el aeropuerto con sus controles, teniendo que firmar papeles, no pudo casi ni usarlo, ya que el acceso a internet era muy limitado y formaba parte de las carencias del lugar.

Durante la noche, la prostitución, tanto infantil como adulta, estaba a la orden del día en la calle, sin importar los huecos con agua apestosa aún, la ausencia de las aceras y, mucho menos, la pobre iluminación. Los pocos policías que pudieran deambular por casualidad en algún momento por aquel lugar lo hacían solamente para recibir su parte del botín, que le pagaban las putas solitarias, los proxenetas, los traficantes de droga y los delincuentes vendedores, que no cotizaban a la seguridad social de aquel país, si es que tenían o la conocían. Lo cierto era que toda esta mafia dominaba a sus anchas el mercado de la calle a la perfección.

Algunos pocos turistas varones que merodeaban la zona se emborrachaban con toda intención, formando grupos de tres, para después hacer uso indiscriminado de esos niños o niñas menores de edad, saciando su cruel sed viril, contribuyendo con ello a la existencia de ese concepto.

Al otro día, desayunaron en la habitación al quedarse nuevamente dormidas y perder, por tanto, el derecho al desayuno en el comedor y, mientras lo hacían, volvían a retocar las normas de seguridad establecidas en su pequeño e indefenso puesto de mando.

De camino, se encontró a una mendiga, le depositó un poco de dinero y aprovechó para mostrarle el nombre de la calle que tenía escrito en su agenda. Necesitaba la farmacia más

cercana, pero la señora estaba drogada y sin un diente en la boca, lo que significaba cuánta droga había en ese cuerpo; en ese estado lo mismo la mandaba para el norte como para el sur.

«Dinero y tiempo perdido miserablemente», pensaba Bárbara sabiendo el uso que le daría esa señora a su dinero, pero siguió a lo suyo, considerando barrer la zona calle por calle. El calor y la humedad la mataban, y la obligaron a desviarse hasta una cafetería para comprar un poco de agua e hidratarse, cogiendo fuerza para continuar con su particular investigación. El camarero de la cafetería tenía muy buen aspecto y hablaba un inglés básico, por lo que pudo establecer un diálogo con el muchacho, que le dio mucha esperanza de encontrar una farmacia, pero a su vez le advirtió que el sitio que buscaba quedaba lejos todavía y ya para ella se estaba haciendo muy tarde.

Estas esperanzas la hicieron cambiar de planes, con nuevas perspectivas, con la nueva motivación de hacer otro intento ya directamente desde el hotel, pero en taxi, hasta el lugar exacto de la calle, con huecos secos o no, que el muchacho de inglés básico le había indicado. También le había agregado algunos apuntes gráficos de la zona y ella los había guardado con celo en su agenda, donde tenía toda la información recogida acerca de la supuesta farmacia y su dirección. La energía le salía por los poros solo de imaginarse el alto grado de dificultad para encontrarla. Entonces, se encontraría hasta agentes de seguridad custodiándola, además de las inmensas ganas que sentía por definir, de una vez y por todas, su estancia en ese país asiático, presionada por el alto índice de secuestros a niños extranjeros para pedir dinero, aunque peor veía que obligaran a prostituirse a esos inocentes sin la mínima capacidad para escoger qué hacer con sus vidas. Terrible idea que la dejó sin vida en cada paso que dio entre aquella multitud.

El recepcionista de aspecto malo con los dedos amarillos estaba, pero no fumando. Lo acompañaba esta vez el hombre de aspecto maleante masticando el típico chicle para llamar la atención y con mirada igual de terrorífica. Al llegar, esta vez empapada de sudor, no pudo evitar mirarlos a los ojos y, en ese instante, sintió que su vida había terminado con todo lo que venía pensando acerca de aquella cruel noticia, con un cargo de conciencia tremendo por verse en la obligación de mentir a su hija. No se detuvo, pero ya los pasos que daba indicaban que su mundo se reducía cada vez más. Esos dos hombres juntos observándola le enviaban puñales venenosos que se clavaban en su espalda, matándola para no vivir jamás.

Nada más verla entrar, el hombre del chicle la reconoció como la chica empapada de agua que subió por las escaleras con una niña mientras él bebía un café con leche en el bar del *lobby* a la espera de una nueva víctima.

—Ni te atrevas con ella. Está sola con su hija y no permitiré que nadie le haga daño. Para eso tendrás que matarme. —El recepcionista de aspecto malo con sus dedos amarillos le contestó de esa manera muy contundente y con mucho carácter al maleante del chicle sin quitarle la vista de encima. No lo dejó ni mirarla; tampoco le permitió pensar. La protegió porque el viento lo arrastró a protegerla sin que ella lo supiera jamás, imponiéndose a la sed de robar de aquel maleante de aspecto peor que el suyo.

Entre los dos formaban un equipo élite que se dedicaba, por fortuna, no al secuestro de niños, sino a robar a los clientes dentro de su habitación. Para ello, estaban en complot y bien organizados con la camarera en turno. Además, a la banda de ladrones pertenecía uno del servicio

técnico que entraba a la habitación cuando tenían el cartel de «No molestar» colgado en la puerta, fingiendo la existencia de alguna falsa rotura para echar un vistazo a las pertenencias del huésped y, después, informar al jefe, que decidía si se efectuaba el atraco o no. Era un hotel con aspecto fantasmal. Las llaves de las habitaciones ocupadas se las suministraban al maleante del chicle cuando el jefe, el recepcionista de aspecto no tan malo con los dedos amarillos, veía que se marchaban los clientes fuera del hotel, desvalijándole todo lo que tenían valor y, si algún contratiempo surgía, era cuestión de levantar el teléfono de la recepción para advertir; problema resuelto. Sin obstáculos, se repartían el botín: el dinero entre los dos jefarcas y las pertenencias de valor las vendían para compartir ese dinero entre todos los integrantes de la banda.

El maleante del chicle insistió, de todas formas, en entrar a la habitación de Bárbara al verle el móvil, la cadena de oro y la ropa que vestía, pero el recepcionista salió abandonando su puesto de trabajo y, esta vez, muy cerca, mirándolo a los ojos, le volvió a advertir que ellas dos eran intocables en su hotel, aunque fuera un hotel fantasma, y le exigió además que se largara.

«Estas son las contradicciones que nadie entiende entre lo casual y lo natural, la suerte y la desgracia, las señales y la oscuridad, la inteligencia nítida y lo abstracto de la torpeza; en fin, entre lo que significa un día que lo diferencia del otro».

Rubén, en su día a día, marchaba de mal en peor. La complejidad del lugar empeoraba y lo hacía invivible. El dominio total de unos y la supremacía de otros, paralela a las debilidades de algunos, formaban parte del juego de la supervivencia. La rutina se mantenía como estaba constituida a la hora de la cena, la comida y el desayuno, del que no podían escapar aquellos del atropello.

Los funcionarios, en plena liga de fútbol, se desentendían de toda responsabilidad posible. Sus favoritos ganaban o perdían, los goleadores fallaban o los metían, y el debate sobre el partido estaba servido, con la concentración a tope; pero aún más: en el ambiente estaba la pelea de boxeo entre Pacquiao y el mexicano Márquez, y la polémica en su punto con apuestas incluidas, cambiando de un tema al otro fácilmente durante la hora y media que duraba el comedor abierto. Todo un debate tertuliano en el que, por otra parte, la ley del silencio les confundía, imperando en el ambiente como un elemento vivo, donde todo se hacía con un dominio preciso del sigilo cauteloso. Los más grandes o los fuertes seguían alimentándose bien, llevándose al estómago todo alimento que les arrebataban a los más pequeños o débiles sin ningún esfuerzo físico. Todo el esfuerzo era mental y la mente para ellos constituía el arma principal, limitándose solamente a mirarlos con cara de asesinos, siendo esto suficiente para que el terror les invadiera y el sudor los ayudara a liberarlo.

El centro tenía una pequeña cafetería donde los internos podían adquirir los productos que la dirección consideraba tener a la venta, como cigarros, pan con mayonesa, pan con mantequilla o pan con croquetas, que se agotaban muy rápido; estaban en la carta también zumos de guayaba y mango, elaborados a partir de sus mermeladas y, a veces, la clásica agua con azúcar, cuyo precio era mucho menor. El camarero que vendía estos productos también era un funcionario y tenía la responsabilidad de velar por el buen funcionamiento del establecimiento, incluido el hecho de que el dinero que se recaudara, fuera mucho o poco, fuera destinado al mantenimiento de las áreas abandonadas, como los jardines, el césped, la pintura de fachadas, etc.

A la mayoría de los internos que podían adquirir algunos de estos productos, en ocasiones aisladas, les ofertaban bizcocho de coco como premio. Lo hacían porque, en la visita reglamentaria de sus padres, una vez al mes, les eran permitidos veinte euros solamente y ni uno más, pues, si descubrían que les dejaban más cantidad, entonces procederían a la peor sanción: la suspensión de dos visitas seguidas. Algunos de esos fuertes internos, poderosos y emblemáticos, fungían como informantes traidores en plantilla para ganarse de esa asquerosa forma derechos extras; era la mejor manera que tenían los funcionarios de saberlo todo o casi todo.

Por supuesto que no tengo que decirles que estos chivatos baratos informaban de lo que les convenía informar.

El dinero recibido de manos de sus padres lo cuidaban escondiéndolo en cualquier sitio que encontraran medianamente seguro, desde en un bolsillo extra en el pantalón, hecho a mano y escondido de la vista de los otros, que fuera bien pequeño y difícil de encontrar, hasta en un hueco en las paredes o en la tierra. El caso era que había que protegerlo y, a la hora de adquirir por medio de la compra estos productos, tenían la obligación de buscar el momento exacto en que no

hubiera merodeadores hambrientos y sedientos como verdaderos depredadores por la zona, que esperaban para arrebatárles a sus presas la comida.

Una vez pagada, no se despegaban de la tarima, buscando el respaldo del camarero funcionario, y engullían todo el producto sólido rápido para no ser detectados, alejándose después de la zona de conflicto con el líquido en su vaso de plástico, que era menos codiciado; con ello destupían la garganta.

Rubén no tenía dinero. Esos veinte euros tendrían que esperar a la primera visita, pero no era algo que a él le quitara el sueño. Otras eran sus preocupaciones y, dentro del orden de sus prioridades importantes, no estaba la comida.

Jorge Luis seguía durmiendo en la cama de abajo, pero sin mostrar el mínimo interés de establecer alguna amistad con su vecino de la «cama de arriba, pegada al pasillo», al no considerarlo un potencial importante que lo cuidara y protegiera de los reyes malvados; más bien, lo veía como uno más del montón que dejaba fragilidad en su andar, aunque no dejaba de llamarle la atención ese chico solitario y callado, pensador y que no se fabricaba un bolsillo extra secreto en su pantalón. Nunca le había propuesto ni siquiera una simple amistad, pero algún interés le suscitaba aquel nene que comía poco y despacio, como alguien seguro de su poder; aun así, prefirió no tener nada de amistad y seguir observándolo.

Las peleas eran una constante por todos los ocultos sitios por donde se pudiera pelear y, la mayor parte de las veces, en desigualdad de condiciones físicas. Las pandillas que existían camufladas entre la multitud se respetaban entre ellas y solo los líderes podían discutir su pedazo del pastel: sus canchas de baloncesto reservadas, designadas por sus consensos; las áreas nobles del centro se las repartían distribuyéndoselas en partes iguales; los bancos para sentarse tenían dueño por zonas, según perteneciera a las bandas; en el comedor, se sentaban lo más unidos posible y, en la cafetería, se organizaban por horarios para poder obtener cigarrillos fácilmente de las víctimas que anduvieran por allí; al gimnasio, nadie podía entrar excepto ellos, con horarios establecidos también. Todo un jugoso pastel invisible.

Era todo un control, el cual Rubén ya conocía con el poco tiempo que llevaba viviendo en ese lugar, pero desde su biblioteca, que limpiaba y organizaba con mucho cariño, cumpliendo con todo el trabajo que le asignaban, no desaprovechaba el tiempo y leía algo, aunque fueran tres páginas en su horario laboral; de esa manera, siempre descubría algo nuevo, como también había descubierto que al director le respetaban todos y cada uno de los seres vivientes en el centro: funcionarios, internos, trabajadores varios, profesores..., en fin, todos.

En su horario libre, a Leonardo le gustaba entrenar su deporte favorito, que era el karate, acompañándolo con ejercicios físicos, lo que lo mantenía en forma. Poseía en su poder el cinturón negro y el tercer dan, méritos que exhibía en presencia de todos con orgullo. Practicaba solo con libros. No disponía de tiempo para ir con su equipo a practicar siempre a su escuela y, en sustitución, usaba el método autodidáctico, sin percatarse de que, a su alrededor, los internos eran siempre los mismos y los fuertes. Con estas prácticas, lograba que la gente lo respetara, pero no solamente por su condición de karateca, porque, de hecho, ya era un hombre extremadamente preparado, sino por su dedicación al trabajo, su entrega incondicional, el amor a su profesión —

que lo llevó a desviarse de su camino y a estudiarla—, el respeto que practicaba a los demás para predicar con su ejemplo, por el conocimiento de su puesto de trabajo y por no reír jamás.

No conocía la cantidad de errores que cometía. Se había equivocado mucho; en ocasiones, no por decidir sobre cosas que otros hicieron, pero sí por permitirlo, y, en otras, por confiarse demasiado en la tranquilidad aparente que se respiraba en todo el ambiente por donde pasaba. Desconocía de la existencia de la ley del silencio como los peces, por un lado, y la ley de la omertá —relativa, claro—, por el otro. Luis, el funcionario, le había recomendado que como experimento, en su momento, establecieran un método de control de la disciplina colocando en el albergue a Miguel junto a sus dos ayudantes, que mostraban sus músculos para impresionar al resto; así, velaban por el comportamiento y el orden, además de convertirlos en principales chivatos mierderos para informar de todo lo que les convenía informar. Se equivocó en esa sugerencia y Leonardo no la encontró jugosa, pero permitió su continuidad pagando su novatada por confiar en cualquiera, cometiendo un gravísimo error, teniendo en cuenta la fortaleza bestial de esos tres que imponían el miedo solo con verlos, a diferencia del resto. Todo lo que ocurría en los diferentes horarios de comida por descuido y relajación de los funcionarios también era su responsabilidad, pero vivía engañado por sus trabajadores, ingenuo de que toda aquella disciplina no era resultado del trabajo y de su dedicación, que no significaban ninguna ley.

Trabajaba muchas horas, pero el tiempo no era lo importante, sino la visión que pudiera tener de todo lo que lo rodeaba ajustado a su cargo en las cosas claves y definitorias. Nunca vio lo que sucedía en el gimnasio, tampoco el verdadero funcionamiento de la cafetería ni la existencia de pandillas con sus áreas nobles del centro repartidas entre ellos, así como las canchas de baloncesto con sus dueños y, en ocasiones, hasta con horarios. Cierto era que el director no llevaba tanto tiempo dirigiendo el centro, pero, por su condición y su salario, era el máximo responsable de todo lo que ocurría o no. Lo que estaba pasando y pasaría recaería en su espalda con un peso suficiente del que nunca en su vida podría librarse, lo llevaría como la endemoniada cruz del error y de ella se nutriría para aprender mucho de su profesión y ser entonces un gran director. Pero eso lo decidirá solamente quien decide todo en esta vida, el viento, cuando un niño mirándolo a los ojos decida que tenga que ser.

Era un sábado como otro cualquiera de un verano precioso; el cielo celeste, el sol muy amarillo brillante... Sin embargo, el aire en el centro, por algún motivo inexplicable, no corría, era diferente a otros aires que transportaban algún que otro aroma; este era un aire inodoro y tibio. Los sábados, los internos se relajaban con horarios abiertos a cualquier actividad, que tendría que ser laboral necesariamente. Era un día opcional. Algunos lavaban ropa, otros practicaban algún deporte si podían, otros —la gran minoría— visitaban la biblioteca para leer y aislarse del mundo o, sencillamente, se reunían en grupos afines para hablar de sus cosas y temas muy personales.

Específicamente, Rubén eligió estar en el albergue haciendo algo de ejercicio para después bañarse y marchar a la biblioteca limpio, como lugar espiritual donde leía como su principal actividad de ocio. Le gustaba mucho. Era un interés que se convirtió en hábito por accidente, cuando no quería salir de casa y se refugiaba en un libro. También le gustaba el gimnasio, pero supo desde muy temprano que no tenía nada que buscar en ese lugar por tener dueños, por lo que

se contentaba con un poco de ejercicio apoyándose en el borde de la cama de Jorge Luis, sin regársela y sin tocarle la sábana, para hacer tríceps, y el suelo para hacer planchas le venía perfecto. Siempre recordaba al padre y su primera lección: «Nunca provoques a tus enemigos» y, en ese caso específico del gimnasio, ya lo tenía olvidado por completo.

El calor dentro del albergue era ya demasiado agobiante y decidió concluir sus ejercicios naturales con la última tanda de veinte planchas para bañarse y salir a la biblioteca.

—No te muevas. —De repente, sin esperarlo nunca, fue sorprendido al sentir como la corpulencia de Miguel lo había atrapado sin posibilidad alguna de defenderse, metiendo sus enormes brazos por debajo de sus axilas, entrecruzando los dedos de las manos, presionándole la nuca muy fuerte, dejando claro que no estaba de broma. Lo sorprendió de manera que no podía ni moverse. Salió de la nada porque lo estaba vigilando, esperando el momento ideal para cogerlo.

No podía hacer nada al respecto, solo esperar. La forma en que lo tenía agarrado y la fuerza brutal del agresor lo dejaron indefenso. Y la cosa empeoró cuando pudo ver que los dos soldados del jefe se posicionaron uno al lado del otro, también, como Miguel, sin zapatos, sin camisa y en pantalones cortos. Se cruzaron de brazos indicando autoridad en el pasillo, impidiendo el tráfico al baño de los pocos huéspedes que allí quedaron, sonriéndole a la vida, lo que daba la imagen de plena seguridad personal y apoyo condicional a la actividad, ya que deseaban su parte del posible pastel. A partir de ese instante, bloqueado el único acceso del pasillo, eran los putos amos del dolor y la tragedia.

—Quiero que seas mi novia. Ellos dos quieren también, pero te quiero solo para mí.

Miguel se equivocó de niño y de propuesta. Lo besaba en la cara y en el cuello, a la vez que le pedía que no hablara, que se calmara, insistiéndole en que le iba a gustar y que le ofrecería toda la protección necesaria más comida en abundancia.

Rubén estaba inmovilizado, sin camisa, sin zapatos, con pantalones cortos, sintiendo el miembro erecto de su jefe inmediato, con la asquerosa saliva en su cara y en el cuello, que ya comenzaba a enrojecérselo por el lado en que lo besaba. No podía creer lo que estaba viviendo, a pesar de que estaba preparado, aun así, le parecía irreal. Le recomendaba que se detuviera, que no hiciera lo que pretendía, para que todo continuara en paz y armonía como una aurora boreal, ya que, de continuar con su macabro plan, todo cambiaría, complicándose la existencia de varios. Pero el machísimo alfa estaba en un trance en el que le era imposible escuchar nada y, muchísimo menos, detener su virilidad para lograr entender que estaba muy mal hecho lo que pretendía hacer. Miguel continuaba sin frenos con montones de promesas acompañadas, cada una por separado, por sus besos, con los dos guardaespaldas esperando a que llegara su turno. Parecían tres perros hueveros; estos son los que, aunque les corten o les quemén el hocico, siempre detectarán los huevos de las pobres gallinas para comérselos.

—Si lo haces, tendré que asesinarte —le advirtió Rubén de buenas maneras. Pero provocó que el rudo hombre excitado se molestara, al no gustarle la supuesta amenaza del nene, soltando del agarre el brazo derecho, que era con diferencia el más poderoso de los dos, para, de esa forma, poder pegarle un puñetazo con el puño bien cerrado en la cara, dejándole el pómulo derecho inflamado al instante. Sin embargo, fue un descuido fatal, llevado por la superioridad en números



y fuerzas. El gran cacique indio no olvidaría ese error mientras viviera, si es que vivía para recordarlo.

Ya con una mano menos en la nuca, Rubén pudo reaccionar e improvisar probablemente con la única arma que tendría para defenderse después del duro golpe que recibió en el rostro, y rápido, con mayor movilidad, estiró sus dos dedos pulgares hacia atrás, uno con mayor fuerza que el otro, logrando metérselos uno en cada ojo, acertando con precisión milimétrica su estocada salvadora improvisada. Las posibilidades de escapar eran muy pocas, pero el golpe de defensa fue muy efectivo, logrando con esto que Miguel lo soltara confiado y enrabiado, quejándose como un quejica de las molestias ocasionadas en los ojos, producto del daño que le produjo con las uñas. Ofendiéndolo y amenazándolo, se tapó la cara con gritos de guerra. Rubén, con su pómulo derecho hinchado, no se lo pensó dos veces y caminó —obligatoriamente tuvo que hacerlo— en dirección de los dos mamuts, que, al ver lo que hacía, se colocaron en posición de combate preparados para la pelea, considerando a ese muchachito como una croqueta fácil y deliciosa de comer, subestimándolo. Pero la carota les cambió cuando de repente vieron que el niño giró a la derecha bruscamente y levantó la colchoneta como un loco, preguntándose si algo raro sucedía fuera de lo normal al no poder descifrar todos y cada uno de los movimientos del chaval, que, al introducir delicadamente su mano dentro de la colchoneta, encontró allí reposando, sí, aquel trozo de firme acero, ese al que en su momento le dedicó parte de su vida y de su tiempo para en un momento como aquel sentirse un hombre armado y fuerte.

Aquella porquería de macho todavía estaba rascándose los ojos, quejándose y gritando ofensas de todo tipo, porque la visión la tenía momentáneamente perdida. Rubén dio los primeros pasos de espalda al jefe quejica y de frente tenía a aquellos dos excrementos humanos que no se movían. Estos rompieron la posición de combate cuando se percataron de que, después de todo aquel aspaviento, el nene poseía un trozo de acero agarrado con fuerza en su mano derecha. Se miraron uno al otro y fue entonces, en ese mismo instante, cuando aprovechó para girarse para con solo tres pasos estar cerca, muy cerca, de la basura llena de lamentos injustificados.

El primer golpe fue a la clavícula derecha, sin esperarlo, sorprendiéndolo del todo, y, al grito de dolor, entonces, el otro sobre la clavícula izquierda ya lo tenía gritando, entristecido, inmóvil, con los dos brazos caídos, pidiendo socorro. Entonces, recibió un golpe en la cabeza y entendió que no se trataba de una broma, sino que solamente era un serio comienzo de un vendaval que le vendría encima, sin la menor de las contemplaciones, por lo que decidió, usando su más sabio instinto, meterse en una de las camas bajas escogida al azar para salvaguardar la tan preciada vida y esquivar en lo posible aquel torbellino tan necesario como única vía de entendimiento.

Los cochinos escoltas —chivatos, además— corrieron abandonando a su suerte a su más fiel amigo, dejando el pasillo libre de acceso. Algunos internos se incorporaban al albergue y escuchaban los gritos, las suplicas, las clemencias y, sobre todas las cosas, los golpes, pero en ese mundo nadie intervenía en los problemas de nadie, ya fuera por miedo o por respeto al código de supervivencia. Todos callaron, prefiriendo escuchar y disfrutar, al mismo tiempo. El único que se acercó fue, contra todos los pronósticos, Jorge Luis, que lo vio todo desde muy cerca, con la boca abierta y con las dos manos apoyadas sobre la cama de su vecino.

Fue inútil esquivar el trozo de acero empapado, nadie podía esquivarlo; sin embargo, lo detuvo el sol cuando entró quemándole la cara. Entonces, fue hasta la ventana con los barrotes de hierro que nunca impedían la entrada de los rayos de sol que los iluminaban a la misma hora y, frente a los barrotes de hierro, vio lo que nunca había visto en toda su pequeña carretera de la vida: el árbol verde que el viento arrastraba a danzar de derecha a izquierda con un balanceo perfectamente equilibrado; las nubes más blancas que nunca, después de una pequeña lluvia; el cielo, que ya no era azul para él, sino incoloro. En ese gigantesco espacio, observó tanto mundo por vivir que de nada servía matar. Los pájaros volaban y no lo miraban en su vuelo, lo ignoraban, pero él no se molestaba; al contrario, estaba feliz de verlos libres de hacer con su mirar lo que les apeteciera. De repente, un arcoíris había surgido a lo lejos, tan lejos que le era imposible separar los colores, aunque lo intentó varias veces, con el trozo de acero empapado todavía en su mano derecha, pero se rindió, sonriéndole, por no haber podido destruir su mágica belleza en esos colores indestructibles, tan delicados que llevan a la confusión, pudiendo ser considerados por algunos analfabetos como colores débiles, porque no descubren nunca su verdadera fortaleza que está en la unidad. Seguía sonriendo, bajo la mirada atónita de Jorge Luis, que no entendía nada, pensando en que había visto miles como ese, quizás millones de arcoíris más bellos aún, con la única diferencia de que de este sí que se preocupó e intentó separarlo. También observó de cerca lo que no le impidió escapar y lo obligó a regresar.

La víctima pidió clemencia y, esta vez, sus plegarias fueron escuchadas, quizás porque todavía seguía intentando separar los colores de su arcoíris, pero, sea por una cosa o por la otra, no le pegó más y le concedió ese derecho con mucho respeto y educación.

—Si haces todo lo que te pido que hagas, te perdono la vida.

Lo obligó a ponerse de pie como pudo. La tartamudez de Jorge Luis se multiplicó por mil, impidiéndole abrir la boca, al no poder creer lo que sus ojos le decían, aunque los tiempos que corrían no eran buenos para dar opiniones.

Como pudo, haciendo de tripas corazón, el hombre logró finalmente ponerse de pie, aunque no derecho, pues dar un paso le significaba un suplicio, dar dos un verdadero castigo y caminar por todo el pasillo un martirio. Los que estaban sobre sus camas aterrorizados, creyendo imposible aquello, incrédulos pero convencidos de que la historia de David contra Goliat que alguna vez habían escuchado por voz de alguien—ellos no leían— era real, fueron arrastrados por la lluvia y ninguno de los que estaban, incluyendo los incorporados después, fue a ayudarlo mientras el fuerte lo tenía bien agarrado, junto a sus dos escoltas, que supuestamente lo apoyaban. Pero no le hizo falta, solito se defendió como el padre le había enseñado. De camino, avanzando por el pasillo, no paraba de preguntarse el porqué de la falta de unidad de los demás presos para vencer a solo tres si ellos eran muchos más, sin entender por qué se les permitió tanto si la solución estaba en combatir juntos. Pudo comprobarlo con el arcoíris y sus colores tan frágiles pero, a la vez, tan fuertemente unidos que demuestran la fortaleza mayor que jamás haya visto.

«El silencio los condenó y el silencio los sentenció. El valor se tiene o no se tiene, pero los principios se adquieren», pensaba Rubén en el preciso instante en que Jorge Luis caminaba detrás de él como un trastornado zombi, con la boca abierta, todavía a pocos metros, custodiando a su

reciente ídolo, viéndolo perderse en un pasillo interminable, consciente de que no subestimaría nunca más a su vecino de litera de la «cama de arriba, pegada al pasillo».

Finalmente, por orden del rey, en su agónico andar, el que había sido machísimo alfa se encontraba de repente, sin imaginarlo ni desearlo, enfrente de la oficina del director, aquella con fotos de políticos. Detrás de él, veintisiete intrusos que andaban merodeando por la zona caminaban observando el espectáculo, llamando a la multitud. Eran simples espectadores de una obra mágica que había alterado el orden natural de los fenómenos de ese mundo. Todos llevaban la boca abierta y mantenían una distancia de siete metros de separación, más que todo, por miedo. Nadie quería perderse el nuevo acontecimiento, era imposible desviar la mirada. Cada detalle era captado por la masa chismosa. Algunos se cruzaban la vista entre ellos, sacando sus particulares conclusiones sin hablar.

Sonaron tres toques educados pero enérgicos a la puerta y, desde muy dentro, una voz autoritaria ordenó esperar. La espera duró unos eternos cinco minutos. Posteriormente, tuvieron que identificarse como visita, dando nombre con número de albergue y demás. Entonces, la voz autoritaria ordenó la entrada. Rubén agarró fuerte el picaporte de la puerta y la abrió bruscamente todo lo que pudo, ganando espacio, empujando al chico delicadamente, de manera que tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por no caer definitivamente al suelo, y luego entró él, cerrando la puerta, colocándole el seguro por dentro sin necesidad de que nadie se lo tuviera que rectificar.

En aquella aparente paz, el director no podía creer lo que le habían traído a su despacho, sin saber que era un regalo divino y salvador que lo corregiría todo y que, por esta vía, pondría el orden tan necesario en la jungla de asfalto en la que convivían niños menores de edad y algunos excrementos mayores en maldad, para que, de una vez, se cumpliera la ley natural de los fenómenos de ese entorno y desapareciera la ley del silencio, pero eso llevaba mucha discusión todavía. Se puso de pie, colocando sus dos brazos estirados sobre la mesa de trabajo, y lo primero que instintivamente miró fue el trozo de acero empapado que goteaba sangre, cayendo gota a gota al suelo; después, siguiendo sus instintos, se fijó en Miguel, dejando al niño aquel para lo último .

En su cabeza se creó un mundo de especulaciones, viendo que era demasiada sangre la que caía al suelo por todos lados. A Maribel, secretaria de Leonardo, muy eficiente, y madre también, se le ocurrió agarrar el teléfono para llamar a alguien con la misma autoridad. Rubén le señaló con el trozo de acero empapado apuntándole al corazón, advirtiéndola, siguiendo sus propios instintos como todos, del error que iba a cometer en caso de hacerlo. Su rostro empapado de rojo, su pecho descubierto empapado de rojo, sus piernas descubiertas empapadas de rojo y su pómulo derecho inflamado daban la viva imagen de que no estaba precisamente para soportar bromas torpes. Ello la obligó a colgar el teléfono por el mismo camino, mirando a su jefe, que asintió haciendo todo uso de una correcta conducta ante una mágica situación.

Autoridad tenía Leonardo, conocimiento de su puesto de trabajo también, pero era la primera vez que vivía esta experiencia y posiblemente la única, por lo que, como máximo responsable, tuvo la obligación de improvisar. Haciendo un desguace corporal del líder de la manada, comprendió que no se trataba de un juego de muchachos malcriados.

—Muy bien, ¿me ha dicho que se llama Rubén?

—Sí.

—Y que vive en el albergue tres D.

—Correcto.

—¿Sería usted tan amable de explicarme todo lo que sucedió?

Rubén solamente se limitó a mirar al violador en serie y con tres delicados toques en su hombro marchito con el trozo de acero empapado le concedió todo el derecho a la palabra. Los sollozos interminables le estropeaban su acento y pronunciación, pero, no conforme al ver que faltaron cosas por contar, ya que por todos sitios se comentaban las barbaridades que cometieron esos tres excrementos andantes, fueron necesarios tres toques un poco más fuertes sobre su castigado hombro, para hacerle entender que todo significaba todo. Entonces, obligado por las circunstancias, tuvo la obligación de explicar absolutamente todo lo que sabía.

Habían violado a doce niños. Todos los que aún permanecían en el centro dormían en la «cama de arriba, pegada al pasillo», según los ubicaba personalmente, considerándolos sus novias preferidas. Algunos ya no estaban. Entre los tres cometieron esa sanguinaria barbarie. Rubén hubiera sido el número trece. Apretó el trozo de acero empapado tan fuerte que sus dedos se rompieron. Se posicionó correctamente de frente para mirarlo mientras hablaba, para hacerlo de manera definitiva con el mismo odio que le hizo ver el cielo incoloro, un dolor que le permitió, contra toda lógica, separar los frágiles colores del arcoíris y unos infinitos deseos que la paz encontraría en aquellos pájaros que volaban ignorándolo, llevados por la libertad a través de los barrotes de hierro de su ventana, los mismos que le oprimían su diminuto pecho.

—Rubén —Leonardo leyó perfectamente cuáles eran sus intenciones y eso no lo podía permitir bajo ninguna circunstancia, mucho menos en su propia oficina. No lograba persuadirlo y, con Maribel temblando, llorando y dándose la espalda para no escuchar ni ver más, decidió seguir hablando sin moverse de su sitio para no exacerbar al verdadero demonio y así lograr distraerlo —, necesitamos tres testigos, sin ellos no somos nada, y quería saber si estás de acuerdo conmigo. —Entonces, lentamente, logró, dándole participación, que decidiera mirarlo y recordó aquella noche en la que un niño de tez oscura caminaba por el pasillo en pantalones cortos, sin zapatos y sin camisa, en su primera semana; no podía olvidar los gritos, los golpes y el verlo al otro día en el lavabo sin importarle aparentemente a nadie que ya no tuviera lo más grande que pudiera tener un hombre: su dignidad.

Le asintió aceptando la oferta en silencio en un sencillo, lento y delicado movimiento de cabeza. Entonces, Maribel pudo llamar a quien quiso, usando correctamente el teléfono, sin parar de temblar y llorar. El testimonio que escuchó la rompió de tal manera que le costaría mantenerse en ese puesto de trabajo; había escuchado muchas cosas, pero aquel despiadado monólogo pudo con ella.

Hizo tres llamadas al azar con órdenes estrictas de presentarse en la dirección con urgencia y con carácter obligatorio. Poco a poco, fueron llegando los posibles testigos y, uno a uno, tocaban tímidamente la puerta. El mismísimo Rubén era el encargado de abrirla y advertir a cada visitante el camino que debería seguir, además del lugar donde debía colocarse. Los posibles testigos

estaban electrificados; eran funcionarios de esos que hablaban de fútbol o de política, según horario del día, pero no esperaban que su tranquilidad y su buenísimo salario se desvanecieran hasta el punto de que muchos de ellos tendrían el tiempo contado en su puesto de trabajo.

Era necesario que Miguel confesara todo su macabro testimonio nuevamente, sin obviar nada, enfrente de los nuevos testigos y, para ello, Leonardo le concedió la posibilidad de confesar libremente sin ser interrumpido. Esta vez no le hizo falta el empujoncito de los tres toques en su hombro marchito.

El niño, enfrentado con sus conceptos de manera diabólica tan diferentes, lo miraba atentamente y prefirió mantenerse alejado a una distancia respetuosa, pero, aun así, no pudo evitar volver a hacerse daño en sus dedos.

Al terminar el violador en serie su confesión ante los tres incrédulos funcionarios, el director, que nunca le perdió la mirada a Rubén, tuvo que imponerse, y esta vez sí que lo haría.

—Teniendo en cuenta esos testimonios terroríficos que todos hemos escuchado, me veo en la obligación de llamar al número de emergencias de la policía. —En esta ocasión no lo pidió, sino que dijo lo que iba a hacer con autoridad y rostro serio mientras oía el llanto de Maribel, a la que no permitió ni sentarse ni retirarse después de pedir la autorización en varias ocasiones. Su tono de voz sonó diferente, marcando las diferencias y las distancias. Separó las manos de su mesa de trabajo y, acto seguido, le pidió a Rubén el trozo de acero empapado. Lo tenía que soltar, a pesar de haber sido su única salvación; en minutos llegaría la policía y no podía tenerlo en la mano representando una amenaza para todos.

Esta petición lo confundió al principio de escucharla, puesto que consideraba que, si lo soltaba, abandonaría lo único auténtico que lo protegió. Le fue difícil pensar en la remota posibilidad de deshacerse de su única defensa ante el mundo y se aferraba con más fuerzas rompiendo los dedos sanos mientras miraba a todos por igual, sintiendo temor de que algo le pasara si se viera indefenso.

«Este practica karate y me va a joder». La indecisión de Rubén obligó a Leonardo a dar un paso hacia un lado de su mesa de trabajo con posición muy erecta. Tenía la ropa muy limpia y combinada, lo cual le llamó la atención al chico, por lo que algo le dijo a su cabeza que lo entregara y no pasaría nada.

Dio tres pasos pequeños, inseguros, tímidos y cortos hasta pegarse a la mesa de trabajo del director y soltó el trozo de acero empapado sobre la mesa, mojando todos los papeles con sangre. Se apartó dando los mismos tres pasos tímidos y cortos hacia detrás. No lo sabía, pero sí, esos papeles con sangre vivirían una eternidad en manos limpias y dulces, como símbolo del honor y la razón.

Maribel, como secretaria eficiente, le recomendó a su ya más relajado jefe que el chico afectado se sentara hasta que llegara la policía, compadeciéndose de él, a pesar de todo. La propuesta fue aceptada, aunque no unánime ni democráticamente, pero así son las cosas en ese mundo, donde también existe el perdón lejano en la distancia cruel y en la maldita realidad en la que han convivido sanguinarias intenciones repletas de depravación, cabalgando en el tiempo la piedad y

la clemencia, como dos rectas paralelas en un mismo sentido descuidado y desenfrenado, sin mirar ni a un lado ni al otro, solo cabalgando.

Todo ese instante de espera en el que se miraban cada uno buscando una posible explicación sin encontrarla, donde la mínima intención era la de poder hacer un desguace de la situación y profundo análisis personal que llevará a obtener conclusiones minuciosamente exactas, fue interrumpido con duros toques a la puerta de la oficina.

Esta vez, Leonardo, muy autoritario, le ordenó a Maribel que se encargara personalmente de abrir la puerta de par en par, pero, a su vez, se percató de que Rubén no había hecho ningún intento por hacerlo, quizás por cansancio, quizás por buena conducta.

Cuatro policías uniformados, armados con pistolas y *walkie-talkies* por si fallara la cobertura de los móviles, un cargador de repuesto, espray de pimienta y todo un arsenal, irrumpieron en el despacho acompañados por varios funcionarios, cumpliendo con todo el protocolo, desde el principio hasta el fin. Las presentaciones serían las estrictamente exactas y necesarias, puesto que, una vez que se activa la alarma para que el cuerpo élite de la policía acuda a este tipo de centros, se da por iniciada la operación y la rapidez con que se realice será un factor decisivo que influirá en los buenos resultados de la misma.

El director extendió su brazo derecho presentándose y, acto seguido, comenzó con un bosquejo general de lo sucedido. Ya informados los policías y viendo que todo estaba bajo control, aunque había sangre por todos lados, se le concedió el derecho a la palabra al chico malo, que, desde la comodidad no merecida de la silla, tuvo que volver a contar su currículum absolutamente íntegro, esta vez en presencia de hombres que representaban el orden y la seguridad del Estado. Al terminar su exposición, los agentes lo agarraron por un brazo, el derecho, que era el que les quedaba más cerca, sin decir ni una palabra y, ante el grito de dolor, renunciaron a usar las esposas, visto lo visto, considerando que no había riesgo de fuga cuando lo tuvieron que ayudar a llegar, como pudo, al camión de los barrotes de hierro, ignorando, prácticamente, la presencia de Rubén.

Los riesgos de huida de Miguel eran nulos, pero los agentes actuaron en correspondencia con el testimonio que escucharon sin perderse nada, por lo que le preguntaron a Leonardo el porqué de la ausencia de Rafael y Adolfo, otorgándoles el mismo grado de criminales, responsables y culpables al mismo nivel bestial de conducta.

Eso cogió de sorpresa al director, que se había concentrado en cumplir el protocolo dentro de su oficina; además, Rubén lo tenía muy ocupado y se olvidó de que faltaban los testimonios de los dos soldados fieles al líder de la manada. Automáticamente, todos salieron alterados como locos, movilizándolo a medio centro, con ayuda de algunos internos que colaboraron también en la búsqueda y captura de los dos criminales. Estos internos que ayudaron conocían los escondites principales que con mayor frecuencia usaban para cometer algunas de sus indisciplinas y guiaban a algunos funcionarios brindando sus aportes a la operación porque, entre otras cosas, los odiaban por conocer las cosas que se hablaban de ellos.

Todos, con el nerviosismo, salieron volando para agarrar a aquellos dos, pero se olvidaron de Rubén, que se había percatado de que uno de los policías se llevó el trozo de acero empapado

como prueba fundamental de lo ocurrido, suponiendo una pieza clave del testimonio expuesto por cada uno de los participantes en los hechos. Rubén se quedó solo con Maribel, que cuidaba la oficina, sin saber ambos qué hacer. Los dos se miraban una y otra vez de pie, uno frente al otro. Él se sentía indefenso ante una mujer que no era para nada como las de aquellas fotos que miraba con dulzura en el contenedor viejo de la fábrica de jabón abandonada; esta era real. Sin embargo, al principio no pensó en hacerle el amor por temor, pero después sí. Los dos, uno frente al otro, inmóviles; ella temblando de miedo.

«Qué guapa con ese pelo rubio y bello. Tiene las tetas más hermosas que he visto y es tan cabrona que lo sabe, porque se viste acorde con ellas. Tantos lunares en ese pecho descuidado y en sus tremendas carnes que puedo ver como parte del cuerpo que existe... ¡Oh, qué encanto de hembra!». Hipnotizado como un verdadero zombi T-Rex, estuvo atrapado por el encanto divino y, en el preciso momento en que comenzó a mirarle las piernas, después de un repaso descarado de una punta a la otra, deteniéndose en las tetas, tomándose su tiempo... No hace falta más detalles para que el lector pueda sacar sus propias conclusiones.

—Puedes irte a bañar. —Maribel sacó fuerzas de la astucia interrumpiendo el proceso de observación del chico viril.

«Mira esta lo que me hace con lo buenita que está. Claro que con este aspecto que tengo, ninguna chica se va a fijar en mí».

—Muchas gracias, y disculpe las molestias ocasionadas, digo, si es que hubo alguna.

Así se despidió, muy cortésmente, sin poder lograr su erección; en realidad, los tiempos no estaban para eso, pero del lobo un pelo, al menos.

Por fin, después de largas horas de búsqueda, los internos encontraron a los fugitivos en su ratonera. Allí acudieron velozmente algunos trabajadores porque les estaban pegando una paliza tremenda cuando intentaban escapar; los tenían en el suelo, pateándolos por donde fuera mientras gritaban y solicitaban ayuda hasta del más allá en el que jamás creyeron. Al llegar los trabajadores, intervinieron en el proceso, encontrándoselos a los dos llorando de dolor y de miedo, con todo el rostro magullado, los pómulos hinchados; los dientes ya no existían en sus bocas y con una piedra les golpeaban la cabeza, rajándoselas por varios sitios, pero podían caminar al no haber recibido daño en los pies aún y esto fue aprovechado por los agentes para esposarlos por considerarlos asquerosos y peligrosos con grande riesgo de fuga. Fueron conducidos en presencia de todos los mirones hacia el camión de los barrotos de hierro, donde los esperaba el jefe de la pequeña manada de leones fieros, ahora transformada en una de gatitos domésticos, para recriminarles que corrieron abandonándolo a su suerte en el momento en que más los necesitó, pero qué más daba, sin dientes no podían excusarse.

El centro se revolvió.

—Tiene usted mucho trabajo por hacer, director. —El jefe del comando, con pocas palabras, le advirtió a Leonardo que se pusiera las pilas. El bullicio y el alboroto casi no los dejaban conversar. Algunos internos se acercaron al camión de los barrotos de hierro para gritarles «asesinos» en un coro organizado sobre la marcha, lanzando algunos objetos contra las ventanas del vehículo.

Todos los funcionarios tuvieron que acudir al lugar de los hechos para intentar calmar los alterados ánimos de ciento veinte internos, muy nerviosos, con ganas de matarlos. Trabajadores, profesores, cocineros, trabajadores de mantenimiento, hombres y mujeres, todos acudieron hasta allí para colaborar.

De camino al camión de los barrotes de hierro, algunos internos, de los más grandes, le lanzaban objetos contundentes a esos dos esposados sin que ellos pudieran esquivarlos; algunas frutas maduras compradas en la cafetería —los sábados las vendían como oferta especial y allí acudieron dieciséis muchachos con dinero y las compraron con ese propósito— las lanzaron sorpresivamente desde diferentes ángulos e impactaban en sus cochinas caras como proyectiles que explotaban expandiendo trozos sólidos y jugo en todas direcciones, sin excluir la ropa pulcra de Leonardo que, cuando vino a reaccionar, ya estaba llena de zumo y manchada de diferentes colores. El camino fue un verdadero suplicio y las voces aumentaban.

Una vez dentro, los tres juntitos, bien uniditos, un policía hizo por cerrar la puerta, pero Leonardo lo detuvo agarrándolo del brazo y se acercó lo más que le permitieron.

—Que la justicia caiga esta vez con tanto peso sobre ustedes que jamás se puedan desprender de esa piedra tan pesada que tendrán que soportar, arrastrando sus almas podridas manchadas de sangre. —Él mismo se encargó de cerrar la puerta del camión.

No pudieron llevarlo de ninguna de las maneras a la cárcel. El camino fue directamente por consenso hasta la UCI, donde fueron ingresados con carácter urgente, por lo que el juicio tendría que esperar, dependiendo de la recuperación de los afectados, ya que, con todos los elementos, testimonios, documentación y testigos, Maribel, que era la encargada del papeleo burocrático, lo resolvería en pocos días, contando con la firma de uno por uno de los allí presentes, agredidos y agresores. Para ello tendría que desplazarse fuera del centro en busca de los dañados que ya no estaban y hacer una visita obligada al hospital para recoger la firma de aquellos tres.

El director se quedó frente a la masa caliente, erguido se mantuvo, y todos se enfriaron marchándose a sus respectivos espacios, orgullosos del deber cumplido. El otro problema era si acusar a alguien por estos hechos delictivos y, por supuesto, a los que golpearon a Rafael y a Adolfo. Eran muchos y solo los miraba marchándose con la ropa hecha un desastre sin saber qué hacer. Se giró hacia los trabajadores que intervinieron en el desguace de Rafael y Adolfo para preguntarles quiénes habían sido los que los dejaron sin dientes.

—Señor director, al llegar, no había rastro de ningún ser humano. Estaban en el suelo agonizando solos, pidiendo ayuda al más allá en el que nunca creyeron —fue la respuesta de uno de los trabajadores y, así, lo repitió el resto, apoyando la historia de su compañero.

«Eso era lo que quería escuchar». Tendría mucho trabajo por hacer, pero por el momento se había quitado de encima ese conflicto que dejó a los capitanes sin dientes y los había enviado a la UCI. Como director, tuvo la obligación de preguntar, consciente de que después la policía le preguntaría a él. Su pregunta a los trabajadores testigos de la paliza no había sido hecha con fuerzas ni determinación y ellos leyeron la señal, por lo que se limitaron a complacerlo, qué más daba.

De momento, se acordó de Rubén mientras iba camino de la oficina con el rostro desencajado,



entre el barullo calmado y la peña que se estaba recogiendo bajo las órdenes de los trabajadores. Su decepción no cabía en ningún sitio. Eso le tomó por sorpresa y conoció por primera vez hasta dónde las malas intenciones de un hombre pueden llegar; todo tenía un límite. Apresuró el paso y, al llegar, se encontró solamente con Maribel, que, en cuanto cerró la puerta, se abrazó a él en un intento por buscar una respuesta o por soñar que no era real lo que vivieron los dos ese fatídico pero necesario sábado. Aquel sería el cierre de un ciclo que formaría parte de un comienzo de otro ciclo que todavía no podía comenzar. Faltaba una pieza fundamental para que la estabilidad fuera real y no ficticia. Esa pieza ya la encontrarían los dos, fundidos en un abrazo necesario, en silencio como los peces.

Rubén arribó a su albergue por todo un camino concurrido por varios habitantes dentro del radio de la zona, al constituir todo aquello un acontecimiento que rompió con la rutina. Todos se apartaron para que el nuevo rey anduviera y lo observaban con respeto, viéndolo caminar empapado en sangre. Así, comprendieron que no era buena técnica subestimar a alguien. Rubén demostró a grandes y pequeños que la verdadera fuerza estaba en el corazón y en la mente, nunca en los músculos. Triunfante, sin desearlo, entró al albergue con Jorge Luis detrás como una lapa, pues no se había perdido ni un detalle e hizo todo el recorrido con la boca abierta. Llegó hasta su cama de «arriba, pegada al pasillo», agarró la toalla bajo la atenta observación de todos, que con orgullo y emoción contenían las palabras haciendo un infinito esfuerzo arrastrando la costumbre de la ley del silencio. Fue a la ducha solitario, sin hablar y, mientras el agua le hacía regresar su cuerpo blanco, sin vellos y tierno, comenzó a reflexionar con demasiada incertidumbre acerca de sus próximos minutos de vida mientras observaba cómo se desvanecía el agua roja.

Jorge Luis lo esperó con toda la paciencia del mundo, sabedor de que la espera valía la pena y que para nada sería un tiempo perdido; por el contrario, para él, ser el vecino más próximo del rey constituía un grandísimo privilegio del que no podía darse el lujo de desprenderse y, en cuanto lo vio llegar con la toalla colgándole del cuello, saltó de la cama y consideró oficialmente el inicio de su amistad «incondicional» con su vecino.

«Fuerte chico este con su carisma», pensó.

Por alguna razón desconocida, Rubén siempre sintió simpatía por el chico desde que lo vio; no lo conocía en profundidad, pero sí que algo lo distinguió del resto. Se estrecharon las manos y observó bien de cerca, por primera vez, al escurridizo vecino; desde mucho antes se había dado cuenta de que era un chico bueno, pero muy cobarde. Los motivos por los cuales lo internaron en el centro de reeducación de menores fueron causas menores, resultado de robos reiterados, lo mismo robaba una gallina de un vecino para convertirla en una sopa que entraba a cualquier casa para robarle la tele o algún objeto de valor para venderlo, ya fueran móviles o lo que fuera que atrapase a su paso; de esa manera, siempre tenía un dinerito e incrementaba su economía con el más clásico estilo del vago. Era muy bueno robando, pero a la vez muy bruto, ya que vendía las cosas sustraídas en el mismo barrio y, en ocasiones, se despistaba y se las vendía a los hijos de los propios dueños, que, en casa, enrabiados, culpaban a sus hijos de la desaparición de los objetos de valor, pensando que eran ellos los que los vendían en la calle.

En ocasiones, tuvo que correr maratonianamente perseguido por los dueños de los objetos

sustraídos, que le gritaban de todo. Toda esa información la tenía la policía y, al ver que el problema no se solucionaba, decidieron internarlo, considerándolo un ladrón compulsivo, esperando que con esa decisión mejorara su comportamiento social, así como su conducta personal. Pero la cosa tenía muy mala pinta, ya que aprovechó la oportunidad para contarle a su nuevo amigo su mayor secreto, que guardaba muy dentro de su ser: su sueño de ser un pirata famoso; ese fue uno de los pocos momentos en que vio sonreír a «su amigo del alma».

Le pidió volver a estrechar la mano para firmar de esa manera el pacto de silencio con el fin de que nadie supiera algo de sus sueños, aunque ya era un poco tarde para ser filibustero y, acto seguido, comenzó por ofrecerle intercambio de pertenencias o regalos. Luego, lo invitó a la cafetería sin tener que esconderse para sacar el dinero del bolsillo secreto, pudiendo comer lento tranquilamente, y además le ofreció cigarrillos por si fumaba. Rubén se negó a todo. Ni siquiera le aceptaría un pan con croqueta, tan sabroso que lo deseaba mucho; representaba el plato estrella de la cafetería y siempre se agotaban rapidísimo, ya que las croquetas no sobraban en ningún sitio.

—Tu dinero es tuyo y te lo gastas en lo que a ti te dé la gana, pero no quiero enterarme de que lo compartes por miedo o amenazas. —Quedó bien clara la manera de pensar de su vecino, haciéndole comprender que lo quería y lo protegería mientras fuera el rey.

—Te-te-te pu-pu-puedo o-ofre-freecer...

—¿Has pensado alguna vez en separar los colores del arcoíris? —Rubén lo tuvo que interrumpir para poder hablar.

—Pero qué ton-ton-tonterías di-di-dices. Es mu-mu-mucho mejor ser pi-pi-pirata.

—No, te equivoques, Jorge Luis. Si alguna vez te enfadas, inténtalo y verás cómo te ayudará a recuperar de inmediato la razón. —Rubén tenía muy claro el poder del arcoíris con sus colores tan frágiles, tiernos y, al parecer, débiles. Nada ni nadie podía separarlos por una sola razón: la unidad, esa que ofrece y mantiene la fuerza cuando se unen los valores con convicciones. Ellos nunca se unieron, por ese motivo fueron frágiles, débiles y, por si fuera poco, sin convicciones definidas. Eran cincuenta contra tres y no lo hicieron, perdiendo doce el honor.

El tema del arcoíris, en verdad, dejó al posible pirata pensando sobre el futuro. Rubén aprovechó para alejarse y, luego, regresó con todos los instrumentos necesarios para, con delicadeza autoritaria, limpiar para siempre la sangre delatora y bestia pero sanadora. A partir de ese momento, las gotas que no pudo quitar serían el reloj que indicaría el tiempo en que todo cambió, representando la voluntad y los principios, el corazón y la maldad también.

Los niños no pudieron evitar ir todos, poco a poco, a mirar y observar con respeto la sangre que quedó como símbolo del final. Todos esperaban órdenes, pero no había nadie para darlas y, atónitos, permanecieron en sus camas en silencio.

Jorge Luis se ofreció para ayudarlo sin recibir respuesta. El orden empezaba por casa, aunque no se fue y permaneció a su lado. Entre confesiones mutuas, se ayudarían a vivir en ese entorno hostil, convirtiéndose más adelante en una amistad que perduraría todo el tiempo que vivieran los dos en esta vida.

Más tarde, Rubén decidió lavar sus pantalones cortos, con toda la experiencia acumulada de lavar, pero antes fue educado y respetuoso al pedirle perdón a los chicos que dormían en las

camas que fueron salpicadas de sangre, los cuales aceptaron las disculpas, ofreciendo sus manos para ser estrechadas, extendiendo enérgicamente sus brazos en representación del respeto y solidaridad por lo que había hecho. El agradecimiento fue masivo. Una vez terminadas las disculpas, fue al baño a terminar la faena. Mientras lavaba, no pensaba en nada; solo sintió que jamás volvería a lavar una mancha de orina en sus pantalones y que nunca más tendría que esconderse de nadie para limpiar su ropa.

Toda la orina lavada a escondidas de su madre quedaba atrás en la distancia y era solo un recuerdo vago con un tibio sabor a sal, como las risas atormentadoras femeninas, tan dulces después y delicadas siempre, los hombres que no ayudan, los falsos líderes impuestos por músculos y tantas cosas...

La noche pasó sin novedad. Jorge Luis le pasó el disco con toda la información recopilada de todo lo sucedido en la operación de búsqueda y captura de los dos soldados indignos, apresados y ajusticiados por propios internos. Además, le contó muy bajito en el oído la pregunta del director y la respuesta de los trabajadores que fueron testigos de la paliza que dieron y que los dejó sin dientes en la tierra, agonizando. Lo de las frutas de los sábados también se lo contó, agregándole la cara enrojecida que llevaban de tantos impactos, y, por último, le contó lo de la ropa del director; eso sí que era preocupante para ellos: que Leonardo llevara la ropa sucia significaba que iba a practicar karate al gimnasio, para poder pegarle un puñetazo a alguien y desahogar su frustración con la imaginación.

También lo desesperaba con la cantaleta de ser pirata para robarlo todo o casi todo, ya no le importaba ser famoso, le daba igual ser mediocre o malo, pero pirata al fin, considerando la teoría de separar los colores del arcoíris como muy absurda. Para él, era mejor robar y vender lo robado, aunque ya la experiencia le había enseñado a no vender lo robado en su barrio y, mucho menos, a sus propios dueños. Robar le proporcionaba dinero con menos sacrificio mental y leer, que fue una de las recomendaciones que recibió por parte de Rubén, le producía ansiedad, según él, que no había leído un libro en su vida. Pero lo cierto fue que con su historia de filibusteros logró que Rubén se quedara dormido plácidamente, por lo que no le quedó otro remedio que ir a la cama también.

Al otro día en la tarde, Luis, el funcionario, que sin saberlo en aquella inspección rutinaria sorpresiva le había salvado el honor a Rubén mientras limpiaba el baño, lo avisó de que el director quería reunirse con carácter urgente en la oficina.

Obedeciendo la ley, allí se presentó vestido de correcto uniforme pulcro, con su piel blanca sin manchas y su ropa impecable de limpia, aunque un poco estrujada, pero qué más daba.

«Cuando Maribel me vea la ropa estrujada, tampoco se fijará en mí; esto sí que es estar fatal», pensaba cuando daba los tres toques reglamentarios en la puerta. Se identificó después con mucha preocupación por la ropa del director del día anterior, pues por su culpa se formó lo que se formó. Pero esta vez la visita era esperada y recibió el permiso para entrar muy rápido.

Secretaria y jefe estaban de pie. Tras un estrechamiento de mano fuerte y efusivo, hubo un intercambio de miradas conquistadoras entre él y Leonardo. Maribel se mantuvo al margen, saludando de voz solamente mientras recordaba el monumental repaso que el muchacho viril le

había propinado con la vista exactamente el día anterior, lo cual no le permitió correr riesgos que lo llevaran directamente a alguna confusión, teniendo la obligación de valorar la edad con la que contaba el muchachito.

Después de las formalidades, preguntas y respuestas básicas tradicionales, acomodado en la misma silla en la que se sentó aquel, ya limpia, con los pies cruzados, listo para escuchar al director hablar sobre todo lo que había acontecido recientemente alrededor del problema que se inició en el albergue y que generó un fuerte alzamiento repleto de protestas, gritos sedientos de venganza y justicia, golpes, desorden y todo lo que acabó ensuciándole su ropa.

—Necesito que seas el nuevo jefe del albergue. Es una responsabilidad que te has ganado por méritos propios —le propuso Leonardo, sin imaginarse lo que le vendría encima.

—Lo acepto con mucha honorabilidad, pero tengo el deber, con el debido respeto, señor director, de hacerle grandes críticas. —Por lo menos, la visita no era para hablar del problema con Miguel y los dos soldados magullados, así que se relajó un poco con la idea de aprovechar el momento —que él consideraba ideal— para denunciar todo lo que había visto de manera general en el centro.

—Tiene usted la palabra.

—Muchas cosas andan muy mal en el centro. En los albergues, los niños deberían estar agrupados por edad y por tamaño. Ha sido un gravísimo error de ustedes colocar a esos tres mucho más grandes y fuertes que el resto para controlarnos, imponiendo el terror junto a la ley del silencio, un desastre que ya usted conoce perfectamente. En el comedor, pasa lo mismo: los más grandes y fuertes le quitan los alimentos a los más pequeños y débiles todos los días en el desayuno, comida y cena. Pero peor aún es que los funcionarios, que deberían velar por esas cosas, lo que hacen es reunirse en la puerta para hablar de fútbol, política o boxeo, dejando indefensos a esos niños. En el gimnasio, que usted visita muy a menudo, pasa lo mismo, está dominado por pandillas que no le permiten a nadie entrar para usar las pesas o las canchas de baloncesto, ocupadas con dueños y horarios para su uso, al igual que las áreas nobles, que están delimitadas también por pandillas, y la cafetería, que está siempre infectada por los poderosos a la espera de una presa débil que le llene sus estómagos o, sencillamente, para arrebatarles el dinero que con tanto esfuerzo los padres les dejan en cada visita.

—¿Estás seguro de todo lo que me dices? —preguntó el director incrédulo, a punto de atragantarse con la lengua. Después de la sorpresa del día anterior, ahora otra sorpresa de grandes dimensiones lo llevaba a la sabia conclusión de que no tenía el control absolutamente de nada: en el centro, el mundo se estaba acabando enfrente de sus narices, con todo el karate que sabía.

—Completamente seguro, señor director, lo he visto todo.

—¿Me puede decir, si lo recuerda, qué funcionarios son esos que en el comedor hablan de fútbol, política o boxeo?

—Eso le corresponde a usted descubrirlo, con el mayor respeto, señor director. Ya no puedo hacer más por usted.

Tras su absurda pregunta, se llevó otra sorpresa; ahora se dio cuenta de que no hablaba con cualquier niño, pues este le hizo recordar sus funciones. Formaba parte de su trabajo hacer toda

una buena investigación con todos los elementos listos en sus manos para ser ejecutados uno por uno, pero tendría que respetar la condición de hombre de Rubén en todas sus acciones y pensamientos.

Aquella denuncia revolcaría todo el panorama de una manera bestial y haría que asumiera toda la responsabilidad frente a un niño al que veía marchar hacia la puerta, abrirla y cerrarla con personalidad sin mirar atrás, sin mirar a nadie, abriendo un abanico de nuevos vientos llanos y frescos, pero, a la vez, cerrando un tenebroso muro abierto y repleto de maldad que albergaba dentro el daño que no sanará nunca, revestido por decisiones fatídicas de hombres mediocres y conformistas. Todo un mundo de cosas por hacer. Con la boca abierta miraba a Maribel, quien también con la boca abierta lo miraba a él. Quería pedirle perdón al niño, pero no sabía cómo hacerlo, pues, en definitiva, le advirtió de todos sus errores como director. Algo se le ocurriría cuando despertara y pudiera tragar.

De camino al albergue, Rubén recordaba que la mesa de trabajo de Leonardo estaba limpia y no quedaban papeles de ningún tipo. Al entrar, la curiosidad le pudo y, sin detenerse, escogió a su único amigo, que lo sabía todo, para preguntarle por Maribel.

—Es la-la-la no-no-novia del-del...

—¿Director? —Al ver que su amigo movía la cabeza afirmándole que era la novia del director, se llevó las manos a la cabeza sin podérselo creer; primero, por haber metido la pata en aquel repaso visual de su cuerpo y, después, por la hembra tan buenorra que se estaba comiendo el jefe. «Ya sabía yo que soy todo un cabeza hueca con las mujeres, ¿cómo se me ocurre mirarla tanto? Pero ¿por qué los jefes siempre tienen secretarias? Bueno, son cosas de adultos».

Se reprochaba haberla mirado tanto, lamentándose de su cabeza fría, que siempre pensaba lo mismo cada vez que descifraba a una bella hembra, pero rezaba por todos sus santos que no se lo contara a su novio; al fin y al cabo, fue algo pasajero y propio de un muchachito ingenuo.

La policía se había llevado el trozo de acero empapado en una bolsa de plástico como prueba fundamental para el juicio, pero los papeles con sangre los había guardado Leonardo aún húmedos en un lugar seguro bajo llave. Ese acto, que más que todo le hacía un homenaje al honor, fue presenciado por Maribel, que, asombrada, no habló, prefiriendo entenderlo y apoyarlo en el mundo de cosas que tendrían que lograr los dos juntos trabajando a la par. De ellos no se desprendería jamás, coincidiendo con aquel día el surgimiento del amor incondicional a partir del respeto, la admiración y el valor para toda la vida, por increíble que pudiera parecer. El día a día no lo sorprendió nunca, más bien se trataba de trabajo, pero tener un amigo sí que lo animó a creer que, aunque lo separaba una gran diferencia de edad, era posible una vida mejor.

Sentado en su silla con el codo izquierdo apoyado sobre el reposabrazos y los dos dedos pegados a su sien, soportando el peso de su cabeza medio inclinada, estuvo sin hablar un buen rato, sin deseo de hacerlo, hipnotizado y calmado aparentemente. Miró a su secretaria volviendo su cara a la puerta; entonces, eligió cambiar la ropa de trabajo por el kimono e ir al gimnasio a entrenar karate. Tendría mucho trabajo por hacer y muchas decisiones que tomar, pero, mientras practicaba a la vista de todos con esa cinta negra rodeándole la cintura, sudando, pensaba en el orden de prioridad de las tareas. Maribel lo acompañó esa vez, algo que nunca hacía; quería estar

más unida que antes para compartir el dolor y la frustración ante todo el destape de hechos insólitos de grandes dimensiones con profunda gravedad. Igual de grave serían las muchas explicaciones que tendría que dar a sus superiores. Su puesto de trabajo estaba en la cuerda floja, igual que su reputación y su carrera, la que había logrado con todo el sacrificio que eso conlleva.

Terminó su entrenamiento y durante el mismo se percató de los grupos de chicos que entraban y salían del gimnasio. Todos eran fuertes. No vio a ningún pequeño en todo el rato que estuvo allí, comprobando personalmente ya desde ese preciso instante una de las tantas cosas que ocurrían en su propia cara sin haberlas detectado antes. De regreso con Maribel en la oficina, decidió que la primera tarea sería la presentación de Rubén como nuevo jefe de albergue; para ello, se llevaría a varios funcionarios y profesores para hacerlo un acto más solemne e importante. El acto debería tener rasgos distintivos de la entrega de un poder que se convertiría en el respaldo y la protección de esos muchachos, tanto dentro como fuera del albergue. Sin desplazar el foco de su primera tarea por cumplir entre tantas, reunió a todo el personal seleccionado y aprovechó la cobertura de la inspección rutinaria nocturna sin la presencia de Luis, lo que indicó, claramente, que sus días en el centro estaban contados. Reunidos como el protocolo indicaba, todos los niños a lo largo del pasillo y los trabajadores enfrente, Leonardo pasó a nombrar oficialmente a Rubén como nuevo encargado del albergue, a lo que nadie se opuso, a pesar de que no fueran elecciones democráticas; qué más daba. Orgulloso de nombrarlo, le pidió que diera un paso al frente y le estrechó la mano enfrente de todos, pidiéndole, por favor, que lo hiciera bien, pues sobre su honor descansaba la vida de todos esos muchachos.

Rubén, en su momento, lo criticó con dureza. Su pómulo derecho seguía inflamado, ya que aquí no tenía pescado congelado para bajar la inflamación. Estaba orgulloso no solo de él, sino de su padre, que fue el médico que verdaderamente se ocupó de curarlo, dedicándole todo el tiempo necesario, con el único coste de que era su hijo al que tenía que salvar.

Terminado el acto de presentación del único candidato al puesto, la delegación marchó, provocando el efecto natural de la desorganización de la fila de manera instintiva. Rubén se percató, se dio la vuelta y de frente a todos dijo:

—Él terminó, yo no. —Con esas palabras, que fueron escuchadas desde la puerta por la delegación, impuso desde muy temprano el orden y la disciplina. El respeto era imprescindible para poder dirigirlos bien y todos, sin excepción, regresaron a sus puestos en la fila para escuchar al rey con la nueva forma de vida que propondría para el bien de todos allí, donde las bombillas amarillas reflejaban la tristeza y la soledad, el gris la desesperanza y el naranja la desesperación. En medio de todos esos turbios colores, designó a Amador como encargado de la disciplina; sus funciones iban desde el respeto a las pertenencias de los demás —el robo quedaba prohibido y solo se permitía el intercambio de dichas pertenencias de mutuo acuerdo—, al cumplimiento estricto de los horarios de dormir y despertar, pero, sobre todas las cosas, dejó bien claro que las peleas estaban totalmente prohibidas y, para ello, debían cumplir el protocolo religiosamente. Ante cualquier conflicto, el primer paso sería informar de ello al jefe de disciplina y, una vez hecho esto, él pondría a Rubén al tanto de la situación; después, irían los cuatro al baño, donde se

habilitaría un espacio específico para las peleas, explicando cada uno los motivos que los empujaron hasta allí, y solamente lo harían si lo aprobaba el rey.

El objetivo de esta medida no era otro que intentar que los chicos no pelearan enfrente de todos, provocando desestabilización en el personal y muy mal ambiente, generando violencia. Con este nuevo estilo podría escuchar los dos testimonios de los posibles gladiadores, valoraría la situación e intentaría convencerlos para que no pelearan con explicaciones justas y convincentes. Jamás aceptó una pelea entre los niños.

En el caso de Abel, fue seleccionado como encargado de la limpieza; llevaría el control estricto en una libreta habilitada para tales fines, donde anotaría el día y la zona que le correspondía a cada uno limpiar, con un reparto totalmente justo y distribuido legalmente sin privilegios, prohibidos absolutamente para todos. Limpiarían tres veces al día todas las áreas repartidas por grupos de tres individuos y esto sería revisado religiosamente por el jefe de limpieza.

Tanto Abel como Amador eran los más pequeños de todos y la selección no fue democrática, pero qué más daba.

—Una cosa bien clara quiero decirles: seguiré durmiendo en la misma cama de arriba, pegada al pasillo. ¿Algún problema con eso? —Nadie habló, nadie opinó, pero sí que mandó a todos cambiarse de cama: a los que vivían en las camas de arriba pegadas al pasillo los cambió automáticamente, siendo estas sustituidas por otros inquilinos. Nadie se quejó, nadie se opuso.

Estableció guardia nocturna. Amador la controlaría, llevando el control justo y rotativo. No se aceptarían privilegios absolutamente de ningún tipo con el firme propósito de vigilarle el sueño a todos. Los turnos serían de cuatro horas cada uno, concediéndole vital importancia a esta medida para que pudieran finalmente dormir en paz, protegiendo el descanso como un derecho biológico de todos.

Todos esos cambios ocasionaron cierto revuelo, pero se respiraba un nuevo aire positivo. A algunos malhechores, como siempre los hay, no les gustaba ser dirigidos tan estrictamente, aunque la opción que tenían era cero. Tendrían que obedecer o no podrían vivir allí, y mudarse de albergue les suponía un grave problema, ya que serían los últimos en llegar a su nuevo hogar con nuevos grupos a los que se tendrían que adaptar sin control de nada y con rasgos selváticos, constituyendo una situación en la que ninguno quería verse envuelto.

En pocas semanas, el orden ya estaba establecido y, como todo en la vida, al principio, costó lo suyo reorganizarlos, pues venían de vivir selváticamente y reconducirlos hacia el camino de una nueva forma de vida con nuevos hábitos de conducta social, procedimientos inviolables y disciplina colectiva no fue tarea fácil. De madrugada, se podía sentir el canto como un verdadero concierto de ronquidos que antes jamás habían existido. Hasta esos días la noche era algo así como una laguna llena de ranas croando, lo cual era un termómetro indicativo de que iba bien, pero mucho trabajo tendría por delante todavía para ello; también tenía orden de prioridad para las tareas.

Arreglada la convivencia en el albergue, con mucha más estabilidad y tranquilidad, solicitó una reunión extraordinaria con el director, que también tenía mucho trabajo y un nuevo orden de prioridades. Se ocupó de ellas casi de forma simultánea, llevando a cabo la disolución de los

grupos que representaban a las pandillas, reduciéndolos a solo dos personas. Nadie podía permanecer en las áreas nobles del centro y quien lo hiciera incurriría en un delito de maltrato contra la propiedad común con castigo incluido. El gimnasio sería para todos y estaría controlado por un funcionario. Las canchas de baloncesto, de igual manera, serían vigiladas por otro funcionario con el fin de evitar los grupos y lograr una participación masiva de todos los que quisieran disfrutarlas, con castigo incluido por desobediencia al que incumpliera con lo establecido. La cafetería sería vigilada por todos los trabajadores del centro. El funcionario camarero fue despedido por no vigilar su trabajo. Se prohibió la permanencia de internos a menos de cien metros de distancia; solo el que comprara algún producto podía estar cerca. De esa manera, se garantizaba el derecho a comer de los que pagaban con el dinero reglamentario, sin que nadie le arrebatara los alimentos. También se consideró indisciplina grave saltarse el alejamiento de cien metros de separación de la cafetería, lo que conllevaría su castigo incluido.

Visitas sorpresas había hecho y muchas en distintos horarios de comida, logrando entender claramente la situación de todo lo que ocurría durante las comidas, por lo que ya tenía elementos para combatir ese otro problema que requería de fuertes medidas ejemplarizantes. Todo lo fue haciendo en tiempo récord con toda la información que poseía en su poder; precisamente, en el tiempo que le concedieron sus superiores del Ministerio de Educación y la Policía desde que entregó el informe esclarecedor de todo lo que sucedía en el centro y que pudo comprobar con sus propios ojos, teniendo que aceptar que Rubén no había mentido ni en uno de sus testimonios.

Así, con tanto que hacer, aceptó la reunión con Rubén, que le fue concedida tres días después a las cuatro de la tarde. Puntual, tocó la puerta y se identificó con su nombre, apellidos y número de albergue. Una vez dentro, a Maribel ni la miró, la saludó extendiendo el brazo, pero sin mirarla ni siquiera una vez; ya se había atorado con un buche de saliva cuando Jorge Luis le informó de primera mano que era la novia del director y no quería pasar por lo mismo, sin olvidar que el hombre tenía cinturón negro y tercer dan en karate.

Leonardo se levantó y lo saludó muy efusivo, concediéndole el derecho a la palabra aun sin sentarse. Le gustó mucho verlo, pero estaba demasiado cargado de ocupaciones y presionado por el tiempo.

La propuesta del jefe de albergue fue la necesidad de reformas urgentes, sugiriendo cambiar el color gris y naranja por blanco y azul celeste, con la colaboración de los padres que aportarían mano de obra, todo lo que pudieran para decorar, cuadros, jarrones con flores artificiales... Además, contando con ellos, se podían organizar unas brigadas para reponer las losas del baño rotas o ausentes y para arreglar las llaves del agua rotas. El lavabo tenía seis llaves de agua por cada lado y a la mayoría le faltaba la cruceta o manija, lo que dificultaba la obtención de agua, produciéndose aglomeraciones innecesarias. De vez en cuando, aparecía en escena un alicate que alguien tenía, las abría todas derrochando agua constantemente y muchas de las veces se olvidaba ese alguien de cerrarlas y pasaban todo el día abiertas.

También le explicó detalles de albañilería que afeaban todo el entorno, así como la conveniencia de pintar de cualquier color los barrotes de hierro de las ventanas.

Mientras hablaba, Leonardo hacía algunas anotaciones, lo cual indicaba que se sentía motivado



por las propuestas del muchacho. Tendría que planificar todo muy bien, ya que involucraría a los padres de los internos en este nuevo experimento.

Terminada la propuesta, le concedió el derecho a marcharse, lo cual hizo Rubén sin mirar ni a un lado ni al otro. Cerró la puerta que segundos antes había abierto con una nueva propuesta en la que la sorpresa iba por delante con la ética. Leonardo y su novia, de pie, se miraron impresionados, cautivados nuevamente por el nene que no dejaba de hacerles cambiar de perspectivas constantemente. Tenía razón en su recomendación: ya que tenían que vivir allí, mejor hacerlo lo más decente que se pudiera.

En pocos días, fueron despedidos seis funcionarios más por no hacer bien su trabajo; su irresponsabilidad los llevó a incapacitarlos de por vida en su trabajo en estos tipos de centros, por lo que estaban obligados a reiniciar sus vidas en otras ocupaciones diferentes por completo. Jamás ningún niño perdió de nuevo los alimentos en el comedor; los funcionarios que velaban por ello no podían estar juntos y tendrían que recorrer constantemente las mesas que estuvieran ocupadas a su vez por chicos de edades similares y cuerpos aproximados. Incumplir esto sería castigado por apropiación indebida y abuso de poder; el despido del funcionario sería inminente.

Los cambios estaban siendo muy rápidos y visibles para todos, como un tornado en movimiento en el que los trabajadores tuvieron la posibilidad de prepararse para esa revolución de actividades, y aquellos que pudieran solamente imaginarse incumplir con sus deberes serían despedidos fulminantemente sin contemplaciones, siendo debidamente informados constantemente en los consejos de dirección.

A la semana siguiente, Rubén fue citado oficialmente a la oficina del director, asociando esta invitación a la propuesta de reforma y embellecimiento del albergue, con el único objetivo de hacer la vida más agradable y amena. Tocó la puerta, se identificó cumpliendo con el dichoso protocolo de los cojones y, al recibir la orden de entrar, se encontró con Margarita, Emma y el Maca en la oficina de Leonardo, como un regalo divino extraordinario.

Un encuentro muy duro. Margarita no pudo evitar romperse en dos y saltar sobre él llorando desconsoladamente; lo abrazaba sin soltarlo, no quería compartirlo con nadie. Acto seguido, Emma se unió. Entre las dos lo zarandearon un poco. Al verle todavía el morado en su ojo derecho, le preguntaron si alguien le había hecho daño, quién había sido y todo ese tipo de preguntas. Los corazones a todos se les rajaban. Lo miraban y lo tocaban para cerciorarse de que no le faltaba ningún trozo del cuerpo. Maribel tuvo que irse al no soportar el dolor.

No dejaban hablar al chaval, que también estaba partido en dos, mirando al padre, que hizo lo imposible por no caer al suelo. Herido de muerte estuvo el Maca y el director no se perdió ni un detalle de la familia y del encuentro, ya que su psicología tendría que aplicarla a su trabajo y esta había sido la forma que en su momento encontró para pedirle perdón al niño por todo el desastre destapado, del que él era su máximo responsable.

Margarita no se calmaba, simplemente no podía; era su primera vez allí y, por el camino, al ver los barrotes de hierro de las ventanas, se le partió el corazón. Se veían desde la calle a leguas de distancia, junto al alto muro de concreto protector que le inspiró el terror.

—No me han hecho nada ni me lo harán —fue lo único que pudo decir tras la avalancha de

abrazos y besos por todos sitios de las dos mujeres. Incluyendo a Kimbo, todos estuvieron muy nerviosos al recibir aquella cita para presentarse en el centro. Por sus cabezas pasó que alguna fechoría había hecho con un trozo de acero, teniendo en cuenta sus antecedentes, pero esta vez fue diferente, ya que el funcionario les explicó rápidamente que se trataba de un estímulo por el buen comportamiento del muchacho; entonces, se relajaron.

Rubén dejó bien claro, con las pocas palabras que le permitieron las mujeres expresar, que el camino de su vida lo tenía definido, sin que hicieran falta los detalles, eso era secundario. Por fin pudo saludar al padre y Leonardo aprovechó la cobertura para agarrar las riendas de la situación y reconducirla, intentando ventilar con aire fresco aquellas palabras que aliviarían el dolor de la familia.

Ya sentados y refrescados, el director hizo referencia a los logros del niño en el albergue. La responsabilidad atribuida la estaba cumpliendo a cabalidad y no dejó pasar la oportunidad de pedirle al Maca su apoyo en el proyecto de reformas, al cual se sumaron la hermana y la madre.

La charla no fue muy larga, pero sí muy importante, ya que se tocaron temas como proyectos futuros y se estrecharon lazos entre ellos. Sin demorarlos más que lo justo, el director los dejó marchar para que disfrutaran de las horas concedidas, ganadas por derecho. Salieron todos excepto el Maca, que lo haría después, ocupándose personalmente de cerrar la puerta para pedirle, por favor, a Leonardo, que lo escuchara, a lo que no se negó.

—Kimbo está muriendo, no come, no puede vivir sin Rubén —le dijo con mucha vergüenza.

—A partir de ahora, en todas las visitas, tráigalo con ustedes; yo también quiero conocerlo — Leonardo cerró así el tema, consciente de que todos esos fenómenos ocurrían muy a menudo.

La despedida fue intensa y pudo comprobar por sus amplios conocimientos de psicología, asignatura que en su carrera la consideraban de las más importantes, que el Maca estaba roto y hacía un esfuerzo sobrehumano por no llorar, al menos en presencia humana, a pesar de la rudeza que podía aparentar, casi no podía alzar la vista mientras hablaba y su pedido fue aceptado en contra de las leyes naturales de aquel mundo. Kimbo pronto vería a Rubén.

El Maca no había perdido detalles en la oficina, no habló, pero estuvo muy activo viendo todo lo que se movía, observándolo detenidamente. Lo esperaron fuera y juntos fueron al césped casi verde. Había mucha sombra, que suministraban los árboles, que eran muchos y diferentes, por lo que escoger uno no fue demasiado complicado, pero la yerba, con el fútbol, estaba desapareciendo. Hablaron de todo lo que les pareció, excepto del acontecimiento de aquellos tres; eso se quedaría para el día del juicio, pues no era muy prudente romper el hechizo de la visita con cosas banales.

Leonardo los observaba desde su oficina, que estaba anclada en un lugar completamente estratégico, donde disfrutaba de una vista bastante amplia de la zona.

«Increíble su gallardía con ese cuerpito tan delgado, con estatura pequeña y sin vellos. Seguramente, está en la etapa de la agüita todavía, pero tengo que reconocer su liderazgo natural, aunque tiene que comprender que una vez haya obtenido el trono, cuesta mantenerlo, y mucho», pensaba mientras lo veía gesticular tan poco cuando hablaba, cosa que también hacía muy poco.

Esa visita extraordinaria los cogió por sorpresa, pero el Maca, afortunadamente, tenía algo de

dinero y pudo dejarle los veinte euros establecidos por el reglamento interno del centro, aunque su hijo los rechazó. Sin embargo, la autoridad de un padre se respetaba, por lo que tuvo que aceptarlo y lo guardó en su bolsillo tradicional, ya que por su cabeza jamás pasó la idea de fabricarse otro auxiliar para esconder su dinero. Los tiempos les habían cambiado, eran sencillamente diferentes y, con ellos, la improvisación en cada uno de los fenómenos que se le aparecían en su andar tendrá que ser muy preciso y acertar en sus decisiones, aunque su prioridad era la de guiarlos y protegerlos a todos por igual, arrastrando como un grillete el peso del hábito hasta hundirlo, sepultándolo en la espuma que se desliza a veces sin que nadie la escuche, suave y delicada sin que nadie la sienta, donde solo el silencio la ve llegar y también la ve partir.

Rubén no tenía como propósito vital convertirse en un consumidor consumista de placebo contaminado que remendara las arcas del derecho inútil y vacío, sino en creador de un nuevo estilo de vida que con un musculoso viento loable los guiara; entonces, será un verdadero creador, con el fin de refrescar aquellos valores que un día tuvieron y que otro día perdieron.

La familia ocultó la situación de extrema gravedad de Kimbo, pero la alegría invadió el ambiente cuando el Maca dio la noticia acerca de la autorización por el mismísimo director de traerlo a todas las visitas, rompiendo con todo formalismo; se revolvió todo y comenzaron a sacar las cucharas con los calderos repletos de comida que habían traído. Maribel, en una llamada, le advirtió a Margarita que sería prudente que trajera comida, ya que seguramente estarían un buen tiempo. El almuerzo fue generoso, preparado con lágrimas, mucho dolor y esmero. Margarita fue la primera en comenzar a comer, sin el más mínimo de los deseos, con el objetivo de incitar a los demás a que la siguieran, invitándolos mientras fingía felicidad cuando en verdad sentía tortura.

Algo muy grande había ocurrido, inesperado y terrorífico, que dejaba al mundo sin oxígeno. La hermana se inventó un pequeño paseo para contárselo todo con detalle. Mientras caminaban los dos del brazo, informó a Rubén de que la policía había descubierto todas las fotos que tenían escondidas en el contenedor viejo de la fábrica de jabón abandonada, porque seguían con la investigación del hombre de las catorce puñaladas que apareció cerca del lugar y, así, descubrieron el escondite de la peña pajiza. Pero lo peor no fue eso, sino que le prendieron fuego a toda su logística, incluyendo los faroles; absolutamente todo ardió en llamas vivas. Todo el arsenal se lo llevó el fuego, después de tanto sacrificio, y, con él, la historia de un grupo generacional de exploradores de su propio cuerpo, dejando un vacío que, seguramente más tarde, lo llenarían otros. Con los creadores desaparecidos, uno en el centro y el otro en Portugal, se rompió el control y eso se convirtió en un verdadero desastre. Según la hermana le contó, los únicos que se alegraron fueron los niños católicos, que fueron rezando por todo el camino para darles las gracias a los policías, que, a su vez, los mandaron al carajo nada más verlos. Al final, tuvieron que largarse sin poderles agradecer el gran favor que le hacían a la vida de esos corruptos que día a día iban allí sin escrúpulos a masturbarse y de nada les sirvió el intento de curación.

—Mi hermanito, cuentan en todo el barrio que fue un desastre, la cantidad de fotos eran millones. Algunos chicos cuentan que tú y Gustavo, el portugués, fueron los creadores de ese fenómeno. Dime que eso es mentira.

—Claro, Emma, yo no tengo nada que ver con esa creación, ni tampoco mi amigo Gustavo.

—Prométeme que no lo vas a volver a hacer.

—¿Hacer qué?

—Eso que hacen ustedes los hombres con la mano y el pene.

—Olvídalo, eso es imposible prometértelo, pero que no se enteren aquellos de que yo iba allí.

—Rubén no iría jamás, iba creciendo y, con el crecimiento, sus perspectivas irían cambiando de un sitio a otro como parte del ciclo natural de los hombres y sus aspiraciones.

Leonardo fue muy prudente y, midiendo los tiempos, se acercó al árbol que los cobijaba del sol. La sombra se movía girando, escapando de aquellos intrusos que rompían su equilibrio, buscando su cobijo. Y allí llegó para pedirle al Maca que lo acompañara a dar un paseo. Los dos iban caminando muy serenos, con pasos lentos y respetuosos, sintiendo las miradas a sus espaldas mientras hablaban lo necesario por puro formalismo, hasta que encontraron el lugar ideal. Entonces fue cuando el Maca supo todo lo que había ocurrido con bastantes detalles, unos más duros que otros; la conversación fue muy difícil, pero era obligatoria, ya que habría un juicio y los padres eran los primeros que tenían que saberlo todo.

En sus palabras existía una amalgama extraña; por una parte, sentía mucha frustración por ser testigo conocedor de todo lo que sucedía y haber convivido con todo en el mismísimo frente de sus narices, sin ser capaz de verlo, dando la imagen de un hombre inofensivo, ya no tanto como máximo jefe, sino como ser humano. Eran tantas las medidas que decidieron erradamente... Descuidos constantes acompañados de irresponsabilidades tapadas, así como la cobardía, el pánico y el horror vivido por aquellos niños —fueron doce, afortunadamente ninguno más—. Pero el equilibrio de su amalgama extraña lo logró al reconocer que un niño se lo enseñó todo y, aunque el daño ya estaba hecho, la realidad era que se evitarían peores consecuencias en el futuro.

Los ojos le brillaban. No estaba Maribel ni tampoco nadie que pudiera juzgar su debilidad. La voz casi no le salía y casi no se oía. Expulsaba el amor y el orgullo que sentía por Rubén, por todos los pasos que daba, sin poderlo ocultar y sin intentarlo. Al fin y al cabo, también era ser humano y padre.

Sin testigos que miraran, le daba igual subir el tono de la voz o bajarlo, gesticular o no hacerlo. Hizo un intento de detener al Maca, arrastrado por el nerviosismo, pero reaccionó y continuó su cabalgata, considerándolo no prudente, ya que representaría una prueba demasiado visible de su incapacidad de dominar hasta el último detalle frente a un hombre. Sin embargo, el Maca no estaba así, le brillaba la piel y se limitó a escuchar muy atentamente, aunque por naturaleza no era muy hablador, pero sí muy observador. Pensaba en su puro como refugio, donde escondía habitualmente sus emociones, entre el humo que ocultaría su rostro tapándolo, evitando ser descubierto, y la saliva que fuera mucha para poder escapar a escupir en un lugar cualquiera lejos de todos. Pero no podía fumar, ni tampoco pudo esconderse en el habitual puro que giraba entre los dedos de su mano izquierda, buscando las partes más blandas del gusto. Así, sin alternativa, no le quedó otra opción que escuchar, casi inmóvil, consciente entonces de que la tarea sería aún peor cuando tuviera que darle explicaciones a su esposa; eso era lo que más nervioso lo tenía,

pero, al menos, los dos llegaron a un acuerdo: mantenerlo oculto hasta que se tuvieran nuevas noticias. Para ese entonces sí que tendría de seguro el puro en la mano.

Así se dio por concluido el encuentro entre los dos hombres más cercanos al fenómeno, con la propuesta del proyecto de Rubén. La idea los fascinó. El apoyo de los padres era vital, así como los recursos que pudieran aportar. Era una idea experimental total, ya que nunca lo habían hecho en este tipo de centros y la propuesta ya había sido enviada al Ministerio de Educación y a la Policía, que eran las dos instituciones que se encargaban directamente de atenderlo. Esto tendría un alto grado de complejidad, se movería mercancía que tendría que ser revisada toda, instrumentos de trabajo y personas, por lo que era importante que la seguridad se reforzara durante todo el tiempo que durara el trabajo; todo eso estuvo concebido en el informe y solo faltaba la respuesta.

Organizar a los padres que quisieran participar voluntariamente, crear las credenciales para la entrada y salida, designar las tareas, todo eso requería de un tiempo, por lo que Leonardo involucraría a varios funcionarios con tal de no dejar enfriar la idea.

Llegado el momento de la despedida, nadie quería irse; se aferraron a la carne de Rubén, que los acompañó hasta los límites permitidos. Fue duro, pero no quedaba remedio.

Para más desgracia, el Opel de Margarita no arrancaba y, enrabiada por el clásico cúmulo de cosas, le dio tiempo de mirar a un lado para volver a ver los barrotes de hierro en las ventanas, apoyó la cabeza en el volante y, sacando fuerzas de no supo dónde, pudo, finalmente, arrancar el coche para marcharse, dejando atrás un muro alto que dividía la libertad del horror.

Algunos días con patas cortas pasaron y el Maca cumplía con su parte del acuerdo de mantener en silencio el tema del juicio, por un lado, y, por el otro, no se decidía a hablarlo para no romper el único momento de tranquilidad relativa y resignada que respiraba un hogar hecho pedazos con un vacío indiferente al dolor y a la ausencia.

En su trabajo, uno de los compañeros más allegados tuvo un accidente descontrolado al golpear su montacargas contra un contenedor lleno de productos químicos, provocando un enorme incendio en su interior, donde se encontraban en el preciso instante en que estaban descargándolo el Maca y Emiliano, otro de sus compañeros allegados, uno de los que participó en la quiniela ganadora. El instinto ante el desastre le hizo salir corriendo para ponerse a salvo lejos del alcance de las llamas, pero, al ver que Emiliano no aparecía por ningún sitio, permaneciendo atrapado por el miedo y por el fuego, decidió intervenir, entrando sin protección ni mucho menos experiencia, solamente con la manta ignífuga que llevaban por órdenes de los superiores en todos los equipos pesados. Con su respectivo extintor de incendio y, sin pensárselo mucho, para evitar que el miedo se apoderara de él también, entró a sacar a su amigo y compañero de trabajo de muchísimos años, al menos vivo, con quemaduras de segundo grado repartidas en varias partes del cuerpo.

Rápidamente, siguiendo los pasos del macabro protocolo de asistencia, al mismo tiempo que los demás corrieron al lugar para ayudar, le quitaron al más herido las joyas y la ropa en las áreas quemadas, proporcionándole agua en abundancia unos minutos, apagándole las llamas remanentes y cubriéndolo con la manta en espera de los bomberos.

Todos los afectados fueron ingresados en el hospital, excepto Emiliano; el resto, incluido el

Maca, habían sufrido quemaduras de primer grado, también en varias partes del cuerpo, lo que complicaba la situación un poco más.

Esta noticia en casa cambió, de momento, las perspectivas. Margarita, al ser informada, no paró de llevarse disgustos y se fue a su rincón celestial a rezar para pedirle a todos los santos que tenía y a otros que andaban por el cielo cosas muy personales para ella sobre su hogar y su familia, que estaba siendo golpeada a cada minuto. Emma la esperó con su móvil en la mano, observándola mientras encendía una vela; no contestaba los mensajes ni las llamadas, se limitó a esperar a la madre.

El Maca, para ella, era su vida. Ya desde muy jóvenes dependían uno del otro, constituyendo esta unión para ambos el soporte natural del hogar. La información no fue dada correctamente y ella entendió de las palabras de un hombre que le habló con desespero que su marido moría por la gravedad de las quemaduras.

Cuando terminó en su rincón celestial, sin mostrar ni una lágrima, agarró la cartera y salió en busca de su coche sin hablar con nadie, sin alzar la vista ni doblarla hacia ningún sitio que no fuera la acera. Entró en su Opel y se sentó al volante. Después lo hizo Emma por su propia voluntad. El coche no arrancaba, pero ella no se molestó, ya tenía bastante, y esperó con calma hasta que pudo echarlo a andar. Por todo el camino no se oyó una palabra. Kimbo había quedado detrás desesperado, ya que había desarrollado demasiado el olfato para los problemas, captaba las malas vibraciones al vuelo y sabía que algo no andaba bien.

Se presentaron en el hospital como la esposa y la hija de uno de los afectados por el incendio en el puerto, por lo que recibieron la autorización para entrar. Al llegar al cubículo, se encontraron con varios médicos con sus enfermeras entrando y saliendo con mucha prisa, corriendo literalmente como locos.

Estaban todos vivos, quemados unos más que otros, pero vivos. Permanecieron junto a sus familiares, esperando información desesperados, hasta que uno de los médicos salió a reunirse con todos en la sala de espera ubicada a un lado del cubículo y les permitió, finalmente, que entraran a verlos con la promesa de que sería una breve visita.

El encuentro con su esposa e hija fue demoledor. Las quemaduras no dejaban huellas, lo vivido sí, y lo que faltaba por vivir, aún más. Allí estaba el Maca, recibiendo el saludo y el agradecimiento de los familiares de Emiliano, como un verdadero héroe. La esposa de este, con una niña de meses en brazos, se acercó para permitirle el honor de rozarle la carita tierna con la parte exterior de su mano sana, dándole las gracias sin poder mirarlo, pues las lágrimas no se lo permitían. La esposa y madre, al darse la vuelta, se detuvo a observar a Emma y a Margarita.

—Está bonita, ¿verdad? —Orgullosa, les mostró a las dos el tibio rostro de la nena, más que todo, por el Maca.

Margarita le pidió cargarla para sentir esas tiernas e inocentes carnes en sus brazos cansados, haciéndole recordar muchas cosas que le dejaron huellas inevitablemente. Su esposo fue un héroe por salvar una vida, pero, en realidad, lo era más por salvar a su hijo varón, cosa que todavía le costaba comprender.

Le devolvió la niña a la madre y fueron directas a ver a Emiliano primero; algo tenía, pero se

recuperaría. Regresaron a la cama del Maca y las dos mujeres lo besaron desconsoladamente. Besos de esposa y de hija que lo hicieron sentirse importante. Finalmente, pudo enseñarles las quemaduras para mayor tranquilidad.

Al otro día, fue dado de alta con su respectivo tratamiento. El psicólogo fue el último que lo vio, ofreciéndole consejos para la nueva forma de vida después del suceso laboral, pero a él le daba igual, no se le daba bien el tema con los psicólogos. No se fue sin antes despedirse de sus compañeros, pues algunos deberían quedarse unos días más.

A casa llegó y, como era de esperar, no había nadie, solo Kimbo, que, al verlo, recobró un poco el ánimo. Más tarde, comenzó a irrumpir el resto de la familia, que, al verlo, corrieron primero una y después la otra a besarlo y a quererlo un poco más. Ya juntos, todos quisieron escuchar de primera mano la historia completa contada por el héroe, ya que su jefe había hecho una visita formal y algo había contado. Orgullosa de papá por un lado y de su esposo por el otro, lo escuchaban, y recibió como premio una mirada tierna con sonrisa, o varias, ignorando ellas que otro héroe tenían en casa, otro de corazón.

No se decidió tampoco a contar lo del juicio por la historia del trozo de acero empapado, sí que había pensado hacerlo por creer oportuno el momento en el que tendrían alguna piedad, pero se echó atrás con la decisión, considerando más prudente esperar, además de que, cuando debatió el tema con Leonardo, llegaron al acuerdo de mantenerlo oculto hasta la fecha más próxima posible. Sin embargo, el día a día era muy duro en casa y sobrevivir a la situación se había convertido en tarea primaria, viendo a su esposa con el esmero que le curaba la piel dañada, con tanto cariño y dulzura con que le preparaba la cena junto al esfuerzo que hacían los tres por estar lo mejor posible. Él estaba seguro de que no soportaría el engañarlas mucho más tiempo; de todas formas, él era el hombre de la casa y siempre tenía que hacerles frente a todos los fenómenos raros.

Llegado el domingo, habían logrado que Kimbo comiera algo, dándole mucho cariño y dedicación, hablándole como si entendiera lo que le decían, mezclándole la comida de perro con su plato favorito, que era patata frita con carne molida sin sazones. Entonces, descubrieron que, si le hablaban de Rubén, el simple hecho de mencionar su nombre le propinaba cierta alegría e, instintivamente, el animalito se alimentaba; estaba flaco, pero se recuperaría de seguro.

El Maca aprovechó ese día que Margarita descansaba de su agotador trabajo, pues, aunque contaba con el apoyo incondicional de Emilia por considerarla muy buena empleada y disciplinada, tenía que cumplir las tareas que le designaba y eran muchas, por lo que llegaba a casa reventada. Al Maca, como víctima afectada por el fuego, lo favorecía la situación en casa, por lo que creía que tendrían clemencia con él. En ese momento, la esposa lo llamaba para mostrarle lo que haría de comer y los elogios no cesaban.

—Tenemos que hablar. —Ella estaba confundida, ya que el Maca la agarraba por su fina y esculpida cintura en presencia de Emma. Ella seguía moviéndose, continuando el juego, cuando, de repente, la agarró por el brazo, cosa no habitual en ellos, lo que inevitablemente la llevó a la conclusión de que no era exactamente sexo lo que su esposo le quería proponer, además de que su mirada indicaba que algo raro ocurría.

El Maca les había mentado acerca de la conversación personal que sostuvo con Leonardo, les

había dicho que solo se habló del proyecto de reformas en el albergue, pero no soportó más el dolor de mirarlas a la cara consciente de haberlas engañado en un tema con una fragilidad de extremas magnitudes; era su familia, la única riqueza que tenía.

Decidió contárselo todo en presencia de Emma también. Margarita escuchó atentamente todo lo que él habló y le atravesaba la vida, destrozándose como puñales caníbales despiadados que le entraban y, sin despedirse, se largaban.

«Qué más tengo que soportar en esta vida para ser una buena madre, para ser mujer. Dónde está el camino, muéstrémelo. ¿Por qué permitiste que le hicieran eso a doce niños?», pensaba mientras miraba intermitentemente el techo, pero no lloró; en cambio, se dio la vuelta, escondiendo su odio y su impotencia en el cuchillo con el que cortaba la carne con gusto.

Como madre, no supo qué pensar. El silencio llegó para estar con ellos y vivir como un hijo atropellado por aquellos que no miraban la espuma sana, sino la dureza de las rocas ásperas e imbatibles, considerando la orilla como blanda, pisoteada por los pies descalzos a su antojo. Entonces, cortó doce trozos de carne con un perfecto y milimétrico corte; comenzó a lavarlos pensando en las doce madres que no escaparían a la crueldad sumisa sin poder encontrar la libertad prudente y limpia, que vivirían sin encontrarla, o tal vez, si el castigo las esperaba allí, en el mar en silencio como los peces.

—Los vegetales, por favor. —Completamente de espaldas, involucró a su quemado e inmóvil marido, que poseía en su poder las papas de Kimbo ya peladas, pero sin cortar. De la nevera y cumpliendo con sus obligaciones, trajo los vegetales y comenzó, entonces, a trabajar a su lado, olvidando su cuerpo dañado, aceptando el silencio y la ignorancia aparente de su hija, que escogió aislarse en su habitación para imitar a su madre en su rezo. Nadie quiso hablar.

Los días que estuvo de baja laboral, el Maca se aburría en casa y, de vez en cuando, el viento lo arrastraba a dar un paseo por la acera sin alejarse mucho de su casa, puesto que el sol no era aconsejable para sus heridas, recibiendo elogios de algunos vecinos por haber salvado una vida humana, aunque seguía sufriendo de otros el castigo social por la situación de su hijo varón, la cual no le perdonaban. De alguna manera, se lo hacían saber, ya fuera con gestos o medios saludos a distancia y cosas así, y era consciente de que debía enfrentarlos, todo por el bien de su hijo varón. Así, llegó a la conclusión de que mejor sería quedarse a leer en casa, como siempre; romper la rutina no era su plato fuerte.

El director asignó a Carvajal como nuevo funcionario tras el despido de Luis para que se hiciera cargo del albergue. Su misión inmediata era crear el plan para organizar y guiar a los padres en el proyecto de reforma bautizado por Jorge Luis como «Embellecer la vida». El Maca, con su baja laboral, no pudo participar de la inauguración, pero estuvo muy informado de todo lo que se habló y se decidió en el reparto de tareas. El propio Carvajal logró, haciendo magia, comunicarse con él, ya que su móvil no funcionaba y dependían todos del móvil de Emma, que se pasaba la vida ocupado.

Agradeció que lo hubieran tenido en cuenta, además de que estuvo feliz por el hecho de que se hubiera dado el primer paso que fue el origen de que, semanas después, los padres, ansiosos, participativos y entusiastas, con vacaciones concedidas en sus respectivos centros laborales por



petición de la Dirección de Educación junto con la Policía, comenzaron, por fin, con el proyecto de reforma «Embellecer la vida».

La participación fue masiva y el Maca, como un verdadero experimentado, colaboró haciendo magia en el trabajo, apoyado por sus conocimientos de albañilería, fontanería y electricidad, ganándose por decisión democrática la dirección de la actividad, puesto que Carvajal se encargaría de chequear el orden junto al avance, para dejarles a los padres todo el protagonismo y la satisfacción de los resultados, además de para que disfrutaran de sus hijos, que orgullosos veían a sus padres trabajar. La pintura y la decoración se las dejaron a las madres y la limpieza se haría entre todos. Los materiales los aportaron los padres, así como los instrumentos de trabajo. Margarita se incorporó días después, cuando Emilia le autorizó una semana, y lo primero que vio cuando llegó fueron los cuadros de su casa recostados en una pared para decorar. Varios lo sabían y permanecieron quietos a la expectativa de la reacción de ella al ver sus cuadros a punto de ser colgados, pero ni se inmutó al verlos. No era el día ideal ni la semana perfecta para pelear con su marido. Se acercó, lo miró, después miró los cuadros y lo besó con un abrazo delicado, demostrándole que era el mejor padre que sus hijos podrían haber tenido. Los cómplices de la historia de los cuadros aplaudieron.

Todos los padres conocían a Rubén de escuchar a sus hijos hablar mucho de él, específicamente la historia del trozo de acero empapado, siendo este un factor que empañaba en parte el entusiasmo de la actividad, pero la vida seguía corriendo y no era justo perder esa bendita oportunidad de hacerles a esos niños la vida más amena y llevadera. Margarita no hizo ni el más mínimo de los esfuerzos por conocer a esos niños que todavía vivían en el albergue ni a sus padres; prefirió mantenerse al margen de los hechos, dejándolo todo en manos del viento para que arrastrara la historia, colocándola donde prefiera colocarla.

Los niños tenían que seguir con sus deberes, tanto estudiar como trabajar. Los productos que allí se elaboraban, fundamentalmente de carpintería, alfarería y materiales de construcción, eran vendidos a precios módicos a instituciones públicas y estatales como reconocimiento al esfuerzo y, precisamente, el dinero que se utilizó para la compra de la pintura fue aportado por los esfuerzos de aquellos niños para que, de esa manera, todos quedaran involucrados con el proyecto.

Los padres tenían el derecho a comer en el mismo comedor donde lo hacían sus hijos, pero se habilitó una zona separada para ellos, evitando con eso agravios comparativos entre los demás internos. Dentro del albergue, algo coincidían, según los horarios les permitieran, y no perdían la oportunidad de besarlos o abrazarlos, aunque no pudieran darles nada, ya que esa fue, entre tantas medidas, una de ellas. Nada que no fuera material de construcción se permitía pasar por la puerta; la única excepción fue Kimbo, que, por fin, sin saber dónde estaba metido ni haciendo qué, pudo ver a Rubén. El encuentro fue de tal magnitud que los padres aplaudieron no a otra cosa que al amor. Kimbo corría, saltaba, meó camas, cagó camas, se revolcó. Rubén intentó soportar las lágrimas en presencia de muchos que lo rodeaban para no dar síntomas de debilidad. El Maca soportó las lágrimas por igual motivo. Pero el rey no pudo más y, finalmente, se rompió.

Todos estuvieron de acuerdo con la aceptada visita y en introducir en el centro el tape con su

comida preferida, papas fritas, carne molida cocinada y, esta vez, le añadieron batatas para que mejorara la vista. Su presencia demostraba que era un perro que no solo dormía, sino que también sabía amar. Allí estuvo entre pintura, cemento, losas, jarrones con las flores artificiales, cuadros conocidos y una multitud de sesenta adultos trabajando en tiempo récord, pero, fiel a su estilo, en cuanto le llegó la hora de su comida copiosa, se la tragó toda y se acostó panza arriba, aunque no a dormir.

Como no podía ser de otra manera, Jorge Luis no perdió la gran oportunidad de presentarle sus padres a Rubén en un acto adúlón hasta tal punto que le preguntaron quién era ese chico y por qué muchos hablaban tanto de él. Normal que detrás todos hicieran lo mismo.

—Papá, no-no-no te-te-te pre-pre-preocupes, es u-u-una historia la-la-larga de co-co-co-contar.

Rubén se sintió orgulloso de las quemaduras del padre, que tuvo que explicarle el motivo por el cual no se había presentado en el primer encuentro. Le contó que había salvado la vida de un compañero de trabajo que era padre, arriesgando la suya propia, y, junto a los demás que también participaron, recibieron por parte de los familiares y la dirección de su trabajo el respeto y la admiración. Pero del tema no se habló más que lo justo, pues prefería concentrarse, ya que nada ni nadie podía desviarlo de sus funciones, con tantas cosas pendientes en su albergue, y sus responsabilidades. Había llorado y lo habían visto. Pidió disculpas uno por uno a los dueños de las sábanas meadas y cagadas por Kimbo, que fueron aceptadas sin mayores dificultades, pero disculpas al fin.

En solo doce días, aquel albergue era otra cosa totalmente distinta. Todas las madres se unieron con las brochas en las manos para pintar los barrotes de hierro de las ventanas, gastando pintura en ellos hasta la saciedad, sin encontrar el fin del color. La inauguración sería días después, con la participación de Leonardo, Maribel, Carvajal, los internos, algunos miembros de la Dirección de Educación y la policía regional. Había sido un experimento con unos resultados increíbles, por lo que le concedieron el derecho a participar al resto de los jefes de albergues del centro. La idea era hacerlo extensivo de ser aprobado, y sí que lo fue, no solo el proyecto con todas sus medidas de control, sino la idea del nombre con el que lo bautizó Jorge Luis: «Embellecer la vida».

Solo faltó cambiar el suelo, que lo mantenían muy limpio y no se notaba maltratado, a pesar de los años. Finalmente, sustituido el color gris de las paredes por el blanco y el naranja del techo por el azul celeste, la alegría del entorno brilló. Las llaves de agua funcionaban todas a la perfección; el alicate no lo usarían jamás. Los pedazos de tubería podridos se cambiaron por nuevos, encontrando escapes innecesarios de agua por varios sitios. Todas las losas eran ahora uniformes en color.

La delegación andaba muy despacio, mirando a todos lados con rostros serios, ya que todo aquel movimiento supuso un cambio brutal en la estructura futura, no solo de aquel albergue, sino de todos, y no solo de aquel centro, sino de todos los de este tipo en el país con la misma iniciativa pionera. En la inauguración no se aceptó la presencia de padres. Su labor había concluido en doce días, dándolo todo con entusiasmo y disfrutando de los minutos que la vida les ofreció con sus hijos, aislándose en ocasiones para conversar en familia.

Los meses pasaban a velocidad lenta. Los días no parecían tener veinte y cuatro horas. Dormir

se había convertido en otro suplicio con todos roncando en armonía perfecta, con sonidos ruidosos y rasgados, pero parecía totalmente que la roncadera estaba siendo dirigida por un misterioso e invisible director de orquesta; los jadeos simultáneos reflejaban la realidad de que allí ya se podía dormir en paz con la guardia nocturna, designada por Rony, funcionando de maravilla.

Habían colocado a un centinela en la puerta de entrada, sentado en una silla. Este vigilaba que no entraran extraños en el albergue, con el fin de mantener el equilibrio. Habían conseguido muchos logros, pero aún había rasgos del pasado que hacían estragos en algunos chicos. A pesar de todos los cambios frescos de los que disfrutaban, una explosión de sentimientos reventaba por todos sitios por el único motivo de que, en su momento, todo se lo tragaban o guardaban para no llamar la atención ni ser vistos. Ahora, llegada la democracia y la libertad que gozaban todos, podían desahogarse, expresando lo que sentían sin temor, originando un día y otro también sed de pelear, por lo que, según lo establecido en el jodido protocolo, Amador debía informar a Rubén, al que tenían que explicarle los motivos por los cuales querían pelea; en ocasiones, le interrumpían hasta la siesta y, en otras, le molestaban mientras disfrutaba de un libro o, peor, lo interrumpían a veces cuando solo pensaba.

Los cuatro iban al área escogida en el nuevo baño y los combatientes daban sus explicaciones. Casi siempre eran las mismas, «que si tu mamá», «que si la del otro», «que si te secaste las manos con mi toalla», «que si me ofendiste»; en fin, todas absurdas, día tras día, como un ciclo salvaje natural e inexplicable, pero vivo, dejando una raya recta y blanca como su piel, invisible como su valor, rajándolo poco a poco sin saberlo, tan profundo como el viento determinó, dividiéndolo en dos partes que irremediablemente no se unirían quizás. Pero de su boca nunca se oyó la aprobación para que dos niños se golpearan. Rubén nunca aceptó ninguna de aquellas peleas; oía por obligación los testimonios insólitos sin abandonar la ternura, el respeto y la educación, para refrescarles a cada uno de los posibles gladiadores su teoría más sensata e inteligente, tratándolos de persuadir y de involucrarlos en el equilibrio. Después que, por derecho, escuchaba lo absurdo de los testimonios, le colocaba su mano encima del hombro de uno y su otra mano encima del hombro del otro, transmitiéndole la energía que pudiera, recordándoles que ya bastante tenían con estar allí, demasiado mal era aquel como para también querer golpearse entre ellos. Acto seguido, les ordenaba que se pidieran perdón mutuamente, que se abrazaran, aun sin fundirse en el abrazo, cuestión que era simbólica más que todo, pero que los ayudaría a entender. El rey era consciente de que el trono se mantenía con sabiduría y, a pesar de que todos cumplían con sus peticiones, nunca agarró el camino de la violencia, siendo este el menos apropiado para mantener un equilibrio tan complejo. Cincuenta chicos con caracteres diferentes que, a pesar de haber vivido en un sistema opresor, tenían personalidad; escondida, pero la tenían. La tarea más difícil consistió en convencerlos usando la ternura.

Viendo los pájaros volar, alejándose y perdiéndose, se preguntaba: «¿Por qué los días no tienen esas mismas alas?». Pero, en cambio, por las noches sí podían dormir; entonces, les encontraba patas.

Algunos de sus chicos, en ocasiones esporádicas, se buscaban algún que otro problema fuera del

entorno, a saber por qué, pero siempre acudían a él en busca de ayuda. Los retazos que iban quedando de tiempos atrás todavía hacían algo de estragos. Nunca le dio la espalda a ninguno, predicando con el ejemplo. Allí donde fuera, llegaba imponiendo su educación, intentando persuadir cualquier indicio de problema violento como forma de vida. Les hablaba sin pestañar, no dejaba de mirarlos sin bajar la vista, sin reír y así era la forma en que combatía, pero todo eso le iba pasando factura al rey.

Jorge Luis, sin duda, era su mejor amigo y decidió irse a trabajar a la biblioteca después de tantas recomendaciones. Esto les proporcionaba mucha paz, ya que se alejaban un poco, aislándose de la vida real, se despejaban olvidando hasta su existencia si así fuese necesario, aumentando el hábito por la lectura y la curiosidad, e intimaban mucho entre libros cerrados.

También lo hacían con libros abiertos, aprovechando Rubén esas circunstancias para enterarse de cómo marchaban las cosas contadas en primera mano por parte de su amigo, que se enteraba de todo. Pero entre una cosa y la otra, encontró una frase que le encantó y lo conquistó, la copió en un papel para, días después, entregársela a Carvajal, que la mejoraría en el ordenador y así colocarla en el mural que tenían colgado en la pared, donde se informaba a todos de los horarios y de información de carácter general con las novedades actualizadas.

En pocas horas, comprometido con su trabajo, Carvajal —a pesar de que había considerado no abolir las inspecciones sorpresas, pero sí reducirlas, con el propósito de darle al jefe la potestad y poder de decisión sobre el control de la disciplina— entregó aquella frase impresa por petición de Rubén, no solo mejorada en el ordenador con letras bonitas, llenas de colores llamativos, sino que le agregó un bello cuadro producido en el taller de carpintería del propio centro para proteger el simbólico pensamiento escogido con minucioso esmero, y entre los dos lo colgaron en un lugar visible, accesible para todos los chicos que desearan disfrutar de estas palabras:

Cuanto hice hasta hoy y haré es para eso. En silencio ha tenido que ser, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas.

José Martí

Allí se acercaban los más curiosos y leían la frase, preguntaban, se reunían, mirándose unos a otros, exclamando, dando opiniones acerca de lo que interpretaba cada uno. Algunos la comprendían, otros no entendían nada y se rascaban la cabeza, pero, como siempre hay un envidioso o uno que se cree más listo que los demás, un inadecuado personaje que muchas veces, sin tan malas intenciones, pues estas pueden ser malinterpretadas, meten la pata para no poderla sacar, un muchacho se acercó con tono burlón, confundiendo la inclinación de Rubén por el arte, algo que no le sentó bien.

—El arte en todas sus manifestaciones podría hacerte feliz, yo no.

Molesto y con tono autoritario, le contestó al chico burlón que, con su miopía, miraba al jefe fijo intentando entenderlo, pero, según lo que escuchó y de la forma en la que llegaron esas palabras a sus oídos, tomó la decisión más inteligente: pidió perdón por la mala broma y se marchó, limpiándose los ojos, para no aparecer por todo el entorno del cuadro.

Antes que apagaran la luz para dormir, todos y cada uno de los chicos pasaban deteniéndose para volver a leer tan importante pensamiento que los ayudaría a vivir un poco mejor, si es que eran capaces de entenderlo; en definitiva, ese era el objetivo de la obra. A la cama fueron pensando el porqué de un cuadro para proteger a unas letras bonitas pero insignificantes, aunque atractivas sí que las encontraron. Ya tendrían tiempo suficiente de buscarle un sentido.

En casa, las cosas iban mejor o, al menos, todos estaban más adaptados con las típicas pinceladas de la resignación. Kimbo comía mucho mejor y mucho más cuando podían darle su comida preferida, parecía que respiraba aires de buena fe y, según lo acordado, participaba en todas las visitas mensuales al centro. Margarita seguía en su línea, con las velitas encendidas en su rincón espiritual particular, rezándole y pidiéndole a los santos allí presentes cosas, además de a aquellos que no estaban; nunca pidió nada para ella e incluso pidió para que Kimbo comiera, deseo que le fue concedido.

De las quemaduras del Maca ya nadie se acordaba, pero, de vez en cuando, recibía algún que otro elogio por parte de las mujeres de la casa, que lo hacían sentir importante. El móvil de Emma no paraba de recibir mensajes; al parecer, su noviazgo iba en serio o eso parecía, visto lo visto, bajo las miradas eventuales del padre, que algo se imaginaba, pero el secreto con la madre se mantenía tal cual, sin dar las más mínimas posibilidades de ser descubierto, puesto que, de haber sido así, una bomba nuclear hubiera explotado y ni Kimbo se hubiera salvado del ramalazo. Precisamente, esa fue otra de las cosas que Margarita le pidió a los santos para no alterar más el panel de lo que estaba; ese pedido fue concedido de momento y sin garantías de permanencia.

Llevando vidas totalmente distintas, Bárbara consideró, según sus cálculos, si es que sacó algunos, que resolvería sus problemas en tiempo récord por tener los diez mil euros disponibles para una larga estancia y, después, regresaría a casa con todo el deber cumplido de una mujer que intenta escapar de su realidad, pero, como siempre, hay que tener un plan B para todo en esta vida. Los tifones y las lluvias torrenciales provocaban inundaciones, con las consiguientes evacuaciones y rescates por montones; los helicópteros, en movimiento ruidoso; los barcos de la marina, con personal de emergencias por todo el país; muchas calles intransitables... En fin, el monzón. Todo eso le hizo perder la mayor parte del tiempo en el hotel, teniéndose que adaptar a los horarios de desayuno y cena con aquellas comidas que empeoraron el estómago de Karla, así como al horario de ida y venida del agua y de la corriente eléctrica, que cortaban cada vez que llovía. Se vio en la necesidad de que la camarera entrara en su habitación a limpiar, ya que los días para ella sí que tenían alas. Tuvieron las dos que adaptarse a las circunstancias.

Por cosas de la vida, la construcción del hotel estaba hecha de buen hormigón; por lo menos, el viento no se las llevaría con él, ni el agua tampoco. En esas situaciones anormales, era cuando únicamente veía a militares controlando la vida y propiedades de las personas.

Con el tiempo medianamente estable, salió impetuosa con las esperanzas casi desaparecidas en su incesante labor de encontrar la dichosa farmacia que les permitiera volar definitivamente con sus estómagos seguros tantas horas. Tras estar escondida hasta la saciedad, al fin, pudo encontrar una tienda en la que comunicarse en un inglés perfecto con una dependienta muy agradable y servicial. Todavía estaba influenciada por el camarero de buen aspecto de aquella cafetería el día anterior, cuyo inglés era básico, pero suficiente como para explicarle que no estaba seguro y que era lejos.

Los secuestros estaban poniéndose de moda, porque resultaba un método sencillo de obtener dinero fácil. Supuestamente, ese tipo de farmacias para turistas las ubicaban escondidas para estafarlos, en lugares bien apartados para protegerse de las inspecciones de salud pública, si es que tenían salud pública, y de la policía, que estaba comprada, aunque pedían cada vez más dinero, lo que los obligaba a robar. De tener problemas, las cerraban y condenaban a los farmacéuticos con sus ayudantes a multas tremendas.

La dependienta de la tienda hablaba un inglés perfecto, por lo que la comunicación fue ideal, logrando incluso dibujar en un papel un mapa improvisado del camino que debía recorrer, que conducía a algún sitio de esos, aunque la chica con su inglés la advirtió también del peligro, al verla con el móvil y su manera de vestir, que no era exageradamente llamativa, pero sí diferente a la del resto de los nativos.

Durante el camino en taxi, observaba el entorno, que seguía igual de poblado con su movimiento desordenado, en el que continuaban predominando los colores básicos por todos los contornos, el gris y el naranja, de modo que Bárbara llegó a sacar la conclusión de que los nativos nunca habían visto un arcoíris en el cielo en el que poder intentar separar sus colores, ni un rosal en la tierra que les perfumara el alma. La velocidad del taxi era muy lenta, debido a los huecos llenos de mazamorras en la calle y a su gentío, pues los transeúntes no respetaban ni las más mínimas normas elementales que deberían cumplir como peatones; además, las señales de tránsito allí no

eran su plato fuerte, casi eran inexistentes prácticamente. Se aprendió muy bien, afortunadamente, el camino con todas las vueltas que dieron —la velocidad lenta la ayudó a ello—, ya que, al llegar al lugar, según el mapa improvisado, el taxista se negó rotundamente a esperarla, debido a la cantidad de gente que caminaba alrededor del coche. Ella le pagó la carrera y el chofer agarró el dinero junto a la propina bondadosa y, casi sin dejarla poner bien los pies sobre la tierra, se largó sin concederle el último derecho a la advertencia y a la razón.

Tres jóvenes nativos disfrutaban de lo lindo de la vida sin trabajar entre tantos que había por allí andando de allá para acá, pero estos se fijaron en el taxi, dinero, propina, extranjera, sola, bien vestida... y a ellos, precisamente, se acercó para preguntar, con modales correctos y educación exquisita, sin darse la oportunidad de escoger con detenimiento.

Kalú era de los tres el que hablaba inglés, el único que algo estudió. Al ver el mapa casual e improvisado que Bárbara les mostró, se brindó a ayudarla muy gentilmente y bien vestido, señalándole, estirando su poderoso brazo izquierdo, el camino, llegando a introducirla en un callejón de mala muerte, seguidos a una distancia prudencial por Nayan y Abdali, que lo hacían perfectamente sin levantar ninguna sospecha.

En el hotel entraba a trabajar en su turno el recepcionista de aspecto malo con los dedos amarillos al que Karla le tenía pánico, arrastrado por el viento al ver que todo estaba demasiado tranquilo, vio la posibilidad, un poco más tarde, de abandonar su puesto de trabajo, y para lo que le daba a él hacerlo. Ya había recibido la caja del compañero saliente junto a la documentación y decidió subir las escaleras con un cigarro encendido, fumando hasta llegar a la habitación de Karla. Tocó la puerta sin identificarse, pero las medidas de seguridad se estaban cumpliendo a la perfección y la tele no se escuchaba. Lo supo al pegar la oreja en la puerta unos segundos. Sin resultados, desistió de su labor de espionaje y abandonó el sitio, bajando por las escaleras, inconforme hasta llegar a su puesto de trabajo, pero no abandonó el cigarro, ni siquiera delante de otros clientes, que andaban por el *lobby*, disfrutándolo a lo bestia, un poco nervioso; qué más daba.

Bárbara iba ya un poco desconfiada del nativo bien vestido, miró a un lado y después al otro, reaccionando, al ver dónde estaba metida, pues aquello tenía aspecto de ser una trampa en la que ingenuamente había caído. Pero era tarde, muy tarde para intentar defenderse y, cuando fue a abrir la boca, Kalú no perdió el tiempo, empujándola hacia una habitación abandonada repleta de jeringuillas vacías, sucias, utilizadas por drogadictos nativos infectados, donde, además, hacían las necesidades fisiológicas otros. Sola, bajo el amparo de la soledad, cayó indefensa sobre una colchoneta de color naranja, usada usualmente por visitantes que querían pasar la borrachera.

Se ofreció a darle el dinero que tenía. Kalú lo cogió. Después vio incorporarse a los restantes del escuadrón nativo, Nayan y Abdali. Quería morir, pero no podía morir. Los miró y les ofreció el reloj. Kalú lo cogió. Le ofreció el móvil. Kalú lo cogió y, además, se acercó muy despacio, con todo el tiempo del mundo que tenían, sin ser interrumpido por nada ni por nadie, y no la dejó ni hablar, lanzándole un puñetazo en la cara que le inflamó el pómulo derecho al instante y la hizo caer sin fuerzas para sostenerse sobre aquella asquerosa colchoneta naranja. Después de haber hecho un esfuerzo heroico por levantarse del empujón, con un grito que se pudo haber oído en

todos los sitios de la tierra, sin opción, allí se mantuvo acostada, inmóvil, esperando por la ayuda divina que nunca llegó. No sabía defenderse, nunca le prestó atención a practicar algún deporte de defensa personal que la pudiera rescatar en situaciones similares, en las que no aparece nada ni en la tierra ni en el viento y solo queda esperar.

Por increíble que hubiera sido, aún con el golpe en su rostro magullado, hizo un último intento natural e involuntario por salvar la fe.

—Mi marido es rico, tiene mucho dinero, les daré lo que me pidan, pero, por favor, tengo una hija enferma y estoy aquí buscando una farmacia. En el hotel tengo diez mil euros, se los daré si me dejan ir. Por favor, no me hagan daño; de hacerlo, matarían a mi hija también.

—¿Qué ha dicho? —preguntó uno de esos.

—Lo mismo que dicen todas —le respondió Kalú riéndose.

Solo recibió del cielo las condolencias. Sus plegarias no fueron escuchadas por nadie ni por nada. El viento la había arrastrado hasta allí, hasta esa colchoneta naranja que agarró como tumba y que no contaba con un trozo de acero escondido en su interior para defenderse.

No escuchó nada. El camarero del bar la interrumpió al servirle el café con leche en el preciso momento en que en las noticias contaban con toda veracidad que en la India cada treinta minutos violaban a una mujer y, en muchos casos, hasta cola hacían otros hombres para abusar de ellas con total impunidad, escogiendo, precisamente, a ese país nada más y nada menos que para intentar cambiar su vida. El camarero del bar, con buen aspecto y su inglés básico, la advirtió. A los escandinavos con sus cajas y en parejas no los comprendió al ser interrumpida por Karla para comer dulces o golosinas. El taxista nativo no la esperó y la abandonó. Y lo peor de todo: no lo supo leer, y era tan sencillo darse cuenta del color gris y naranja del entorno que predominaba como la advertencia más sincera. Raúl llamó, pero ella no contestó tal y como se lo había prometido.



Un evento se estaba realizando a nivel nacional, el cual reunía a todos los directores de los centros homólogos y, entre tantas actividades que tenían previstas, una de ellas consistía en la visita al centro de la provincia anfitriona, como todos los años, pero en ese caso específico el interés era aún mayor por las expectativas que se crearon al ser pioneros en el proyecto «Embellecer la vida», que incluía, como soporte principal, la participación de los padres y el compromiso de todos. Las ganas eran inmensas, tenían mucha curiosidad por ver el resultado; además de que seguro que aparecerían nuevas propuestas para mejorar detalles con el fin de hacerlo extensivo a todo el país.

La delegación era gigantesca; además de los directores, incluía a trabajadores destacados y funcionarios vanguardistas. Caminaban por todos los alrededores observando los logros en el espacio junto al comportamiento de los internos.

El albergue de Rubén era muy conocido, al menos de oídas, según los rumores, puesto que Leonardo, por dondequiera que pasara, hacía mención de su proyecto con mucho orgullo, dejando bien claro que, aunque pareciera increíble, había sido un niño quien aportó la idea que después se convertiría en referencia nacional por el esfuerzo y los logros tras el trabajo de cada uno de los que participaron; menos aún creerían que un niño con aspiraciones de convertirse en pirata fue el que bautizó el proyecto.

Todos estaban ansiosos por llegar a ver la obra de arte de la que tanto se hablaba, la que recibía todos los honores habidos y por haber, y despertaba la curiosidad en tanta gente. Una vez allí, los inquilinos los esperaron de pie, correctamente vestidos y ubicados cada uno al lado de su cama.

La limpieza impecable. No había zapatos en el suelo, ya que una de las orientaciones del pequeño Dean fue que irían dentro de la taquilla; las toallas, más limpias o sucias, pero colgadas a la misma altura del tubo asignado para ello y las sábanas perfectamente estiradas, de modo que pudiera lanzar una moneda que rodara de una punta a la otra sin dificultad.

Todas estas cuestiones de orden llamaron la atención, pero aún lo hizo más el inesperado cuadro que protegía sabias palabras. Toda la delegación se aglomeró para leerlo con la boca abierta, deleitados por esas hermosas y educativas palabras del maestro. Continuaron su paseo mirando el techo azul celeste, las paredes blanquísimas, los barrotes de hierro de las ventanas pintados hasta la saciedad por todas las madres. La información que Rony colgaba a diario, que incluía toda la información nueva, así como el reglamento de conducta en la convivencia, la leyeron por ser precisa y necesaria. Al llegar a los baños, se encontraron algo inaudito como un hallazgo: las llaves de agua, además de estar todas, funcionaban a la perfección; las losas estaban todas puestas, aunque fueran de diferentes tipos, pero del mismo color, y el descubrimiento mayor: las tazas descargaban.

A la pregunta obligada de uno de los invitados interesados en saber quién era el encargado de mantener ese orden, Leonardo, con orgullo y ojos brillosos, señaló a Rubén, pero nadie lo creyó y tuvo que interrumpir el murmullo para reafirmar que sí, que era él quien se encargaba del orden. Entonces, fueron desapareciendo las sonrisas incrédulas por completo, provocando las miradas atónitas de la superdelegación, deteniéndose para descubrir la esencia de todo aquel entorno,

acercándose a ofrecerle reverencias al rey, que permanecía inmóvil en su cama de arriba, pegada al pasillo, rindiéndose uno por uno ante el diminuto personaje.

Rubén observaba que se marchaban y algunos lo miraban con asombro mientras caminaban, pero algo lo incomodó y aprovechó que se detuvieron en el cuadro protector para releer tan hermosas palabras.

—Señor director, no sería líder ni un jefe digno si hoy nos abandonaran sin escucharme. Hablar es un derecho, opinar una virtud y justo no sería que se fueran sin saber quiénes son Abel y Amador, los más pequeños; tendrían que conocerlos. Sin ellos, no hubieran visto todo este orden.

Estas palabras obligaron a Carvajal a presentarles al jefe de disciplina y al jefe de limpieza. Conmovidos todos por la modestia, tuvieron que retroceder y hacerles las mismas reverencias a los diminutos niños con cargos tan importantes en función a sus espaldas, eran responsabilidades decisivas que mantenían el equilibrio. El director, acompañado por Maribel, que vestía sin escotes, iba irradiando felicidad por los poros, impresionado por lo que veía y escuchaba, alucinando quedaba a cada paso que avanzaba, luciendo su mayor logro en su carrera; aunque la felicidad no era real, sí lo era relativa: doce niños serían la mancha negra de su vida, sin ningún tipo de posibilidad de borrarla. Con él viviría siempre la mancha aliviada solo en el desahogo de los pequeños pedazos benditos del tiempo que nunca olvida y que, rencoroso, te recuerda como lagunas aisladas aquellos pedazos que, como desechos, entraron para no salir.

La superdelegación marchó y aprobaron de manera unánime el proyecto cuando andaban al teatro para dar las conclusiones, proyecto que en par de años tendría invadido al país completo.

Sin rastro de envidia a la vista, todo lo contrario, Leonardo hizo una valoración general con un amplio resumen de la labor de los padres, que, involucrados, aportaron algunas recomendaciones. Explicó que, al ser un proyecto pionero, algunos errores salieron a la luz, fundamentalmente de control y organización, y mencionó, por ejemplo, el horario de trabajo en el que los padres coincidieron en el albergue con sus hijos, lo que generó el inevitable agravio comparativo, produciéndose simultáneamente una pérdida parcial de tiempo, por lo que recomendaba aislarlos de manera que no coincidieran.

Entre otras cosas que pudo apuntar para el futuro y la salud del proyecto, quiso hacer mención especial de Rubén, sin entrar en detalles mayores, otorgándole los méritos más importantes impulsores de todo el movimiento, sin empañar de sangre el evento, pero sí que hizo mención del origen de la idea y dijo la verdad. También mencionó a Jorge Luis como creador del nombre que bautizó el proyecto como «Embellecer la vida». Con ese estilo quedó cerrado el encuentro, apoyando todos democráticamente que era un proyecto posible.

Rubén, en cuanto se marcharon los visitantes y a puertas cerradas, los felicitó a todos reunidos en grupo, de forma informal, aprovechando la oportunidad para recordarles que lo que tenían tendrían que cuidarlo y protegerlo hasta con sus vidas por ser sencillamente lo único que tenían.

—Recuerden que no hace falta pelear para ser más fuerte, eso no es real; lo que sí es real es que ya estamos bastante mal con tener que estar aquí como para también pretender pegarnos entre nosotros. —Con ese estilo concluyó el rey su encuentro, recibiendo la aprobación con aplausos tímidos, dando un pequeño paso más hacia la paz y el equilibrio.

El gimnasio se masificó, al igual que lo hicieron las canchas de baloncesto, y, con esa masificación, algunos rezagos del pasado florecían de forma aislada. No hizo falta otra cosa que esperar al otro día, mientras Rubén leía relajado un libro en la biblioteca, para recibir la visita inesperada de Jorge Luis, blanco como la clara de un huevo, temblando y sudando pedazos de hielo tan frío como lo que era tras sufrir las amenazas de un hombre de dieciocho años, mucho más grande y fuerte, que lo escogió para pedirle los veinte euros reglamentarios que sus padres por derecho le traerían en la visita próxima, para comprar cigarros en la cafetería —ya ni siquiera para comer, sino para fumar— y, sin piedad, lo había agarrado por el cuello, amenazándolo con todo lo que se le ocurrió al tipo ese para meterle el miedo en el cuerpo —aunque, ya de por sí, el chaval era bastante cobarde por no saber pelear, no querer hacerlo o por miedo a las consecuencias finales—. Le introdujo sus toscas, sudadas y cochinas manos brutalmente en los diminutos bolsillos, desbaratando sus frágiles costuras, sin control, de la forma más agresiva y animal posible, con la autoridad de los músculos que imponían el temor, pero aun así no pudo descubrirle el bolsillo secreto. «Esto me está superando, ya no hay paz ni en la biblioteca», pensó Rubén al oír el relato.

Rubén había entendido la biblioteca como un templo sagrado y seguro, pero entonces comprendió que allí también penetraban los problemas, acompañados por los susurros temblorosos, ya que nadie podía saber, ni siquiera imaginar, lo que estaba sucediendo. Sin dudas, aquello traería graves consecuencias si llegara a oídos de algún trabajador.

El templo del rey lo destruyeron, ya no era su espacio de meditación llana; ahora era imperfecta, con ondulaciones divinas en ocasiones y temerarias en otras, que hacían al niño por breves momentos invisible, conjugando el arte de subir y bajar al mismo tiempo sin espacio para quedarse. El viento lo arrastró otra vez sin que el niño pudiera detenerlo, como los veinticinco poemas de amor de Miguel Hernández que lo enamoraban, e intentaba aprendérselos de memoria para, en su día, poder recitarlos sin detenerse a pensar.

Los dos fueron a las masificadas canchas de baloncesto que ya nadie dominaba y, por el camino, hacía un intento feroz por no olvidar los poemas aprendidos que le serían muy útiles si tuviera un futuro social digno de vivir, donde pudiera lucirlos para exhibir la delicadeza de palabras resbaladizas, sin el poder de retorno una vez penetradas en la mente. Pero sus sueños fueron interrumpidos otra vez. Señalado el chico de dieciocho, se acercó solo, apartando a su amigo, alejándolo lo más que pudo de la crueldad, intentando no hacerlo partícipe, por amor, seguro de que no serían los músculos quienes dominarían.

Con mucho respeto, llamó a Alberto por su nombre, sin querer usar apodos, nombretes o algo así, puesto que al chico de dieciocho lo conocían como el Avispa por todo el daño que había causado con objetos punzantes a los demás niños. Fue ignorada su presencia en su primera llamada repleta de cortesía. Su llamada no fue escuchada; sin embargo, la insistencia dio resultado y el Avispa lanzó la pelota acertando en la canasta con una precisión milimétrica que hasta el mismísimo Michael Jordan hubiera deseado lograr. Se acercó con muy malas formas, el cuerpo sudado y molesto por haber sido interrumpido.

—Hola, buenas tardes. Me llamo Rubén. —Estiró el brazo y le estrechó la mano sudada—.

Tengo entendido que se llama usted Alberto y he podido disfrutar de su canasta perfecta, pero también tengo entendido que usted le ha pedido los veinte euros proporcionados a Jorge Luis el domingo en su visita reglamentaria.

—Sí, ¿y qué pasa con eso?

—Debo decirte, Alberto, que sus padres son pobres, quizás los tuyos no, pero los de él sí que lo son, y no veo justa la manera en que se los pediste y, mucho menos, para fumar, siendo más apropiado para comer; además, le rompiste los bolsillos del pantalón del uniforme, por lo que deberías cosérselos.

Alberto, con sus dieciocho años, cubierto de maciza musculatura y con casi una cuarta de tamaño por encima de la cabeza de Rubén, se enfadó por el atrevimiento de meterse en su vida, en algo que no era de la incumbencia de aquel extraño tan pequeño, sin todavía musculatura notable aún, y le roció la cara de su asquerosa saliva, gesticulando con los brazos casi a punto de pegarle, ofendiéndolo y amenazándolo, logrando, con estos malos modales, que el chico no se moviera de su puesto y, mucho menos, pestañara ante el diluvio de gotas chocando en su cara.

—No te los dará y, si es verdad que necesitas los veinte euros permitidos, entonces, Alberto, no me queda otra opción que decirte que el domingo te estaré esperando y es a mí a quien tienes que pedirselos —terminó su diálogo con el Avispa y se dio la vuelta para caminar por la acera de enfrente, apoyando los pies firmes en el asfalto, mirando fijo hacia delante, erguido y escuchando todas las ofensas posibles que solamente en aquel entorno se justificaban. Palabras que sobrevivían dentro de la apesadumada mierda de esas mentes enfermas revueltas que salpicaban, bañando la piedad tantas veces, hasta empujarla al fondo con los peces para permanecer allí sin que nadie la molestase, sin que nadie la llamase y sin que nadie la despertase en esa cloaca negra repleta de poemas quemados, convertidos en ceniza inútil, disuelta y desaparecida, arrastrados por el viento para que nadie los oyera.

Rubén supo de inmediato que renunciar al trozo de acero era imposible; ingenuo, creyó que con palabras dulces convencería. Mucho le faltaba por conocer en aquel mundo donde nada era matemático ni tampoco químico.

Llegó al albergue un poco tarde y no quiso hablar con nadie, ni siquiera con su vecino de la cama de abajo, que esperaba una solución a sus temores, pero el tornado que le había pasado por encima fue muy grande y necesitaba meditar bien cada paso que debía dar. Jorge Luis lo observaba. La colchoneta ya tenía preparada la abertura que nunca fue cerrada, quizás por descuido o quizás por intuición, y allí se escondía su trofeo. La penumbra fantasmagórica lo llevaba a creer en la inmensidad de las cosas más simples de una manera inapelable cada vez que se encontraba en contra del viento.

Mucho más tarde, el portero que custodiaba la puerta de entrada llamó al jefe, interrumpiéndole su descanso y su horario de meditación, con la excusa de que un visitante preguntaba por él. Al bajarse de su cama, se detuvo en el pasillo a observar quién pedía su presencia, al ver que no era otro que el Avispa, el demonio se apoderó de su mente, se quitó la camisa con poca elegancia, agarró el trozo de acero, enarbolándolo a la vez que corría sin control hasta llegar al chico de dieciocho, que pedía perdón por haberse confundido tanto en las formas como en el ser humano

escogido, pidiendo piedad, ya que se había dado cuenta de que fumar dañaba la salud, por lo que ya no necesitaba los veinte euros permitidos. Nada fue escuchado, pero la suerte estuvo de su parte, corrió todo lo que pudo y todos los chicos acudieron rápidamente abalanzándose sobre Rubén, interviniendo el desastre por todos los medios posibles, incluyendo aire, mar y tierra; protegerlo era la obligación de los cincuenta.

El alboroto atrajo la atención de medio mundo. Hasta allí fueron funcionarios y trabajadores que acudieron en grupo, cumpliendo con su deber de mantener el orden en el meollo del asunto. Uno de ellos, Avelino específicamente, cometió el gravísimo error de agarrarlo por detrás, dejándolo indefenso, aplicándole un suplex, estrellándolo contra el suelo, golpeándole con rudeza el pómulo derecho. Aun así, el chico se mantenía renuente a soltar el trozo de acero. Entonces, cambió de opinión ante tal abuso indiscriminado de poder, advirtiéndole al responsable del suplex que desapareciera del centro y, aún más, le recomendó que lo hiciera del planeta si quería vivir, pero el enfado fue demasiado, unido a la impotencia, e, inevitablemente, la respuesta del cuerpo reventó brotando espuma blanca por la boca de manera incontrolable hasta que definitivamente la enfermera de guardia tuvo que acudir al meollo tras recibir una llamada urgente. Le inyectó un tranquilizante y la calma regresó suave con delicadeza y una sutileza febril.

Ninguno de los chicos abandonó el sitio. Muchos de ellos le recriminaron a Avelino su acto por aprovechar su fuerza y su poder, creándose un ambiente no muy favorable. Entonces, comprendieron que lo mejor era marcharse cuanto antes, corriendo, sacando primero a la enfermera y al chico de dieciocho, que, al ver todo aquello a su alrededor, comenzó a orinarse en sus pantalones a la vista de todos por terror.

«En la unidad de los colores frágiles del arcoíris radica su fuerza y su esencia no es otra que el hecho de que no existe nadie que pueda separarlos».

El cuerpo de Rubén, prácticamente en vilo, lo bajaron entre dos hombres escaleras abajo en un interminable camino de tres plantas, teniendo que soportar gritos ofensivos y despectivos, demostrándose una vez más que la masa unida era convincente. Estos no veían la hora de llegar a la enfermería para depositar el inmovilizado cuerpo sobre una cama cualquiera, avanzando por todo el pasillo, teniendo, por obligación, que pasar por el mismísimo frente de la masificada cafetería, donde algunos comían y otros fumaban en un ambiente cordial, pero sin dejar pasar detalle. Detrás del inmóvil cuerpo, venía Avelino con el trozo de acero en su poder, fácilmente visible, que explicaba todo para aquellos que conocían su historia, compadeciéndose algunos de quien tuvo que pasar por lo mismo que aquellos tres que, todavía hospitalizados, andaban en espera del juicio mayor.

No era un auténtico calvario, era simplemente su calvario. «No hay una línea que divida la decencia de la indecencia, no la encontraremos porque no existe, ni siquiera existe la diferencia entre lo decente y lo indecente, lo que existe, y eso sí es real, son los conceptos».

Mientras Kalú lo hacía, Nayan le arrancó de un zarpazo la cadena de oro, regalo de Karla, dejándole una grotesca marca, no en la carne, sino en el alma, inmóvil e indefensa ante aquellos tres nativos hambrientos.

«Miradlos, se perfuman de sexo, se perfuman de rabia, se perfuman de placer. La piedad profundiza, a veces, en la incertidumbre del horror. En verdad, ¿quién existe? Yo, aquel, ellos tres, el otro. Miradlos, pero no se detengan, no dejen de mirarlos. Si alguien existe, pues que no los perdonen, castíguenlos; se están llevando en sus entrañas todo lo que han podido arrebatarle al amor, y no son buenas entrañas. Si tuviera una lanza gruesa, grande y con punta fina, se la clavaría en sus corazones con mis manos. Tengo los dedos finos y lindos, sí podría; con fuerza lo haría y después enterraría otra de mis lanzas, gruesa, grande y con punta fina, si la tuviera, con un alambre allá en mi casa. Una copa de brandi y no hablar, eso no, con él no, solo mirarlo para odiarlo, y no brindo, pero bebo», pensaba Bárbara.

«Ignorantes aquellos chicos católicos e ignorantes todos los que pensaron como ellos cuando leyeron que un día existió una inmensa cola detrás de un contenedor viejo de la fábrica de jabón abandonada, una cola justa donde solo soñaban con fatigar sus frustraciones. En el caso de los chicos nativos, van más lejos, no despojando sus espíritus, sino despojándose del bien, creando grietas sangrantes en las que entra muy fácilmente Satanás, el verdadero, y los chicos católicos no los ven, a estos asquerosos no los ve nadie entrar y mucho menos salir, pero vivirán dentro de la grieta sangrante para siempre».

Los nativos la miraban y ella caminaba. Nadie acudió a salvarla. Las mujeres opinaban entre ellas y los hombres también lo hacían, con ninguna indignación en los rostros, que no reflejaban más que lo cotidiano en ese país.

«Del cielo llovizna brandi... Qué alivio sentir ese aroma, lo conozco, y esa tierra me salpica fango oscuro en mi nocturno andar. Las gotas caen desmalladas, sudadas con brillo de placer y con la memoria confundida entre las nubes grises y naranjas. Sin respirar voy, sin respirar llegaré y sin respirar viviré, si es que vivo», pensaba cada vez que daba un paso con imágenes oníricas pero impolutas, arrastrando sus delgadas carnes rotas y sangrantes.

Con el cuerpo cubierto de trapos rotos, por momentos, aun conservando su pétalo verde marchito y destrozado, avanzaba hacia allá llevándose consigo el peso de la piedra que en su interior más profundo albergaba sin cobijo los secretos que no lo serán nunca, al menos en esta vida.

Algunas señoras tuvieron el terrible valor de cerrar las ventanas para no verla y, de esa manera tan sucia, evitaban ser testigos de un hecho más, uno más entre tantos que las llevaban al aburrimiento, a la impotencia y a la inmutabilidad, uno más de los fenómenos que en esa sociedad eran muy comunes, donde los testigos no existían y la justicia era redonda, circulando de un punto al mismo punto, dando largas vueltas archivadoras en las que los papeles denunciadores desaparecían como casos abiertos o cerrados sin solución; pero qué más daba.

Entre tanta multitud observadora, solo un niño, que abandonó los fuegos artificiales que iluminaban el cielo, se acercó a ella y pudo detenerle su inexistente paso. Doce segundos le permitió para que la cubriera con su camisa de frente y, sin quitarle la vista del rostro bajo, el que nunca levantó, para después continuar dejando atrás el camino sucio con su cuerpo cubierto, protegido por el silencio de todos al ver como un niño les mostraba conceptos.

El tiempo no lo podía perder, lo tenía justo porque nunca olvidó que Karla estaba lejos y tampoco olvidó, contra todos los pronósticos, al recepcionista de aspecto malo con sus dedos amarillos que se estaba fumando un cigarro tras otro, sin soportar el calor húmedo y las moscas a su alrededor. Salía a la puerta principal del hotel, fumaba y regresaba a su puesto de trabajo para contestar alguna que otra llamada telefónica, según entendiese necesario; miraba a las escaleras y contaba los doce escalones, una y otra vez, como un principiante. Por momentos pensaba en subir. La pequeña tele no le satisfacía con su programación. Entonces fue cuando vio entrar a una mujer.

Destruída, Bárbara, tras dar los doce pasos correspondientes para lograr ubicarse en el mismo centro del *lobby*, dejando la sangre como huella del camino, se detuvo con valor para mirar las escaleras, doce escalones que tenía que vencer uno a uno para llegar. Nada la hacía mirar hacia otro lado, ni siquiera los gritos rabiosos del recepcionista con sus golpes destructores de todo lo que tenía a su alcance, tampoco sus llantos piadosos con la cabeza apoyada sobre la mesa de trabajo, maldiciendo su impotencia, el lugar y sus gentes.

El desespero por no poderla salvar lo llevó hasta arrodillarse a su lado y, llorando, buscó la luz de la claraboya oscura para pedirle explicaciones a los dioses, los santos y los ángeles por no haberse alineado esta vez.

—¿Por qué? Pero ¿no se dan cuenta de que está sola con su hija? ¿Por qué permiten estas cosas? Lo sabía, lo sabía. —No había nada que consolara al buen hombre, que, sin tocarla, por respeto, la dejó continuar dejando la huella que divide lo real de lo irracional: era una línea roja perfecta, apoyada en los doce escalones infinitos, repletos de obstáculos. Solo tendría que confiar en su fuerza e intentarlo otra vez, abandonando a un hombre de rodillas, rezando, inclinado, con su cabeza apoyada en el suelo para pedir las cosas que se piden en estos casos, si es que alguien o algo lo escuchaba.

Rubén estuvo varios días en la enfermería con algún que otro suero que lo mantenía sedado y, para cuando despertó, la enfermera en turno se acercó. «Uf, qué guapa esa mulata, ¿de dónde habrá salido? Qué tetas más grandes, si se lo pudiera decir, pero en esta facha que tengo ninguna mujer se fijará en mí. Esta me gusta, aunque no más que Bárbara; bueno, es que Bárbara creo que es mi amiga. Mira cómo se acerca la muy cabrona con esas piernas tan lindas. Cuando se dé la vuelta, le voy a mirar el culo y, posiblemente, si me quitan estos trastajos, por la noche, me haré una paja. Ya ni me acordaba, pero hoy juro que me la haré».

Cuando la enfermera se percató de que el nene estaba bien despiertico y que gozaba de una perfecta salud, autorizó la visita de Avelino, que, con honestidad y hombría, le pidió perdón.

—Esto que me hiciste no tiene perdón, señor Avelino.

Rubén no comprendió esa actitud, pero el hombre le mostró la herida en la frente que le había producido con el trozo de acero, involuntariamente, sí, pero tuvo que, de alguna manera, neutralizarlo, y aquella fue la forma que se le ocurrió en el momento del caos por temor a que lesionara a otra persona.

La cicatriz en la frente lo pudo convencer a establecer un diálogo justo y las paces se realizaron sin males mayores; además, el amor había vuelto a aparecer en su vida en medio de una enfermería, olvidando todo lo que no tenía que ver con la mulata.

—¿De dónde eres?

Indudablemente, se sentía muy atraído por la mujer, por su forma, su color de la piel y su delicadeza; en fin, era una mulata a tope.

—De Cuba, ¿algún problema con eso?

Con el carácter que le contestó fue suficiente para que se tragara un buche de saliva en seco y a punto estuvo de ahogarse por entremetido. En ningún momento la enfermera le había insinuado absolutamente nada, como para creerse cosas varias en su mundo espiritual, confundiendo la profesionalidad con el amor y el cariño con el que lo mimaba.

«Pero qué más da... Qué carácter tiene la muy jodida. Hay que hacer siempre el intento y algo se recogerá. Claro, me habla así porque tengo el pómulo derecho hecho un desastre, todos los golpes van siempre al mismo sitio, pero vendré a saludarla cuando esté guapo».

Recuperado, con la paja prometida cumplida y el pómulo derecho todavía hinchado, fue dado de alta. De camino, había olvidado el incidente con Avelino, pero desvió su rumbo sin importarle los calmantes que todavía ejercían su trabajo en su cuerpo, para acercarse al albergue del Avispa. En su misma madriguera sucia, sin control de disciplina de conducta y sin portero que cuidase la entrada, lo divisó. No era su problema la falta de higiene y el malvivir de esos hombres —todos con diecisiete años—; su prioridad era otra bien distinta.

Alberto lo vio entrar y a él acudió, levantándose de su sucia cama para hacerle reverencias al rey enfrente de una multitud de chicos sedientos que observaban con interés. Se estrecharon las manos efusivamente.

—Alberto, estoy aquí porque necesito un gran favor tuyo y necesito todo tu empeño.

—Sí, pídemelo que quieras, quiero que sepas que fui a coserle el bolsillo a tu amigo, pero él no quiso —así le contestó el chico de dieciocho, sin saber nunca que Jorge Luis lo que no quiso, en



realidad, fue que le descubrieran el bolsillo secreto donde escondía la pasta.

—Muy bien, pero necesito que llegues a la oficina del director y le cuentes solamente la verdad, tu verdad, como la consideres personalmente, más que todo por la estabilidad y el equilibrio. — Su mayor preocupación era la de decepcionar a Leonardo, eso no lo dejaba vivir. En sus planes no contaba con ese detalle, por eso hizo lo que pudo para que eso no ocurriera.

Alberto aceptó la petición de Rubén, muy cortés, y sin perder tiempo se presentó en la oficina del director, con los toques a la puerta reglamentarios, añadiendo la presentación verbal, identificándose con nombre y número de albergue. Con Maribel como testigo, se autoculpó de todo el incidente, contando toda la verdad desde la A hasta la Z, constituyendo esto una información demasiado valiosa para Leonardo, ya que la sanción en estos casos era muy dura, comenzando por la suspensión de la visita reglamentaria mensual.

Era para los internos lo peor que les pudiera pasar. Privarlos de ver a su gente y compartir esas horas únicas de paz era mortal; además de que no veían los veinte euros estipulados. Con el testimonio del Avispa, Leonardo se quitó el peso y la amarga tarea de sancionar a Rubén, algo que no deseaba en absoluto, pero tendría que hacerlo si no ocurría un milagro.

Un funcionario herido, desorden, alboroto, golpes y el trasfondo del problema: un verdadero desastre. Eran muchos factores juntos que mirar con lupa y de la sanción no se salvaba nadie, pero se agarró de ese clavo caliente, y un poquito de su autoridad, y pudo desprender a Rubén de toda responsabilidad. Avelino ni fue a dar parte y nadie se opuso a la medida en el renovado consejo de dirección.

Al salir de la reunión, Leonardo respiró profundo expulsando el aire como una locomotora, pero con disimulo, sin escapar a la mirada de su secretaria, que nunca más usó escotes en su trabajo, aunque nunca le dio explicaciones a nadie del porqué de esa decisión tan repentina. Ella comprendía, en su día a día, que el amor entre Leonardo y Rubén era un cariño que no había fuerza natural ni sobrenatural que lo detuviera; lo veía como su hijo: «Es más, yo creo que, en el fondo, si tuviera un hijo varón, querría que fuera como Rubén». Casi lo idolatraba y fueron caminando sin cogerse de las manos, por ética profesional, pero cabalgando los dos por el mismo sentido.

Finalmente, el día del juicio llegó tras una larga espera en la que estuvieron recuperándose los tres acusados en la UCI, aunque Miguel no estaba del todo bien, pero podía con ello. Rubén asistió todavía con rezagos en su pómulo derecho; pocos, eso sí, pero perceptibles aún. Margarita ni se molestó en preguntarle qué le había pasado; ya le dijo que se había caído cuando Miguel lo golpeó al intentar abusar de él, por lo que prefirió pensar que se había caído otra vez.

El juicio se celebró, por decisión democrática, a puertas cerradas, teniendo en cuenta lo delicado del asunto. Ubicados en un banco largo, a la derecha del pasillo, estaban Rubén, Leonardo, Maribel, los cuatro policías y los profesores, todos como testigos de la declaración de Miguel en la oficina. Detrás, estaban Margarita, el Maca y Emma, autorizados por la fiscal que llevaba el caso.

En el banco largo de la izquierda del pasillo, estaban sentados los doce niños víctimas del abuso de Miguel; detrás, los padres de cada uno de ellos sin poder llegar a creer lo que realmente sucedió, representándolo con sus rostros, junto a sus hijos, reclamando ternura ácida y tibia,

incomprendida, además, por la compasión ausente, reposando en el fondo más profundo con los peces, perezosa al andar y liviana para escoger, dejando al sufrimiento como la salvación oportuna de la brutalidad y a la crueldad como muletas del odio. El viento que soplaba era calmado y preciso, con puntería milimétrica.

En ángulo de noventa grados, a doce metros de separación, con seis policías armados con pistolas y gases lacrimógenos custodiándolos, estaban sentados esos tres, muy cerca de la mesa del tribunal, que estaba formado solo por mujeres, todas madres con hijos varones, que intentarían, por todos los medios profesionales, lograr el dichoso equilibrio entre el odio y lo justo.

Sandra era la fiscal. Después de que escucharan los testimonios de los acusados repletos de terror, los de los testigos y los de las víctimas, repletos de terror, además de ver a esos padres hundidos en el fondo de donde quizás nunca hubieran deseado salir jamás, les condenó a veinte años de privación de libertad a cada uno por separado, sin derecho a la libertad condicional en una cárcel de mayores de edad. Los acusados solo hablaron para admitir su culpa.

Sandra preguntó y el único que tuvo valor para hablar fue Rubén. Ninguna de las personas que estaban en la sala levantaron la cabeza.

—Creo que no es justa la condena, señora fiscal. Con el mayor respeto, me dirijo a usted personalmente y le pido, en nombre de la justicia más justa y divina de la que pudiéramos disfrutar, que revise esa injusta condena.

—Lo comprendo —interrumpió para beber un sorbo de agua, tampoco pudo con aquello—. Es lo máximo que puedo hacer, aunque seré sincera: coincido con usted, ojalá pudiera hacerlo, pues seguro que lo haría. —Sandra dio tres toques fuertes sobre la mesa con el martillo de palo, dando por finalizado el juicio con los padres de esos tres abochornados, con la moral y la vergüenza perdidas, como perdidas estaban esas salvajes vidas. Los sacaron custodiados para su seguridad.

Por mandato de la fiscal, comenzaron a salir por el siguiente orden: primero los padres, después los testigos, le siguieron las víctimas. Pero, al salir, los tres criminales, esposados por considerarlos altamente peligrosos, delincuentes y asesinos, se encontraron que, de alguna manera, la población del barrio donde estaba situado el tribunal se enteró del juicio y de sus características y comenzó a gritar de todas las ofensas existentes en el vocabulario callejero grotesco; desde los balcones de los edificios gritaban lo mismo. El lanzamiento de objetos contundentes de todo tipo no se hizo esperar: jarros de metal, huevos, tomates..., exactamente un vendaval en presencia de sus padres, a los que no identificaron, camuflados entre el resto.

La policía perdía el control y el jefe, después de recibir un par de tomatazos por error, dio la sabia orden de abortar la misión y entrar de nuevo al tribunal para pensar en un plan B, que consistió en sacarlos después por el garaje en un coche blindado, que, por supuesto, tuvo que mandar a buscar, ya que quizás los tomates sí, pero los jarros de metal no estaban dentro de sus planes.

Los refuerzos llegaron justo a tiempo, ya que los golpes a la puerta del tribunal fueron desde con las manos hasta con martillos para tumbarla; la gente estaba enfadada, con sed de venganza, pero finalmente, poniendo el orden real, la policía, con su jefe, pudo sacarlos vivos de allí.

A Leonardo le impactaron dos huevos en su camisa por error, pero no se enfadó; no pudo enfadarse, no quiso enfadarse. «Estos tres, de seguro, conocerán el dolor con el horror, acariciándoles con carne blanda, tierna y áspera, tanto que lo tendrán que soportar con un apetito jugoso de aquellos que con hambre esperan que la ternura no se apodere de ellos por considerarla esclava que esclaviza el alma. Como una vez dije, la venganza no es otra cosa que un juego en el que participamos todos y no importa si se sirve en platos fríos o calientes, mojados o secos, limpios o sucios; simplemente se sirve y nada más».

Así, concluyó una etapa que no vivirá siempre, pero que jamás morirá; allí donde vayan doce y vean, donde lleguen y escuchen, lo harán arrastrando la piedra con un bastón que los ayudará a sentarse cansados sobre ella, protegiendo con todos sus ilimitados esfuerzos los secretos que guarda esa piedra en su dura profundidad, pero tan frágil como mariposas que podrían volar y llegar allá, bien lejos, y cantar incluso, allá bien distantes, donde las escucharan, estén donde estén.

—¿Por qué no-no te-te-te-temes?

—Porque es mejor en la vida perder que entregar y desarmar el honor que te ofrece para que, en pago, merezcas por ella vivir. No olvides que el viento te hiere la piel, después te la raja toda; sin embargo, sopla un poco más tarde para curártela bien. —Jorge Luis suspiró escuchando a Rubén, que no fue un niño que lanzó una gorra hacia arriba y gritó de alegría, no pudo jugar con el resto tampoco, pero será un hombre, de seguro, creador.

Una semana después, Rubén descansaba aparentemente relajado sobre su cama, que seguía siendo la misma, pensando en cosas que solo él conocía. Era de noche y había escogido sentarse encima de su piedra, agotado, pues el reinado le pesaba, ya que había llegado a convertirse en una empresa muy difícil de sostener. De repente, fue interrumpido por Rony.

Dos habían peleado intercambiándose tímidos y silenciosos puñetazos sin ninguna autorización de nadie. Un verdadero rey no podía tolerar esas cosas en su reinado, costara lo que costara.

La sangre derramada que salpicó las paredes quedó sepultada durante el proyecto de reforma «Embellecer la vida» cuando, de un brochazo, desaparecieron las manchas producidas por aquel trozo de acero empapado junto al temible color gris, por lo que ya no quedaban rastros probatorios que recordaran que el trono era innegociable y solo se ganaba con un golpe de sabiduría y deslealtad a todos los principios creados en ese mundo ruidoso en el que roncar se había convertido en el gran privilegio, olvidado por algunos, que, a pruebas puntuales bien escogidas, ponían a la ya frágil corona insípida e incolora en un juego letal repleto de traidoras hormigas devoradoras de fe.

Los cuatro estaban en el baño, como el asqueroso protocolo del equilibrio indicaba, resistiéndose a colocarse uno frente al otro para dar las explicaciones que convencieran de por qué se pegaron con timidez infringiendo la ley, pero Rubén perdió todo su control y con las dos manos, simultáneamente, pegaba fuerte, muy fuerte, sobre los hombros a dos chicos, igual que lo era él, sin piedad, agotado de todo, soportando *flashes* de los doce rostros sobre un banco largo e infinito, sin recibir ni la más mínima resistencia. Rony lo observaba incrédulo, tieso se quedó,

jamás lo había visto en ese estado, arrastrado por el viento, consciente de que era demasiado niño para reinar en esa jungla de asfalto y hormigas.

No se puso de manifiesto aquel viejo proverbio popular que dice: «Después que matas al tigre, le coges miedo a la piel»; por el contrario, gritándoles, los colocó frente a la pared, donde permanecieron hasta que él mismo decidió levantar el castigo educador para que no volvieran a hacer pedazos la ley. Eso, unido a lo otro, a lo otro, a lo otro de más allá y a todo lo demás, fue el final de un reinado.

Los chicos liberados del castigo fueron junto con Rony a sus camas tranquilas y acogedoras, con la lección aprendida de que al rey no se le puede enfadar, pero tuvo su altísimo precio que pagar y, de madrugada, Jorge Luis se percató de que su amigo lloraba desconsoladamente, como suelen hacer los niños. Se levantó para acompañarlo en su llanto, abrazándolo, ofreciéndose amor uno al otro, que allí, inexistente, viajaba alto y lejos a donde no era posible tocarlo, ni siquiera rozarlo con la yema de los dedos, allí donde ese lugar mágico era velado por obstáculos infieles con latidos tímidos y aislados y nunca se reconoce el espacio o, más bien, el camino, ya no para entrar, sino para estar. Así estuvieron los dos y nunca se separaron. Esa amistad había llegado de la forma más primitiva que se conocía, el miedo buscando refugio y el amor buscando cobijo; eso no voló alto, pudiéndolo tocar y agarrar, quedando las lágrimas en un secreto envuelto en espuma y sal, espinas girando constantemente, impidiendo todo tipo de intrusos, alejándolos bien lejos sin conocer que el rey lloró y que el final llegó, cayendo la corona al suelo limpio, dividiendo su esencia en doce marchitos pedazos que, sin vida, rodaban, arrastrados por el viento allá, a donde fueran a parar, logrando reflexionar, sin ese peso, sobre muchas cosas, noche tras noche, llegando un día inexplicablemente a la conclusión de que la noche no era más que el trozo de fracción negra del largo día, pero que no encontraba el momento exacto y real en que el trozo de fracción blanca desapareciera, fundiéndose los dos, formando parte de la misma esencia.

«Todo es lo mismo: lo blanco y lo negro, el día y la noche, el bien y el mal; todo convive y sería imposible separarlos. No veo el momento justo para poder hacerlo, no existe». Y pudo dormir.

Rubén y Jorge Luis tenían algo más por lo que luchar; aparte de todos los elementos y del viejo secreto de querer ser un pirata famoso o no tanto, un secreto quedaría guardado en un lugar muy seguro, conscientes ambos de que en aquel entorno no era muy útil que los demás escucharan llantos, ya que eso tendría muchas lecturas que no podían permitirse.

La biblioteca volvió a convertirse, por segunda vez, en el templo sagrado de la paz para Rubén, arrastrando con él a Jorge Luis, que cada vez se sentía más atraído por la lectura y el descubrimiento, intercambiándose frases y obras de una mano a la otra, consumiendo el tiempo ilustre abrazados, acogiendo a las nobles almas, intentando apartarlos a los dos del centro más profundo y duro de la piedra donde se esconden los secretos que nunca podrán proteger.

*El licenciado Vidriera* fue descubierto también por Jorge Luis, primero engullido y después amado, obligándolo a inclinar su cuello ante la obra del maestro, descubriendo, además, que hay mucho que aprender en los libros. Trabajaban mucho y tenían todos los libros organizados por género con sus autores, los estantes limpios de polvo y de bichos comedores de papel. La luz del sol entraba por las ventanas sin obstáculos de hierro que la dividiera en partes desiguales. Hacían del templo un espacio con brillo fino, ganándose el privilegio ambos de cargar con una obra a donde fuera que quisieran llevarla. Leer les había entregado la magia del olvido y el equilibrio del control, que constituían dos importantes recursos de supervivencia, entre otros tantos que innegociable lo fueron.

Leonardo sorprendió un día cualquiera a Rubén con la noticia de un pase como estímulo por sus logros, su buen desempeño y su comportamiento ejemplar, teniendo la oportunidad de disfrutar todo el fin de semana con la familia y gozar del espacio que la libertad ofrece, dejando atrás a Jorge Luis.

Estos pases los otorgaba y entregaba personalmente el director, tras un largo proceso de investigación por parte de un grupo de trabajadores, que eran los que realizaban el informe de aquellos internos que pudieran ser merecedores de tal privilegio que difícilmente llegaban a alcanzar. Cualquier elemento podía cerrar la puerta de este obsequio por el que muchos luchaban y que pocos alcanzaban.

Ya sin la presencia de ninguno de los doce niños en el centro, el albergue se tornaba mucho más tranquilo, pudiéndose respirar mejor aire y, aprovechando esa cobertura, Rubén reunió a todos en el matutino, como de costumbre, para informarlos de que se ausentaría todo el fin de semana, dejando a cargo a su Estado Mayor. Todos alineados en el medio y a lo largo del pasillo, comenzando por los más pequeños hasta los más altos, en una formación perfecta, asintieron a la petición del jefe.

Los vientos no lo arrastraron a un templo. Nada más llegar a casa, para la sorpresa de todos, empezó por Kimbo, que, con su despliegue amoroso, orinó toda la casa. Luego, recibió el abrazo de Emma y los besos empapados de ternura de Margarita, que no creía tener a su hijo en casa, aunque fuera por unos días, preludio de lo que ocurriría muy pronto según el instinto materno. Sin embargo, el Maca se mostraba diferente al resto, con cierta frialdad; algo lo estaba confundiendo y mucho. Tal era la cosa que el saludo entre ellos casi ni se produjo.

Rubén dejó la mochila en su habitación y automáticamente abrió las ventanas para ventilarla y

tocó los guantes de boxeo. Mientras, las mujeres andaban detrás haciéndole cien preguntas y tocándolo por todos sitios para cerciorarse de que era él, de que era verdad que estaba entre ellos. Observaba la foto de Muhammad Ali: por la mente le pasó la idea de ser boxeador. Pero, por el momento, le inspiraba escribir; la literatura le ocupaba un espacio que tenía hasta entonces desierto.

Los mimos se extendieron hasta el límite de que las mujeres salieron de compras para prepararle una comidita rica al nene y, aprovechando la ausencia, el Maca lo llamó a su habitación, repitiéndose la misma escena de meses atrás. Una vez dentro los dos, con la puerta cerrada, le colocó en su mano derecha un trozo de acero, el chico-orina debía ser ajusticiado, fue el peor de todos y el que más daño le hizo, por lo que no podía ser perdonado.

Las mujeres regresaron y se quedaron distraídas en la cocina, sin percatarse de la demoledora ausencia del chico, que iba camino a la venganza sin ni siquiera haber bebido un vaso de agua fresca. También él andaba confundido: un gravísimo error de papá lo había llevado a esa confusión, rompiendo el equilibrio. A cada paso que daba se preguntaba si era necesario hacerlo o si, por el contrario, tendría alguna lógica no hacerlo; lo cierto fue que, cuando se vino a dar cuenta, ya estaba frente a la casa del chico-orina y tocó la puerta con tres toques potentes. Una señora que pasaba los setenta y cuatro años abrió la puerta, ofreciéndole todo el respeto y la curiosidad de tal ilustre visita.

—Buenos días, señora.

—Buenos días, hijo.

—¿Sería usted tan amable de decirle a Álex que deseo verlo? Soy su amiguito.

—Hijo mío, vivo sola desde hace seis meses. Soy la abuela de Álex y se ha ido con sus padres a vivir a Italia por cuestiones de trabajo.

—Muchas gracias, señora. De todas formas, si puede y es usted tan amable, me haría un gran favor si le dijera que Rubén estuvo por aquí para saludarlo; es que nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—Así será, hijo mío, y que Dios te bendiga por ser amiguito de mi nieto que amo y extraño con locura.

Por fortuna, Álex no estaba. Los santos, los ángeles y los dioses se alinearon esta vez dándole la oportunidad de respirar profundo y alcanzar a liberar la fuerza de la venganza. De vuelta a casa, en un camino en el que no pudo librarse de las miradas que le llegaban de todos sitios, muchas de ellas en forma de compasión, sus pasos los daba con muchas dudas, consciente de que no estaba del todo seguro de parte de quién había caído la fortuna.

El tramo hasta llegar a su templo no era largo, pero, a pesar de eso, las señoras de la casa se percataron de la ausencia al sentir a Kimbo ladrando con rabiosos sonidos delatores, combinando sus palabras con llantos. Le preguntaron al Maca y mintió. Rubén andaba distraído, con la concentración perdida, y al entrar a casa por el portón del patio no se percató de que cargaba con el trozo de acero, por lo que, al ser descubierto por la madre, se desató la fiebre caliente de toda la acumulación de dolor, desesperación, impotencia y fuerza dura de una madre que sin vida andaba por ella. La mujer explotó de ira, gritándole de todo cuanto quiso a su marido, como loca

fiera que desenfrenada no escuchaba los consejos de la hija ni el silencio del hijo. Fue la primera vez que se vio al Maca verdaderamente nervioso. Lo golpeó con sus dos puños, una, dos, tres..., doce veces, por el pecho inofensivo, hasta que se cansó. Con la mano abierta le pegó en la cara duramente, sin control y sin nadie que la controlara. Había perdido el equilibrio totalmente, él se cubría el rostro, hasta lo empujaba, hasta lo echó de casa, hasta lo odió.

Emma, al ver que no podía controlar a la madre, se unió a ella sin hacer nada por evitarlo, opinando cosas endiabladas también, y Rubén, al darse cuenta de que todavía en medio de aquel espectáculo poseía en su poder el trozo de acero, se dedicó más que todo a hacerlo desaparecer de la vista de todos de manera definitiva, dejándolos a ellos tres hablar o, mejor, pelear.

Margarita fue corriendo a su cama y se acostó con un llanto que no sabía si la desahogaba o la ahogaba en su propia vida, decepcionada de todo, pero más de su marido, que no comprendió jamás que ella no hacía causa común con la violencia. Después entró él, cerrando la puerta con seguro, abochornado, reconociendo su gravísimo error, y se acostó a su lado. Juntos lloraron con tonos diferentes.

—Te perdono —esas fueron las únicas y oportunas palabras de Margarita, mujer de conceptos, matriarca fina y justa que le permitió a su esposo que la besara para quererlo más.

«El perdón es una pieza que se juega solamente en un movimiento ideal, donde convergen la estrategia con el error y el espionaje con la duda».

Rubén y Emma, uno al lado del otro, enfrente de la puerta, lo escuchaban todo, también los besos.

—Hoy perdono al Maca por llorar, mañana no sé si podré. —Esas palabras no hicieron otra cosa que llevarle las manos a la boca de la hermana mientras por su mente pasaba: «Maca y no papá, perdonar hoy y mañana no se sabe... Dios, pero ese no es mi hermano, qué veo, qué escucho».

Detrás de él caminaba pateando el suelo, exigiéndole que le explicara lo que había dicho, abrazándolo por detrás cuando lo pudo alcanzar en su lento andar; él no movió los brazos. Su pequeña carretera de la vida transcurría sobre el filo del acero, sobre la ropa manchada de sangre y, además, sobre el trono, cuyo peso le costaba mucho sostener sobre sus blandos, diminutos y blancos hombros.

Emma no sintió los delgados y cálidos brazos rodeándole su hermosa cintura y seguía pateando el piso en busca de explicaciones.

—Pero tú no eres así, hermano, ¿qué te ha pasado? —Le giró la cara para mirarlo de frente—. ¿Sabes una cosa?, si no me explicas lo que te pasa, hoy te perdono, pero mañana no sé si podré.

Él se giró, entró a su habitación iluminada y Kimbo detrás. Ese día nadie comió. El aroma a problema impidió que el espacio de casa fuera respirable.

Mucho después, Rubén se cansó de leer y decidió ver un poco de televisión antes de bañarse y, en el sofá, se encontró a la hermana, que no soltaba el móvil, mensaje arriba, mensaje abajo. Esta vez se sentó muy pegado a ella, colocándole su mano derecha en el muslo, invitándola a que recostara su cabeza en su blando hombro, y los dos juntos escucharon a sus padres haciendo el amor, lo que causó risas incontroladas, contagiosas y cómplices.

—¿Te puedo besar?

—Si me perdonas por no abrazarte.

—Te perdono todo porque para eso eres mi hermano. —Lo besó y lo quiso más. Ella era consciente de su blando corazón y estaba segura de que lo recuperaría cualquier día muy pronto. Su estrategia consistía primero en convertirse en su camarada para luego sanar el error, pero para ello necesitaba tiempo y, por el momento, no disponía de eso. Solo le quedaba el domingo, puesto que el lunes debía regresar al centro; un viaje que tendría que hacer en guagua, puesto que la madre no podía faltar al trabajo.

Cuando por fin decidieron salir de la habitación con aroma de placer, los padres lo hicieron usando el recurso de los avestruces: cuando vieron a sus dos hijos confabulados en el sofá, sabiendo que los habían escuchado, fueron directos a refugiarse a la cocina, con pretextos en movimiento incluido: al parecer, estaban muy preocupados por la cena, aunque en realidad con lo que estaban verdaderamente preocupados era con no dar la cara, pero un golpe de suerte les vino de la nada cuando sus dos hijos decidieron, por voluntad propia, salir juntos a dar un paseo por el barrio.

Kimbo levantó la cabeza desde donde dormía, observó el panorama y volvió a dormir en el templo. Los padres, al sentir el sonido de la puerta cerrándose, resoplaron de alivio.

Emma, en su paseo avisado, no perdió la oportunidad de presentarle a su hermano al misterioso novio para dar inicio a su estrategia de recuperación. Por cosas de la vida, el chico, de buen aspecto, se llamaba Carlos, igual que el tío del Maca al que, según él, quiso mucho. Era hijo de familia humilde y tenía mucho interés por estudiar en la universidad, aunque siempre esos primeros encuentros generan dudas y requieren de mucha observación. El chico estaba muy entusiasmado por conocer a su cuñado, del que tanto se hablaba por todos sitios; claro que eran inevitables las transformaciones en tantas historias contadas acerca del rey por unos primero y otros después. Pero, al fin, tenía de frente a su cuñado para darse el privilegio de conocerlo, percatándose de que la hermana no se desprendía de él, lo que le hacía notar el fuerte lazo que los unía.

Ya era otro secreto que tendrían que esconder en el centro más profundo de sus respectivas piedras, pero no tenían protección para ello, era cuestión de tiempo que el patriarca lo supiera y eso no sería bienvenido en el templo; pero qué más daba.

Era ley de vida que, después de tantos tiburones rondando la carne tierna y fresca de Emma, alguno tuviera que morderla, y el escogido fue Carlos.

Durante la cena, nadie habló ni una palabra. Los padres habían preparado una ensalada mixta copiosa, pan, queso y espaguetis carbonara; sobre la mesa había una botella de vino tinto para brindar —los niños lo probaron en esa ocasión— y desinhibirse todos con sus secretos. El único que habló fue Kimbo, pidiendo más comida, ya que él tampoco tenía nada en el estómago. La cuestión era quién quitaba la mesa y eso, después de mirarse unos a otros veinte mil veces, le tocó a Rubén, que era el que más secretos tenía guardados de los presentes. Nadie quería separarse de los espaguetis.

Con la barriga llena todos, la pereza se apoderó de la limpieza, quedando todo para el otro día,



y así podían disfrutar de Rubén. Al sofá fueron con el vino en sus cabezas, a contar historias: el vino tinto había hecho su trabajo y, de repente, todos olvidaron sus secretos escondidos, apartando la piedra; mañana se vería, pero esa noche en el templo predominó la ley del amor.

Los días de pase terminaron con un precio importante para Rubén, dejando atrás a su familia, aunque más desahogado, liberando poco a poco el peso maldito de la piedra que caía sobre su ser, todavía sin haberse recompuesto del todo perfectamente y sin, aparentemente, tener valor alguno las cicatrices de quemaduras del padre, que fueron aplaudidas el primer día y coronadas después, pero ya las mujeres no lo recordaban casi o, al menos, fue lo que pudo apreciar en esos dos días en casa. Pasaban de un lado a otro ignoradas, quedando como huellas de un día cualquiera, pero esas mismas huellas, en algún momento, tomarían el trono por asalto. Significaban el valor y los conceptos de un hombre, un patriarca, un compañero, un amigo que, colocando su piel por delante y exponiéndola al fuego ardiente y agresivo, las conserva como único testimonio superviviente, abrazadas y calientes, estáticas y limpias, deformes y conservadoras, sin importarles nada, incluso que hayan decidido esculpir su imagen en la espuma blanca de agua, arena y sal, sabedor de que su día llegaría compensando el olvido.

El Maca acordó con su jefe que llevaría a su hijo de regreso. Tranquilos iban en el autobús mirando todo el paisaje que pudieran alcanzar a través de la ventanilla. Rubén se preguntaba cuándo sería su último día en el maldito centro, lo que se encontraría en su albergue y se hacía la clásica pregunta de siempre acerca de la existencia o no de la justicia, pero, de cualquier manera, tuvo que regresar.

—No te preocupes, Maca, ya la vida se encargará de ponérmelo en mi camino y, si no sucediera nunca, entonces tendremos que creer en el mundo justo.

Al escuchar a su hijo, instintivamente, Maca miró hacia atrás, a un lado y al otro, buscando que no hubiera testigos que escucharan la conversación acerca del chico-orina; no podía permitirse otro problema en casa y, por si acaso, ni opinó. Rubén comprendió su silencio y con él cabalgaron toda la vida.

Con suspiro de madre herida, sobreponiéndose a los doce escalones de cada escalera, uno a uno, sin faltar ninguno, dejaba atrás al recepcionista prometiendo matar a quien lo hizo y buscando al culpable en la luz oscura de la claraboya. Tocó en la puerta de su habitación, donde la esperaba Karla, que, en cuanto la escuchó identificarse, abrió con timidez al no reconocer con toda exactitud la voz de la madre. Los gritos de esa niña, soportando a Tuti entre sus brazos, se oyeron en todos sitios y fueron precisamente ellos los que empujaron a la madre para poder entrar venciendo otro de los obstáculos, pero el camino al baño lo hizo ignorando todo a su alrededor. Afortunadamente, había agua y pudo usarla para desprenderse de toda la asquerosidad que los tres nativos le apuñalaron. No se quitó la ropa que la protegía, solo abandonó la camisa del niño aquel: no tenía tiempo que perder, tenía que morir.

Sentada en el suelo, no lloró. Comprobó en el agua que sangraba sin saber con exactitud de dónde provenía su sangre, pero le daba igual, si ya estaba muerta. Nunca esperó morir tan joven y tan bella, ya no era ufana, no tenía ni el móvil, ni la cadena de oro regalo de su hija, ni el vestido azul ajustado al cuerpo marcándole sus curvas, ni aquellos pantalones. Por todo ello, no quiso salir del baño, que cada vez era más rojo, pero los golpes de manos tiernas y frágiles a la puerta la obligaron a vivir por segunda vez, venciendo otro obstáculo al ponerse de pie como pudo para llegar al espejo oxidado, en el que casi le era imposible reconocerse; con los brazos estirados, apoyados en algún sitio del lavabo pudo, con todo su valor, alzar la vista y mirarse.

Empapada de agua, abrió la puerta finalmente, recibiendo de inmediato el abrazo incondicional de su hija, pero Karla no podía evitar fijarse en que la madre solo miraba hacia adelante sin hablar y con la mirada en otro sitio, sin subir los brazos; le agarró uno suave y la llevó a la cama para mostrarle un regalo, con la absoluta intención de reanimarla, el mejor regalo, pero fue el que la terminó de matar: un dibujo que contenía la figura de papá, mamá, Tuti y ella; quizás retrató su templo soñado.

Bárbara agarró el dibujo con su mano izquierda, consciente de que ese era el final; había llegado así de esa forma tan inesperada.

«Cuántos dibujos me has regalado, vida mía, tantos que no cabían en la puerta de la nevera, pero este me partió lo que me quedaba de corazón. Lo siento, hija, perdóname, pero no puedo más», pensaba Bárbara mientras avanzaba hacia la puerta de la habitación que había quedado abierta. Bajó los doce escalones de la escalera apoyando sus ensangrentados pies sobre la misma huella para no perderse, pero esta vez el llanto hermoso de aquel recepcionista bueno sí que la detuvo, sí, y lo miró de frente.

—Por favor, dime quién te lo hizo; lo partiré en dos, te lo prometo.

Con Karla agarrada a uno de sus brazos, giró la vista y allí en el bar estaba el camarero de mal aspecto con olor a alcohol, que salió para unir fuerzas con el recepcionista bueno en su dolor. Entonces fue cuando decidió continuar su camino para agotar sus únicas fuerzas en llegar allá, bajo las nubes grises y naranjas, con su cuerpo cubierto de trapos, a veces dando sus pequeños pasos deslizándose por la tierra, dejando atrás trozos de carne sin dolor y, una vez que llegó al sitio aquel tan lejos, acompañada con gemidos de niña buena que no paraba de sacudirle el brazo, cualquiera que le agarrara, haciéndolo oscilar de arriba abajo, se detuvo mirando a la nada unos

eternos segundos y cayó de rodillas, expandiendo las piedras allá donde sea que fueron a parar. Su cuerpo se desplomó hacia delante y apoyó sus dos puños raspando el polvo, pero sin abandonar el dibujo, que llevaría mientras tuviera algo de vida. Así permaneció, respirando, mirando abajo con las fuerzas que aparecieron de la nada para poder erguirse, abrir los dos brazos ya libres y, mirando al cielo, gritar, solo una vez, un grito que todas las mujeres del mundo escucharon.

A ella acudieron el recepcionista bueno y el camarero con olor a alcohol. El silencio de todos los nativos fue imperdonable. Los nórdicos habían terminado su investigación acerca de por qué en la India cada treinta minutos ocurre una violación y, en muchos casos, con cola de hombres esperando su turno, pero nadie hizo nunca nada y se marcharon a casa.

«No busques respuestas en lo que buscas, no es necesario. Busca respuestas en lo que encuentras, porque es ahí donde vivirá tu esencia y donde radican tus valores. El maltrato poseído por la selección es la manera primitiva del castigo al error con sus consecuencias».

Lo primero que hizo Rubén al llegar al albergue fue reunirse con su equipo de élite, Abel y Amador, para recibir toda la información acerca del comportamiento del resto de los chicos y del cumplimiento de los procedimientos de disciplina, reafirmandose sin demonizar a los demás. Se encontró con muy buena limpieza, muchos de los que allí vivían ya leían en sus camas, no hubo restos de peleas, ya que de por sí habían disminuido considerablemente, aunque no del todo, y el resto de las noticias fueron alentadoras, por lo que pudo respirar tranquilo en su regreso.

Estos meses para él fueron duros, fundamentalmente por tener que enfrentarse a los elementos que dominaban el control. El calor estorbaba a las mentes, agobiándolas, y esto se reflejaba en el incremento de la participación de los internos en el gimnasio y en el resto de actividades deportivas en las canchas de baloncesto o la práctica de fútbol en el césped casi inexistente. La biblioteca continuaba con su labor de compensar carencias de todo tipo.

Las visitas autorizadas de los familiares, concebidas según el orden y el comportamiento, en aquellos domingos benditos, transformaban el espacio ofreciendo tibios vientos revueltos por el tiempo, que andaba con paso de anciano.

Académicamente, Rubén estaba bien; era lo que menos le preocupaba. En ocasiones, en sus clases de Química recordaba la frescura de Bárbara y, a menudo, hacía la obligada comparación con ese profesor que tenía enfrente: un hombre bajo de estatura, bastante grueso y con fuerte ausencia de cabello a la vista. Inevitables eran los *flashes* de idas y venidas recordando aquellas faldas o vestidos ajustados al cuerpo, o los pantalones que le marcaban el culo, y así sucesivamente, pero sin traicionar su amistad con ella y sin olvidar la clase que dejó en su casa aquel día que los visitó como patrimonio de una señora con sombrero azul y guantes blancos. Sin embargo, la mezcla se endiablaba cuando, de repente, le venía a su cabeza Raúl para turbarle la memoria, tanto que, sin camino libre, no podía andar o volar, aunque sí que podía preguntarse lo que quisiera sin que nadie ni nada pudiera evitarlo, y una de las cosas que más le golpeaba era no saber nada acerca de esas vidas; con tan poco tiempo transcurrido, aquello ya formaba parte del cadáver de un día que ya no estaba.

Jorge Luis, al tener a su compañero de litera de regreso, ya era otro; la felicidad relativa volvió a aparecer en su lenguaje y no paraba de soñar con ser un pirata, cuestión que al parecer tenía medio olvidada, pero no fue así. Llevaba en su sangre lo de robar y, hasta cierto punto, a Rubén eso le preocupaba, ya que era precisamente por ser un pirata en el asfalto por lo que lo condenaron: no hubo gallina de vecino alguno que escapara de sus garras, transformándolas en sopa o, simplemente, cambiándolas por otros objetos de valor, y eso le trajo muchos problemas, debido al disgusto y reclamo vecinal, pero ya se verá.

Carvajal interrumpió un día cualquiera la clase, precisamente de Química, cosa inusual, pero cumplía órdenes de Leonardo, para llevarse a Rubén a la dirección. El silencio en la clase era habitual, pero en esta ocasión provocó cierto murmullo entre los chicos y la desesperación de Jorge Luis, que, al igual que todos, se preguntaba qué estaría pasando como para interrumpir una clase, algo que estaba totalmente prohibido; a la vista saltaba que algo raro pasaba.

Rubén no despertaba un solo día sin preguntarse cuánto tiempo más debía permanecer en ese lugar; nadie podía responderse porque no existía ese día; era un día como cualquier otro, pero

carecía de nombre, no era lunes ni jueves, sí que era un día lejano, con el paso de un anciano, y necesitaba un nombre urgente: quizás pudo llamarse libertad.

«La libertad es un pedazo del tiempo que es ignorado la mayor parte de las veces, por casi todos, diría yo, pues ni la ven. ¿Será un concepto? ¿Será un derecho? O, simplemente, será. Es la fortuna que la madre vida nos ofrece desde antes de nuestra existencia y nos conduce al mimo, nos permite rozarla solo con la yema de los dedos como el arte seductor; en la nieve la adornamos y, después, nos marchamos dejando atrás una escultura que no sobrevivirá más que el derecho que le demos de ser libre, y desaparece retrocediendo a sus inicios, como si del cielo abierto se tratase. Al perderla, entonces, es cuando la atrapamos y vemos su existencia clara y pulcra, convencidos de que, hasta que no llegue ese día tan lejano sin nombre, no seremos esculturas con mimos seductores y nunca más la espalda le daremos».

De camino a la oficina del director, Carvajal iba relajado y Rubén lo notaba; eso lo relajaba un poco a él, pero andaba tembloroso, con las manos sudadas, haciendo un repaso minucioso de toda su estancia, fundamentalmente en los últimos tiempos, intentando buscar y encontrar alguna falta o algún elemento que lo incriminara en algo, pero no encontraba nada, por lo que desistió de hallar un claro motivo para una sanción.

El camino era largo, por un pasillo limpio que abarcaba a ambos lados las diferentes clases y algunas oficinas intercaladas con las persianas abiertas: se observaban ordenadores, papeles, máquinas, gente escribiendo; después, bajarían unas escaleras con doce escalones cada una y, finalmente, tomarían otro pasillo a la derecha más ancho, que desembocaba en una sala rodeada de bancos ocupados por cualquiera —los chicos conversaban de todo, jugaban— y, al final, estaban las cabinas telefónicas —todas ocupadas por muchachos desesperados que hablaban con sus familiares—, que eran cuatro y tenían una cola larga de espera. Al fin, llegaron justo cerca de la cafetería —que ya tenía nombre, pues alguien la bautizó como El Niño—, donde había varios chicos comiendo y otros fumando, todos en paz relativa.

«¿Y si me quitan la visita próxima? Pero no recuerdo haber hecho nada. Ya ni corona tengo, cayó al suelo dividiéndose en doce trozos; ni siquiera tengo en la colchoneta un trozo de acero. En el albergue casi no hay peleas, desaparecieron todas porque yo no las autorizo. Jorge Luis está bien, al menos no ha robado más, porque le he explicado que eso no es correcto hacerlo, y tampoco nadie lo ha amenazado o, por lo menos, no me lo ha dicho. ¿Se habrá enterado el director de que lloré? No, no es posible, si solo lo sabíamos nosotros dos... y no creo que me haya traicionado. Bueno, ya se verá». Le era imposible desconectar y sacaba cuentas con las manos en los bolsillos del pantalón.

Al llegar a la oficina, Carvajal tocó tres veces la puerta y, como se esperaba la visita autorizada, recibió la voz de entrar. En cuanto abrió la puerta, le dio paso primero a Rubén, que, con sus dos manos sudadas, descubrió algo inesperado que lo dejó inmóvil. No esperó que ese fuese el día cualquiera tan lejano con algún nombre. Margarita no podía soportar el dolor, Emma se acercó y lo abrazó tan fuerte que lo amó, y el Maca estaba sentado, sonriente, con los pies cruzados, exhibiendo su piel quemada por el viento.

Maribel, sin escote, no aguantó y se marchó. Leonardo no podía esconder la felicidad, se levantó

para cerrar las persianas, permitiendo todo lo que pasaba en su oficina, pero la faena tenía que continuar. Carvajal, recostado a la puerta, lo miraba todo.

Después de estrecharle la mano, el director le pidió a Rubén que se sentara. Su karate le proporcionaba seguridad y fuerza, le exigía preparación física y mental, pero aquel niño lo sorprendió, ese chico que le robaría el amor tan fácilmente que no pudo entender la manera en que ocurrió y todo lo que le aportó en su carrera para su trabajo: un futuro profesional y su mejor equilibrio. A veces, con la distancia por medio entre los dos, aparecían las miradas dudosas, que terminaban rindiéndose ante los encantos del cariño con un brazo alto saludador como muestra de que sí, sí que miramos, nos miramos. Por inspiración personal, Leonardo realizó una investigación privada con el objetivo de recaudar la mayor cantidad de información posible para, posteriormente, elaborar un expediente que recogiera todos los datos extraídos y los resultados de la operación. La dividió en dos partes: el centro y fuera del mismo. A él le correspondió fuera del centro y, para ello, visitó las antiguas escuelas en las que había estudiado Rubén, su barrio, con visitas a distintos hogares, la policía, que tanta información valiosa le proporcionó, y, por último, su hogar como templo.

Larga conversación tuvo con toda su familia, pero, en un momento, el Maca prefirió estar solo con él para poder desahogarse y expresar todo lo que tenía en la garganta trabado por años, aunque, en esta ocasión, Margarita no se lo permitió y, además, exigió que Emma estuviera presente, pues su aporte también era valioso; el Maca ni chistó.

Teniendo que aceptar la presencia de mujeres en la conversación, entonces, cada cual diría lo que tuviera que decir bajo esas condiciones. La conversación fluyó tensa al principio, pero después todos reacomodaron sus sentidos y cada cual se expresó como quiso, conscientes de la importancia de expresar lo justo. Dos funcionarios estarían de testigos solo como oyentes. El único tema que no encontró muy claro fue el de la última escuela; esto lo llevó a visitar a Ignacio, el policía del barrio que lo sabía todo, quien se mostró muy amable y colaborador ante tan sensible tema.

Dos funcionarios en el centro le siguieron los pasos a Rubén en su día a día; esto formaba parte de la investigación. Estos anotaban en su agenda todo su comportamiento ante las diferentes situaciones, así como sus rutinas diarias, casi mecánicas, sin mucha variación.

—Nunca debiste estar aquí, eres un niño bueno y muy especial, con profundos sentimientos. Lo único que necesitabas era que te escucharan y que te hablaran. Sabemos mucho acerca de ti y de tu comportamiento tanto en el centro como fuera del mismo. Los niños te respetan, pero no te temen; eso son cosas típicas de líderes naturales. Ellos se sienten muy seguros contigo y protegidos, además de que valoran los resultados de la convivencia en común, que son muchos y muy importantes.

»Aquí ya terminaste tu etapa, que te repito: no era la que tenía que venir, pero así ocurrieron las cosas, a saber por qué. Te diré algo y ojalá me escuches y, sobre todo, lo aprendas. No soportas los abusos, pero el mundo no podrás arreglarlo jamás, no vas a poder con todo y debes evitar, por tu bien y el de tu familia, cruzar los límites de la justicia. Ten mucho cuidado, Rubén, mima la libertad y solo rózala con la yema de los dedos.

—Señor director, ¿puedo pedir algo? —Arrastrado por el viento y sin apenas agradecer todas aquellas alimenticias palabras, no quiso perderse la oportunidad única que posiblemente ahora tuviera en toda su vida.

—Claro que puedes. —Leonardo cerró su agenda por la que se guiaba mientras hablaba, ya que era en ella donde tenía todos los apuntes, se recostó a su silla y esperó la petición.

—Necesito pedirle, señor director, con todo mi respeto, una cosa: no puedo marcharme sin antes hacerle saber a usted mis mayores deseos de que Jorge Luis tampoco continúe viviendo aquí y termine igual que yo. Es un buen niño con el único sueño de ser un pirata, por favor.

—Lo sé y lo intentaré; te prometo que saldrá pronto. Sé que es un buen chico y, al andar contigo, supimos muchas cosas de él, sabemos que no sabe pelear y, peor, no puede defenderse. Creemos que tampoco tiene que seguir aquí.

Lo que Rubén pidió no pasó por alto en aquella reunión que confirmaba, una vez más, su poder de convicción y de liderazgo responsable, representando a todos. Solo doce días más estuvo en el centro desde su regreso de su primer y único pase. Leonardo lo mandó con Carvajal de inmediato a recoger sus cosas; el resto esperaría en la dirección. Tendrían que firmar varios papeles que representaban ese día cualquiera con nombre, pero, al llegar al albergue, estaba casi lleno, las clases habían terminado y se preparaban para almorzar. Pidió entonces una reunión extraordinaria, aprovechando que estaba la gran mayoría para dar la información justa sobre la decisión que la dirección había tomado. La cara de los chicos lo decía todo: la desilusión, la inseguridad y las dudas comenzaron a llenar sus cabezas de inmediato.

Por algún motivo, Jorge Luis no estaba, pero la vida continuaba con su camino, ya imparable y sin retroceso. Reacciones entremezcladas aparecieron, ya que algunos se alegraban de la noticia con cierta envidia sana y otros no tanto; parecían semáforos cambiando de colores.

Con la mochila colgada en su hombro izquierdo, fue saludando uno por uno a sus compañeros, sin preferencias, aunque siempre las hubo. Abel y Amador lo abrazaron juntos, agradeciéndole los dos todo cuanto hizo. En las manos de Carvajal dejaba todo su legado, que, sin duda, fue grande en tan poco tiempo, el suficiente para que la sociedad lo recolocara en el sitio de donde nunca debió sacarlo. Tenían el arma más poderosa para continuar sin romper el equilibrio: el conocimiento.

La despedida en la dirección fue peor imposible: todos intentaron soportar el viento y así lo hicieron. Las preferencias no eran buenas para Leonardo, que representaba a todos, por lo que decidió cerrar la puerta y solo él supo en realidad lo que ocurrió dentro de su oficina cuando ya no estaban.

La noticia se extendió como la pólvora y allí fueron todos, amigos y enemigos, grandes y pequeños, funcionarios y profesores. Jorge Luis no fue, pues eligió la soledad, encerrado en un baño cualquiera, y solo él supo lo que ocurrió allí dentro entre él y el viento. De camino al coche, dejando atrás a la multitud, iban abrazados Rubén y Emma, que se lanzaba encima de él besándolo y amándolo, lo pellizcaba molestándolo, pero él ni se inmutaba.

—Rubén, o me acaricias, o no me quieres, chico. —Zapateando el piso, la hermana lloraba a moco tendido. Él esperó que terminara y, con su propia camisa, le limpió la nariz, sacudiéndola

sin escrúpulos en presencia de los padres, que no intervinieron en esa conversación al no considerarlo apropiado.

—Eres lo que más quiero en esta vida, pero así soy yo —le dijo Rubén mientras miraba su camisa llena de mocos.

—¿Sabes algo, Rubén? —preguntó el Maca mientras encendía su puro tapador, que lo ayudaba siempre a esconder sus emociones dentro de su tripa, envuelto en el rico humo.

—¿Qué?

—A este director sí le haremos caso en todo lo que te dijo. Otra cosa: no mires atrás. —El Maca se había percatado de la multitud y los rostros no eran buenos en su mayoría, así que no quiso que su hijo se llevara con él esa imagen, escondiéndola en su piedra para siempre. Leonardo se asomó por su persiana, miró y la cerró.

Ya dentro del coche, se sentían aplausos tímidos. Carvajal no aplaudía para mantener su ejemplo ante el resto, aunque, en verdad, no hizo falta. La parte de humo rico provocó un rapapolvo de Margarita, con el que su marido, domado, lanzó el puro por la ventanilla sin pensárselo, provocando las risas detrás sin esconderlas. Esta vez, el coche arrancó a la primera, recibiendo también sus merecidos aplausos de la peña que gritaba eufórica.

De camino a casa en un viaje con un día soleado y cielo despejado, decidieron, por votación unánime, detenerse en el bar del barrio antes de ver a Kimbo. El Maca bebió una cerveza que el camarero le sirvió sin ponerle obstáculos. Margarita se bebió un buen trago de *whisky* irlandés para dejar a todos con la boca abierta; aunque conducía, ya estaba muy cerca de casa. Emma bebió un batido de helado de fresa, y Rubén otro, pero de chocolate.

El camarero invitó a la ronda. Los habituales aprovecharon el acontecimiento para justificarse otra copa de vino tinto, celebrando por fin ver a toda la familia junta otra vez de regreso al templo, considerándolo otro ciclo cerrado. Pero para completarlo faltaba Kimbo, que, al verlos llegar a todos juntos, vio que en el hombro izquierdo de Rubén colgaba la mochila, bostezó, miró a uno por uno para saludarlos, al parecer, y siguió roncando en su esquina preferida, dando por hecho que los problemas habían terminado y que, si estaban los cuatro juntos, eso significaba que todo iba bien, aunque pasaron de él olímpicamente.

Margarita, como no pudo ser de otra manera, con la garganta caliente del buen sorbo de *whisky*, mandó a su esposo a destapar la botella de vino tinto que les quedaba, aprovechando el acontecimiento para justificarse otra copa, sin diferencia de los habituales del bar del barrio, y tiraron la casa por la ventana comprando comida a domicilio en el restaurante del barrio. Esa noche hicieron el amor a lo grande, sin importarle quién o quiénes los escucharan, los dos borrachos perdidos.

Unas semanas después, Rubén, aparte de reiniciar su presencia en el gimnasio de boxeo y en el de los ejercicios físicos, fue reubicado en la misma escuela para terminar el curso escolar. Sus padres presentaron los papeles en la Dirección Municipal de Educación y en la Policía para dar parte de la situación del muchacho.

Al principio, recibió algún que otro rechazo de algunos, ya que su piedra no pudo proteger en el centro más profundo y duro el secreto del lugar de donde venía. La primera fue la directora, que,



feroz, no olvidaba que en su día la encaró enfrente de sus aduladores. Estaba en otra clase diferente y se sentaba solo en la última fila. Los chicos organizaban partidos de fútbol y no lo invitaban nunca, tampoco a las fiestas que hacían algunos en sus casas ni a las acampadas, pero él se lo tomó con mucha calma, seguro de que, poco a poco, ellos cambiarían de opinión cuando, en la medida de lo posible, se fueran acercando sin temor y lo conocieran mejor.

Después de un tiempo justo, ocupándose de sus deberes para no perder el año escolar que hasta ese momento iba marchando bien, se acercó un día cualquiera sin nombre Libia, una chica rubia, de su estatura, preciosa y, al parecer, muy inteligente y aplicada, pues estaba entre los mejores de la clase. Por algún motivo, se sintió atraída por aquel chico al que todos rechazaban, pero que se observaba muy seguro de sí mismo, sin mostrar absolutamente ninguna preocupación al respecto, ignorando todo aquel círculo planificado por los demás. Establecieron una amistad en la que, durante todo el desarrollo de esta, la chica tuvo la precaución de no interesarse por nada que tuviera que ver con la vida en el centro, cuestión que a él le impresionó mucho, tanto que quedaban fuera de la escuela para verse de vez en cuando.

Al salir, él la acompañaba hasta su casa, muy respetuosamente, intercambiando libros e información valiosa; ella le expresó la necesidad de estudiar Medicina, motivada por los padres, que desde pequeña la habían inducido por esa carrera maravillosa comprándole juguetes relacionados con el tema y, más adelante, libros apropiados, hasta despertarle el interés. El padre siempre quiso ser médico y no pudo, por lo que trabajó toda su vida en congruencia con su esposa para que su hija estudiara en la universidad para ser doctora.

Esta información provocó en Rubén el interés por estudiar también. Aunque seguía con las prácticas de boxeo, consideró que era muy importante salir adelante con los estudios para no quedarse atrás, pero eso tendría que consultarlo con sus padres para hacer un profundo análisis de la economía doméstica sobre todas las cosas y, además, escuchar a Emma, cuyo criterio, según los principios de esa familia, también serían escuchados. Los dos no podían ir a la universidad, no era posible, el dinerito de la quiniela lo despedazaron en días y era muy importante ponerse de acuerdo de manera justa.

Un día de esos, el Maca volvió al bar del barrio a beberse un café con leche. Entró saludando a los habituales y al camarero, y recibió la enhorabuena. No pidió alcohol y, al salir, se tropezó con Rubén en la calle, acompañado de Libia.

—Maca, ella es Libia.

—Mucho gusto, soy su papá.

—Lo sé. Hablan mucho de usted todos por aquí —contestó la chica, emocionada al conocer a tan ilustre personaje.

El Maca aprovechó y le dio veinte euros a Rubén para que comprara dulces en la pastelería del barrio, aquella pastelería, y enseguida el chico comprendió que la comida estaba floja en casa. Al llegar, le contó a Margarita exclusivamente lo que le convino acerca de los dulces, lo que ella le agradeció un montón, pero, pasado un buen rato, sentado en el portal, leyendo a Franz Kafka para de una vez terminarlo, y, por supuesto, fumándose plácidamente su puro, oyó a su esposa desde la cocina preguntándole por los salvadores dulces, ya que iba a servir la mesa para comer.

«No vendrá», pensó el esposo feliz, sonriendo, pasando de su esposa enfurecida, recomendándole que atendiera a los comensales que estuvieran. Aunque Margarita supo que algo se tramaban los hombres solo con mirarlo y trató de sacárselo pellizcándolo, el hombre no habló.

Emma intervino en la conversación, asegurando que iba a usar sus contactos en el barrio y prometiendo que se enteraría de todo. Entre una cosa y la otra, se tomaron la sopa de pescado con

un trozo de pan, riendo y mortificándose unos a otros sin parar.

Rubén, frente a la pastelería del barrio, con Libia del brazo, se detuvo, la observó detenidamente tres segundos, miró los dulces, miró el dinero y cambió de opinión.

—Ven conmigo, te llevaré a un sitio que respeto mucho —le propuso Rubén a la chica, que se dejaba llevar.

Fueron al supermercado del barrio y compró comida para gatos. Libia no entendía nada porque era consciente de la existencia de Kimbo, pero nunca lo había oído decir nada respecto a los gatos. Ella lo seguía a todos sitios, entregada, hasta que llegaron al contenedor apartado donde vivía una mamá gata con sus gatitos, que en esa ocasión eran seis. Rubén le sirvió leche y bastante pienso.

—¿Desde cuándo la conoces? —preguntó Libia después de que se acomodaran en el suelo, sentados los dos muy juntos, observando cómo bebían leche los siete.

—Hace mucho que la conozco. Este era mi templo y, como tal, ella me protegió de todos.

Libia siguió sin entender, pero siguió a su novio, entregada por completo, le agarró la mano y lo miró.

—Bésame, pero sin lengua.

Entonces, el que no entendía nada era Rubén. «Besarla y sin lengua: ni una cosa ni la otra comprendo. ¿Qué hago si Bárbara me enseñó que la lengua era a tope? Me lo ha puesto complicado la nena. Lo intentaré, a ver qué pasa».

De esa manera probó los labios carnosos de la hembra que lo llevó a olvidar todo, pero no sabía besar sin lengua, ella se dio cuenta fácilmente y, con paciencia, lo enseñó.

Libia le contó que escuchaba a sus padres hablar de la lengua para arriba y la lengua para abajo, pero lo advirtió de que a ella no le gustaba. Allí estuvieron un buen rato, el justo, besándose y jugando a tocarse las manos, a descubrir y exhibir las marcas en los cuerpos, observándolas con detenimiento, uno al otro, semidesnudos, rozándose con la yema de los dedos.

La nena no tenía marcas en todo su cuerpo. Ella propuso el juego con solo una marquita en su hombro izquierdo que le había propinado su gatito doméstico cabreado, pero Rubén tenía varias, propinadas por las peleas la mayoría.

—¿Por qué tienes tantas marcas?

—Es una historia larga de contar.

Entonces, él, como un sabio ya conocedor del tema, se dedicó a descubrirle los lunares bellos que tenía en las partes del cuerpo que ella le permitía ver y tocar.

—¿Crees en la suerte? —preguntó la niña.

—No lo sé, ¿qué es eso de creer o no creer?

—Que las cosas que te suceden son pura casualidad —respondió Libia.

—Si es así, entonces, no creo.

—Mis padres tampoco creen en la suerte. Los escuché decir que las cosas buenas suceden porque detrás ha habido un esfuerzo y un sacrificio; además, dicen que aquellos que creen en la suerte como recurso para triunfar y pierden el tiempo miserablemente esperándola mientras

critican los errores de otros están condenados al fracaso. —La chica no dejaba de sorprenderlo con tanto rollo.

Entonces, el tema que los ocupaba era el factor suerte; mientras, seguían jugando a tocarse la piel. Rubén estaba boquiabierto, babeándose, escuchando y viendo a una chica hermosa y fina, delicada y tierna, que solo tenía un año más que él, filosofando acerca del sol, la luna, el más allá y el más acá. La chiquita parecía que había recorrido mundo a primera vista, pero minutos después descubriría que solo era una filósofa infantil con manejo.

«Tiene los pechos grandes la muy cabrona, como la enfermera mulata cubana», pensaba Rubén con su cabeza macabra mientras la miraba muy respetuosamente, sin que ella detectara ningún indicio de depredador con experiencia.

Sus cuerpos respondían a los instintos, a la verdadera existencia real del otro, e inevitablemente la curiosidad se impuso al placer jugoso y tibio.

—Escuché a mi padre decirle a mi madre una noche de esas que todos somos vulnerables e indefensos ante el sexo y todos los placeres que nos ofrece, que durante el mismo es el único momentos en el que nos es imposible ocultarnos y que el orgasmo es la sana purificación de todo porque nos mostramos tal y como somos, frágiles e inofensivos.

—Y ¿qué es el orgasmo? —preguntó Rubén intentando ocultar su sabiduría para darle el derecho a la chica a que desahogara todo su conocimiento, mostrándose muy interesado en el tema para calentarlo mejor.

—No lo sé todavía, pero intentaré averiguarlo.

La primera vez, la única que descubre y que no da alternativa al retorno, ya no tenía vuelta atrás y viviría eternamente en su búsqueda, aquella con Bárbara que ya lo había llevado a caer en su trampa embriagadora. Por algún motivo, Libia decidió descongelar el néctar de la fuente rota, la fuente del orgullo varonil, quizás la única, esa, la más valiosa, la primera, la que el viento arrastra al clímax, igual que la arrastró a ella ya con su piedra repleta de secretos en su más profundo y duro centro, que no podrá proteger de la fuerza mayor. Dobló hacia arriba sus piernas implacables de tiernas, entregándolas al gozo con su centro al descubierto.

Una mirada asustada y tímida, unas temblorosas manos inexpertas, y Rubén inmóvil, o, tal vez, ella dominadora, y todo ocurrió demasiado rápido en imperceptibles minutos; el viento lo decidió así, siempre decide la velocidad y el lugar. Las mañas demoradas de Rubén la enloquecieron, fue demasiado para una chica inexperta que intentaba ser reina en un reino ya descubierto por él. Estuvieron abrazados: sus dos cuerpos aromatizados y primarios.

Rubén creyó haber tocado el cielo con una virgen, que, de hecho, lo tocó, por la simple razón de probar el almíbar tibio de la trampa más embriagadora de todas las primeras. Consideró haber encontrado su otra porción, la que lo llevaría al equilibrio, comprendiendo el gozo como la sustitución a la alternativa, ya que rápidamente entendería que con la yema de los dedos no se pueden moldear las cosas que no son moldeables y efímeras, y en ello va el amor.

Albea la primera su mano blanca, lechosa y espesa, mojada y fina, frágil y temblorosa aún; como una catarata, resbala y cae un trozo al suelo, el otro queda atrapado y, en la carne, estará como aliento caliente del descubrimiento. En la mente, una neblina cruzada de juegos que descubrió con

ella, pues ya era un hombre y, haciendo honor al viejo Guillermo Tell, con su flecha pura, atravesó la manzana con su carne blanda y jugosa, tibia y cremosa, enrojeciéndola de la sed primera.

Rubén se dobló ascético y filósofo:

—Libia, quiero que escuches esto que te traje, lo leí y me pareció interesante:

La mujer es como un pozo húmedo y tibio, donde solo tenemos acceso aquellos que sabemos que jamás las vamos a comprender, aquellos que, al entrar en él, entenderemos el infinito del encanto y el secreto descubierto, lugar al que nos permiten entrar y nunca podemos retornar, atrapados en la embriaguez exquisita de sus tentáculos, indecisos a veces, todos seductores, que clavan sus púas como arpones en nuestros cuerpos, esclavizándonos al placer y al dolor.

»¿Qué te pareció?

—Muy bonito, pero hay cosas que no comprendo. Necesito leerlo varias veces y después te diré lo que pienso. —Cuando se dio cuenta de lo que pasaba, Rubén gritó asustado y quiso llamar a un médico. Casi la obliga a correr, pero ella no se inmutaba—. Tanto que lees y ¿no sabías que esto iba a pasar?

—¿Estás segura?

—Sí, completamente. Deja que salga toda la sangre, esta no mancha.

Se quedaron ahí, abrazados con miedo, bajo la atenta mirada de los gatitos y de la madre gata, como única cómplice y como verdadera experta en la materia, puesto que no era su primera camada, con los ojos bien abiertos, aterrorizada por lo que veía, olfateando trozos de hormonas hirviendo que chocaban con su nariz, pero sin darle mayor importancia.

Al salir del rincón espiritual de Rubén, ganador y reluciente, ella, dominadora y con carácter, caminaba de su brazo entregada aún más con mimos, confundida por lo que había escuchado acerca de la mujer.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Qué? —preguntó asombrado Rubén.

—No seas zorro, lo de la lengua.

—Perdona, no lo haré más —dijo el nene, pero sin prometer nada que pudiera comprometer su valiosa palabra para la próxima vez que sucediera lo inevitable después de haber probado el néctar de la saliva de la hembra.

—Es que me da asco, chico. Te lo dije.

Cabalgaban libres de todo peso; juntos fecundaron las fantasías más piadosas que les succionarán todo el jugo del laberinto en el que cayeron y del que no saldrán. Los dos se emborracharon de la miel cremosa que los obligaba a respirar sus propios aromas hirviendo, burbujando el fértil sudor que corría a sus anchas abriendo surcos como lenguas en un mundo virgen por descubrir, que ya no lo era tanto, cayendo en un vicio cíclico dominado fundamentalmente por la saliva, por cuyo sabor vaga todo el sentimiento puro que no oculta ni siquiera al cerrar los ojos, sin indulto a la tentación.

Libia se percató de que lejos, entre tantos contenedores, había uno con una cola de varones de diferentes edades y le llamó poderosamente la atención, por lo que no pudo evitar preguntarle al

rey por aquel llamativo asunto.

—No te preocupes, es una historia larga de contar.

Solo doce pasos lo separaban de aquellos chicos que en su día lo maltrataron, pasó con Libia abrazado, sin provocarlos, caminando erguido y mirando al frente; ellos volvieron la vista por miedo. Si todo marchaba como parecía, al menos Rubén no tendría que visitar aquel contenedor, escogido como nuevo puesto de mando para hacer la inmensa cola junto a los nuevos frikis de la masturbación.

El padre que, desafiante, fue a provocar al Maca desde el balcón de su piso con su esposa, recriminándole la conducta de su hijo, alegando que solo sabía pelear y sin novia seguía todavía, observaba ahora al rey con su novia entregada e imponente cabalgando por el mismo medio de la calle. El dueño de la pastelería del barrio salió a verlo haciéndole reverencias y el camarero del bar del barrio salió con sus habituales para rendirle honores igualmente.

—Libia, ¿has intentado separar los colores del arcoíris alguna vez?

—No, pero creo que no se puede. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es una historia larga de contar, pero, si un día te enfadas, inténtalo y eso te ayudará a no perder la razón, y no olvides que caminar erguido sí que es triunfar.

También él sabía filosofar; tenía una historia rica para hacerlo, llena de matices enriquecidos por los obstáculos, ahora embellecidos por el amor y la fortuna. Mucho secreto guardaba en el centro más profundo y duro de su piedra, que no podría proteger por mucho tiempo y esa era su historia: tantas cosas que contar como tantas cosas que ocultar. El valor de erguirse frente al viento fuerte que intentó arrastrarlo al oscuro prado solitario había constituido su gran historia, pudiéndola compartir con ella, que alucinaba con las marcas en su cuerpo.

Libia tropezó sin darse cuenta con un trozo de acero oxidado que estaba en la calle a su paso. Le dolió, ya que llevaba los dedos de los pies descubiertos con sandalias. Enrabetada la nena, malcriadita, buscó los mimos y los encontró. Rubén se agachó y la acarició cuanto quiso, aliviándola de todo lo extraño. Al volverse a poner de pie, la besó.

—Déjalo, es indefenso —le dijo al oído mirando al suelo desde su espalda mimosa, apartando con el pie al intruso que intentó hacerle daño a su nena.

No habían caminado cien metros y en una terraza se veían a varios chicos con pelo largo y chicas con pelo corto. Todos fumaban y bebían, escuchaban una música rara y, a su compás, movían la cabeza a todos sitios sin parar; parecía que se quedaban sin ella, se despetroncaron todos a la vez, pero la cabeza seguía en su sitio.

—Bonita canción, ¿la conoces? —le preguntó la nena motivada, haciendo sonar los dedos de la mano libre chocándolos unos con otros, alzando y bajando el antebrazo al compás de lo que escuchaba.

—No, enséñame.

—Me gusta la música *rock*, una prima dos años mayor me enseñó a comprenderla. Esa canción se llama *18 and life* y la banda se llama Skid Row. Deberías buscarla en YouTube, te lo recomiendo, estoy segura de que te gustará.

Rubén se preguntaba qué era eso de YouTube, pero ahí iba sacando pecho ante esa niña

extremadamente absorbente de cuanta pasión veía, arrastrando con ella la timidez del otro.

Con el dinerito que ganó trabajando en la biblioteca, más un empujoncito de los padres, sin pensárselo, se compró un móvil de última generación, pero Emma, nada más verlo, lo atacó a la yugular y, usando el clásico método del chantaje, se lo cambió por el suyo viejo; a cambio, le prometió que no le contaría a mamá ni a papá que él y un portugués habían sido los creadores del primer puesto de mando, el contenedor viejo de la fábrica de jabón abandonada, y todo lo que allí aconteció.

Se revolcaron en el suelo a reír y a amarse más, tanto que, desenfrenados, parecían niños pequeños.

—Tengo novia.

La noticia enloqueció a su hermana del alma, que no lo podía creer y no pudo evitar las lágrimas liberadoras; los padres no intervinieron por no considerarlo adecuado. Sentir el abrazo del hermano tan duro y caliente la estremeció hasta llegar a gozar, por fin, del derecho reclamado; el equilibrio estaba sucediendo.

El Maca se rompió y echó a llorar como un niño abrazado a la espalda de su esposa para no dar la cara, por vergüenza. Margarita lo consolaba sin llorar, pero comprendió que su marido necesitaba el perdón urgentemente; era humano y la carga que tuvo que resistir en su cuello fue demasiada, sin saber con exactitud cuáles serían los resultados de su método personal, como lo bautizó aquel día, aguantando como un verdadero hombre todo lo que se le vino encima.

—Estoy roto, mujer.

—Lo sé, mi amor, mucho antes de que me lo dijeras. —Así era ella de fuerte, aunque al principio la creyeran débil. Ahí estuvo soportando el calor de su esposo, sus lágrimas, que parecían inexistentes, pero era humano, hombre y también tenía sus debilidades, que escondía en su piedra, que de igual manera era arrastrada por los vientos.

—Qué bueno ser como Muhammad Ali —le comentó Rubén al padre en un instante en que, por la tele, pasaban un documental sobre la vida del más grande boxeador de todos los tiempos e inspirador de jóvenes promesas y no tanto.

—Eso ya es secundario. El campeonato de tu vida ya lo ganaste.

El padre lo miró y, sin que su hijo se diera cuenta, respiró profundo, de tal manera que en el templo ya se sentía que el ambiente doméstico, después de tanto tiempo, era fresco y todos lo disfrutaban.

Rubén nunca pudo ser como Muhammad Ali, aunque siguió boxeando, ni remotamente alcanzó sus títulos, ni su dinero, ni su fama; sin embargo, escuchando al padre, comprendió que su pelea más digna la había ganado y fue la de ser un hombre libre para andar.

—Papá, te presento a Carlos. —Kimbo, al ver el espectáculo, salió volando hacia el cuarto de Rubén para esconderse debajo de la cama. Margarita corrió a la cocina a cortar lo primero que encontró, que fue cebolla, y Rubén se fue a su habitación a disimular que leía; todo eso ocurrió en cuatro segundos.

De un momento a otro, Emma había estropeado de un zarpazo el equilibrio con su hechizo, y su padre, al escuchar ese misil, miró arriba, abajo, a un lado y al otro, buscando el apoyo que no

encontró por ningún sitio: «¿Qué le habré hecho yo a la vida para merecerme esto?».

Se puso la camisa y sin dar explicaciones a nadie, se largó de la casa, no sin antes agarrar el pedazo de puro ocultador de las emociones que le quedaba en el cenicero; se detuvo y lo encendió para ir soltando humo como una locomotora hasta llegar al bar del barrio, derecho y sin desviarse. Ni corto ni perezoso, pidió al camarero un trago de *whisky*. El camarero, que lo conocía de toda la vida, le asintió y a su mesa se le apareció con un vaso de agua. El Maca le pidió, por favor, que al menos por esta vez fuera condescendiente con él y le sirviera el trago, y le contó lo que su hija le había hecho.

—Es que me quieren joder a mi hija. Qué mal le habré hecho para merecerme esto. —Los habituales del bar del barrio no podían ocultar las risas al escuchar al tipo duro tan flojo, lamentándose tanto—. Y, por si fuera poco, se llama Carlos también, como mi tío, que fue el único que se ocupó de mí.

Peor, las risas se multiplicaron hasta que saltó uno de los habituales:

—Entonces, si es eso, invito yo a una ronda.

Eran solo cuatro, bebieron y brindaron, no porque le fueran a joder la hija a Anacario, sino por la felicidad. Otro invitó a otra ronda.

—¿Por qué brindamos ahora? —preguntó el camarero, que se sumó también a la fiesta.

—Porque van a joder a tu hija, Anacario —contestó otro de los habituales del bar del barrio.

Todos se echaron a reír y se abrazaban, buscando el pretexto para beber un buen sorbo. El Maca no sabía si reír o llorar, pero participó con sus amigos de toda la vida, escuchando opiniones de todo tipo y consejos, aunque era cierto que ninguno tenía hija hembra a la que jodiera ningún cabrón de esos tiburones callejeros con mandíbulas afiladas en espera.

—Anacario, es broma, amigo, no brindamos por tu hija, que también podríamos hacerlo por ser una buena hija, buena hermana y buena ciudadana, pero, en realidad, todos brindamos por la victoria de Rubén y por ser un verdadero campeón —le dijo un habitual del bar del barrio.

Entonces fue cuando entendió con esos habituales, ya casi borrachos, lo tortuoso de la vida, que se podía resumir en cincuenta por ciento de momentos dulces y cincuenta por ciento de otros no tanto, y ese era el verdadero equilibrio: la piedra de cada cual nunca estará vacía; en su centro más profundo y duro alberga los secretos protegidos o no, según los mimos a que sean sometidos.

Por cosas de los fenómenos clásicos, Margarita salió a la terraza a coger aire fresco, quizás agobiada por el calor de la cocina, y vio a su marido, que lo traían a rastras los dos habituales del bar del barrio, amigos de toda la vida, aunque con exactitud no podía distinguir correctamente quién cargaba con quién. Se cagaban en todo lo que veían, se detenían a mirar a las mujeres y a dar sus opiniones acerca de sus culos y demás cosas. Ella ni chistó; se metió a su cocina a esperar los vientos frescos que no terminaban de llegar, pero sonrió sin cortar cebollas.

Al entrar a la casa, que con buena fortuna encontraron, cayeron al suelo, riendo, gozando la borrachera y hablando de mujeres a todo volumen.

—Esto sí que es una familia equilibrada —le dijo Margarita a Carlos para que no se asustara en su primera visita a casa. La primera impresión era importante, pero más lo fue disfrutar de esos tíos que pasaban de todo olímpicamente. Los tres se sentaron a gozar de aquel espectáculo teatral



nuevo en casa y, por supuesto, la cámara de fotos del móvil de Emma no cesó de trabajar hasta que dormían uno encima del otro; la mejor de todas las fotos fue en la que estaban roncado con la boca abierta, babeándose inevitablemente.

Rubén lo escuchó todo y salió a colaborar con el resto, ya que tuvieron que arrastrarlos para después acostarlos en las camas correspondientes, ocupándose todas las habitaciones. Entonces, Margarita, como verdadera matriarca, incluyendo a los borrachos, se dio a la tarea de preparar una buena sopa de pescado para cuando estos despertaran, porque, seguramente, lo harían con mucha vergüenza, pero con mucho apetito. No se disgustó en absoluto, solo se preocupó un poco, puesto que nunca había visto a su esposo en ese estado, pues no era un hombre bebedor, aunque todo en la vida tiene un límite y el de él llegó ese día, escogiendo el trago como camino a la salvación. Ya hablarían del tema con amor.

Por decisión democrática doméstica, olvidando el papelazo de la borrachera y las fotos de recuerdo, le concedieron a Rubén el derecho a estudiar en la universidad, llegado el momento, por lo que volcarían todos los esfuerzos familiares en su carrera. Estudiaría la licenciatura en Química, motivado por la esencia de Bárbara, que conservaba como su más preciado premio, pero a su vez arrastrado por Libia, que estudiaría también, pero Medicina. El apoyo incondicional de la hermana fue el primer paso para que le concedieran ese gran privilegio, de ella dependía la decisión, puesto que también tenía derecho como hija y decidió, muy dispuesta a ayudar, colaborar en todo lo que pudiera e, incluso, trabajar para invertir parte de su salario en los estudios de su hermano.

El amor entre Rubén y Libia fue ligeramente profundo, pero corto; solo duró par de semanas. Los padres tuvieron que viajar a Irlanda por mejoras laborales y salariales. Nunca más supo de ella, solo que estudiaría Medicina tal y como le dijo desde el principio. Mientras los padres festejaban el progreso con champán, vino tinto y carne, ella, desde su ventana de cristal, sin barrotes de hierro que interfirieran en su camino y con la mano izquierda apoyada en el marco, observó un arcoíris: era hermoso; intentaba separar los colores uno a uno, pero no pudo lograrlo. Entonces, comprendió el valor que tenía al menos intentarlo una, dos y cien veces antes de perder la razón. Leía el concepto de mujer que Rubén le había dedicado una y otra vez y, aunque no estaba totalmente segura de que fuera así, le sonreía a aquellas palabras.

La distancia los separaría, porque tiene poderes rápidos, precisos, definitivos y transforma la magia en esclava del deseo por el otro.

La despedida fue imposible, dada la velocidad con la que el viento los arrastró para marcharse sin permitir tiempo a nada. El vacío en la clase y la soledad lograron debilitar a Rubén, cayendo en un estado de aislamiento transitorio, refugiándose en la literatura, el gimnasio y la familia. Sentado sobre una piedra, frente a aquel contenedor mágico repleto de recuerdos primarios, con los dos codos apoyados en sus rodillas, sin poder levantar la cabeza, se preguntaba por qué la vida no dejaba de darle palos, uno tras otro, confundiendo específicamente este con el fin de su mundo, pero su fortaleza ya demostrada lo volverá a colocar en la cima del trono, sin corona, pero en la cima, donde están los reyes verdaderos, los reyes de corazón.

Pasaron años hasta que dieron con el paradero de Bárbara. Elisa no tuvo opción y se apareció en casa de Rubén con toda la dignidad de una profesional y, sobre todo, de una mujer. Pidió hablar con el Maca, ya que se dio cuenta de que la bienvenida de Rubén, que ya estaba en la universidad, no había sido del todo aceptable. Era un domingo con carácter doméstico. Todos estaban en casa reunidos para comer en familia como lo llevaban haciendo desde tiempos remotos. Emma, con su novio de los tatuajes; Margarita, que no salía de la cocina; Kimbo, durmiendo la eterna siesta; en fin, el ciclo de los domingos. Elisa bebió un Habana 7 sin hielo antes de iniciar la conversación; se lo había servido Margarita observándola de arriba abajo llena de dudas. El Maca la miraba fijo sin poder descifrar el motivo de aquella visita que le recordaba la viva imagen del pasado negro de su familia.

—Está en el hospital. Solo pide hablar con Rubén y la comprendo, yo soy la que más la comprendo de todas las mujeres. —Elisa lo dejó todo de la mano del Maca, pudo percibir su fortaleza en aquella deprimente reunión y por ese motivo lo escogió para mostrarle el camino que deberían seguir guiados por la fe. Estuvo el tiempo justo para beberse los restos de alcohol que le quedaban en el vaso.

—Directora, Rubén está en el segundo año de la universidad y las notas son perfectas. Iremos los dos por ella, es una promesa. —El Maca no quiso desaprovechar la oportunidad para darle relevancia a los avances de su hijo.

Margarita, en cuanto la vio salir, corrió a donde estaba el Maca fumando para cerciorarse de que no había más problemas en la familia, pero él no habló, se agarró al derecho de elegir y, entonces, eligió ir al cuarto de Rubén y cerrarlo con seguro por dentro.

El recepcionista bueno le había pedido ayuda, en su momento, al camarero, que ya no olía a alcohol. Primero, llevaron a Bárbara a su habitación y la acostaron en la cama cubierta de la triste manta roja. Karla, depositando toda su infantil confianza en aquel hombre, temible por error, sin soltarle el brazo esperanzador, le enseñó el escondite secreto donde permanecían los diez mil euros, que utilizó para pagarle al médico y llevarlas de vuelta a casa cuando se recuperara la madre.

Solicitó el servicio de médicos que acudieron a la habitación en un tiempo medianamente aceptable. La cura fue suficiente, agregando un tiempo de reposo como para regresar a Barcelona e ingresar en una clínica privada, ya que no hubo daños mayores que lamentar; su tejido soportó toda humillación como también la soportó su alma. El hombre se ocupó de todo conjuntamente con los padres de Bárbara, a los que les había cogido de sorpresa. Tuvieron que viajar con carácter urgente para encontrarse con ellos en el hospital Maré de Déu de la Mercé, de Barcelona, y relevar al recepcionista bueno con su compañero camarero. Ahí les entregó el resto del dinero sobrante de aquellos diez mil euros, contándole cada céntimo gastado, para después volver a la India destruidos. Nunca más se volvió a saber de él ni del camarero que lo acompañó en el viaje, quien se emborrachó en el aeropuerto; solo tenía veinte y dos años y no pudo resistir el dolor de todo lo que vio, escogiendo el alcohol como camino de la salvación.

—Bárbara, tienes visita.

La enfermera se lo anunció. La encontró pegada a la ventana de cristal, observando de pie lo bonito de un día soleado, el cielo era azul y el sol amarillo, los árboles eran verdes, muy verdes, bailando al compás del viento que, aunque invisible, podía tocar y sentir. Algunos pájaros molestaban al danzón comiendo de las frutas maduras y los gusanos que dentro de ellas encontraban.

La mano izquierda la tenía apoyada sobre el alféizar, sosteniendo en ella el dibujo regalo de Karla, junto a los restos del pétalo de rosa verde seco y negro. La vida se la habían partido en doce trozos, pero con la mano derecha se agarró a lo único que le quedaba: la cuna donde dormía plácidamente Rubén; así escogió nombrarlo, sin dar explicaciones del porqué, negándose a responder a todo aquel que le preguntó. Ni siquiera ella lo supo con certeza. Fue una cuestión desconocida, pero pudo haber sido arrastrada por el amor que surgió entre ellos, del cual fue ella la autora intelectual, que motivó a Rubén a visitar el contenedor viejo de la fábrica de jabón abandonada y le descubrió el sexo, así como también su inclinación para estudiar Química. Tal vez pudo haber sido por su preocupación acerca del futuro de aquel chico maltratado; otra variante pudiera aceptarse considerando aquellas dos erecciones que pudo percibir claramente tan de cerca, que la sorprendieron, haciéndole cambiar la perspectiva de un hombre viril que no encontraba en su esposo carente de ternura. En fin, nunca se supo el verdadero motivo por el que eligió ese nombre para su hermoso hijo, para el que de todas direcciones le llovían los halagos, junto a las respectivas bendiciones. Una enfermera le colgó en la tela el color rojo para alejar el mal de ojo; así sucedió, encontrándose la explicación entre la simpatía o quién sabe si por el simple hecho de seguir siendo mujer y hembra.

Tenía el pelo corto, pero muy mal cortado, con las puntas saliendo deformes por todos lados de la cabeza. Contaba la enfermera que se lo arrancaba con las manos y se lo comía después con odio, también que la tenían separada de las demás mujeres porque peleaba mucho por cualquier motivo, aunque este fuera insignificante.

Lo único que la mantenía calmada, aparte de los medicamentos, era el bebé. Solo una vez mencionó el hacerle las pruebas de ADN, pero ya se le había quitado esa absurda idea de la cabeza y no la había mencionado jamás. Cabía la posibilidad de que el padre fuera Raúl y ella lo intuía como madre, ya que en su estancia en la India sufrió trastornos indicativos en su menstruación, a los que no les prestó mucha atención, cargándole la culpa a todo lo que a su alrededor acontecía, pero qué más daba. La ropa que vestía estaba rota por varios sitios, no tenía bolsillo secreto; por el contrario, le colgaban vacíos.

El Maca y Rubén bajaron la cabeza de inmediato ante tal desastre. Las mujeres que allí vivían hablaban de cualquier cosa y gesticulaban a cualquier estímulo que les llegara de cualquier lado; eso lo pudieron observar mientras caminaban por el pasillo con la enfermera y un guardia de seguridad sin pistola. En cambio, Bárbara no hablaba, no gesticulaba; después de todo, seguía manteniendo su clase. Las flores que llevaron cayeron al suelo sin que nada lo pudiera evitar, llegando desorganizadas, esparramadas y ya muertas. No habría nadie en el mundo que pudiera devolverles la vida a esas flores ni sol que las iluminase. En el suelo estarían y permanecerían

hasta el final, se secarían y serían cadáveres secos en esa estación desordenada que inició su nueva vida y terminaría también.

—¿Quién es? —preguntó Bárbara acerca de la visita, apretando y estrujando el dibujo de Karla con todas sus fuerzas, haciendo añicos los restos del pétalo verde seco y negro, transformando el rostro en venganza, lanzando su lanza grande, gruesa de punta fina y lisa hacia el vacío, de donde nunca saldrá. Ni con los cantos, soliloquios al cielo, tras los adúlteros selfis estuvo a salvo.

Rubén se acercó. Fue el único que tuvo valor; también era su premio.

—Vamos, ya tengo diecinueve. Nadie nos podrá hacer daño, ni tampoco separarnos nunca más. He venido a buscarte.

Una visión fugaz se mantuvo viva en él, que nunca dejó de creer en ella como en una religión. Bárbara no soltó el dibujo de Karla, pero no lo rompió, se dio la vuelta al reconocer la voz, aquella que la hizo cambiar diametralmente su vida. El giro que le había dado el destino arrastrado por el viento fue brutal, un movimiento que solo lo puede el amor, ese, el de verdad, el que nos lleva a cometer delitos, errores, aciertos, decepciones, pero, sobre todo, el que nos mantiene vivos, en pie de lucha, cultivando el centro de nuestra piedra.

—Se llama Rubén —le dijo mirando solamente a sus ojos.

—Está precioso, me gusta el chico y su nombre, es un pequeño gran rey indefenso, por el momento.

Se abrazaron, se besaron, se embarraron de saliva sus cuerpos desesperados. La enfermera hizo un gesto por detenerlos al ver el incontenible frenesí, pero el Maca le atravesó en su camino su potente brazo derecho en medio del pecho. Entonces, la enfermera, al ver aquel rostro endemoniado, abandonó la habitación seguida por él sin que mediara ni una sola voz, solo la de ellos disculpándose, la única de verdad que existió, incomprendida por todos e incluso hasta por la propia ley, pero impuesta por la fuerza mayor. No pudieron esquivar la verdad que los esperaba, fue demasiado fuerte aquel encuentro en el que permanecieron abrazados, reconciliándose de lo que nunca habían perdido. El Maca lo supo desde aquella primera visita en la que Bárbara no escondió su simpatía por Rubén y no se movió de la puerta. Estuvo fuera esperando sin cruzar los brazos, agarró un puro para fumar, así disimularía su dolor. Con su caja de cerillas en la mano, miró a ambos lados y algo lo advirtió de que no se podía fumar en el pasillo de un hospital. No tuvo más remedio que soportar el peso del dolor sin poder disolverlo dentro del humo.

De allí salieron los cuatro imponiendo su ley, firmaron tres papeles, cuatro, mil, los que tuvieron que firmar. El Maca cargaba al niño con una pena que lo sofocaba y lo partía a la mitad, pero dando constantemente el ejemplo de un padre digno, con honor y respeto, sin darle la espalda a su familia jamás, ni en las peores circunstancias. Fueron a casa en taxi, invadidos por un paisaje emocionante con un brillo esperanzador. Un jardín de rosas los esperaba. Kimbo fue el primero que se acercó para olfatear a Bárbara y la reconoció por haber sido la única que se atrevió a interrumpirle la siesta en su sofá; sin embargo, no hubo manera de separarlo del bebé. Margarita recibió a su nueva e inesperada familia con orgullo, considerando que ya serían familia numerosa; faltaba Karla que estaba con Raúl y era cuestión de tiempo que se uniera a su madre. Emma y

Carlos, con sus tatuajes, ayudaron a organizar el cuarto de Rubén improvisando con lo que tenían para que el bebé durmiera cómodo y seguro. Finalmente, Bárbara pudo darle de comer con sus pechos repletos de leche tierna. Lo del pelo era secundario, ya le crecería; sí que seguía bella e impecable con su clase, a pesar de los palos que la vida le dio. No tenía un vestido con escote, tampoco mostraba su espalda. Todos estaban muy pendientes de ella, que no soltaba la mano de Rubén. Estaban seguros de que recuperarían todo el tiempo perdido, porque así se lo impuso la ley.

Emma y Carlos, contra todos los pronósticos, regentaron un negocio de tatuajes cuyos primeros clientes fueron todos los chicos del barrio, con los que practicaron; lo nombraron Tattoo Embellecer la vida y aprovecharon para mostrarles, a escondidas de Margarita, para que no le diera algo, los tatuajes de Emma. Tenía uno raro en la espalda, que se lo tapaba con la camiseta, y un labio rojo en la nalga izquierda. La puerta estaba cerrada, pero las risas de Bárbara se oían por todos sitios con aquello de los tatuajes escondidos y los móviles de última generación.

Rubén estaba en segundo año de su licenciatura en Química y no tenía dinero para mantener a su nueva familia.

—Que nadie se preocupe, dejaré los estudios y trabajaré en algo, en lo que sea que encuentre.

—Nada de dejar los estudios. Si tus padres se enteran, los vas a decepcionar, con todo lo que han apostado por ti. Cuenta con diez mil euros, nos va muy bien con los tatuajes y nos vamos a casar. Cuando puedas, me los devuelves —le dijo Carlos, abrazado a Emma como una lapa.

—No me gusta la idea de que dejes los estudios. Yo tengo mis ahorros y comenzaré a trabajar en cuanto nuestra ley me lo permita, pero solo la nuestra, en la única que confío —dijo Bárbara mientras alimentaba a la cría.

—Bárbara, ¿nadie te ha contado nada sobre la verdadera historia de la lámpara maravillosa? —Bárbara se mantuvo expectante—. Es una historia larga de contar, pero te la contaré —le dijo Emma.

Las risas volvieron a sentirse lejos y comenzaron a levantar sospechas en el resto de la familia ausente de la habitación llena de encantos. Bárbara intentó mantener su clase, pero no pudo, escapándosele gestos diferentes. El Maca por fin pudo fumar, pero Margarita lo echó fuera, a la terraza, para que no molestara al niño con el humo.

—¿De qué se reirán tanto esos? Ya van dos veces que siento ese revuelo allá dentro. ¿Por qué no vas, pegas el oído a la puerta y averiguas de lo que se están burlando mientras yo termino de cortar las cebollas? Aquí caben perfectamente, Emma se va a casar con ese de los tatuajes, ¡odio los tatuajes, coño!, es que no soporto que Carlos se quede a dormir casi todos los días en la habitación de Emma antes de casarse. No te había dicho nada, pero todas las noches, cuando me levanto a orinar de madrugada, tienen la lámpara de noche encendida, tengo miedo de que salga embarazada antes de casarse. No se llevarán al niño, ¿verdad? —le decía Margarita, que no paraba de hablarle como una metralleta al Maca.

El hombre la miró y ni le contestó, pues sabía que estaba emocionada con tantas novedades en su equilibrada familia. Él era consciente de que ellos tendrían que hacer la vida como una pareja

igual que las demás; también era consciente de que había llegado el momento de quedarse con Kimbo, dándole la oportunidad al ciclo de la vida.

De Tuti no se supo nada más; probablemente, el recepcionista bueno se lo quedara de recuerdo para el día que tenga un bebé contarle una historia, la historia de una madre con su hija, y así podrá explicarle que el maltrato poseído por la selección es la manera primitiva del castigo al error y su resultante.

El Audi A6 blanco, permanecía en el aparcamiento del apartamento de lujo como una reliquia material inservible, esperando pacientemente que el destino lo ubicara en su lugar. El asesino de las catorce puñaladas aún está por descubrir, el agua, el fango y los elementos jugaron su juego para dificultar el trabajo a los investigadores que llevaban el caso.

Pasada una semana justamente de la liberación de Rubén del centro de reeducación de menores y cumpliendo con la palabra de un hombre sobre todas las cosas, Leonardo hizo lo mismo con Jorge Luis, que, hoy en día, no sabe aún qué viento inesperado lo arrastró a la libertad. El rey sin corona, entonces, encontró finalmente el equilibrio.